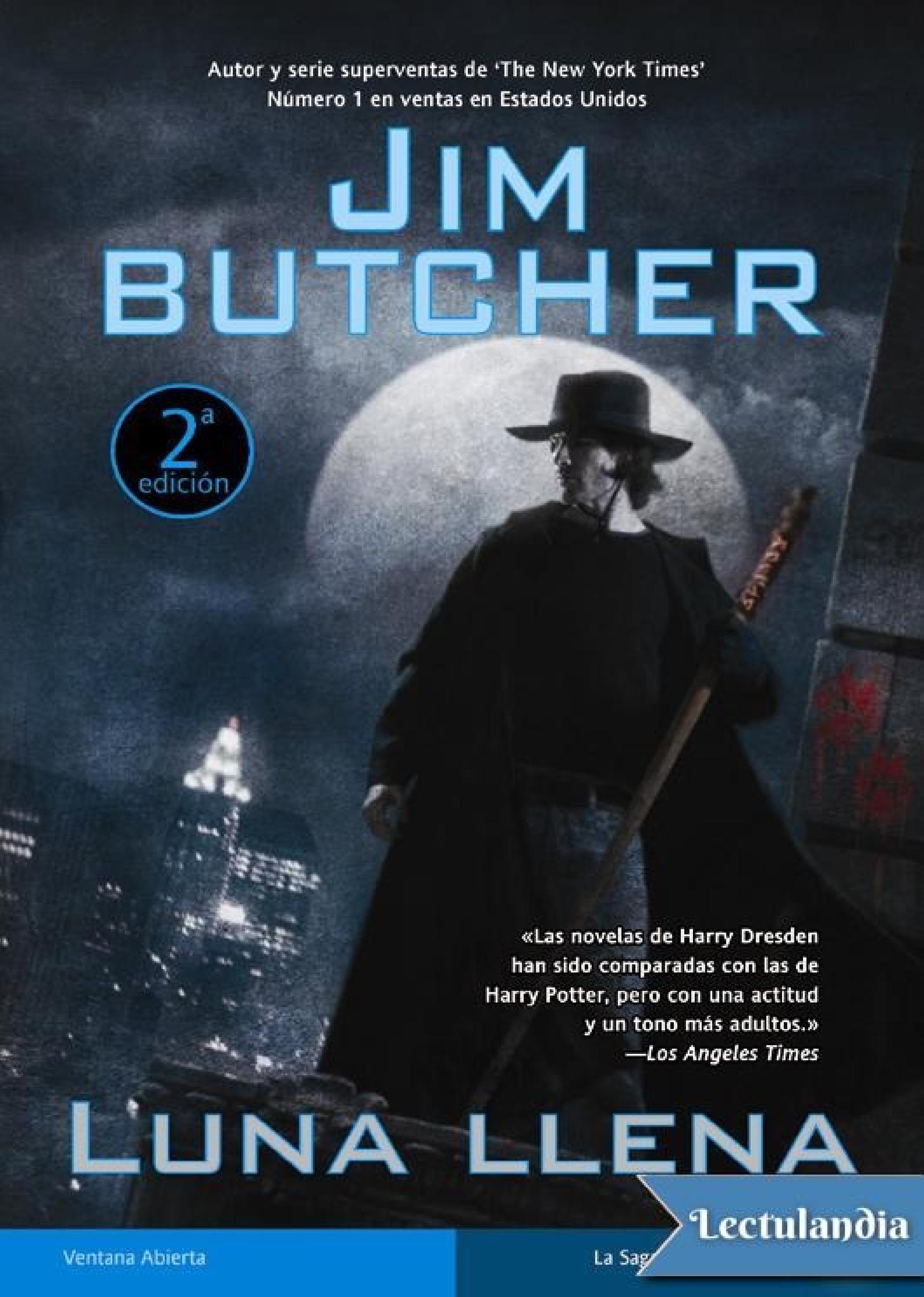


Autor y serie superventas de 'The New York Times'
Número 1 en ventas en Estados Unidos

JIM BUTCHER

2^a
edición



«Las novelas de Harry Dresden han sido comparadas con las de Harry Potter, pero con una actitud y un tono más adultos.»
—Los Angeles Times

LUNA LLENA

Ventana Abierta

La Sag

Lectulandia

Se encuentran objetos perdidos. Investigaciones paranormales. Asesoría. Consejos. Precios razonables. No se hacen pócmias de amor, ni bolsos sin fondo, ni fiestas u otros entretenimientos. El negocio está flojo: o, más bien, está muerto. No llega ni a la variedad zombi. Se supone que el único mago profesional de la guía telefónica de Chicago debería tener trabajo. Pero últimamente Harry Dresden no ha rascado nada, ni mágico ni mundano. Justo cuando parece que no va a tener ni para comer, se presenta un caso de asesinato que exige su particular clase de conocimientos sobrenaturales. Un cadáver brutalmente mutilado. Huellas de unas garras extrañas. Luna llena. Tenía tres intentos, y los dos primeros no cuentan...

Lectulandia

Jim Butcher

Luna Lena

Saga de Dresden, 2

ePUB v1.0

Kundalpanico 29.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Full Moon*
Jim Butcher, 2000.
Traducción: Olga Marín Sierra
Editor original: Roc, Abril/2002

© 2007, La Factoría de Ideas.
Primera edición, Junio de 2007
Ilustración de portada: Jim McGrath
Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Editor: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)
ePub base v2.1

Capítulo 1

No solía estar muy atento a las fases de la luna. Así que cuando una mujer joven se sentó frente a mí en el bar McAnally y me pidió que le explicase todo lo que sabía sobre algo que podía llegar a matarla, no tenía ni idea de que la noche siguiente habría luna llena.

—No —le respondí—. Ni hablar.

Doblé el trozo de papel, en el que había dibujados tres círculos concéntricos con unos símbolos de trazos delgados, y se lo devolví deslizándolo por encima de la mesa de roble pulido.

Kim Delaney frunció el ceño y se apartó un mechón de cabello negro y brillante de la frente. Era una mujer alta, encantadora y rolliza como las mujeres de antaño, de piel blanca y hermosa, y mejillas redondas acostumbradas a sonreír. Ahora no sonreía.

—Oh, vamos, Harry —me dijo—. Eres el único mago profesional de Chicago, y el único que puede ayudarme. —Se inclinó hacia mí por encima de la mesa y me miró atentamente—. No puedo encontrar las referencias de todos estos símbolos. En los círculos locales tampoco los reconocen. Eres el único mago que conozco. Solo quiero saber qué significan.

No —repetí—. Es mejor que no lo sepas. Es mejor que te olvides de este círculo y te concentres en otra cosa.

—Pero...

Mac me hizo un gesto con la mano desde detrás de la barra y puso un par de platos de comida caliente sobre la superficie pulida de la torcida barra. Añadió una par de botellas de su cerveza negra casera, y se me empezó a hacer la boca agua.

Mi estómago hizo un ruido embarazoso. Estaba casi tan vacío como mi cartera. No habría podido cenar aquella noche de no haber sido porque Kim me invitó, a condición de que le hablase de un tema durante la cena. Un bistec era menos que mi tarifa habitual, pero Kim era una compañía agradable, además de mi aprendiz ocasional. Sabía que no tenía mucho dinero, pero yo tenía menos aún.

A pesar de que el estómago me hacía ruidos, no me levanté de inmediato a buscar la comida. (Y en el bar-restaurant McAnally no había camareros. Según Mac: «si no puedes levantarte a recoger tu propia comida, no mereces estar allí».) Miré la sala durante un momento, con su molesta combinación de techos bajos y ventiladores perezosos, sus trece columnas de madera tallada y sus trece ventanas, además de trece mesas colocadas al azar para disipar los efectos mágicos residuales que a veces rodean a los magos hambrientos (o, dicho de otro modo, enfadados). McAnally era un refugio en una ciudad donde nadie creía en la magia. Mucha gente del ramo comía allí.

—Mira, Harry —dijo Kim—. Te prometo que no usaré esto para nada serio. No intentaré invocar ni cazar espíritus. Solo tengo un interés académico. Algo a lo que le vengo dando vueltas desde hace algún tiempo.

Se inclinó hacia delante y puso su mano sobre la mía, mirándome a la cara, pero sin mirarme a los ojos, un truco que solo dominaban unos pocos no practicantes del «Arte». Sonrió de oreja a oreja y me enseñó los hoyuelos de sus mejillas.

Mi estómago volvió a gruñir. Eché un vistazo a la comida que me estaba esperando en la barra.

—¿Estás segura? —le pregunté—. ¿Solo te pica la curiosidad? ¿No vas a usarlo para nada?

—Te lo juro —aseguró.

Fruncí el ceño.

—No sé...

Se rió de mí.

—¡Oh, vamos, Harry! No es para tanto. Mira, si no quieres decírmelo, no importa. De todos modos, te invito a cenar. Sé que últimamente vas mal de dinero. Desde lo que pasó en primavera.

Volví a fruncir el ceño, pero no iba dirigido a Kim. No era culpa suya que hiciera más de un mes que mi principal cliente, Karrin Murphy, directora de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago, no me llamara. La mayor parte de mis ingresos de los últimos años procedía de mi trabajo como asesor especial de IE, pero tras el follón de la pasada primavera, en el que estuvo implicado un mago oscuro que incitó una guerra entre bandas para controlar el tráfico de drogas de Chicago, el trabajo había ido disminuyendo poco a poco, y con él mis ingresos.

No sabía por qué Murphy no me llamaba tan a menudo. Tenía mis sospechas, pero aún no había tenido ocasión de contrastarlas con ella. Quizá no fuese por algo que yo había hecho. Tal vez los monstruos se habían declarado en huelga. Sí, claro.

La cuestión es que no tenía un centavo. Llevaba demasiadas semanas comiendo sopa de fideos chinos. Los bistecs que Mac había preparado olían de maravilla, incluso desde la otra punta del bar. Mi estómago volvió a protestar. Tenía un ansia neolítica de carne chamuscada.

Pero no podía ponerme a cenar sin darle a Kim la información que quería. No es que nunca haya roto un trato, pero no con un humano, y menos aún con alguien que me admiraba.

A veces odio tener conciencia, y un estúpido sentido del honor.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiré—. Déjame cenar y te diré lo que sé.

En las redondas mejillas de Kim se volvieron a formar hoyuelos.

—Gracias, Harry. Significa mucho para mí.

—Vale, vale —le dije. Me levanté y me dirigí a la barra a través de las columnas

y las mesas y todo lo demás. Aquella noche McAnally estaba más lleno de lo habitual, y aunque Mac rara vez sonreía, se le veía contento de tener tanta gente. Agarré los platos y las botellas con una actitud algo malhumorada. Es difícil alegrarse de la prosperidad de un amigo cuando tu propio negocio está a punto de hacer aguas.

Me llevé los bistecs, las patatas y las judías verdes a la mesa y volví a sentarme. Comimos durante un rato, yo sumido en un hosco silencio y ella con buen apetito.

—Bueno —dijo Kim finalmente—. ¿Qué puedes decirme? —Señaló el trozo de papel con el tenedor.

Tragué la comida, tomé un sorbo de cerveza negra y volví a coger el papel.

—De acuerdo. Es un dibujo de Magia Avanzada. En realidad son tres, uno dentro del otro, como si fueran paredes estratificadas. ¿Recuerdas lo que te dije sobre los círculos mágicos?

Kim asintió.

—Sirven para encerrar o defenderse de las energías mágicas y las criaturas del Más Allá, pero las criaturas mortales pueden cruzarlos y romperlos.

—Exacto —confirmé—. Este círculo exterior es precisamente eso. Una barrera contra las criaturas de espíritu y las fuerzas mágicas. Estos símbolos de aquí, este y ese son los más importantes.

Señalé los garabatos en cuestión.

Kim asintió con entusiasmo.

—Vale, ya entiendo el círculo exterior. ¿Qué es el siguiente?

—El segundo círculo es una barrera encantada contra la carne mortal. No funcionaría si solo usases un círculo de símbolos. Necesitas algo más, como piedras o gemas o algo así, espaciadas entre los dibujos.

Comí otro trozo de carne. Kim miró el papel y frunció el ceño.

—¿Y entonces qué pasaría?

—Se formaría una pared invisible —respondí—. Los espíritus y la magia podrían atravesarla, pero la carne mortal no. Ni tampoco una piedra, ni las balas, nada puramente físico.

—Ya veo —dijo emocionada—. Como un campo magnético.

Asentí con la cabeza.

—Algo así.

Tenía las mejillas encendidas de entusiasmo y le brillaban los ojos.

—Lo sabía. ¿Y qué es este último?

Miré de reojo el círculo interior de símbolos.

—Un error.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que solo es un galimatías. No significa nada útil. ¿Estás segura de que lo copiaste correctamente?

Kim hizo una mueca.

—Claro que estoy segura. Fui con cuidado.

Estudié su cara durante un momento.

—Si he leído los símbolos correctamente, se trata de una tercera pared, construida para encerrar a criaturas de carne y espíritu. Ni mortales ni espíritus, sino algo intermedio.

Frunció el ceño.

—¿Qué clase de criaturas son esas?

Me encogí de hombros.

—Ninguna —dije, y oficialmente era cierto. El Consejo Blanco de magos no permitía que se hablase de los demonios que pueden ser invocados a la tierra, seres de espíritu que pueden acumular carne para sí mismos. Habitualmente, un círculo de captura de espíritus bastaba para detener a todos los demonios o Antiguos de los confines del Más Allá, incluso a los más poderosos. Pero aquel tercer círculo se había construido para encerrar a «cosas» que podían traspasar esos límites. Era una jaula para semidioses y arcángeles demoníacos.

Kim no se creía mi respuesta.

—No entiendo por qué alguien haría un círculo que no sirve para encerrar nada, Harry.

Me encogí de hombros.

—Las personas no siempre hacen cosas sensatas y lógicas. Son así.

Puso los ojos en blanco.

—Vamos, Harry. No soy una niña. No es necesario que me protejas.

—Y tú no es necesario que sepas para qué fue construido este tercer círculo. Es mejor que no lo sepas. Créeme.

Me miró ceñuda durante un buen rato, después bebió un poco de cerveza y se encogió de hombros.

—De acuerdo. Alguien tiene que autorizar los círculos, ¿verdad? Tienes que saber cómo encenderlos, como las luces.

—Sí, algo así.

—¿Cómo se encendería este?

La miré fijamente durante mucho rato.

—¿Harry? —preguntó.

—Tampoco es necesario que sepas eso si solo tienes un interés académico. No sé en qué estás pensando, Kim, pero olvídale. Déjalo antes de que te hagan daño.

—Harry, no soy

—No sigas —la interrumpí—. Estás sentada dentro de la jaula del tigre, Kim. —Aporree el papel con el dedo para recalcar mis palabras—. Y no necesitarías esta información si no estuvieses planeando meter a un tigre dentro.

Le brillaban los ojos, y levantó la barbilla.

—Crees que no soy lo bastante fuerte.

—Tu fuerza no tiene nada que ver con esto —le respondí—. No tienes ni la formación ni los conocimientos necesarios. Es como si le pidiera a un niño de primaria que resolviese un problema de matemáticas de secundaria. Tampoco espero que tú lo hagas. —Me incliné hacia delante—. Aún no sabes lo bastante como para ponerte a jugar con esta clase de cosas, Kim. Y aunque lo supieses, aunque consiguieses convertirte en una maga hecha y derecha, te diría que no lo hicieras. Si te equivocaras, mucha gente saldría herida.

—Si estuviese planeando hacer algo, Harry, sería asunto mío. No tienes derecho a elegir por mí.

La cólera ardía en sus ojos.

—No —le respondí—. Pero soy responsable de ayudarte a hacer la elección correcta. Me enrosqué el papel en los dedos y lo estrujé, después lo lancé al suelo. Clavó el tenedor en un trozo de bistec con gesto violento y despiadado—. Mira, Kim. Espera un tiempo. Cuando seas más mayor, cuando hayas tenido más experiencia

—Tú no eres mucho mayor que yo —interrumpió Kim.

Me revolví en mi asiento.

—He tenido mucha formación. Y comencé joven.

No quería hablar de mi talento para la magia, muy superior a mi edad y educación. Así que intenté cambiar de conversación.

—¿Cómo va la recaudación de fondos?

—No va —respondió. Se recostó en su asiento, desanimada—. Estoy harta de pedir dinero a la gente para salvar el planeta que están envenenando o los animales que están matando. Estoy cansada de escribir cartas y de ir a manifestaciones de causas en las que ya nadie cree. —Se restregó los ojos—. Estoy cansada.

—Oye, Kim. Intenta descansar. Y por favor te lo pido, no juegues con ese círculo. Prométemelo.

Sacudió su servilleta, dejó unos billetes en la mesa y se levantó.

—Que te siente bien la comida, Harry —dijo—. Y de nada, oye.

Yo también me levanté.

—Kim, espera un segundo.

Pero me ignoró y se dirigió airadamente hacia la puerta. Su falda y su largo cabello se movían al caminar. Tenía un cuerpo impresionante, escultural. Estaba furiosa, hirviendo en cólera. Uno de los ventiladores del techo se estremeció a su paso, dejó salir una bocanada de humo y luego se paró. Kim subió corriendo el corto tramo de escaleras y salió del bar dando un portazo. La gente se la quedó mirando, después me lanzaron una mirada inquisidora.

Volví a sentarme, frustrado. Maldita sea. Kim era una de las personas a las que

había guiado durante el difícil período que atravesó al descubrir su talento innato para la magia. Me sentía como una mierda por haberle ocultado información, pero había estado jugando con fuego. No podía permitirselo. Era responsable de protegerla de aquellas cosas, hasta que supiese lo bastante para entender lo peligrosas que eran.

Por no hablar de lo que pensaría el Consejo Blanco si se enteraba de que un no mago había estado jugando con círculos de invocación. El Consejo Blanco no se arriesgaba con esas cosas. Actuaban con decisión, y no siempre les preocupaba la vida y la seguridad de la gente.

Había tomado la decisión correcta al ocultarle aquella información. La estaba protegiendo de un peligro que ella no podía entender.

Había hecho lo correcto, aunque ella hubiese confiado en mí para que le diese las respuestas, como había hecho en el pasado, cuando le enseñé a contener y controlar su modesto talento para la magia. Aunque hubiese confiado en mí para que le enseñase las respuestas que necesitaba, para que fuese su guía en la oscuridad.

Había hecho lo correcto.

¡Maldita sea!

Me dolía el estómago. Ya no quería seguir comiendo la deliciosa comida de Mac, aunque fuese un bistec. Sentí que no me la había ganado.

Estaba bebiendo cerveza y pensando en cosas tristes cuando la puerta volvió a abrirse. No alcé la vista, pues estaba ocupado practicando un famoso pasatiempo de magos: «comerse el coco». Y entonces una sombra me cubrió.

—Haciendo pucheros ¿eh? —dijo Murphy—. Se inclinó, recogió distraídamente la bola de papel que yo había tirado antes al suelo y se la guardó en el bolsillo del abrigo en lugar de dejarla por ahí tirada—. No es propio de ti, Harry.

Alcé la vista. No tuve que levantarla mucho, pues Karrin Murphy no medía más de un metro cincuenta. Tenía el pelo rubio y se lo había cortado muy por encima de los hombros, un poco más largo por delante que por detrás. Era un estilo punk que realzaba el atractivo de sus ojos azules y su nariz respingona. Iba vestida con ropa informal adecuada a la época del año: vaqueros oscuros, una camisa de franela, botas de excursionismo y una gruesa chaqueta de leñador. Llevaba la placa en el cinturón.

Murphy era una mujer muy mona que había ganado varios premios de tiro en el Departamento de Policía de Chicago y era cinturón negro en aikido. También era una gran profesional que había luchado con uñas y dientes para conseguir que la ascendieran a teniente. Se había creado enemigos en el camino, y uno de ellos se encargó de que, poco después, la pusieran al frente de Investigaciones Especiales.

—Hola, Murphy —le dije. Tomé un trago de cerveza—. Cuánto tiempo.

Intenté mantener la calma, pero estoy seguro de que notó mi enfado.

—Oye, Harry

—¿Leíste el artículo del Tribune? El que te criticaba por haber gastado el dinero

de la ciudad en contratar a un «vidente embaucador llamado Harry Dresden». Supongo que sí, puesto que desde entonces no he tenido noticias tuyas.

Se frotó la punta de la nariz.

—No tengo tiempo para esto.

La ignoré.

—No te echo la culpa. Quiero decir que la mayoría de los contribuyentes de Chicago no creen en la magia, ni en los magos. Por supuesto, ellos no han visto lo que tú y yo hemos visto. Ya sabes. Cuando trabajábamos juntos. O cuando te salvé la vida.

Entrecerró los ojos.

—Te necesito. Tenemos un caso.

—¿Me necesitas? ¿Hace más de un mes que no hablamos y de repente me necesitas? Tengo una oficina y un teléfono y todo lo demás, teniente. No es necesario que vengas a buscarme mientras estoy cenando.

—Le diré al asesino que la próxima vez trabaje en horas de oficina dijo Murphy —. Pero necesito que me ayudes a encontrarlo.

Me enderecé y ceñudo dije.

—¿Ha habido un asesinato? ¿Algo de mi competencia?

Murphy esbozó una sonrisa forzada.

—Espero que no tengas asuntos más importantes que atender.

Sentí que tensaba la mandíbula.

—No. Estoy listo.

Me levanté.

—Muy bien. ¿Nos vamos? —dijo. Luego, dio media vuelta y salió.

Capítulo 2

Murphy se negó a ir en el Escarabajo azul, mi viejo Volkswagen.

En realidad, el Escarabajo ya no era tan azul. Una de las puertas era verde y la otra blanca. Había tenido que cambiarlas cuando una cosa con garras hizo trizas las originales. Un incendio había hecho saltar el capó y Mike, mi mecánico, lo había cambiado por otro rojo. Lo importante es que el Escarabajo funciona, aunque no corra mucho, y me siento cómodo con él. Mike ha dicho que el Escarabajo Volkswagen es el coche más fácil de reparar, por eso lo conduzco. Funciona ocho o nueve días de cada diez. Es fantástico.

La tecnología y los magos no hacen buenas migas: dale a un interruptor y, justo en ese momento, la bombilla se funde. Pasa con el coche por delante de una farola y, justo en ese instante, esta elige parpadear y apagarse. Todo lo que pueda ir mal, irá mal, automóviles incluidos.

Pensé que no tenía mucho sentido que Murphy arriesgara su vehículo cuando podíamos coger el mío, pero dijo que prefería arriesgarse.

Condujo su Saturn en silencio mientras atravesábamos la JFK en dirección a Rosemont. La miré, incómodo. Tenía prisa, estaba siendo demasiado imprudente al adelantar peligrosamente a otros coches, así que me puse el cinturón. Al menos no íbamos en su moto.

—Murph, ¿dónde está el incendio? —le pregunté.

Me miró de reojo.

—Quiero que estés allí antes que los demás.

—¿La prensa? —No pude evitar decirlo con retintín.

Se encogió de hombros.

—La prensa, o cualquiera.

La miré, pero no dijo nada más. Típico. Murphy y yo ya no hablábamos mucho. Condujo el resto del camino en silencio, salimos de la JFK y dejamos el coche en el aparcamiento de un pequeño centro comercial en construcción. Salimos del coche.

Un avión sobrevoló bajo. Se dirigía al Aeropuerto Internacional O'Hare, a solo unas millas hacia el oeste. Lo miré de reojo durante un instante, después miré a Murphy y fruncí el entrecejo al ver que un agente uniformado se acercaba para llevarnos hasta un edificio acordonado por la policía. La luna plateada y casi llena lo iluminaba todo. Yo proyectaba una enorme sombra desgarbada al caminar, que destacaba al lado de la de Murphy, mucho más pequeña. El abrigo se me enredaba entre las piernas.

—Murphy, ¿no estamos fuera de los límites de Chicago? —le pregunté.

—Sí —respondió bruscamente.

—Ah. ¿Entonces no estamos técnicamente fuera de tu jurisdicción?

—La gente necesita ayuda, Dresden, venga de donde venga. Y los últimos asesinatos ocurrieron en Chicago, así que quiero echar un vistazo a esto personalmente. Ya he hablado con la policía local. No hay problema.

—¿Asesinatos? —pregunté—. ¿O sea, más de uno? Murphy, camina más despacio.

Pero no me hizo caso. Me llevó a un amplio edificio en construcción, aunque todas las obras del exterior estaban acabadas. Algunas ventanas aún estaban cubiertas con tablas. No vi el letrero en la puerta principal del edificio hasta que me acerqué y lo leí.

—¿El Varsity? Creía que Marcone lo había incendiado la pasada primavera.

—Hum —dijo Murphy, mirándome por encima del hombro—. Traslado y reconstrucción.

Caballero Johnny Marcone, señor del crimen de Chicago, era el magnate de las malas calles. Mantenía todos los negocios sucios dentro de la ciudad y dejaba sus intereses legales para los suburbios, como aquí, en Rosemont. La pasada primavera, cuando me enfrenté a él en su club, el predecesor del Varsity, a propósito de una nueva droga mortal que circulaba por las calles, el lugar había acabado totalmente incendiado.

Cuando acabó todo el lío, corrió el rumor de que el traficante que yo había eliminado era enemigo de Marcone y que me lo había cargado a petición del señor del crimen. Nunca desmentí el rumor. Era más fácil dejar hablar a la gente que obligar a Marcone a desmentirlo.

El suelo del interior del edificio estaba sin pulir. Alguien había encendido un par de lámparas de trabajo halógenas que daban una luz muy blanca y brillante. Había polvo de pladur por todas partes y varias mesas plegables con las herramientas de los obreros desperdigadas por encima. A un lado, cubos de pintura, trapos y una bolsa de pinceles nuevos esperando a que alguien los usase. No vi la sangre hasta que Murphy me puso el brazo delante para impedir que la pisara.

—Despierta, Dresden —dijo con brusquedad. Me detuve y bajé la vista. Sangre. Mucha sangre. Comenzaba cerca de mis pies, donde una larga salpicadura se extendía como el brazo de un hombre que se está ahogando y manchaba el suelo polvoriento de rojo escarlata. Seguí con los ojos el reguero de aquella larga mancha hasta un charco de unos veinte milímetros de profundidad, que rodeaba a un montón de jirones y carne despedazada que debía ser el cadáver.

Se me encogió el estómago y amenazó con vomitar los trozos de bistec que había cenado aquella noche, pero lo contuve. Rodeé el cadáver manteniendo la distancia. Era un varón de unos treinta años, grande, con el pelo muy corto y de punta. Había caído de lado y me daba la espalda. Tenía los brazos doblados hacia la cabeza y las piernas en posición fetal. Había un arma, una pistola automática pequeña, a unos dos

o tres metros de la víctima, fuera de su alcance, por desgracia.

Rodeé el cadáver para verle la cara.

Estaba claro que lo que le había matado no era humano. Le habían arrancado la cara y los labios. Vi sus dientes manchados de sangre. Tenía la nariz despedazada, y una parte le había quedado colgando. Parecía como si le hubiesen presionado las sienes con fuerza para deformarle el cráneo.

Le habían arrancado los ojos de un mordisco. Los bordes de las órbitas mostraban las marcas irregulares de unos colmillos.

Cerré los ojos. Respiré hondo. Otra vez. Una tercera vez. Aquello no ayudaba. El cuerpo despedía un nauseabundo olor a cloaca que salía de las tripas que le habían arrancado. El estómago estuvo a punto de salirse por la boca.

Podía recordar los otros detalles, incluso con los ojos cerrados, y catalogarlos ordenadamente como referencia futura. Habían despedazado la chaqueta y la camisa de la víctima y solo le quedaban unos jirones sangrientos en los antebrazos, que estaban en posición defensiva. Las manos y los brazos eran un amasijo de carne, y le habían cortado los dedos a trozos. Como estaba acurrucado no podía verle el abdomen, de donde salía la sangre que se extendía como la tinta derramada de una botella. El hedor confirmaba que le habían arrancado las vísceras.

Me alejé del cuerpo, abrí los ojos y miré fijamente al suelo.

—¿Harry? —dijo Murphy desde el otro extremo de los despojos. La dureza con que me había hablado durante toda la noche había desaparecido. No se había movido durante mi rápido examen de los restos.

—Lo reconozco —dije—. O eso creo. Tendrás que comprobar las muestras dentales, para asegurarnos.

El tono de su voz delataba sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Quién era?

—No sé su nombre. Siempre le llamaba Spike. Por el corte de pelo. Era uno de los guardaespaldas de Johnny Marccone.

Murphy guardó silencio durante un instante y después se limitó a decir:

—¡Mierda!

—¿Qué, Murph? —me giré hacia ella, evitando mirar los restos mutilados de Spike.

El rostro de Murphy denotaba preocupación por mí, y sus ojos azules me miraban con dulzura. Borró aquella expresión tan rápido como una sombra que hubiese cruzado la habitación, suavizando las líneas de su rostro para que pareciese impasible. Supongo que la había pillado desprevenida.

—Echa otro vistazo. Después hablaremos —dijo.

—¿Qué busco? —le pregunté.

—Lo sabrás —respondió. Después añadió en un susurro que seguramente no

quería que oyese—: Eso espero.

Regresé a mi trabajo, y examiné toda la habitación. A un lado, una de las ventanas estaba rota. Cerca había una mesa derrumbada, con las patas torcidas y dobladas. Me acerqué.

El suelo alrededor de la mesa estaba cubierto de cristales rotos, así que el agresor debía de haber entrado por la ventana. Había sangre en varios de los trozos de cristal. Cogí uno de los más grandes y lo examiné. La sangre era de un rojo oscuro y aún no estaba seca. Me saqué un pañuelo blanco del bolsillo, envolví el trozo de cristal y después me lo guardé en el bolsillo del abrigo.

Me levanté y, comencé a pasearme por la habitación rastreando con los ojos en suelo. Una parte del suelo estaba prácticamente limpia, como si hubiera habido una pelea sin verter una sola gota de sangre. En otra parte, donde no llegaba la luz de las lámparas halógenas, la luz plateada de la luna iluminaba el suelo bajo una ventana. Me arrodillé.

En medio había la huella de una pata, casi tan grande como la palma de mi mano. Canina. Los puntos de los extremos indicaban unas uñas duras, casi garras.

Miré por la ventana la forma redonda de la luna casi llena.

—¡Dios Santo! —musité. ¡Dios Santo!

Murphy se acercó y me miró en silencio durante un momento, esperando. Me mordí los labios, me levanté y me di la vuelta.

—Tienes problemas.

—No me digas. Explícate, Dresden.

Asentí con la cabeza y luego señalé la ventana.

—Probablemente el agresor entró por aquí. Siguió a la víctima, lo atacó, le quitó la pistola y lo mató. La sangre de la ventana es del agresor. Lucharon durante un rato, allí, en ese trozo limpio, quizá, y Spike intentó llegar hasta la puerta. No lo consiguió. Lo despedazaron.

Me acerqué a Murphy y la miré con solemnidad.

—Ya has tenido otros asesinatos similares. Probablemente hace unas cuatro semanas, durante la última luna llena. Son los asesinatos de los que hablabas.

Murphy me miró un instante a la cara, pero sin mirarme a los ojos, y asintió.

—Sí. Hace casi cuatro semanas. Pero nadie más se percató del detalle de la luna llena. Solo yo.

—Ajá. Entonces también deberías ver esto —dije.

La llevé a la ventana y le enseñé la huella de la pata en el polvo. La miró en silencio.

—Harry —dijo al cabo de un minuto—. ¿Existen los hombres lobo?

Se apartó un mechón de cabello de la mejilla, un pequeño gesto extrañamente vulnerable. Cruzó los brazos, como si tuviese frío.

Asentí con la cabeza.

—Sí. No como en las películas, pero sí. Supongo que eso es lo que tienes aquí.

Dio un profundo suspiro.

—Vale. De acuerdo. ¿Qué puedes decirme? ¿Qué necesito saber?

Abrí la boca para hablar, pero no tuve ocasión de decir nada. Fuera alguien gritó brevemente, después la puerta principal del edificio se abrió de golpe. Murphy se puso tensa e hizo una pequeña mueca de disgusto con la boca. Enderezó la espalda, dejó de abrazarse y puso los brazos en jarras.

—Maldita sea —dijo—. ¿Cómo es posible que esos gilipollas lleguen tan rápido a todas partes?

Di un paso adelante para ver mejor. Entraron cuatro personas trajeadas, desplegadas en una formación de diamante casi militar. El hombre que iba delante era muy alto, aunque no tanto como yo. Debía de medir alrededor de un metro ochenta. Tenía el pelo y las cejas negro azabache, y los ojos grises como el humo. Llevaba un traje azul oscuro que le quedaba bien y que escondía una complexión atlética, a pesar de que, sin duda, pasaba de los cuarenta. Una placa que ponía FBI en letras enormes y odiosas le colgaba de la solapa.

—Proteged la zona —ordenó con voz tensa y profunda—. Teniente Murphy, ¿qué diablos está usted haciendo en la escena de un crimen fuera de su jurisdicción?

—Yo también me alegro de verle, agente Denton —dijo Murphy con voz monótona—. Qué rápido ha llegado.

—Le dije que no la quería en esta investigación —respondió Denton en tono seco. Sus ojos grises brillaban, y una vena de la frente le palpitaba rítmicamente. Entonces me miró—. ¿Quién es ese?

—Har... comencé a decir, pero Murphy soltó un gruñido que me interrumpió.

Nadie respondió ella. Me dirigió una mirada de reprobación para que me callara. Eso me sacó de quicio.

—Harry Dresden —dije, alto y claro.

Murphy y yo intercambiamos una mirada.

—¡Ah! —dijo Denton. El embaucador. He leído sobre usted en el *Tribune*. Dirigió una mirada clara y tensa a Murphy. Usted y su amigo vidente harían bien en marcharse. La policía está trabajando. Me refiero a trabajo serio. Ya sabe, huellas dactilares, fibras, pruebas de ADN tonterías por el estilo.

Murphy y yo entrecerramos los ojos, pero Denton no pareció inmutarse. Murphy y Denton se aguantaron la mirada durante un instante, la furia de ella contra la intensidad de acero de él.

¡Agente Benn! gritó Denton.

Una agente que estaba absorta contemplando el cadáver se dio la vuelta. No pasaba de los treinta años, tenía una media melena prematuramente cana, la piel

verde oliva, los ojos verdes, la mirada profunda y los labios finos. Se dirigió hacia nosotros con una sensualidad algo masculina, moviéndose como alguien que es capaz de ser rápido y peligroso cuando es necesario. De los cuatro agentes del FBI que habían entrado en la habitación, ella era la única que ostentaba un arma. Llevaba la chaqueta desabrochada, y le vi las correas de la funda contra la piel blanca.

Sí, señor respondió Benn. Hablaba en voz muy baja. Su mirada se fijó en algún punto entre Murphy y yo, de forma que no miraba a ninguno pero nos miraba a ambos.

Por favor, saque a estos dos civiles Denton recalcó la palabra de la escena del crimen.

Benn asintió con la cabeza, pero no respondió. Se limitó a esperar. Me preparé para irme, pero me detuve. Murphy plantó firmemente los pies en el suelo y bajó los brazos con aire indiferente. Reconocí el gesto testarudo de su mandíbula. Tenía la misma cara que cuando iba perdiendo en uno de sus torneos de artes marciales. Lista para la lucha. Maldita sea. Debía calmarla o no conseguiríamos nada.

—Murphy —dije en voz baja—. ¿Podemos hablar fuera?

—Y un cuerno —contestó Murphy—. Quienquiera que sea el asesino, se ha cargado a media docena de personas en el último mes. Estoy aquí para atrapar a ese hombre. El departamento de Rosemont me ha dado su autorización.

Murphy miró fijamente a Benn. La agente del FBI era mucho más grande y fuerte que ella. Benn entrecerró los ojos y tensó aún más los hombros.

—¿La tiene por escrito? —preguntó Denton. La vena de la frente le palpitó con más fuerza—. ¿O quiere que informe de esto a sus superiores, teniente?

—No me presione, Denton —dijo Murphy con vehemencia.

Me estremecí.

—Oye, Murphy —dije. Le puse una mano en el hombro—. Salgamos un momento.

Murphy se dio la vuelta, me miró brevemente y después se relajó un poco, ligeramente indecisa. Comenzó a calmarse, y suspiré aliviado. No quería que la cosa acabase violentamente. No conseguiríamos nada.

—Sáquelos de aquí —ordenó Denton.

No me gustó nada el tono de su voz.

Benn no nos avisó. Dio un paso rápido e hizo una llave de artes marciales que yo no conocía con la intención de golpear a Murphy en la sien. Todo ocurrió muy rápido. Murphy abortó el golpe con las manos y, al girarse, la mujer de pelo cano perdió el equilibrio y se dio un fuerte golpe contra la pared.

La expresión de Benn pasó del asombro y la sorpresa a la furia en medio segundo. Se metió la mano en la chaqueta, dudó medio segundo y después sacó la pistola con la precisión de un experto, con suavidad y rapidez, pero como si no tuviese prisa. Sus

ojos verdes brillaban. Me lancé contra Murphy y la tiré al suelo mientras en el interior del restaurante a medio acabar sonaba un disparo atronador. Aterrizamos en el suelo polvoriento.

—¡Benn! —gritó Denton.

Se abalanzó sobre ella, sin preocuparse de la pistola, y se interpuso entre la mujer armada y nosotros. Oí que le hablaba en voz baja y apremiante.

—¡Zorra estúpida! —gritó. ¿Qué te pasa?

Los otros dos tipos del FBI y varios agentes que estaban patrullando fuera vinieron corriendo. Murphy resopló y me dio un codazo. Yo le contesté con un gruñido y me separé de ella. Nos pusimos en pie, ilesos.

—¿Qué diablos ha ocurrido? —preguntó uno de los agentes, un hombre mayor de pelo gris un poco calvo.

Denton se giró hacia el agente con tranquilidad.

—Un fallo. Ha habido un malentendido y el arma de la agente Benn se ha disparado por accidente.

El agente se rascó la calva y miró a Murphy.

—¿Es eso cierto, teniente?

—¡Y un cuerno! —exclamé yo, y señalé a Benn con el dedo—. Esta hija de p...

Murphy me arreó un codazo en el estómago y me miró fijamente.

Es cierto dijo, mientras yo me frotaba el estómago. Ha sido un accidente, tal como ha dicho el agente Denton.

La miré.

—Vamos, Murphy. Esa mujer...

—Ha tenido un accidente con su pistola —dijo Murphy con firmeza—. Podía haberle pasado a cualquiera.

Miró al agente, que parpadeó ligeramente y después se encogió de hombros. Denton se giró hacia nosotros y miró atentamente a Murphy durante un segundo. Después asintió con la cabeza.

—Roj, George. Aseguraos de que la teniente se encuentra bien y llevadla a su coche.

—Claro, claro, Phil —respondió un chaval flaco, pelirrojo y pecoso, de ojos grandes—. Eh, señor Dresden, teniente Murphy. ¿Por qué no salimos a tomar el aire? Soy Roger Harris, y este es el agente Wilson.

El otro tipo del FBI, un hombre corpulento y casi cincuentón, que se estaba quedando calvo y tenía un estómago que se le salía por el cinturón, nos hizo señas para que lo siguiéramos y se dirigió hacia la puerta. Murphy miró a Denton durante un instante, después giró los talones y se marchó tras el corpulento Wilson. Yo la seguí.

—No me lo puedo creer. ¿Estás bien? ¿Por qué demonios no les has contado lo

que ha hecho esa mujer? —pregunté a Murphy en voz baja.

—Esa puta —contestó Murphy en voz bastante más alta ha intentado pegarme un puñetazo.

—Intentó ventilarte, Murphy —repliqué.

Murphy refunfuñó entre dientes, pero siguió caminando. Volví a mirar la habitación y vi que la policía acordonaba el cuerpo despedazado y mutilado de Spike. Habían llegado los forenses, y el equipo estaba preparándose para examinar la habitación. Denton estaba arrodillado al lado de Benn, que tenía la cara entre las manos y aspecto de estar llorando. Denton me miró con sus ojos calculadores e inexpresivos, que me archivaron en la categoría «alto, delgado, pelo negro, ojos oscuros, rasgos aguileños, sin cicatrices visibles».

Le miré fijamente durante un minuto y tuve un presentimiento, una intuición certera. Denton escondía algo. Sabía algo y no lo decía. No me pregunten cómo lo supe, pero había algo en él, en la manera en que le palpitaban las venas de la frente, o en su cuello agarrotado, que me hizo estar seguro.

—Ejem dijo Harris. Parpadeé y me volví hacia él. Abrió la puerta para Murphy y para mí, y salimos. Deborah debería tomarse un descanso. Está muy nerviosa por lo de esos asesinatos *Lobo*. No ha dormido mucho este último mes. Conocía a una de las víctimas. Ha estado muy tensa desde entonces.

—Cállate, Harris —ordenó el agente Wilson, disgustado—. Cállate. —Se volvió hacia nosotros y dijo con calma—: Lárguense. No quiero verlos en la escena de un crimen fuera de su territorio, teniente Murphy. Los de Asuntos Internos ya tienen suficiente trabajo, ¿no le parece?

Dio media vuelta y regresó al edificio. El chaval pelirrojo nos dedicó una sonrisa de disculpa, y después aceleró el paso para alcanzar al gordo agente. Se dio media vuelta y me miró con amabilidad. Después desapareció. La puerta se cerró, dejándonos fuera, lejos de la investigación y de las pruebas de la escena del crimen.

Miré al cielo, a la noche clara de luna casi llena. Hombres lobo entrando por las ventanas de restaurantes en construcción para atacar a los lacayos de un gánster. Un cadáver mutilado en medio de un suelo cubierto de sangre. Furiosos agentes del FBI sacando pistolas y disparando a matar. Un poco de kung—fu, un poco de John Wayne y algunas amenazas informales.

Hasta el momento, pensé con los nervios crispados, solo otra noche más de trabajo.

Capítulo 3

Tenía el estómago revuelto por lo que había visto dentro del edificio y tenso por lo que casi había ocurrido. Aún me retumbaba uno de los oídos por el disparo de la pistola. Estaba empezando a temblar, pues el efecto de la adrenalina había desaparecido y me sentía nervioso. Me metí las manos en los bolsillos del abrigo, toqué el trozo de cristal manchado de sangre que había envuelto en el pañuelo y cerré los ojos. El viento fresco me daba en la cara.

Relájate, Harry, —me dije—. Tranquilo. Respira hondo. ¿Lo ves? No estás muerto. Los muertos no respiran así. No estás despedazado en el suelo, como Spike. Tampoco tienes un agujero de bala. Estás vivo, y Murphy tiene razón, y no tienes que seguir mirando a esa cara sin ojos.

Pero seguía viendo el cuerpo descuartizado, inmóvil. Seguía oliendo el desagradable hedor de sus vísceras abiertas. Recordaba la sangre, pegada en el suelo polvoriento, coagulándose, espesa y con diminutas motas de pladur. Sentía que la bilis me subía por la garganta, e intenté no vomitar.

Quería gritar, correr, agitar los brazos y golpear algo hasta sentirme mejor. Casi podía entender la reacción de la agente Benn si había estado trabajando en una serie de asesinatos como el que acababa de ver. No puedes mirar tanta sangre durante mucho tiempo sin comenzar a ver más por todas partes.

Seguí inspirando y espirando profundamente. El viento que me daba en la cara era frío, penetrante, traía consigo los olores del otoño. Las tardes de octubre en Chicago son frías y ventosas, pero me encantan. Es mi época del año preferida para estar fuera. Por fin me calmé. Seguro que Murphy había estado haciendo lo mismo a mi lado, intentando relajarse. Empezamos a caminar hacia el coche al mismo tiempo; entre nosotros sobaban las palabras.

—Yo... empezó a decir Murphy, y volvió a callarse. No la miré, no hablé. Lo siento, Harry, perdí el control. El agente Denton es un gilipollas, pero estaba haciendo su trabajo, y tenía razón. Técnicamente hablando, yo no tenía derecho a estar allí. No tenía intención de meterte en todo esto.

Abrió las puertas del coche y entró. Me senté en el lado del copiloto, después alargué el brazo y le quité las llaves de la mano cuando estaba a punto de arrancar. Giró bruscamente la cabeza y entrecerró los ojos. Cerré las manos.

—Siéntate un momento y relájate, Murph. Tenemos que hablar.

—Creo que no es una buena idea, Harry —dijo.

—¿Así me agradeces que te salvara la vida? Ya van dos. No irás a negarte.

—Así son las cosas —replicó frunciendo el ceño. Pero se reclinó en el asiento y miró por el parabrisas. Vimos a la policía, a los forenses y los trajes del FBI entrando y saliendo del edificio. Guardamos silencio durante un buen rato.

Lo curioso es que el origen de los problemas entre Murphy y yo era el mismo que lo que había sucedido con Kim Delaney aquella misma noche. La pasada primavera, Murphy había necesitado información para llevar a cabo una investigación. Podría habérsela dado, pero la habría puesto en peligro. No había querido decirle nada, y cuando yo mismo seguí la pista hasta el final, la cosa acabó en unos edificios incendiados y un par de cadáveres. No había pruebas suficientes para acusarme, y además atraparon al asesino que buscábamos. Pero en realidad Murphy no me había perdonado por haberla apartado del asunto.

Durante los meses siguientes me llamó varias veces y yo hice mi trabajo lo mejor que pude. Pero nuestra relación profesional se había enfriado. Quizá era el momento de intentar un acercamiento.

—Mira, Murph —dije—. Nunca hemos hablado de lo que sucedió la primavera pasada.

—Si no hablamos entonces —dijo, con un tono de voz seco como las hojas de otoño— ¿por qué deberíamos hacerlo ahora? Sucedió la primavera pasada. Estamos en octubre.

—Dame una oportunidad, Murphy. Quería contarte más, pero no pude.

—Deja que lo adivine. ¿Te comió la lengua el gato? —preguntó con dulzura.

—Sabes que yo no era uno de los chicos malos. Por el amor de Dios, arriesgué mi vida para salvarte.

Murphy sacudió la cabeza y miró hacia delante.

—Esa no es la cuestión.

—¿Ah, no? ¿Entonces cuál es la cuestión?

—La cuestión es, Dresden, que me mentiste. Te negaste a darme la información que necesitaba para hacer mi trabajo. Si te meto en una de mis investigaciones es porque confío en ti. No voy por ahí confiando en la gente. Nunca lo he hecho. —Agarró el volante y sus nudillos emblanquecieron—. Ahora mucho menos.

Me estremecí. Aquello me había herido. Y lo que es peor, ella tenía razón.

Algunas de las cosas que sabía eran peligrosas, Murphy. Podrían haberte matado.

Sus ojos azules me lanzaron una mirada que me hizo retroceder hasta apoyarme en la puerta del coche.

—No soy tu hija, Dresden —dijo en voz baja y tranquila—. No soy una muñeca de porcelana en una vitrina. Soy policía. Atrapo a los malos y los meto entre rejas, y si es necesario, dejo que me metan una bala, para evitar que se la metan a un contable o a una pobre ama de casa. —Se sacó la pistola de la funda que llevaba en el hombro, comprobó la munición y el seguro y volvió a ponérsela—. No necesito que me protejas.

—Espera, Murphy —dije precipitadamente—. No lo hice para fastidiarte. Soy tu amigo, siempre lo he sido.

Apartó su mirada de mí cuando un agente pasó al lado del coche con una linterna, alumbrando el suelo en busca de pruebas.

—Eras mi amigo, Dresden. Ahora... —Murphy sacudió la cabeza y apretó la mandíbula—. Ahora no lo sé.

No podía decir gran cosa. Pero no podía dejarlo así. A pesar del tiempo que había transcurrido, no había intentando ponerme en su piel. Murphy no era maga. Apenas conocía el mundo de lo sobrenatural, el mundo que la gran religión de la ciencia había querido desterrar desde el Renacimiento. No podía defenderse de las cosas que había encontrado, no tenía ningún arma aparte de lo que yo pudiera enseñarle. Y, la pasada primavera, yo le había quitado aquella arma y la había dejado indefensa. Tenía que haber sido horrible para Murphy enfrentarse cada día a cosas que no tenían sentido, a cosas que no entendían ni los forenses.

Eso es lo que hacían en Investigaciones Especiales. Era el equipo especialmente nombrado por el alcalde de Chicago para investigar todos los «crímenes inusuales» que ocurrían en la ciudad. La opinión pública, la Iglesia y los políticos desaprobaban cualquier referencia a la magia, a lo sobrenatural, a los vampiros o a los magos; pero las criaturas del mundo espiritual seguían acechando: trolls asaltantes, hadas que secuestraban niños, fantasmas, espectros y hombres del saco de todo tipo. Seguían aterrorizando e hiriendo a las personas, y los datos que había reunido indicaban que las cosas estaban empeorando. Alguien tenía que intentar detenerlo. En Chicago y en cualquier sitio del área metropolitana, esa persona era Karrin Murphy y su equipo de IE. Había durado en el cargo más que ninguno de sus muchos predecesores porque estaba abierta a la idea de una realidad distinta. Porque usaba los servicios del único mago del país en activo.

No sabía qué decir, así que mi boca empezó a hablar sola.

—Lo siento, Karrin.

Guardamos silencio durante mucho, mucho rato.

Tembló ligeramente y, por fin, sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero si te meto en esto, Harry, quiero que me des tu palabra. Esta vez no quiero secretos. Ni para protegerme ni para nada.

Miró por la ventana, sus rasgos se suavizaron a la luz de la luna y de las distantes farolas.

—Murphy —dije— no puedo prometértelo. ¿Cómo puedes pedirme que?

La rabia iluminó su rostro y me agarró la mano. Le hizo algo a uno de mis dedos y el dolor me subió por el brazo; sacudí la mano en un acto reflejo, soltando las llaves. Las cogió y las puso en el contacto.

Me estremecí y sacudí mis doloridos dedos durante un momento. Después le cubrí la mano con la mía.

—Vale —dije—. De acuerdo. Te lo prometo. No más secretos.

Me miró a los ojos un instante y después apartó la vista. Arrancó el coche y salió del aparcamiento.

—Vale, te lo contaré. Te lo contaré porque necesito toda la ayuda que puedas darme. Porque si no atrapamos a esa cosa, a ese hombre lobo, este mes vamos a tener otro montón de cadáveres en nuestras manos. Y porque —suspiró— si no lo hacemos, voy a perder mi empleo. Y seguramente tú acabarás en prisión.

Capítulo 4

—¿En prisión? —grité—. ¿En prisión? Diablos, Murphy. ¿Tenías pensado decírmelo algún día?

Me miró con gesto irritado. Las luces de los coches que venían en dirección opuesta a la nuestra le deslumbraban.

—Déjame en paz, Harry. He tenido un mes muy duro.

Una docena de preguntas intentaban abrirse paso por mi boca. La que acabó saliendo fue:

—¿Por qué no me llamaste el mes pasado para los otros asesinatos?

Murphy fijó la vista en la carretera.

—Quise hacerlo. Créeme. Pero no podía. Los de Asuntos Internos comenzaron a investigarme por lo que sucedió con Marcene y Victor Sells la primavera pasada. A alguien se le ocurrió que estaba compinchada con Marcone. Que le había ayudado a asesinar a uno de sus enemigos y a acabar con el cártel del Tercer Ojo. Así que no me los quitaba de encima.

Sentí un repentino arrebato de culpa.

—Por culpa mía. Pusiste aquella orden de arresto contra mí y luego la anulaste. Y cuando todo acabó, surgieron todos aquellos rumores sobre mí y Marcone...

Murphy apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Sí.

—Y si hubieses intentado contármelo, habría sido como echar leña al fuego.

Me froté la frente. Y el que estaba investigando a Murphy también me habría investigado a mí. Así que había estado protegiéndome. No se me había ocurrido pensar que los rumores que Marcone había lanzado sobre mí pudiesen afectar a alguien más. Felicidades, Harry.

—Está claro que no eres estúpido, Dresden —confirmó—. Un poco inocente, a veces, pero no estúpido. Los de AI no pudieron encontrar nada, pero hay bastante gente que cree que tengo las manos sucias, por no hablar de los que me la tienen jurada. Total, que pueden llegar a joderme bastante si no voy con cuidado.

—Por eso no has querido darle importancia a lo que ha hecho la agente Benn —supuse—. Estás intentando no hacer ruido.

—Exacto —dijo Murphy—. Si los de AI se enterasen de que he incumplido las normas me abrirían en canal, más aún si me peleo con un agente del FBI. Créeme, Denton puede parecer un imbécil, pero al menos no está convencido de que oculto algo. Jugará limpio.

—Y aquí es donde entran los asesinatos ¿verdad?

En lugar de responder, se puso en el carril lento y redujo la velocidad. Me giré hacia ella en mi asiento y la miré. Entonces vi los faros de otro coche que cruzaban

un par de carriles y se ponía detrás de nosotros en el carril lento. No le dije nada a Murphy, pero seguí mirando el coche de reojo.

Eso es dijo Murphy. Los asesinatos Lobo. Comenzaron el mes pasado, una noche antes de la luna llena. Encontramos a un par de gánsteres despedazados en Rainbow Beach. Al principio todo el mundo pensó que había sido un animal. Extraño, pero quién sabe ¿no? Total, que, como era raro, me pasaron la investigación a mí.

—Vale. ¿Qué pasó después?

—La noche siguiente fue una viejecita que paseaba por el parque Washington. La mataron del mismo modo. No tenía sentido. Nuestros forenses no encontraron nada útil, así que llamé al FBI. Tienen acceso a recursos de los que yo no siempre dispongo. Laboratorios forenses de alta tecnología, esa clase de cosas.

—Y sacaste al genio de la botella dije.

—Algo así. Los forenses del FBI, ese chaval pelirrojo que va con ellos, encontraron algunas irregularidades en la dentición de los agresores. Dijeron que las marcas de los dientes y las huellas de las patas no correspondían a lobos ni a perros. —Se estremeció ligeramente—. Entonces empecé a pensar que podía ser otra cosa. ¿Sabes? Ellos suponían que alguien estaba intentando que pareciese el ataque de un lobo. Así es como comenzaron a llamar al criminal el Lobo asesino.

Asentí con la cabeza enojado. Los faros aún nos seguían.

—Ya sé que es una tontería, pero ¿has pensado en contarles la verdad? ¿Que puede tratarse de un hombre lobo?

Murphy se mofó de mí.

—Ni hablar. El FBI contrata a conservadores. Gente que no cree en fantasmas, ni en duendes ni en toda esa mierda sobre la que te consulto. Dijeron que los asesinatos habían sido cometidos por alguna secta o por una pandilla de psicóticos. Que deben de haber conseguido armas hechas de colmillos y garras de lobo. Que las huellas que dejaron eran simbólicas. Le pedí a Carmichael que te lo consultase, pero tu contestador decía que estabas trabajando en Minnesota.

—Sí. Alguien vio algo en un lago —confirmé—. ¿Qué pasó después?

—Pues que se armó la gorda. La noche siguiente encontramos a tres vagabundos en el parque Burnham. Estaban hechos trizas. Peor que el tipo de esta noche. Y la última noche de luna llena, un viejo en el exterior de una tienda de licores. Luego, la noche siguiente, un hombre de negocios y su chófer en un aparcamiento. Y durante todo ese tiempo tuve encima a los de AI, observándolo todo.

Movió la cabeza e hizo una mueca.

—La última víctima. Todos los demás estaban fuera, en una parte peligrosa de la ciudad. Un hombre de negocios en un aparcamiento no encaja en ese patrón.

—Ya lo sé —dijo Murphy—. James Harding III. Un importante empresario. Él y John Marcone son socios en unos proyectos de construcción en el noroeste.

Y esta noche tenemos otra víctima vinculada a Marcone.

Sí —asintió Murphy—. No sé qué me da más miedo, si pensar que se trata de ataques animales cometidos por una pandilla de psicóticos que llevan cuchillos afilados con dientes de lobo, o de hombres lobo organizados. —Soltó una risita forzada. Incluso a mí me sigue sonando absurdo. Sí, señorita, la víctima fue asesinada por un hombre lobo.

—Seguro que después de la luna llena la cosa se calmó.

Murphy asintió.

—Al cerró el caso por falta de pruebas y no pasó mucho más. No murió nadie más. Hasta esta noche. Y aún nos quedan cuatro noches de brillante luz de luna, si los asesinos siguen el mismo patrón...

—¿Estás segura de que es más de uno? le pregunté.

—Sí —respondió ella—. Según el agente Denton, las marcas de los mordiscos, o de algo parecido a un mordisco, proceden de tres armas diferentes como mínimo. Los tipos de los laboratorios dicen que podría tratarse de asesinos múltiples, pero los forenses no están seguros.

—A menos que estemos hablando de hombres lobo. En ese caso cada grupo de marcas correspondería a un grupo de colmillos diferente, y estaríamos hablando de una manada.

Murphy asintió.

—Pero no pienso ir a decirles eso. Estaría cavando mi propia tumba.

—Claro. Por eso me has dicho que tu empleo peligraba.

Hizo una mueca.

—Ahora solo necesitan un buen motivo para deshacerse de mí. Si no atrapo a esos tipos, quienesquiera que sean, los políticos se cebarán conmigo. Después les resultará sencillo presentar cargos contra mí por complicidad u obstrucción a la justicia. Y seguramente también intentarán ir a por ti. Harry, tenemos que atrapar al asesino, o asesinos. O estoy acabada.

—¿En alguna ocasión has sacado sangre o cabellos de la escena del crimen? —le pregunté.

—Sí, a veces —respondió ella.

—¿Y saliva?

Murphy frunció el ceño.

—Saliva. Estaría en las heridas de los mordiscos. —Negó con la cabeza—. Si la han encontrado, nadie ha dicho nada. Además, las muestras no nos servirán de nada si no tenemos un sospechoso para compararlas.

—No te servirán de nada a ti —corregí—. Algo dejó sangre en la ventana cuando entró. Quizá averigüemos algo.

Murphy asintió.

—Sería estupendo. Vale, Harry. Ahora ya sabes lo que está pasando. ¿Qué puedes decirme sobre los hombres lobo?

Apreté los labios durante un momento.

—No mucho. Nunca los estudié en detalle. Puedo decirte lo que no son. Pero dame hasta mañana por la mañana y prepararé un informe completo.

Miré por la ventana posterior mientras Murphy salía de la autopista JFK. El coche que nos seguía también salió.

Murphy frunció el entrecejo.

—¿Mañana por la mañana? ¿No puedes tenerlo antes?

—Puedo tenerlo en la mesa de tu despacho a las ocho. Antes, si le dices al sargento de guardia que me deje entrar.

Murphy suspiró y se frotó los ojos.

—Vale. De acuerdo.

Regresamos al bar McAnally y aparcó al lado de mi Escarabajo. El coche que nos había estado siguiendo también entró en el aparcamiento.

—Dios, Harry. No puedo creer que esté sentada aquí contigo hablando de hombres lobo que matan a la gente en el centro de Chicago. —Me miró con ojos ansiosos—. Dime que no me estoy volviendo loca.

Salí del coche, pero me apoyé en la ventana.

—No creo que te estés volviendo loca, Murphy. No sé. Quizá el FBI tenga razón. Tal vez no sean hombres lobo. A veces pasan cosas muy raras.

Esboqué media sonrisa y ella me respondió con un leve bufido.

—Seguramente estaré en mi despacho, Dresden —dijo—. Quiero el informe en mi mesa por la mañana.

Salió del aparcamiento y rápidamente se metió en la calle. No entré en el Escarabajo. En vez de eso, miré el coche que nos había estado siguiendo hasta el aparcamiento. Cruzó el aparcamiento y se dirigió hacia mí, pero no se detuvo.

La conductora, una llamativa mujer de pelo castaño oscuro lleno de canas, pasó por delante de mí sin mirarme.

Vi que se alejaba y fruncí el entrecejo. Salió del aparcamiento, se fue en dirección opuesta a la de Murphy y desapareció de mi vista. ¿Era el mismo vehículo que nos había seguido por la JFK? ¿O me lo había imaginado? Mi instinto me decía que la mujer del coche había estado siguiéndome, pero bueno, no era la primera vez que mi instinto se equivocaba.

Entré en el Escarabajo y me puse a pensar durante un momento. Me sentía culpable y un poco mareado. Murphy tenía problemas por culpa mía. La primavera pasada la había puesto en medio de una situación extremadamente delicada al no decirle lo que pasaba. Ahora estaba sometida a una gran presión.

Tengo lo que puede considerarse una actitud muy anticuada y chovinista hacia las

mujeres. Me gusta tratarlas como señoras: abrirles la puerta, invitarlas a cenar cuando tenemos una cita, llevarles flores, retirarles el asiento y todo eso. Si tuviese una mejor opinión de mí mismo, lo llamaría caballerosidad. Sea lo que sea, Murphy era una dama en apuros. Y puesto que yo la había puesto en esa situación, yo tenía que sacarla de ella.

No era la única razón por la que quería detener los asesinatos. Ver a Spike descuartizado me había asustado horrores. Aún temblaba un poco, una reacción primaria a un miedo muy primitivo. No quería que un animal me comiera, que me masticara con un montón de colmillos afilados. Pensar en ello hizo que me enroscara en el asiento del coche y me abrazara las rodillas juntándolas hacia el pecho, una posición difícil teniendo en cuenta mi altura y los apretujados confines de mi Escarabajo.

Spike había sufrido una muerte de lo más brutal y violenta. Quizá el matón se lo merecía. Quizá no. En todo caso, solo era una de las muchas víctimas que habían sido despedazadas por algo a lo que la gente corriente no debería tener que enfrentarse. No podía quedarme de brazos cruzados.

Soy mago. Eso significa que tengo poder, y el poder y la responsabilidad van de la mano. Tengo la responsabilidad de usar el poder que me ha sido concedido cuando sea necesario. El FBI no estaba en absoluto preparado para desafiar a una manada de hombres lobo salvajes que asaltan a sus víctimas en el otoño de Chicago. Eso me competía a mí.

Di un largo suspiro y volví a sentarme. Metí la mano en el bolsillo del abrigo para coger las llaves del coche y encontré el trozo de cristal envuelto en el pañuelo blanco.

Lo desenvolví con cuidado; el trozo de cristal manchado de sangre seguía allí.

La sangre tiene poder. Podía usarla para hacer un hechizo que me llevara hasta la persona que la había vertido. Podía encontrar al asesino esta noche, con solo dejar que mi magia me llevase hasta él, o hasta ellos. Pero tenía que ser en ese momento. La sangre estaba casi seca, y cuando lo estuviera del todo, me resultaría mucho más difícil usarla.

Murphy se cabrearía mucho si me iba sin ella. Probablemente se imaginaría que tenía pensado seguir la pista y que la había dejado fuera del asunto a propósito. Pero si no seguía la pista, perdería la oportunidad de detener al asesino antes de la noche siguiente.

No tardé mucho en tomar una decisión. Salvar vidas era más importante que evitar que Murphy se cabrease conmigo.

Así que salí del Escarabajo y abrí el maletero del Volkswagen. Cogí algunos utensilios mágicos: mi bastón, el recambio de mi brazalete de escudos y otra cosa sin la que un mago no debería salir a la calle. Una Smith and Wesson Chief's Special del calibre 38.

Los llevé a la parte delantera del coche y saqué el trozo de cristal manchado de sangre.

Que empiece la magia.

Capítulo 5

Saqué el trozo de tiza que siempre guardo en el bolsillo de mi abrigo y la brújula redonda de plástico que llevo pegada con una tira de velcro en el salpicadero, después me puse en cuclillas y mi voluminoso abrigo me cubrió las piernas hasta los tobillos. Dibujé con la tiza un círculo a mi alrededor en el asfalto. La superficie negra contrastaba con las señales blancas, que brillaban a la luz de la luna casi llena.

Tuve que añadir un poquito de energía y voluntad para cerrar el círculo, y de inmediato sentí que la magia que flotaba en el aire se amontonaba dentro del círculo, atrapada en los confines del dibujo. Sentí un cosquilleo en el cogote que me puso los pelos de punta. Me estremecí, cogí el trozo de cristal en el que la sangre se estaba secando rápidamente y lo puse dentro del círculo, entre mis botas. Empecé a canturrear unas sílabas sin sentido en voz baja, mientras me relajaba y me concentraba en el efecto que quería.

—*Interessari, interressarium*, murmuré, y toqué la sangre húmeda con la esfera de plástico de la brújula. La energía salió disparada de mi interior, se arremolinó dentro del círculo que había dibujado y luego entró precipitadamente en la brújula dejando tras de sí un resplandor de motas de polvo plateadas.

La aguja de la brújula tembló, giró como loca y después se balanceó hacia la mancha de sangre de la esfera, como un sabueso que busca un rastro. Luego giró rápidamente y apuntó al sudeste con firmeza.

Sonreí y borré la tiza con las botas, liberando el resto de la energía, después cogí la brújula y regresé al Escarabajo.

El problema con este hechizo era que la aguja de la brújula apuntaba de forma infalible a la persona de la que procedía la sangre hasta el alba del día siguiente y rompía las sencillas energías mágicas que había usado para hacer el hechizo; pero no señalaba el camino más rápido para llegar al objetivo, solo la dirección donde este se encontraba.

El tráfico en Chicago no es precisamente lo que una persona en su sano juicio llamaría agradable o sencillo, pero hacía tiempo que vivía en la ciudad y había aprendido a sobrevivir. Pasé por delante del hospital Cook County, una ciudad virtual dentro de Chicago, y bajé por el parque Douglas; luego giré hacia el sur en Kedzie. Poco a poco, la aguja de la brújula se alineó y apuntó con firmeza al Este mientras yo me dirigía al sur, así que acabé girando al este en la Calle 55, hacia la universidad de Chicago y el lago Michigan.

No era exactamente una parte recomendable de la ciudad. De hecho, era uno de los peores barrios de Chicago. El índice de criminalidad era alto y muchos edificios estaban derruidos, abandonados o sencillamente poco frecuentados. En muchas zonas las farolas estaban apagadas, así que, cuando era noche cerrada, estaba más oscuro

que la mayoría de barrios. Siempre ha sido el lugar preferido de algunas de las cosas más oscuras que salen a rastras del Más Allá para pasar una noche en la ciudad. Algunas noches los trolls acechaban como si fueran atracadores, y cualquier nuevo vampiro que estuviese de paso siempre acababa en este barrio o en alguno parecido, buscando a una presa hasta que podía ponerse en contacto con Bianca o con algún otro vampiro de la ciudad.

Paré el coche cuando la brújula apuntó a lo que parecían unos grandes almacenes abandonados, y apagué el motor. El fiel Escarabajo traqueteó y se paró, agradecido. Saqué el mapa de la guantera y lo miré durante un momento. El parque Washington y el parque Burnham, donde habían tenido lugar cuatro de las muertes del último mes, estaban a menos de un kilómetro.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Seguro que aquí encontraría al Lobo asesino de Murphy.

Salí del coche. Sostuve el bastón mágico con la mano derecha y la brújula con la izquierda. Llevaba el brazalete de escudos colgando de la muñeca izquierda. La pistola estaba dentro del bolsillo de mi abrigo, al alcance de la mano. Me tomé unos instantes para respirar profundamente, despejar la mente y clarificar lo que quería hacer.

No estaba allí para detener al asesino, quienquiera que fuese. Solo lo estaba localizando para Murphy. Ella podía ponerlo bajo vigilancia y cogerlo la próxima vez que intentase algo. Aunque yo lo capturase, Murphy no podría presentar cargos contra él basándose en la palabra de un mago profesional. A los jueces municipales les encantaría tener a un poli delante soltando semejante cantidad de tonterías.

Giré el bastón mágico entre mis dedos, sonreí y eché a andar. No importaba. No necesitaba que el sistema judicial reconociese mis poderes para usarlos.

Las ventanas frontales de los antiguos grandes almacenes estaban cubiertas de tablas. Las toqué hasta que encontré una que estaba floja. Me detuve y la examiné con cuidado, atento a una posible alarma.

Como la cuerda cubierta de pequeñas campanillas que estaba atada a la parte inferior de la ventana. Si hubiese empujado la tabla de madera un poco más hacia dentro, habrían empezado a tintinear. En lugar de eso, quité con cuidado la cuerda, que estaba atada a uno de los clavos, y me colé por los sombríos confines de la tienda abandonada.

Era un lugar esquelético. Aún quedaban los huesos de los estantes, ahora desprovistos de género, formando largos pasillos. Unas lámparas fluorescentes colgaban del techo en tristes filas, y el vidrio de las bombillas tubulares hechas añicos cubría el suelo. La luz de la calle se filtraba en el interior, sobre todo la de la luna, pero había más luz procedente del fondo de la tienda. Comprobé mi brújula manchada de sangre. La aguja apuntaba con firmeza a aquella luz. Cerré los ojos y

escuché, una habilidad que no es muy difícil de aprender, pero que la mayoría de personas ha olvidado. Oí al menos un par de voces que hablaban en tono bajo y apremiante.

Me deslicé hacia el fondo de la tienda, usando los estantes vacíos para esconderme. Luego contuve la respiración y eché una rápida mirada por encima de la última fila de estantes.

Había varias personas reunidas alrededor de una linterna Colemana, todas jóvenes, de estaturas varias y de ambos sexos. Iban vestidas de negro; la mayoría llevaba chaquetas, pulseras y collares de cuero negro. Algunos llevaban pendientes y aros en la nariz; otro tenía un tatuaje en el cuello. Si hubieran sido altos y musculosos habrían resultado intimidantes, pero no lo eran. Parecían universitarios, o incluso más jóvenes. Apenas les despuntaba la barba, algunos aún tenían acné o el pelo demasiado graso, y la delgadez de la juventud. Parecían torpes y fuera de lugar.

Cuatro o cinco estaban reunidos alrededor de un joven robusto que debía de medir un metro setenta. Llevaba gafas gruesas y tenía los dedos rechonchos. Le habría pegado más un plumier que los guantes de cuero ribeteados de pinchos que llevaba puestos. Estaba de pie con los brazos en jarras, mirando a una chica rubia y muy delgada que le sacaba al menos una cabeza. Era esbelta pero desgarbada, y su cara, larga y triste, tenía una expresión de rabia. Su cabello era una melena alborotada que le caía por la cara, y los ojos le brillaban con ira contenida. Otros cinco o seis jóvenes estaban reunidos alrededor de ella, y todo el mundo parecía tenso.

—Y yo te digo —gruñó el joven con voz apagada— que deberíamos salir ahora mismo. No podemos descansar hasta que los hayamos encontrado a todos y los despedacemos.

Hubo un murmullo de aprobación entre los que le rodeaban.

—Billy, eres un idiota lleno de testosterona —dijo la rubia—. Si saliéramos ahora, nos cogerían;

—Usa la cabeza, Georgia —replicó Billy—. ¿Crees que aún no lo saben? Podrían cogernos a todos ahora mismo si quisieran.

—No lo han hecho —señaló Georgia—. Ella nos dijo que no volviéramos a salir esta noche, y no lo haré. Y si tú lo intentas, te ataré los tobillos a las orejas.

Billy lanzó un gruñido, aunque sonó falso y forzado, y dio un paso adelante.

—¿Crees que puedes conmigo, zorra? —dijo—. Inténtalo.

Georgia entrecerró los ojos.

—No me apunté a esto de los lobos para luchar contra perdedores como tú, Billy, y no voy a empezar ahora. —Miró a los jóvenes que estaban detrás de Billy—. Ya sabéis lo que ella nos dijo. ¿Vais a desobedecerla?

—Escuchad, Alfas —dijo Billy, dándosela vuelta para mirar a los que estaban detrás de él y luego a los que apoyaban a su adversaria—. He sido vuestro líder todo

este tiempo. He hecho lo que prometí. ¿Vais a dejar de confiar en mí?

Escudriñé al grupo y volví a bajar la cabeza, de regreso a las sombras. Joder, hombres lobo adolescentes. Comprobé la brújula, que señalaba con firmeza a la habitación iluminada, al grupo reunido alrededor de la linterna. ¿Eran esos los asesinos? Más bien parecían un grupo de paletos vestidos para la Noche del Cuero.

Al menos era un comienzo. Ya podía irme y contarle a Murphy lo que había visto. Primero tendría que comprobar el exterior del edificio, ver si alguien tenía el coche aparcado cerca para darle a Murphy los números de las matrículas. Diablos, no estábamos lejos de la universidad. Tal vez tuvieran pases de aparcamiento.

—¿Qué significa esto? —preguntó una voz de mujer, clara y estridente.

Volví a levantar el pescuezo por encima del estante. Una mujer de piel oscura, tan alta como la rubia de cara larga, pero mayor que ella, musculosa y que se movía con una seguridad animal, había entrado en la habitación por una puerta de atrás. Tenía el pelo castaño salpicado de canas, y solo tardé un segundo en reconocer a la mujer del coche del aparcamiento de McAnally. El corazón empezó a latirme un poco más rápido. Así que, después de todo, había estado siguiéndonos. Lanzó una mirada furibunda a los dos grupos de jóvenes. Sus ojos eran una sombra ámbar casi espeluznante.

—¿Es que no habéis aprendido nada? —preguntó la mujer.

Billy y Georgia miraban al suelo, incómodos. Los otros jóvenes habían adoptado posturas similares, como un grupo de niños a los que han cogido planeando salir después del toque de queda.

—Esto no es un juego. Alguien me ha seguido hasta aquí. Los tenemos encima. Si empezáis a cometer errores, lo pagaréis con la vida —dijo la mujer mientras caminaba arriba y abajo alrededor del grupo. Comprobé la brújula.

La aguja avanzaba y retrocedía mientras ella caminaba, señalándola con firmeza. Casi se me sale el corazón por la boca. Examiné a aquella mujer, con su vitalidad casi animal, su imponente presencia y determinación. Esa mujer, pensé, podría ser una asesina. Y sabía que la habían estado siguiendo. ¿Cómo? ¿Cómo diablos sabía que la seguía?

Nervioso, alcé la vista para mirarla y me la encontré observando atentamente las sombras alrededor de los estantes tras los que me ocultaba. Uno de los jóvenes comenzó a decir algo, y la mujer levantó la mano para pedir silencio. Dio un paso en mi dirección y vi que resoplaba al respirar. Contuve la respiración, no me atreví a volver a agachar la cabeza detrás de los estantes para que el movimiento no me delatase.

—Unid las manos —ordenó con brusquedad—. Ahora. Después se giró hacia la linterna que estaba en el suelo y la apagó, dejando la habitación a oscuras.

Se produjeron unos murmullos de confusión, luego el siseo autoritario de la mujer

y después nada, excepto el silencio y el sonido de los zapatos y las botas moviéndose sobre las baldosas, hacia el fondo de la tienda. Se iban. Me levanté y, a ciegas, me dirigí hacia ellos lo más rápido que pude, intentando seguirles.

Ahora sé que no fue la decisión más inteligente, pero sabía que no podía dejarlos escapar. El hechizo que había hecho en la brújula no duraría mucho, no lo bastante como para volver a encontrar a la mujer, y mucho menos a alguno de los jóvenes de su manada. Quería seguirles, coger los números de las matrículas de sus coches, cualquier cosa que ayudara a Murphy a localizarlos después.

Calculé mal la longitud de mi paso y choqué contra la pared al final del pasillo. Pegué un grito de dolor y volví a orientarme, siguiéndoles, usando la oscuridad para esconderme tanto como ellos. Podría haberme alumbrado un poco, pero pensé que mientras nadie pudiese ver, nadie empezaría a disparar. Salí con cuidado, escuchando, siguiendo los sonidos.

Solo tuve un segundo para reaccionar al ruido de unas garras que se deslizaban por las viejas baldosas, luego algo grande y peludo me golpeó las piernas por debajo de la rodilla y me hizo caer de bruces. Grité, agarré mi bastón mágico como si fuese un bate de béisbol y sentí que golpeaba sólidamente algo duro y huesudo. Se oyó un gruñido, un sonido animal profundo, y algo me arrancó el bastón de la mano y lo lanzó por los aires. Hizo un ruido hueco en el suelo embaldosado. Dejé caer la brújula, busqué a tientas la pistola y me puse en pie, luego retrocedí un poco y grité mi miedo a un desafío silencioso.

Me quedé inmóvil durante un instante, mirando a la nada, respirando con dificultad, con la pistola en la mano. El miedo hacía latir mi corazón con fuerza y, como siempre, la rabia le pisaba los talones al miedo. Estaba furioso porque me habían atacado. Me había imaginado que algo intentaría detenerme, pero en la oscuridad aquel gruñido me había asustado mucho más de lo que pensaba.

Durante un minuto no ocurrió nada, y tampoco pude oír nada. Busqué en mi camisa el pentáculo de plata que había pertenecido a mi madre, la estrella de cinco puntas dentro de un círculo, el símbolo del orden, la simetría, el equilibrio de poder. Me concentré en él, y una luz suave y tenue comenzó a brillar. No se parecía en nada a la luz cegadora que sale cuando concentras tu poder contra un ser del Más Allá, pero al menos bastaba para guiarme. Me dirigí al cuarto trasero rodeado de una luz blanquiazul como la de la luna.

Era un estúpido por seguir adelante, pero estaba enfadado, lo bastante furioso como para andar a trompicones a través del cuarto trasero de los grandes almacenes hasta que pude ver el perfil azul oscuro de una puerta abierta. Me dirigí a ella, tropezando con algunas cosas más que no podía distinguir con la tenue luz de mi amuleto, dando patadas furiosas a otras que se interponían en mi camino, hasta que salí a un callejón detrás del viejo edificio, respiré el aire del exterior y pude volver a

ver formas y colores.

Algo me golpeó con fuerza por detrás, me hizo caer al suelo, y la gravilla se me clavó en las costillas a través de la camisa. Perdí la concentración y, con ella, la luz de mi amuleto. Sentí que algo duro y metálico me apretaba el cráneo y que alguien me clavaba su rodilla en las lumbares. Luego una voz de mujer gruñó:

—Suelta la pistola o te vuelvo la tapa de los sesos.

Llámame loco si quieres, pero no me gusta hacerme el chulo cuando tengo una pistola incrustada en el cráneo. Solté con cuidado mi 38 milímetros y la dejé a un lado.

—Pon las manos detrás de la espalda. Ahora —gruñó la mujer.

Obedecí. Sentí el frío metal de las esposas alrededor de mis muñecas, oí el sonido metálico del trinquete al cerrarse. Mi agresora despegó su rodilla de mi espalda y me empujó hacia delante con una pierna, encendió una linterna y me alumbró.

—¿Harry? —dijo.

Parpadeé y miré hacia la luz. Entonces reconocí la voz.

—Hola, Murphy. Esta va a ser una de esas conversaciones ¿verdad?

—Idiota —replicó Murphy con dureza. Aún era solo una sombra tras la linterna, pero reconocí su silueta—. Encontraste una pista y la seguiste, pero no te pusiste en contacto conmigo.

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra, teniente —dije, y me senté. Seguía con las manos fuertemente atadas a la espalda—. No había tiempo. No podía esperar o habría perdido la pista.

Murphy refunfuñó.

—¿Cómo encontraste este lugar?

—Soy mago —respondí, y moví los brazos lo mejor que pude—. Magia. ¿Qué sino? —Murphy refunfuñó, pero se puso en cuclillas y me quitó las esposas. Luego me froté las muñecas—. ¿Y tú?

—Soy poli —dijo—. Un coche nos siguió hasta McAnally desde la escena del crimen. Esperé hasta que se fue y entonces lo seguí. —Volvió a levantarse—. Tú estabas dentro. ¿Salió alguien por delante?

—Creo que no. Pero no pude verlo.

—Maldita sea —dijo Murphy. Se metió la pistola en el abrigo—. No ha salido por detrás. Debe de haber alguna salida por el tejado. —Miró los edificios apiñados y alumbró con la linterna hacia el tejado—. Ya no hay ni rastro de él.

—No se puede ganar siempre.

Me levanté.

—Y un cuerno —exclamó. Se dio la vuelta y echó a andar hacia el edificio.

Tuve que darme prisa para alcanzarla.

—¿Adónde vas?

—Adentro. A buscar unas escaleras, o una escalera de mano, lo que sea.

—No puedes seguirles —repliqué, y me puse a su lado en el momento que entraba en el oscuro edificio—. Tú y yo solos no podemos cogerlos.

—¿Cogerlos? —dijo Murphy—. Yo solo vi a uno.

Se detuvo y me miró, y brevemente le expliqué lo que había sucedido desde que nos separamos en el aparcamiento. Los ojos azules de Murphy me miraban con expresión seria.

—¿Qué crees que ocurrió? —preguntó cuando acabé.

—Había hombres lobo —respondí—. La mujer de pelo castaño oscuro con canas era su líder.

—¿Un grupo de asesinos? —dijo Murphy.

—Una manada —la corregí—. Pero no estoy seguro de que fueran los asesinos. No parecían... no sé. Lo bastante fríos. Lo bastante crueles.

Murphy movió la cabeza y salió.

—¿Puedes darme una buena descripción?

La seguí.

—Bastante buena, creo. ¿Pero para qué la quieres?

—Voy a emitir una orden de busca y captura para la mujer que vimos. Y quiero que describas a los chavales que oíste hablar.

—¿Para qué la necesitas? ¿No tienes la matrícula del coche que conducía?

—Ya los he llamado —explicó Murphy—. Era de alquiler. Seguramente lo alquiló bajo un nombre falso.

—Creo que te equivocas de personas, Murphy. No emitas esa orden de busca y captura.

—¿Por qué no? —me preguntó. Alguien me sigue hasta la ciudad desde la escena de un crimen. No solo eso, sino que puedes confirmar que eran los asesinos. No en un tribunal, ya lo sé, pero tu palabra me basta. Los equipos de investigación normal se ocuparán del resto si sabemos dónde buscar.

Levanté la mano.

—Espera, espera. Mi hechizo no me dijo que la mujer fuese la asesina. Solo que la sangre que encontramos en la escena del crimen era la suya.

Murphy cruzó los brazos y me miró fijamente.

—¿De qué lado estás?

—No lo entiendes, Murphy —dije, y sentí que perdía un poco la calma—. No te enfrentas a la clase de gente que vive en el país de lo oculto a menos que estés dispuesta a llegar hasta el final. Si molestas a una manada de hombres lobo y les echas a la policía encima, les estás declarándola guerra. Y entonces será mejor que estés dispuesta a luchar.

Murphy empujó la mandíbula hacia fuera.

—No te preocupes por mí. Puedo defenderme.

—No digo que no puedas —respondí—. Pero lo que despedazó a Spike en el club de Marcone no era lo mismo que estaba conmigo ahí dentro.

Señalé la sala principal de los grandes almacenes con la cabeza.

—¿Ah, no? —preguntó Murphy—. ¿Por qué no?

—Porque pudo haberme matado y no lo hizo.

—¿Crees que no podrías haberte defendido de un hombre lobo, Harry?

—¿En la oscuridad? —exclamé—. Murphy, hace casi cien años que los lobos se extinguieron en la mayor parte de los Estados Unidos. No tienes ni la más remota idea de lo peligrosos que pueden ser. Un lobo puede correr más rápido que tu coche cuando conduces por Chicago. Sus mandíbulas pueden romperte el fémur de un golpe. Un lobo puede verte en la más completa oscuridad y contarte los pelos de la cabeza a cien metros de distancia a la luz de las estrellas. Puede oír el latido de tu corazón a treinta o cuarenta metros. El lobo que estaba ahí dentro conmigo podía haberme matado con facilidad, pero no lo hizo. Me desarmó después de que lo golpeara y luego se fue.

—Eso no significa nada —insistió Murphy, pero dobló los brazos, miró las sombras que nos rodeaban y tembló ligeramente—. Puede que el asesino te conozca. Tal vez no quería arriesgarse a matar a un mago. Quizá, solo quizá, el lobo lo hizo para librarse de ti. Tal vez no te liquidó para que reaccionases así, para no levantar sospechas.

—Tal vez —admití—. Pero no lo creo. Los chavales que vi... —moví la cabeza— No emitas aún la orden de busca y captura. Espera un poco, hasta que pueda darte algo más de información. Mira, me pagas para que te aconseje, para que te asesore sobre el mundo de lo sobrenatural. Yo soy el experto ¿no? Escúchame. Confía en mí.

Me miró con atención y apartó rápidamente la vista cuando nuestros ojos se encontraron. Hacía tiempo que nos conocíamos. No miras a los ojos de un mago si no tienes un buen motivo. Los magos ven demasiado.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Esperaré, pero solo hasta mañana por la mañana, cuando me entregues el informe. Si para entonces no puedes enseñarme nada, iré a por la gente que hemos visto esta noche. —Esbozó una pequeña sonrisa intensa—. De todos modos, no sé cómo iba a explicar lo que estaba haciendo en la escena del crimen en Rosemont. —La sonrisa desapareció y solo quedó la intensidad—. Pero me darás esa información, Dresden, mañana a primera hora. No cometes ningún error. Cogeré al asesino antes de que muera alguien más.

Asentí con la cabeza.

—Por la mañana —le aseguré—. Te lo prometo.

La linterna de Murphy parpadeó, luego el filamento hizo ¡pum! y se apagó.

Murphy suspiró en la oscuridad.

—Nunca funciona nada cuando estás cerca —dijo—. A veces, Harry, odio ir por ahí contigo.

Capítulo 6

Entré en mi apartamento, dejé el bastón mágico que había recuperado de los grandes almacenes abandonados al lado de mi bastón-estoque en el rincón de los artilugios mágicos y cerré la puerta con llave. Era una de esas puertas antirrobo con el marco de acero. La compré después de que un demonio irrumpiese en mi casa seis meses antes y me la destrozase.

Mi apartamento se encuentra en el sótano de una enorme y vieja pensión que, no sé cómo, ha sobrevivido a todos los incendios de Chicago. Casi todo el edificio es de madera, y gime y cruje cuando sopla el viento, o sea, siempre, y hace una música suave y tranquilizadora. Es un lugar con historia, los vecinos son tranquilos y el alquiler barato, aunque ha subido desde que el demonio destrozó mi apartamento.

Por razones de sobras conocidas, la vivienda carece de aparatos eléctricos. Hay una chimenea, una pequeña cocina al lado de la pieza principal y un pequeño dormitorio con un cuarto de baño. También hay una ventana alta en cada una de las cuatro paredes, incluido el cuarto de baño.

Decorado con texturas más que con colores; el suelo de piedra desnuda está lleno de gruesas alfombras, unas encima de otras. El ácido del demonio quemó casi todos los muebles, así que me vi obligado a buscar repuestos en las tiendas de segunda mano. Compré muebles de madera antigua y telas suaves. En las paredes de piedra desnuda hay tapices colgados, los más antiguos que pude encontrar. A la luz rojiza de la chimenea, los naranjas, marrones y rojos, que constituyen los colores primarios de la decoración, no parecen tan feos.

Me acerqué a la chimenea y encendí el fuego. Octubre en Chicago es un mes frío y ventoso, y mi húmedo refugio suele estar helado hasta que enciendo el fuego. En cuanto puse unos troncos en la chimenea *Mister* hizo acto de presencia, ronroneó con cariño y se restregó en mi pierna, haciendo que me tambalease un poco.

—Otra vez te has comido los bistecs ¿eh, *Mister*? —dije, acariciando sus grandes orejas grises. *Mister* es más grande que muchos perros. Quizá uno de sus padres fuera un gato montes. Lo encontré en un cubo de basura cuando era un gatito, y pronto me adoptó. A pesar de mis problemas *Mister* había sido un alma comprensiva, y con el tiempo me di cuenta de que me había acogido en su pequeña familia y consentía que me quedase en su apartamento. Gatos. No hay quien los entienda.

Encendí la cocina de leña y preparé una comida rápida a base de espagueti, pollo a la parrilla y pan tostado. *Mister* compartió la comida conmigo y, como siempre, me dio la mitad de su lata de cocaola. Yo puse los platos en el fregadero antes de ir a mi habitación y ponerme la túnica.

Que empiece la magia.

Fui a un rincón y levanté la alfombra, después abrí una trampilla que había debajo

y apareció una escalera de mano empinada que llevaba al subsótano, donde tenía mi laboratorio.

Bajé la escalera con una vela encendida que proyectaba una luz dorada sobre el alegre caos del laboratorio. La sala estaba llena de mesas y la más larga ocupaba casi todo el centro, lo que apenas dejaba espacio para moverse, excepto por una zona al fondo del laboratorio que siempre estaba totalmente despejada para mi círculo de invocación, un anillo de cobre brillante en el suelo. Había libros, cuadernos, bolígrafos difuntos, lápices rotos, cajas, fiambreras, viejas mantequeras, botes de mermelada vacíos y bolsas de plástico junto a otros recipientes de múltiples formas y tamaños que guardaban especias, piedras raras, huesos, piel, sangre, baratijas, joyas y otros ingredientes útiles para la magia.

Llegué al final de la escalera, pasé por encima de un montón de cómics (sin comentarios) a punto de caerse y comencé a encender las otras velas que estaban colocadas en platos alrededor de la fría habitación. Por último, me agaché para encender la estufa de queroseno que guardo en el laboratorio en un intento de mitigar el frío.

—Bob —dije—. Despierta, dormilón.

En uno de los estantes, apiñada entre un montón de libros de tapa dura, una blanquecina y lisa calavera humana me miraba embobada a través de las cuencas vacías de sus ojos. En el fondo de las cuencas había una tenue luz naranja que se avivó hasta convertirse en dos puntos de luz brillantes.

—Dormilón. Oh, qué gracioso, Harry. Con un sentido del humor como ese, podrías ganarte la vida como basurero en cualquier parte del país.

La boca de la calavera se abrió en una especie de bostezo, aunque yo sabía que el espíritu que habitaba dentro, Bob, no sentía el cansancio de la misma forma que los vivos. Soporté su insolencia, por así decirlo; Bob había trabajado para varios magos durante una docena de vidas mortales, y sabía más sobre los aspectos prácticos de la magia de lo que yo aprendería nunca.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Bob se rió con disimulo—. ¿Más pócimas para perder peso?

—Oye, Bob. Aquello solo fue para pasar un mes difícil. Alguien tiene que pagar el alquiler.

—De acuerdo —dijo Bob con presunción—. ¿Entonces vas a meterte en el negocio de los aumentos de pecho? Te aseguro que es un chollo.

—La magia no es para eso, Bob. ¿Se puede ser más mezquino?

—¡Ah! —respondió Bob, y las luces de sus ojos parpadearon—. La pregunta es: ¿se puede ser más guapa? No eres un mal mago, Dresden. Deberías pensar en lo agradecidas que te estarían todas esas hermosas mujeres.

Gruñí y comencé a despejar un espacio en la mesa del centro, amontonando las

cosas a un lado.

—¿Sabes, Bob? Algunos no estamos obsesionados con el sexo.

Bob resopló, toda una hazaña para un tipo sin nariz ni labios.

—Y algunos valoramos un cuerpo real y los cinco sentidos, Harry. ¿Cuándo viste a Susan por última vez?

—No lo sé —respondí—. Hace un par de semanas. Estamos muy ocupados con el trabajo.

Bob suspiró.

—Una mujer hermosa como ella y tú aquí, en tu viejo y húmedo laboratorio, preparándote para hacer algún disparate.

—Exacto —dije—. Ahora, cállate y a trabajar.

Bob protestó en latín, pero traqueteó un par de veces para sacudirse el polvo.

—Claro, ¡qué sabré yo! No soy más que un pequeño espíritu patético ¿verdad?

—Sí, Bob, con una memoria fotográfica, trescientos o cuatrocientos años de experiencia y más capacidad de deducción que un ordenador.

Me pareció que Bob casi sonreía.

—Solo por eso me esforzaré al máximo esta noche, Harry. Puede que no seas un idiota redomado, después de todo.

—Fantástico —exclamé—. Quiero preparar un par de pócimas, y quiero que me digas todo lo que sepas sobre los hombres lobo.

—¿Qué clase de pócimas y qué clase de hombres lobo? —preguntó Bob rápidamente.

Parpadeé.

—¿Hay más de una?

—Diablos, Harry. Hemos preparado al menos tres docenas de pócimas diferentes aquí abajo, y no veo por qué no.

—No, no, no —gruñí—. Hombres lobo. ¿Hay más de una clase de hombres lobo?

—¿Eh? ¿Más de una clase de qué? —Bob inclinó el cráneo a un lado, como si aguzara el oído.

—Hombres lobo, hombres lobo.

—Hombres lobo por aquí —dijo Bob en tono solemne y sentimental— hombres lobo por allá.

Parpadeé.

—¿Eh? ¿De qué demonios estás hablando?

—Es una broma, Harry. Por todas las estrellas, ¿nunca sales a divertirte o qué? Miré a la calavera, que me dirigía una sonrisa traviesa, y refunfuñé.

—No me obligues a castigarte.

—Vale, vale. Caray, qué gruñones estamos esta noche.

Las mandíbulas de Bob volvieron a bostezar.

—Estoy trabajando en otro caso de asesinato, Bob, y no tengo tiempo de hacer el tonto.

—Asesinato. Qué complicados son los asuntos mortales. Uno nunca oye hablar de asesinatos en el Más Allá.

—Eso es porque todos sois inmortales, Bob. Cállate y dime lo que sepas sobre los hombres lobo. Háblame de todas las clases que conozcas.

Saqué un cuaderno, un lápiz nuevo y luego un par de probetas limpias con quemadores de alcohol para calentar el líquido que iba a poner.

—De acuerdo —dijo Bob— ¿Qué sabes?

—Sobre hombres lobo, nada. Mi profesor nunca me habló del tema.

Bob soltó una risita estridente.

—El viejo Justin no era muy sensato. Pero sabía lo que le iba a pasar, Harry, y no dejes que nadie en el Consejo Blanco te convenza de lo contrario.

Me detuve un instante. Una oleada de sentimientos contradictorios se apoderó de mí: rabia y miedo y sobre todo pena. Cerré los ojos. Aún podía ver a mi profesor envuelto en las llamas de mi ira y mi voluntad.

—No quiero hablar de ello.

—Diablos, pero si el Consejo suspendió tu sentencia. Te exculparon. Por cierto, me pregunto qué le pasó a Elaine. Esa si que era una monada...

—Hombres lobo, Bob —dije en voz muy baja e iracunda.

Empezó a dolerme una mano. Vi que estaba apretando un puño y que mis nudillos emblanquecían. Lo miré fijamente.

La calavera hizo un sonido como si tragase saliva y después dijo:

—De acuerdo. Vale. Hombres lobo. Y, eh, ¿qué pócimas querías?

—Quiero una pócima estimulante. Y también quiero algo que me haga imperceptible a un hombre lobo.

Cogí el cuaderno y el lápiz.

—La primera es difícil. No hay nada como una buena noche de sueño. Pero podemos hacer un supercafé, no hay problema.

Me soltó la fórmula y yo la anoté con letra demasiado angular y sombría. Aún estaba enfadado por la mención de mi viejo maestro. Y la mezcla de emociones que desencadenó el recuerdo de Elaine tardó una hora en desaparecer.

Todos tenemos nuestros demonios.

—¿Y la segunda? —pregunté a la calavera.

—No puede hacerse —respondió Bob—. Los lobos son demasiados listos como para que pases desapercibido a todos sus sentidos si antes no has hecho un hechizo importante. Me refiero a un gran anillo de invisibilidad o solo a una capa oscura o algo por el estilo.

—¿Acaso tengo pinta de estar forrado? No puedo permitírmelo. ¿Y una pócima

que me oculte de forma parcial?

—Oh, ¿te refieres a un brebaje mixto? ¿Para que te mezcles discretamente con el entorno o algo así? Creo que sería lo más útil. No se darían cuenta de tu presencia.

—Vale. Mejor eso que nada.

—No hay problema —aseguró Bob, y me soltó otra fórmula, que apunté. Comprobé la lista de ingredientes y pensé que los tenía todos dentro de los innumerables recipientes colocados en los estantes.

—Bien. Puedo empezar con las pócimas. ¿Qué sabes de los hombres lobo, Bob?

—Muchas cosas. Estuve en Francia durante la época de la Inquisición.

Su tono de voz era lacónico (pero era de esperar, teniendo en cuenta las circunstancias).

Comencé a preparar la primera pócima, el estimulante. Todas las pócimas tienen ocho partes. La primera es una base líquida sobre la que se mezcla el resto de ingredientes. Cinco partes están simbólicamente vinculadas a los cinco sentidos. Otra está relacionada con la mente y la última con el espíritu. El ingrediente básico de la pócima estimulante era el café, mientras que la base de la pócima para disimular el olor era el agua. Puse ambos ingredientes a hervir.

—Así que había hombres lobo en aquella época.

—¿Me tomas el pelo? —exclamó Bob—. Estaban en pleno apogeo. Los había de todas clases: *hexenwolves*, hombres lobo, licántropos y *loup-garou*. Todas las clases de lupinos zoomorfos que te puedas imaginar.

—¿Zoo qué? —pregunté.

—Zoomorfos —repitió Bob—. Cualquier cosa que puede cambiar de forma humana a animal. Los hombres lobo son zoomorfos. También los hombres oso, los hombres tigre, los hombres búfalo...

—¿Búfalos? —pregunté.

—Claro. Algunos chamanes nativos americanos pueden transformarse en búfalo. Pero casi todos se transforman en depredadores y, hasta hace muy poco, los lobos eran los depredadores más temibles en Europa.

—Ah, vale. ¿Y hay diferencias entre las diferentes clases de hombres lobo?

—Por supuesto —confirmó Bob—. Depende sobre todo de cómo te transformes de humano a lobo, y de cuánta humanidad retengas. No quemes el café.

Bajé el fuego con fastidio.

—Ya lo sé, ya lo sé. Bueno, vale. ¿Cómo te transformas en lobo?

—El hombre lobo clásico —continuó Bob— es simplemente un ser humano que usa la magia para transformarse en lobo.

—¿Magia? ¿Cómo los magos?

—No —dijo Bob—. Bueno, no exactamente. Es como un mago que solo sabe hacer un hechizo para convertirse en lobo, y que sabe cómo volver a su forma

original. La mayoría de personas que aprenden a ser hombres lobo no lo hacen muy bien al principio, porque retienen toda su humanidad.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —aclaró Bob— pueden transformarse en lobos, pero solo cambian su cuerpo; su mente sigue siendo la misma. Pueden pensar y razonar, y su personalidad no cambia, pero no tienen los instintos ni los reflejos de un lobo. Están acostumbrados a ser bípedos que se orientan por la vista, no cuadrúpedos que se orientan por el olor. Tendrían que aprenderlo todo desde el principio.

—¿Por qué querría alguien hacer eso? —pregunté—. Aprender a transformarse en lobo, me refiero.

—Tú nunca has sido un campesino en la Francia medieval, Harry —contestó Bob—. La vida era muy dura para aquella gente. Nunca tenían suficiente comida, y tampoco casa, ni medicinas. No ibas a desaprovechar la oportunidad de tener un abrigo de piel y de salir a cazar tu propia comida.

—Vale, creo que ya lo entiendo —dije—. ¿Necesitas balas plateadas o algo así? ¿Te conviertes en hombre lobo si te muerden?

—Bah —dijo Bob—. No. Hollywood copió eso de los vampiros. Y lo de las balas plateadas solo es para casos especiales. Los hombres lobo son como los lobos normales. Puedes herirles con armas igual que a un lobo de verdad.

—Qué bien —exclamé, removiendo la pócima—. ¿Qué otras clases hay?

—Hay otra versión de hombre lobo: cuando otra persona usa la magia para transformarte en lobo.

Lo miré fijamente.

—¿«Transmogrificación»? Eso es ilegal, Bob. Es una de las leyes de la magia. Si transformas a alguien en animal, destruyes su personalidad. No puedes transformar a alguien sin destruir su mente. Es prácticamente un asesinato.

—Ya. Guay ¿eh? Pero, de hecho, la mayoría de la gente puede sobrevivir a la transformación. Al menos durante un tiempo. Las personas con una gran fuerza de voluntad pueden llegar a conservar su memoria y su personalidad humana durante varios años. Pero, antes o después, estas desaparecen sin remedio, y solo queda el lobo.

Dejé un momento las pócimas e hice unos garabatos en mi cuaderno.

—Vale. ¿De qué otras maneras puedes convertirte en hombre lobo?

—En la Francia medieval lo más común era hacer un trato con un demonio o con un hechicero poderoso. Te dan un cinturón de lobo, te lo pones, pronuncias las palabras mágicas y ¡tachín!, ya eres un lobo. Un *hexenwolf*.

—¿No es igual que la primera clase?

—No, en absoluto. No puedes usar tu propia magia para convertirte en lobo. Usas la de otra persona.

Fruncí el ceño.

—¿No es esa la segunda clase?

—No seas tan obtuso —me reprendió Bob—. Es diferente porque estás usando un talismán. A veces es un anillo o un amuleto, aunque suele ser un cinturón. El talismán sirve de ancla para un espíritu de furia brutal. Una cosa muy peligrosa del Más Allá. Ese espíritu rodea la personalidad humana para evitar que se destruya.

—Como un aislante —dije.

—Exacto. Mantienes tu intelecto y tu razón, pero el espíritu se ocupa del resto.

Volví a fruncir el ceño.

—Suen a fácil.

—Sí, claro —aseguró Bob—. Es muy fácil. Y cuando usas un talismán para transformarte en lobo, pierdes todas tus inhibiciones humanas y liberas tus deseos inconscientes, porque el talismán-espíritu controla el movimiento del cuerpo. Es muy eficaz. Un lobo enorme con inteligencia humana y ferocidad animal.

Miré a Bob y reuní los ingredientes para la pócima estimulante: un donut para el gusto; el cacareo de un gallo para el oído; jabón fresco para el olfato; trozos de toalla para el tacto; un rayo de sol del amanecer para la vista; una lista de cosas pendientes para la mente; un poco de música alegre para el espíritu, y la pócima estaba hirviendo en el fuego tan ricamente.

Bob no dijo nada mientras yo añadía los ingredientes, y cuando acabé dije:

—La mayoría de las personas no tienen la fuerza necesaria para controlar un espíritu como ese. Influiría en sus acciones. Puede que incluso las controlase. Suprimiría su conciencia.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que suena como si estuvieses creando un monstruo.

—Es eficaz —dijo Bob—. No sé nada de la bondad o la maldad de esa cosa. Es algo que solo os preocupa a los mortales.

—¿Cómo has dicho que se llama esa clase?

—*Hexenwolf* —contestó Bob, con un fuerte acento alemán—. Un lobo embrujado. La Iglesia declaró la guerra a todo el que decidía convertirse en *hexenwolf*, y muchas personas murieron en la hoguera.

—¿Balas plateadas? —pregunté—. ¿Cuando alguien te muerde te conviertes en hombre lobo?

—¿Quieres dejar la cantinela de «cuando alguien te muerde te conviertes en hombre lobo»? —dijo Bob—. No funciona así. Ni ahora ni nunca. O todo el planeta estaría plagado de hombres lobo en un par de años.

—Vale, vale —suspiré—. ¿Qué me dices de las balas?

—No las necesitas.

—De acuerdo —dije, y seguí anotando información para el informe de Murphy

—. *Hexenwolf*. Ya lo tengo. ¿Qué más?

—Licántropos —dijo Bob.

—¿No es un estado psicológico?

—Puede serlo —respondió Bob—. Pero al principio fue una realidad. Un licántropo es un canal natural para un espíritu furioso. Un licántropo se convierte en una bestia, pero solo dentro de su cabeza. El espíritu lo controla. Afecta a su forma de actuar y de pensar, lo hace más agresivo, más fuerte. También suelen ser muy resistentes al dolor y a las heridas, a la enfermedad; se curan de todo con rapidez.

—Pero no se convierten en lobo...

—¡Una muñeca chochona para el caballero! —gritó Bob—. Solo son personas. Pero terriblemente salvajes. ¿Has oído hablar de los Berserker? Creo que esos tipos eran licántropos. Y nacen, no se hacen.

Removí la pócima estimulante y me aseguré de que hervía a fuego lento.

—¿Y qué era la última clase? ¿Loup qué?

—*Loup-garou* —dijo Bob—. O, al menos, ese era el nombre que Etienne, la *Hechicera* usaba antes de que la quemasen en la hoguera. Los *loup-garou* son los peores monstruos, Harry. Alguien les ha echado una maldición para que se conviertan en un demonio con aspecto de lobo, habitualmente en luna llena. Ese alguien tiene que ser muy poderoso, un hechicero importante o un gran demonio o una de las hadas reina. Cuando hay luna llena se transforman en monstruos, salen de parranda asesina y matan a todo lo que se cruza en su camino hasta que sale el sol.

Un pequeño escalofrío me recorrió el cuerpo, y me estremecí.

—¿Qué más?

—Velocidad y poder sobrenatural. Ferocidad sobrenatural. Se curan de las heridas casi al instante, si es que algo les hiere. Son inmunes al veneno y a cualquier clase de hechizo. Máquinas asesinas.

—Estupendo. Supongo que no ha ocurrido muy a menudo, o me habría enterado.

—Exacto —confirmó Bob—. No muy a menudo. Normalmente el pobre bastardo hechizado se recluye en algún lugar o se adentra en la selva. El último gran ataque de un *loup-garou* ocurrió en Gevaudan, Francia, en el siglo XVI. Murieron más de doscientas personas en menos de un año.

—Mierda —exclamé—. ¿Cómo lo detuvieron?

—Lo mataron —dijo Bob—. Y aquí es donde por fin intervienen tus balas plateadas, Harry. Lo único que puede herir a un *loup-garou* es un arma de plata, y no solo eso, tiene que ser plata heredada de un miembro de la familia. Balas de plata heredadas.

—¿De verdad? ¿Por qué no funciona la plata normal y corriente?

—Yo no hago las leyes de la magia, Harry. Solo las conozco y sé cuando cambian. Esa no ha cambiado. Creo que tiene algo que ver con el elemento de

sacrificio.

—Plata heredada —mascullé—. Bueno. Esperemos que no fuese un *loup-garou*.

—Si lo fuese, lo sabrías —aseguró Bob—. En una ciudad como esta, tendrías una docena de personas muertas cada vez que hubiese luna llena. ¿Qué te pasa?

—Está muriendo una docena de personas cada vez que hay luna llena.

Informé a Bob sobre los asesinatos Lobo, le di toda la información que Murphy me había dado a mí y comencé a preparar la segunda pócima. Metí los ingredientes en el agua: un envoltorio de plástico para la vista; un poco de algodón blanco para el tacto; un poco de desodorante para el olfato; la hoja de una vieja lechuga para el gusto y, por último, un trozo de papel en blanco para la mente y un poco de música ambiental para el espíritu. Los ingredientes eran aburridos. La pócima olía aburrida y tenía un aspecto aburrido. Perfecto.

—Mucha gente muerta —comentó Bob—. Te informaré si se me ocurre algo interesante. Ojalá supiese algo más.

—Quiero que salgas y averigües más cosas sobre los hombres lobo —le dije. Bob resopló.

—¡Ni soñarlo, Harry! Soy un intelectual, no el chico de los recados.

Pero cuando mencioné la palabra «salgas», los ojos de Bob brillaron.

—Te regalaré unas cuantas novelas románticas, Bob —ofrecí.

Le rechinaron los dientes un par de veces.

—Dame un permiso de veinticuatro horas —dijo.

Yo negué con la cabeza.

—Ni hablar. La última vez que te dejé salir, te metiste en una fiesta en la universidad de Loyola y organizaste una orgía.

Bob lloriqueó.

—No hice nada que no hubiese hecho un poco de alcohol.

—Pero esa gente no pidió que te metieses en sus sistemas, Bob. Ni hablar. Te divertiste y no voy a dejarte salir durante un tiempo.

—Oh, vamos, Harry.

—No —dije rotundamente.

—Solo sería una noche d...

—No —repetí.

Bob me miró con el ceño fruncido y pidió:

—Novelas nuevas. Nada de libros usados y estropeados. Quiero un best seller.

—Te quiero de vuelta al amanecer —ordené.

—Vale —contestó Bob con brusquedad—. No puedo creer que seas tan desagradecido, después de todo lo que he hecho por ti. Veré si puedo conseguir algún nombre. Puede que haya un par de espíritus dispuestos a darme información truculenta.

Las luces naranja de sus ojos brillaron y después se le salieron de las órbitas formando una nube luminosa. La nube subió por la escalera de mano y salió del laboratorio.

Suspiré y puse la segunda pócima a hervir. Estarían listas dentro de un par de horas, pero después tendría que ponerles la magia, así que me senté con mi cuaderno y comencé a escribir el informe. Intenté ignorar el dolor de cabeza que me subía por la nuca hasta la coronilla, pero no sirvió de nada.

Tenía que ayudar a Murphy a coger al asesino, quienquiera que fuese, y evitar problemas con el FBI. De lo contrario, ella perdería su empleo, y aunque yo no acabase en prisión, también me quedaría sin trabajo. Habían asesinado al guardaespaldas de Johnny Marcone, y sería idiota si creyese que iba a quedarse de brazos cruzados. Estaba seguro de que, antes o después, el gángster movería ficha.

Aparte de eso, había un monstruo acechando en la oscuridad, y ni la policía ni el FBI habían conseguido detenerlo. Solo quedaba yo, Harry Dresden, el simpático mago del vecindario, para intervenir y hacer algo al respecto. Y si el asesino se enteraba de que estaba metido en el asunto, sin duda iría a por mí. Mis preocupaciones se multiplicaban.

Hexenwolves. Hombres lobo. Licántropos. Loup-garou.

¿Qué será lo siguiente?

Capítulo 7

La comisaría de policía del centro de la ciudad es una colección irregular de edificios que ha ido creciendo con los años a medida que ha aumentado la necesidad de aplicar la justicia. Son de una gran variedad de estilos y diseños que no pegan, pero de algún modo se han convertido en un todo coherente, igual que la propia policía. Investigaciones Especiales se encuentra en un edificio viejo, grande y deteriorado, un cubo enorme que ha conseguido mantenerse en pie a pesar de los años, la mugre, el humo y los grafiti de sus paredes. Tiene las ventanas y las puertas enrejadas y está situado entre edificios mucho más altos que él. Me recuerda a un viejo y fiel bulldog intentando mantener la paz y el orden entre un montón de niños rebeldes.

El interior del edificio es feo y sombrío, pero lo mantienen limpio. El impresionante bigote gris del veterano sargento de guardia se erizó al verme entrar en la comisaría.

—Hola, Bill —le dije, y le enseñé el sobre de color manila que llevaba bajo el brazo—. Traigo una cosa para Murphy, de IE.

—Dresden —dijo con recelo, y señaló con el pulgar las escaleras que había detrás de él, dándome permiso para entrar.

No había dormido mucho la noche anterior, pero antes de salir de casa me había duchado y vestido con elegancia. Por una vez, llevaba traje y corbata en lugar de la camisa tejana y los vaqueros azules habituales, aunque decidí conservar el viejo abrigo arrugado y colgué el bastón mágico de una correa que llevaba cosida dentro. Subí las escaleras de dos en dos y me crucé con algunos polis por el camino. Algunos me reconocieron e incluso uno o dos me saludaron con la cabeza, pero los noté intranquilos. Por lo visto, en aquel momento no estaba a bien con la ley.

Arrugué la nariz. La policía siempre me había considerado un chiflado, el tipo loco que afirmaba ser mago, pero un chiflado útil que podía darles información y cuyas supuestas «dotes videntes» les habían ayudado en varias ocasiones. Estaba acostumbrado a que me vieran como uno de los buenos, pero ahora, en lugar de saludarme como si fuera un camarada de armas, los polis me miraban de forma neutra y profesional, como a un presunto criminal. Era de esperar, pues los rumores habían asociado mi nombre al de Johnny Marccone, pero seguía resultando molesto.

Estaba hablando entre dientes, absorto y algo trastocado por la falta de sueño, cuando topé con una mujer alta y encantadora de ojos y pelo negro, labios carnosos y piernas largas. Llevaba una falda y una chaqueta marrón claro con una blusa blanca. Frunció las cejas negro azabache, pero cuando levantó la vista sus ojos brillaron con una especie de amable codicia.

—Harry —dijo, y sus labios dibujaron una sonrisa. Se puso de puntillas y me besó en la mejilla—. Qué casualidad encontrarnos aquí.

Me aclaré la garganta.

—Hola, Susan —respondí—. ¿Cerraste el trato con aquella agencia?

Negó con la cabeza.

—Aún no, pero estoy en ello. Después de las historias que me diste la primavera pasada, la gente comenzó a tomarme en serio. —Hizo una pausa para tomar aire. Su pecho subía y bajaba de forma muy atractiva—. Oye, Harry, si estás trabajando con la policía y puedes contarme lo que está pasando

Negué con la cabeza e intenté mirarla con el ceño fruncido.

—Creí que teníamos un trato. Yo no meteré las narices en tus asuntos y tú no meterás las narices en los míos.

Sonrió y me puso un dedo en el pecho.

—Solo es válido para cuando salimos a cenar o cuando nos quedamos en tu casa o en la mía, Harry.

Me recorrió el cuerpo con los ojos.

—Susan Rodríguez, no sabía que fueras abogado además de periodista.

—Qué desagradable eres —dijo sonriendo de oreja a oreja—. En serio, Harry. Otro caso como el de la pasada primavera podría consolidar mi carrera.

—Sí, bueno, después de aquello la ciudad me hizo firmar dos toneladas de acuerdos de confidencialidad. No puedo contarte nada del caso.

—Pues no me cuentes nada, Harry. Pero si pudieras mencionar, digamos, algún lugar en la calle desde el que pudiera hacer unas buenas fotos, te estaría muy... —Se inclinó y me besó en el cuello—. Muy... —El beso viajó hasta el lóbulo de mi oreja. Agradecida.

Tragué saliva y me aclaré la garganta. Luego bajé un peldaño para alejarme de ella. Cerré los ojos un segundo y escuché el latido atronador de mi corazón.

—Lo siento. No puedo.

—¡Oh, Harry! Qué aburrido eres. —Alargó una mano y me la pasó por el pelo, luego sonrió para que supiera que no me guardaba rencor—. Pero quedemos un día de estos, ¿de acuerdo? ¿Para cenar?

—Claro —dije—. Oye, ¿qué haces aquí tan temprano?

Ladeó la cabeza, examinándose.

—¿Hacemos un trato? Yo te enseño mis cartas si tú me enseñas las tuyas. Extraoficialmente, por supuesto.

Gruñí.

—Susan, dame un respiro.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Te llamaré para salir a cenar ¿vale?

Comenzó a bajar las escaleras.

—De acuerdo, de acuerdo. Traigo un informe sobre los hombres lobo para

Murphy.

—Hombres lobo —repitió, y sus ojos se iluminaron—. ¿Son los culpables de los asesinatos Lobo?

Fruncí el entrecejo.

—Sin comentarios. Creí que el FBI lo mantenía en secreto.

—No puedes matar a una docena de personas y esperar que nadie se dé cuenta —dijo Susan con voz taimada—. No pierdo de vista los depósitos de cadáveres de la ciudad.

—Dios, qué romántica. Vale, te toca a ti. Suéltalo.

—Estaba intentado hablar con el investigador del departamento de Asuntos Internos. Corren rumores de que están presionando a Murphy, que intentan apartarla de Investigaciones Especiales.

Hice una mueca.

—Sí. Yo también lo he oído. ¿Por qué te preocupa a ti y al *Arcano*?

—Porque van a deshacerse del investigador preternatural más eficaz y prodigioso del departamento de policía. Aunque la gente no se lo crea, Murphy hace mucho bien. Si la despiden y puedo demostrar que el número de crímenes misteriosos y muertes inexplicables aumenta cuando ella se haya marchado, quizá pueda conseguir que la gente se tome en serio a periódicos como el *Arcano*. Y a gente como tú.

Negué con la cabeza.

—La gente ya no quiere creer en la magia. Ni en las cosas que aparecen en la oscuridad. La mayoría es más feliz ignorándolo.

—¿Y cuándo no saber te mata?

Me encogí de hombros.

—Entonces interviene gente como Murphy o como yo.

Susan me miró con incredulidad.

—Solo necesito algo sólido, Harry. El relato de un testigo, una fotografía, algo.

—No puedes fotografiar algo sobrenatural —señalé—. Las energías que lo rodean estropearían la cámara. Además, las cosas a las que me enfrento en este momento son demasiado peligrosas. Podrías resultar herida.

—¿Y si hiciese la foto a mucha distancia? —insistió—. Con un teleobjetivo.

Negué con la cabeza.

—No, Susan. No voy a decirte nada. Por tu bien y por el mío.

Apretó los labios.

—Vale —dijo con voz tajante, y bajó las escaleras. Vi cómo se iba, disgustado. Parecía que ocultar cierta clase de información estaba convirtiéndose en un hábito para mí. No solo estaba en juego mi trabajo y mi libertad, y también el trabajo de Murphy, sino que ahora mi vida amorosa, o lo que aquello fuese, también estaba en peligro.

Me detuve un momento para intentar aclarar mis pensamientos y sentimientos sobre Susan, pero lo dejé por imposible. Susan era una periodista del *Arcano* del medio oeste, un periódico sensacionalista de Chicago. Habitualmente publicaban historias sobre Elvis y J. F. K. cantando duetos en Atlantic City, y cosas por el estilo, pero de vez en cuando Susan conseguía colar algo sobre el mundo real de lo sobrenatural, que la gente había olvidado en favor de la ciencia. Era muy buena en su trabajo, totalmente implacable.

También era encantadora, preciosa, divertida y condenadamente sexy. Nuestras citas a menudo acababan en una larga y apasionada noche en mi casa o en la suya. Era una relación extraña, y ninguno de los dos habíamos intentado definirla. Quizá nos preocupaba que si lo hacíamos, decidiríamos que no era una buena idea.

Seguí subiendo las escaleras, mi mente era un lío de cadáveres salpicados de sangre, bestias salvajes, aprendices enfadados y ojos negros sensuales. A veces mi trabajo se interpone en mi vida amorosa. Pero aseguro que no soy una cita aburrida.

Las puertas de la oficina de IE se abrieron de par en par justo antes de que yo llegase, y me paré en seco. El agente Denton del FBI hizo acto de presencia, alto e inmaculado en su traje gris. También se detuvo, me miró y aguantó la puerta con un brazo. Tenía bolsas bajo los ojos grises, pero seguían siendo calculadores, y las venas de la frente le palpitaban con hipertensión.

—Señor Dresden —dijo, e inclinó la cabeza.

—Agente Denton —contesté en tono educado, incluso amable—. Disculpe. Tengo que darle una cosa a la teniente Murphy.

Denton arrugó un poco el ceño y miró la sala que tenía a sus espaldas, después salió al vestíbulo y dejó que la puerta se cerrase.

—Creo que no es un buen momento para verla, señor Dresden.

Miré el reloj de la pared. Eran las ocho menos cinco.

—Lo quería temprano.

Di un paso a un lado con la intención de rodearle. Denton se limitó a ponerme una mano en el pecho. Era fuerte. Puede que fuera más bajo que yo, pero era muy musculoso. No me miró a los ojos, y cuando habló, lo hizo en voz muy baja.

—Oiga, Dresden. Sé que lo que ocurrió anoche no fue agradable, pero créame cuando le digo que no tengo nada en contra de la teniente Murphy. Es una buena poli, y hace su trabajo. Pero tiene que cumplir las normas, como todo el mundo.

—Lo tendré en cuenta —le dije, y comencé a moverme.

Mantuvo la presión en mi pecho.

—Hay un agente de Asuntos Internos con ella en este momento. Está de muy mal humor porque una periodista ha estado fastidiándole. ¿De verdad quiere entrar y que empiece a hacerle toda clase de preguntas?

Lo miré y fruncí el ceño. Bajó la mano de mi pecho. No me moví.

—¿Sabe que la están investigando?

Denton encogió un hombro.

—Era de esperar, teniendo en cuenta las circunstancias. Muchas cosas que han sucedido en el pasado resultan sospechosas.

—¿Usted no se lo cree, verdad? —le pregunté—. No cree que sea mago. No cree en lo sobrenatural.

Denton se apretó el nudo de la corbata.

—Lo que yo crea no importa, señor Dresden. Lo que importa es que la escoria que pulula por ahí sí se lo cree, y eso afecta su forma de pensar y actuar. Si pudiera recurrir a usted para resolver este caso, lo haría, igual que cualquier otro agente. — Me miró y añadió—: Personalmente, y sin ánimo de ofender, creo que es usted un poco inestable o bien un charlatán muy inteligente.

—No me ofende —dije con ironía. Señalé la puerta con la cabeza—. ¿Cuánto rato estará Murphy ocupada?

Denton se encogió de hombros.

—Yo le daré el informe, si quiere. Se lo dejaré en la mesa. Puede bajar al vestíbulo y telefonarla desde allí. No me importa echar una mano a un poli honrado.

Me lo pensé un segundo y después le di la carpeta.

—Se lo agradezco, agente Denton.

—Phil —dijo. Por un momento estuvo a punto de sonreír, pero enseguida volvió a adoptar su expresión tensa habitual—. ¿Le importa si le echo una ojeada?

Negué con la cabeza.

—Pero espero que le guste la ficción, Phil.

Abrió la carpeta y durante un momento estudió la primera página con aire indiferente. Después alzó la vista.

—Debe de estar bromeando.

Ahora me tocaba a mí encogerme de hombros.

—En absoluto. Ya he ayudado antes a Murphy.

Echó una ojeada al resto del informe con gesto cada vez más escéptico.

—Se... lo daré a Murphy de su parte, señor Dresden —dijo, y después inclinó la cabeza, dio media vuelta y se dirigió a la oficina de IE.

—¡Eh, oiga, Phil! —dije despreocupadamente.

Se giró y arqueó las cejas.

—Estamos en el mismo equipo, ¿no? Los dos buscamos al asesino.

Asintió.

Yo hice lo mismo.

—¿Qué me está ocultando?

Me miró fijamente durante un buen rato y después parpadeó lentamente. Su falta de reflejos le delató.

—No sé de qué está hablando, señor Dresden —respondió.

—Claro que lo sabe —aseguré—. Sabe algo que no puede o no quiere decirme ¿verdad? ¿Por qué no pone las cartas sobre la mesa?

Denton miró a ambos lados del vestíbulo y repitió, en el mismo tono de voz:

—No sé de qué está hablando, señor Dresden. ¿Lo entiende?

No lo entendía, pero no quería que lo supiese. Así que volví a asentir con la cabeza. Denton hizo lo mismo, dio media vuelta y entró en la oficina de IE.

Fruncí el ceño, pues el comportamiento de Denton me había dejado perplejo. Su expresión y reacción hablaban por sí solas, pero no lograba descifrar el significado. Excepto por aquel momento de inspiración la noche anterior, me estaba costando leerle. Algunas personas eran así, muy buenas guardando secretos con sus cuerpos y con sus palabras.

Moví la cabeza, fui al teléfono público que había en el vestíbulo, metí una moneda de veinticinco centavos y marqué el número de Murphy.

—Murphy —dijo.

—Denton te dará el informe. No quería que el tipo de Asuntos Internos me viese por tu oficina.

Murphy soltó un ligero suspiro de alivio, sutil pero perceptible.

—Gracias. Lo entiendo.

—El investigador está en tu oficina en este momento ¿verdad?

—Eso es —contestó Murphy con tono neutro, educado, profesional y desinteresado. Murphy también sabe poner cara de póquer cuando es necesario.

—Si tienes alguna pregunta, estaré en mi oficina. Tranquila, Murph. Cogemos a ese tipo.

Oí la voz profunda de Denton y luego el ruido de la carpeta golpeando la superficie de la mesa de Murphy. Murphy dio las gracias a Denton y después volvió a hablar conmigo.

—Muchas gracias. De inmediato me pongo a ello.

Y me colgó. Yo también colgué y me di cuenta de que estaba un poco decepcionado por no haber podido hablar con Murphy, por no haber podido intercambiar nuestras bromas habituales. Me molestaba no poder entrar más en su oficina, me hacía sentir un poco intranquilo y tenso. Odio la política, pero mientras siguieran considerándome sospechoso, podía meter a Murphy en un lío si me veían rondando su oficina.

Bajé las escaleras a trompicones, salí por la puerta principal de la comisaría y me dirigí hacia el aparcamiento, donde me esperaba el Escarabajo azul.

Estaba dentro intentando convencerle de que arrancase cuando oí unos pasos. Miré de soslayo el sol matinal y vi la silueta flaca de orejas grandes del joven agente pelirrojo del FBI que había conocido la noche anterior en Rosemont. Bajé la ventanilla

cuando se acercó a mi coche. Miró a su alrededor, inquieto, y después se arrodilló al lado de la ventanilla para que no le vieran.

—Hola, agente...

—Harris —dijo—. Roger Harris.

—Eso. ¿Puedo ayudarle, agente Harris?

—Necesito saber una cosa, señor Dresden. Anoche quise hablar con usted, pero no pude. Y tengo que preguntárselo. —Volvió a mirar a su alrededor, inquieto como un conejo cuando un zorro pasa junto a él, y me preguntó—: ¿Es usted un mago de verdad?

—Mucha gente me lo pregunta, agente Harris —respondí—. Le diré lo mismo que les digo a ellos. Pruébeme y lo verá.

Se mordió el labio y me miró durante un minuto. Después hizo un gesto nervioso con la cabeza.

—De acuerdo —asintió—. De acuerdo. ¿Puedo contratarle?

Arqueé las cejas, sorprendido.

—¿Contratarme? ¿Para qué?

—Creo... creo que sé algo. Sobre los asesinatos Lobo. Intenté que Denton nos dejase comprobarlo, pero dijo que no había pruebas suficientes. Nunca conseguiremos que los pongan bajo vigilancia.

—¿A quiénes? —pregunté, receloso. Lo último que necesitaba era verme envuelto en más tejemanejes. Por otra parte, como investigador independiente, a veces podía meter la nariz allí donde la policía no podía. Si tenía la oportunidad de averiguar algo para Murphy, o de encontrar al asesino y detenerlo fuera de los canales legales, no podía desaprovecharla.

—Hay una banda en Chicago —comenzó Harris.

—¿Me toma el pelo? —pregunté fingiendo perplejidad.

Pero el chaval no lo pilló.

—Sí. Se hacen llamar los Lobos Callejeros. Tienen muy mala reputación, incluso para esta ciudad. Una reputación horrible. Ni siquiera los criminales se acercan a ellos. Dicen que la banda tiene poderes extraños. Su territorio es la Cuarenta y nueve del paseo de la playa.

Me miró con atención.

—Al lado de la universidad —dije—. Y de los parques donde tuvieron lugar los asesinatos del mes pasado.

Asintió, ansioso como un cachorro.

—Sí, exacto. ¿Entiende adónde quiero ir a parar?

—Lo entiendo, chaval, lo entiendo —aseguré, y me froté el ojo—. Denton no pudo ir a inspeccionar, así que te envía para que vaya yo.

El chaval se puso tan rojo que le desaparecieron hasta las pecas.

—Yo... eh...

—No te preocupes —lo tranquilicé—. El numerito no ha estado mal, pero tienes que seguir practicando.

Harris se mordió el labio y asintió.

—Sí, bueno. ¿Lo hará?

Suspiré.

—Supongo que no podéis ir por ahí diciendo que trabajo para vosotros ¿verdad?

—En realidad no era una pregunta.

—Bueno. No. Oficialmente es usted un asesor sospechoso.

Asentí.

—Me lo imaginaba.

—¿Puede hacerlo, señor Dresden? ¿Lo hará?

Lo lamenté incluso antes de abrir la boca.

—De acuerdo —acepté—. Iré a echar un vistazo. Pero, a cambio, dile a Denton que quiero toda la información que el FBI o la policía de Chicago tenga sobre mí.

Harris palideció.

—¿Quiere que copiemos su expediente?

—Sí —respondí—. De todos modos, podría conseguirlo por la Ley de Libertad de la Información. Pero no tengo tiempo ni quiero gastarme el dinero en sellos. ¿Cerramos el trato o no?

—Oh, Dios. Denton me mataría si se enterase. No le gusta que la gente se salte las normas.

Se mordió tanto el labio que pensé que se le iba a caer.

—¿Quieres decir como acaba de hacer al enviarte aquí? —me encogí de hombros—. Como quieras, chaval. Ese es mi precio. Puedes encontrar mi número si cambias de opinión.

Intenté arrancar el Escarabajo, que traqueteó, tosió y por fin se puso en marcha.

—De acuerdo —cedió—. De acuerdo, trato hecho.

Me tendió la mano.

Se la estreché y cerramos el trato. Me sentía intranquilo. Harris se alejó del Escarabajo lo más rápido que pudo, mirando nervioso a su alrededor.

Has sido un estúpido, Harry —me dije—. No deberías meterte en más líos.

Tenía razón. Pero valía la pena arriesgarse. Podría encontrar a los asesinos, detenerlos, y, además, averiguar por qué los polis la tenían tomada conmigo. Podría resolver las cosas con Murphy. Podría incluso ayudarla a salir del lío en que estaba metida.

Anímate, Harry —me dije—. Solo vas a curiosear en la guarida de una banda, a preguntarles si por casualidad han matado a alguien últimamente. ¿Qué puede salir mal?

Capítulo 8

A una manzana de la Calle Cuarenta y nueve del paseo de la playa había un garaje destartado, la clase de lugar que solo encuentras en los peores barrios de las grandes ciudades. El edificio era una estructura metálica de metal ondulado, oxidado por la lluvia y la condensación que salía del lago. Las paredes rezumaban estrías de herrumbre que caían al suelo y formaban charcos irregulares en las aceras. A un lado del garaje había un aparcamiento vacío; al otro, la típica casa de empeños en la que los maleantes cambiaban las pistolas y navajas que les sobraban por un puñado de dólares cuando tenían que apretarse el cinturón. De una de las puertas del garaje colgaba un letrero descolorido en el que podía leerse: Garaje de la Luna Llena. Aparqué el Escarabajo en el aparcamiento de gravilla, a unos pocos metros del edificio.

Gracias a Dios que no es demasiado llamativo —murmuré, y apagué el motor. Añadió un nuevo quejido lastimero a su traqueteo habitual. Salí del coche, miré el edificio y empecé a caminar. No llevaba la pistola, pero sí el bastón mágico, el brazalete de escudos y un anillo en la mano derecha en el que había almacenado la energía suficiente para que alguien el doble de grande que yo pudiera pegar un buen puñetazo. La gravilla crujió bajo mis zapatos al caminar, y un extraño sol de otoño me dio directamente en los ojos y proyectó una larga sombra detrás de mí.

No estaba seguro de quién habría dentro, en caso de que hubiera alguien. La gente que había visto con la mujer de pelo oscuro la noche anterior, la pandilla de jóvenes más bien lelos vestidos de cuero negro, no parecían la clase de individuos que inspiran miedo a otros delincuentes. Pero tal vez había una conexión. Quizá la mujer de pelo oscuro de la noche anterior tenía alguna relación con los Lobos Callejeros, así como con los jóvenes que yo había visto. ¿Cómo les había llamado Billy, el joven robusto? Los Alfas.

Entonces ¿quiénes eran los Alfas? ¿Una banda de matones motoristas en período de formación? Incluso a mí me sonaba ridículo. Pero ¿y si esos jóvenes eran licántropos, como los que Bob había descrito? ¿Y si eran miembros juveniles de los Lobos Callejeros que se estaban entrenando para convertirse en verdaderos hombres lobo? Suponiendo que los Lobos Callejeros fuesen hombres lobo, o licántropos, claro. A veces una banda de motoristas es solo una banda de motoristas. Puede que no tuvieran ninguna relación con los Alfas. La cabeza me daba vueltas intentando sopesar todas las posibilidades.

Era mucho mejor que el edificio estuviese vacío y que no tuviese que enfrentarme a nadie, hombres lobos o lo que fuese. Prefería explorar y encontrar algo incriminatorio, algo que poder llevarle a Murphy y a Denton que les guiase en la dirección correcta.

Al lado de las dos grandes puertas enrollables del garaje había una puerta normal. Todas estaban cerradas. Lo intenté con la normal, y se abrió con bastante facilidad, así que entré. No había ventanas y la única luz del garaje provenía de la puerta que yo había abierto.

—¿Hola? —pregunté en la oscuridad. Intenté ver algo, pero solo vislumbré las formas y contornos de algo que podía ser un coche con el capó abierto o un par de armarios de herramientas. A un lado vi el reflejo apagado de unas ventanas de cristal, donde debía de estar la oficina. Me aparté de la entrada, entorné los ojos y esperé a que se acostumbrasen a la oscuridad.

Oí un sonido apagado, el suave frufrrú de unas ropas.

Maldita sea. Metí la mano en el abrigo, agarré el bastón mágico y escuché. Podía oír el sonido de la respiración de varias personas desde distintos rincones de la habitación. Después el sonido de unos zapatos arrastrándose por el suelo de hormigón.

—No soy poli —dije en la oscuridad. Tenía la sensación de que era importante que lo supieran—. Me llamo Harry Dresden. Solo quiero hablar con los Lobos Callejeros.

La habitación se llenó de un silencio sepulcral. Nadie se movía. Ni respiraba. Nada.

Esperé, tenso y dispuesto a correr.

—Saca la mano de la chaqueta ordenó una voz masculina—. Y pon las manos donde pueda verlas. Hemos oído hablar de ti, mago. Estás con los polis.

—Veo que no te han llegado los últimos cotilleos —dije con ironía—. Ahora trabajo para Johnny Marccone. ¿No lo sabías?

Hubo un gruñido en la oscuridad.

—Y un cuerno. Eso es lo que dice Marccone. Sabemos de qué vas, mago.

Dios. Ojalá la policía fuera tan espabilada como esos gamberros.

—Yo también he oído cosas sobre vosotros —dije—. Y no muy agradables. Algunas podrían incluso considerarse un poco raras.

Se oyó una risa tosca.

—¿Y qué crees que dicen de ti, Dresden? Pon las manos donde pueda verlas. Ahora.

Oí el clic-clac de una escopeta de corredera.

Tragué saliva y aparté lentamente la mano de mi bastón mágico, luego extendí las manos con las palmas hacia arriba. Estaba indefenso. Hice acopio de fuerzas a través de mi brazalete de escudos, atrayendo sus energías protectoras hacia mí.

—De acuerdo —dije—. Salid donde pueda veros.

—No eres tú quien da las órdenes, sino yo —gruñó la voz masculina.

Apreté los labios y respiré por la nariz.

—Solo quiero hablar con vosotros.

—¿De qué? —preguntó la voz.

Intenté inventarme algo creíble, pero no se me da bien mentir. Así que les dije la verdad.

—De unas muertes del mes pasado. Y de otras anoche.

La voz no respondió. Me pasé la lengua por los labios y seguí.

—Había huellas de lobo falsas en las escenas de los crímenes. Y los federales creen que alguien usó un arma hecha de dientes de lobo para despedazar a las víctimas. ¿Por casualidad no sabréis algo al respecto?

Se produjo una ola de murmullos, gente a mi alrededor que hablaba en voz muy baja. Una docena, quizá, o más. De repente, se me encogió la boca del estómago. Si aquellas personas eran los asesinos, si eran los responsables de las muertes del mes pasado, estaba metido en un buen lío.

Y si eran verdaderos hombres lobo, si podían transformarse y atacarme antes de que pudiera largarme de allí, estaba muerto, con o sin brazalete de escudos. Ahogué un ataque de pánico y me obligué a no darme la vuelta y salir corriendo hacia la puerta.

—Mátalo —dijo alguien en la oscuridad, a mi izquierda. Era una voz de mujer, profunda, parecida a un gruñido. Un coro de sonidos felinos que me rodeaba en la oscuridad repitió:

—Mátalo, mátalo, mátalo.

Mis ojos estaban empezando a ajustarse a la falta de luz. Ahora podía verlos, las formas se movían impacientes. Sus ojos brillaban como los ojos de los perros a la luz deslumbrante de los faros. Los hombres y las mujeres se movían a mi alrededor, aunque no podría decir qué edad tenían. Había sábanas y almohadas apiladas en el suelo, que sus ocupantes habían puesto a un lado al levantarse. La voz de mujer que había escuchado siguió gritando «mátalo, mátalo, mátalo», mientras los otros seguían su ejemplo. La tensión se palpaba en el ambiente, el aire se cargó de una energía que no había sentido nunca, un poder que aumentaba con su canto, una corriente animal, rabiosa.

Justo delante de mí, a menos de cuatro metros, estaba la silueta de un hombre grande con una escopeta en la mano.

—Basta —gruñó, y volvió la cabeza hacia los otros. Su cuerpo fue poniéndose cada vez más tenso a medida que aumentaba la energía—. Controlaos, maldita sea. Parad el carro. No podéis estropearlo. Los polis se nos echarán encima.

Cuando giró la cabeza, salí disparado hacia la entrada. Mantuve la mano izquierda extendida con la palma hacia arriba, apuntando al líder, al que llevaba la escopeta, y agarré mi escudo todo lo fuerte que pude.

Mi movimiento provocó un aullido frenético en los otros, que avanzaron en tropel

como una docena de criaturas con una sola mente. La escopeta rugió y lanzó un destello de luz blanca en la habitación, enseñándome un friso de hombres y mujeres medio vestidos o desnudos que se lanzaban contra mí con las caras descompuestas por la rabia. La fuerza del disparo golpeó el escudo. No bastaba para destrozar el campo protector del brazalete, pero lo calentó y estampó mi hombro derecho contra la pared.

Tropecé y perdí el equilibrio. Uno de los hombres, un tipo fuerte con los hombros cubiertos de tatuajes, se interpuso entre la puerta y yo. Corrí hacia él, y abrió los brazos para agarrarme, pues imaginaba que intentaría pasar por delante de él.

En vez de eso, le pegué un puñetazo en la nariz con todas mis fuerzas. No suelo llevar mucho poder cuando pego. Pero como había añadido la energía cinética almacenada en el anillo, mi puño se convirtió en un ariete de carne y hueso que aplastó la nariz del hombre y lo tiró al suelo, a dos metros de distancia.

En un instante llegué a la puerta y sentí el agradable calor del sol en la espalda. Mis largas piernas recorrieron el trayecto que me separaba del Escarabajo a toda mecha.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó el líder, y eché una ojeada por encima del hombro para verlo. Era un hombre mayor de pelo graso y entrecano. Plantó los pies en la entrada, miró hacia el interior del garaje, se cruzó la escopeta y empujó a la gente que intentaba salir.

Me metí en el Escarabajo y puse la llave en el contacto.

El coche resolló y traqueteó, pero se negó a arrancar. Maldita sea.

Me temblaban las manos, pero seguí intentando arrancar, usando todos los trucos que conocía para convencer al coche, pero sin apartar la vista de la puerta. El líder de los Lobos Callejeros seguía allí, luchando por contener al grupo de locos frenéticos. Gritaban y aullaban, pero los empujó hacia adentro y les golpeó con la escopeta como si fueran un grupo de perros salvajes. Se le tensaron los músculos de los hombros y la espalda.

—¡Parker! gritó uno de ellos, la mujer que había empezado la consigna asesina—. ¡Déjame pasar!

Él la golpeó con la culata de la escopeta sin titubear.

Entonces Parker se giró hacia mí y nuestros ojos se encontraron. Tras un momento de confusión, atravesé sus ojos y leí su alma.

La furia y el deseo de la carne, de la caza, se apoderaron de mí. Necesitaba correr, matar. Era invencible, nada podía detenerme. Sentía el poder en mis brazos y en mis manos, sentía la energía salvaje que me recorría el cuerpo, que agudizaba mis sentidos hasta convertirlos en instinto animal.

Sentí sus emociones como si fueran las mías: la furia bajo un rígido control, el océano que golpea contra un malecón. Iba dirigida contra mí, contra el hombre que

había invadido su territorio, que había desafiado su autoridad, que había descontrolado a su gente y los había puesto en peligro. Vi que era el líder de los licántropos llamados Lobos Callejeros, hombres y mujeres con mente y alma de bestias, y que estaba envejeciendo, que no era tan fuerte como en el pasado. Otros, como la mujer, estaban empezando a desafiar su autoridad. Los acontecimientos de hoy podían arrebatarse el liderazgo, y no viviría para contarlos.

Si Parker quería seguir con vida, yo tenía que morir. Tenía que matarme, así de sencillo. Y debía hacerlo solo, para demostrar su fuerza a la manada. Fue lo único que evitó que se abalanzase sobre mi cuello en aquel mismo instante.

Y lo que es peor, no sabía nada sobre los asesinatos del mes pasado.

Y entonces la lectura de almas se acabó. Parker estaba atónito. Me había visto igual que yo a él. No sé qué vio cuando miró mi alma. No quería saber qué había allí dentro.

Me recuperé antes que él y volví a buscar las llaves a tientas. El Escarabajo arrancó, salí del aparcamiento y me metí en la calle, di un viraje brusco, aceleré y regresé a la zona alta a toda velocidad.

Temblé durante todo el camino. Tenía los hombros tan agarrotados por el miedo que podía oír hasta el crujido de mi clavícula. Seguía oyendo los gritos felinos de «mátalo, mátalo» en la cabeza. Aquellas cosas del garaje no eran personas. Tenían aspecto de personas, pero no lo eran. Y me asustaban un huevo.

Mientras esperaba en un cruce, golpeé el volante con la mano. De repente estaba furioso.

—*Harry, eres un estúpido* —grité—. *¿Cómo has podido ser tan idiota? ¿Por qué diablos te presentaste allí? ¿Te das cuenta de que esos monstruos neandertales han estado a punto de despedarte?*

Estaba rabioso. Miré por la ventana lateral a una anciana con traje que me miraba fijamente como si fuera un loco chillón. Bueno, supongo que lo parecía.

Parker y los Lobos Callejeros no eran responsables de los asesinatos del mes pasado. Eso no los hacía menos peligrosos. Eran licántropos, de la clase que Bob me había dicho, y ahora entendía por qué eran tan temidos. Gente con alma de bestias, poseídos por una ferocidad tan grande que podía transformarlos en algo inhumano sin alterar una sola célula de sus cuerpos.

Vivían en manada, y Parker era su líder. Yo había desafiado su supremacía de una manera torpe, y ahora no podía dejarme vivir, o le matarían. Así que ahora alguien más iba a intentar matarme. No solo eso, sino que todo aquel lío no había servido de nada, pues no me daba ninguna pista sobre el verdadero culpable de los asesinatos Lobo.

Quizá fuese un buen momento para irme de la ciudad durante un tiempo. Estuve rumiando durante un rato, después sacudí la cabeza. No huiría. Yo solo me había

metido en ese lío y yo solo saldría de él. Tenía que quedarme, ayudar a Murphy a encontrar al asesino y ayudar a salvar vidas antes de que volviera a salir la luna llena. Y si Parker quería matarme, bueno, iba a enterarse de que liquidar a un mago hecho y derecho no es tarea fácil.

Agarré el volante con fuerza. Si era necesario, lo mataría. Sabía que podía hacerlo. Técnicamente, supongo que Parker y sus licántropos no eran humanos. No se les podía aplicar la primera ley de la magia, «no matarás». Podría presentar argumentos convincentes ante el Consejo Blanco si me veía obligado a usar magia letal.

Pero no estaría a salvo de mí mismo. No estaría a salvo del odio que sentiría al usar un arma hecha de la esencia de la vida, de su energía, para matar a alguien. La magia era algo más que una fuente de energía, como la electricidad o el petróleo. Era poder, es cierto, pero también era otras muchas cosas. Era todo lo más profundo y poderoso de la naturaleza humana, del corazón y del alma del hombre. La manera en que la aplicaba era tosca y torpe en comparación con la magia en su forma pura. Hay más magia en la primera risa de un bebé que en cualquier tormenta de fuego que un mago pueda conjurar, y no dejes que nadie te convenza de lo contrario.

La magia procede de tu interior. Es parte de ti. No puedes hacer un hechizo en el que no crees.

No quería creer que el deseo de matar estaba arraigado en mi interior. No quería pensar en la parte oscura de mí que disfrutaría acumulando todo el poder que pudiera para usarlo a mi albedrío, sin importarme nada más. También había poder en el odio, en la cólera y en la codicia, en el egoísmo y el orgullo. Y sabía que había algún rincón oscuro de mi alma que disfrutaría usando la magia para matar, y que después anhelaría más. Era la magia negra, y usarla era fácil. Fácil y divertido. Como jugar con *Lego*.

Dejé el Escarabajo en el aparcamiento de mi oficina y me froté los ojos. No quería matar a nadie, pero quizá Parker y su banda no iban a dejarme elección. Puede que tuviera que matar a muchos si quería vivir.

Intenté no pensar demasiado en la clase de persona que sobreviviría a todo aquello. Mejor no adelantar acontecimientos.

Subiría a mi oficina y trabajaría el resto del día. Esperaría a que Murphy me llamase y la ayudaría en lo que pudiera. Abriría bien los ojos y los oídos por si Parker o alguno de su banda venía a por mí. No podía hacer mucho más, y era muy frustrante.

Subí a mi oficina, abrí la puerta y encendí las luces. El caballero Johnny Marccone estaba sentado en mi mesa. Llevaba un traje azul oscuro, y su robusto guardaespaldas, el señor Hendricks, estaba de pie detrás de él.

Marccone me dedicó una sonrisa forzada.

—Ah, señor Dresden. Bien. Tenemos que hablar.

Capítulo 9

Marcone tenía los ojos del color de los billetes gastados de un dólar. Tenía la piel castigada por el sol, el bronceado típico de una persona que pasa mucho tiempo al aire libre. Se le veían algunas arrugas en las comisuras de los párpados y los labios, como las que salen al reírse, pero sus risas casi nunca eran sinceras. El traje debía de haberle costado al menos mil dólares. Estaba sentado en mi silla, tan ricamente, y me miraba con la calma de un profesional.

Detrás, el señor Hendricks parecía un jugador de rugby universitario que no ha podido entrar en la liga profesional. El cuello de Hendricks era tan grueso como mi cintura, y sus manos eran lo bastante grandes como para cubrirme toda la cara, y lo bastante fuertes como para aplastármela. Era pelirrojo, llevaba el pelo cortado al cero y el traje le quedaba igual de mal que a David Banner cuando se ha transformado en el increíble Hulk. No podía verle la pistola, pero sabía que llevaba una.

Me quedé en la entrada y miré fijamente a Marcone durante un minuto, pero él no se inmutó. Marcone me tenía más calado que yo a él. Mis ojos no le daban miedo.

—Salga de mi oficina —dije. Entré y cerré la puerta.

—Vaya, vaya, señor Dresden —dijo Marcone en un tono paternal que sonaba a reproche—. ¿Así le habla usted a un socio?

Fruncí el ceño.

—Yo no soy su socio. Usted es escoria. El peor criminal de la ciudad. Uno de estos días los polis le cogerán, pero hasta entonces, no tengo por qué aguantarle en mi oficina. Lárguese.

—La policía saldría ganando —dijo Marcone corrigiéndome— si estuviese dirigida por empresas privadas en lugar de instituciones públicas. Mejores salarios, mejores subsidios

—Más fáciles de sobornar, de corromper, de manipular —interrumpí.

Marcone sonrió.

Me quité el abrigo y lo dejé en la mesa situada frente a la puerta, la que estaba cubierta de folletos con títulos como «Brujas y tú» y «¿Quieres hacer magia? ¡Pregúntame cómo!». Desaté el bastón mágico de la correa y lo puse con calma sobre la mesa que tenía enfrente. Tuve la satisfacción de ver cómo Hendricks se ponía nervioso al verlo. Recordó lo que le había hecho al Varsity la primavera pasada.

Alcé la vista.

—¿Aún no se ha ido?

Marcone cruzó las manos en su regazo.

—Quiero hacerle una oferta, señor Dresden.

—No —dije.

Marcone soltó una risita ahogada.

—Creo que debería escucharme.

Lo miré a los ojos y sonreí ligeramente.

—No. Lárguese.

Su tono paternal desapareció y sus ojos se volvieron fríos.

—No tengo tiempo para sus chiquillerías, señor Dresden. La gente está muriendo. Usted trabaja en el caso. Tengo información para usted, y se la daré. Por un precio.

Se me agarró la espalda. Lo miré fijamente durante más de un minuto y luego dije:

—De acuerdo. Oigamos su precio.

Marcone alargó la mano y Hendricks le entregó una carpeta. Marcone la puso sobre la superficie estropeada de mi vieja mesa de madera y la abrió.

—Esto es un contrato, señor Dresden. Para que trabaje como asesor de seguridad personal en mi empresa. Los términos son bastante generosos. Usted se organiza la jornada laboral, con un mínimo de cinco horas al mes. Puede fijar el salario ahora mismo. Solo quiero formalizar nuestra relación laboral.

Me dirigí a mi mesa. Hendricks se movió como si estuviera a punto de abalanzarse sobre mí por encima de la mesa, pero lo ignoré. Cogí la carpeta y examiné el contrato. No soy un experto en temas legales, pero estaba familiarizado con esa clase de tratos. A Marcone le iban muy bien las cosas. Me estaba ofreciendo el trabajo ideal: pocas horas y el salario que quisiera. Incluso había una cláusula que especificaba que no me pediría ni esperaba que cometiese actos ilegales.

Con aquel dinero podría vivir la vida que quería. Podría dejar de pelear por cada dólar, de matarme a trabajar para cualquier lunático paranoico que quisiera contratarme para que investigase a la vaca poseída de su tía abuela. Por fin podría ponerme al día con la lectura, dedicarme a la investigación mágica que tanto me había interesado en los últimos años. No iba a vivir para siempre, y todo el tiempo que malgastara buscando ovnis en Joliet era una hora más que podría pasar haciendo lo que quería.

Era un trato condenadamente tentador.

Era un collar muy cómodo.

—¿Cree que soy idiota? —exclamé, y tiré la carpeta sobre la mesa.

Marcone arqueó las cejas y abrió un poco la boca.

—¿Son las horas? ¿Quiere que baje el mínimo a una por semana? ¿Por mes?

—No son las horas —respondí.

Abrió las manos.

—¿Entonces qué?

—Es la empresa. Es la idea de pensar que un asesino traficante de drogas pueda exigirme fidelidad. No me gusta la procedencia de su dinero. Está manchado de sangre.

Marcone volvió a entrecerrar sus fríos ojos.

—Piénselo bien, señor Dresden. No le haré esta oferta dos veces.

—Déjeme hacerle una oferta, John —dije. Su mejilla tembló nerviosamente cuando le llamé por su nombre de pila—. Dígame lo que sabe, y haré todo lo que pueda por coger al asesino antes de que vaya a por usted.

—¿Qué le hace pensar que estoy preocupado, señor Dresden? —preguntó Marcone en tono algo burlón.

Me encogí de hombros.

—Destriparon a su socio y a su guardaespaldas el mes pasado. Anoche despedazaron a Spike. Y después usted sale de su agujero para darme información que puede ayudarme a atrapar al asesino e intenta a toda costa que me convierta en su guardaespaldas. —Me incliné y puse los codos sobre la mesa, luego bajé la cabeza hasta que mis ojos quedaron a pocos centímetros de los suyos—. ¿Preocupado, John?

Su cara volvió a temblar nerviosamente, y pude oler sus mentiras.

—Por supuesto que no, señor Dresden. Pero uno no llega hasta donde yo he llegado en la vida siendo temerario.

—Pero siendo un desalmado sí ¿verdad?

Marcone puso las manos sobre la mesa y se levantó. Yo hice lo mismo y seguí mirándole.

—Soy un hombre de negocios, señor Dresden. ¿Preferiría la anarquía en las calles? ¿Guerras entre los señores del crimen? Yo pongo orden en ese caos.

—La verdad es que no. Solo hace que el caos sea más eficaz y organizado —espeté—. Adórnelo con las palabras que quiera, pero no cambia el hecho de que es usted un asesino, un jodido animal que debería estar en una jaula. Nada más.

El rostro inmutable de Marcone estaba lívido. Apretó la mandíbula con rabia. Mi propia ira se desbordó con una pasión descontrolada. Expresé mi reciente miedo y frustración con palabras venenosas y se las lancé como si fueran un montón de chatarra.

—¿Qué hay ahí fuera, John? ¿Qué puede ser? ¿Vio a Spike? ¿Vio cómo le habían arrancado la cara? ¿Vio la forma en que lo habían destripado? Yo sí. Pude oler lo que había cenado. ¿Se imagina siendo el próximo, John?

—No me llame así —dijo Marcone, y su voz era tan fría e impasible que me descolocó—. Si estuviésemos en un lugar público, señor Dresden, habría ordenado que le matasen por hablarme de ese modo.

—Si estuviésemos en un lugar público —le respondí—, lo intentaría. —Me levanté y le miré por encima del hombro, ignorando la presencia amenazante de Hendricks—. Ahora, lárguese de mi oficina.

Marcone se arregló el traje y la corbata.

—Supongo, señor Dresden, que seguirá investigando para el departamento de

policía.

—Por supuesto.

Marcone rodeó la mesa, pasó por delante de mí y se dirigió a la puerta. El robusto Hendricks le siguió en silencio.

—Entonces, por mi propio bien, debo aceptar su oferta y ayudar en la investigación. Investigue el nombre de Harley MacFinn. Pregunte por el proyecto Pasaje Noroeste. A ver dónde le lleva.

Abrió la puerta.

—¿Por qué debería creerle? le pregunté.

Se giró y me miró.

—Usted ha visto el fondo de mi alma, señor Dresden. Me conoce de una manera tan profunda e íntima que aún no alcanzo a comprender. Igual que yo le conozco a usted. Sabe que tengo interés en ayudarle, y que la información es buena. —Me dedicó otra sonrisa glacial—. También sabe que ha sido un imprudente al convertirme en su enemigo. Esto podría haber acabado de otro modo.

Entrecerré los ojos.

—Si tan bien me conoce, debería saber que no podía acabar de otro modo.

Frunció los labios durante un instante y no intentó contradecirme.

—Una pena —dijo—. Una verdadera pena.

Y salió. Hendricks me miró con ojos de cerdo y también desapareció. La puerta se cerró tras ellos.

Di un suspiro hondo y tembloroso y me derrumbé sobre la mesa. Me cubrí el rostro con las manos y me di cuenta de que también temblaban. No había sido consciente del asco que me producía Marcone y todo lo que representaba. No había sido consciente de hasta qué punto me repugnaba que mi nombre estuviese asociado al suyo. No había sido consciente de hasta qué punto quería abalanzarme sobre aquel hombre y partirle la cara.

Permanecí así durante unos minutos, dejando que el corazón me latiera con fuerza, recobrando el aliento. Marcone podría haberme matado. Podría haber ordenado a Hendricks que me destrozara, o que me volara la tapa de los sesos, pero no lo hizo. No era su estilo. No podía eliminarme ahora, no después de haberse esforzado tanto por extender el rumor en el hampa de que él y yo teníamos una especie de alianza. Tendría que ser más indirecto, más sutil. Ordenar a Hendricks que desparramase mis sesos por el suelo no era la forma de hacerlo.

Pensé en lo que había dicho y en las implicaciones del trato que le había ofrecido y que había aceptado. Estaba en peligro. Algo le había asustado, algo que no entendía y que no sabía cómo combatir. Por eso había querido contratarme. Como mago, cojo lo desconocido y lo convierto en algo medible. Quito la capa de terror de las cosas y hago que las personas puedan enfrentarse a ellas. Marcone quería que estuviese a su

lado, que lo ayudase a no tener miedo de las cosas que acechan en la oscuridad.

Diablos. Era humano.

Me estremecí. Quería odiar a ese hombre, pero solo podía sentir asco, rabia a lo sumo. La mayoría de lo que había dicho era cierto. Marcone era un hombre de negocios. Había reducido la violencia en las calles, pero también había conseguido que el número de dólares que ganaban los criminales de esta ciudad aumentase vertiginosamente. Había protegido la piel de la ciudad, pero le había chupado la sangre, le había envenenado el alma. No cambiaba nada, nada en absoluto.

Pero saber que el hombre que conocía, el depredador con alma de tigre, el hombre de negocios asesino, saber que temía aquello a lo que yo estaba a punto de enfrentarme, me asustaba a más no poder y añadía un nuevo elemento de intimidación al trabajo que estaba realizando.

Pero aquello tampoco cambiaba nada. Está bien tener miedo. Pero no dejes que te impida hacer tu trabajo.

Me senté en la mesa, me quité de la cabeza la sangre, los colmillos y la muerte agonizante y comencé a investigar el nombre de Harley MacFinn y el proyecto Pasaje Noroeste.

Capítulo 10

El demonio atrapado en el círculo de invocación gritó, golpeó sus pinzas de cangrejo contra la barrera invisible y agitó sus hombros quitinosos de un lado a otro en un intento de salir de su prisión. No lo consiguió. Seguí concentrándome en el círculo para impedir que el demonio escapara.

—¿Satisfecho, Chauncy? —le pregunté.

El demonio enderezó su horrible forma y respondió en un perfecto acento de Oxford:

—Bastante. Entenderás que debo cumplir el protocolo. —Después sacó un par de gafas estafalarias con montura de alambre de debajo de una balanza y se las colocó en la punta de la nariz de pico—. ¿Tienes alguna pregunta?

Di un suspiro de alivio y me senté en el borde de la mesa de trabajo de mi laboratorio. Había despejado todo el desorden que rodeaba al círculo de invocación y tendría que moverlo si quería salir del laboratorio, pero no quería arriesgarme. Por muy cómoda que fuese la relación de trabajo que Chaunzaggoroth y yo teníamos, siempre existía la posibilidad de que hubiera echado a perder la invocación. Había reglas de protocolo que los seres demoníacos estaban obligados a seguir, y una de ellas era ofrecer resistencia a cualquier mago mortal que les invocase. Otra era hacer todo lo posible por acabar con la vida de ese mago, en caso de escapar de los confines del círculo.

En general, sacar información a las hadas y a los espíritus de los elementos era mucho más fácil y seguro, pero Bob no había conseguido nada en su investigación entre los espíritus locales. No siempre estaban al quite de lo que ocurría en la ciudad, y ahora Bob volvía a habitar en su calavera, agotado e incapaz de seguir ayudándome.

Así que había ido hasta el infierno en busca de ayuda. Ellos saben si te has portado bien o mal, y hacen que Papá Noel parezca un aficionado.

—Chauncy, necesito información sobre un hombre llamado Harley MacFinn. Y sobre algo en lo que estaba trabajando, el proyecto Pasaje Noroeste.

Chauncy movió sus pinzas con aire pensativo.

—Ya veo. Suponiendo que disponga de dicha información, ¿para qué la necesitas?

—Y a ti qué te importa —gruñí—. No empieces con eso. Mira, podría averiguarlo yo mismo en unos pocos días.

Chauncy inclinó su cabeza de pájaro.

—Ah. Pero el tiempo es esencial ¿verdad? Vamos, Harry Dresden. No sueles llamarme si no es por un buen motivo. Los peligros a los que te enfrentas son demasiado grandes, tanto por mi parte como por parte de tu Consejo Blanco.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Técnicamente —dije— no estoy infringiendo ninguna de las leyes de la magia. No me estoy apropiando de tu voluntad, así que no estoy quebrantando la Cuarta Ley. Y no te has escapado, así que no estoy quebrantando la Séptima Ley. El Consejo puede cantar misa.

Los huesos de la frente se le movieron nerviosamente.

—Sin duda se trata de un mero eufemismo colorista, no de una declaración de intenciones.

—Por supuesto.

Chauncy se subió un poco las gafas.

—Las ramificaciones morales y éticas de tus actitudes resultan muy fascinantes, Harry Dresden. No deja de sorprenderme que el Consejo Blanco siga dándote su bendición. Aunque sabes muy bien que la mayoría del consejo miraría a otro lado mientras sus verdugos te mataban si se enterasen de que has traído intencionadamente a un demonio a este mundo, sigues invocándome, no una, sino media docena de veces. Tus actitudes son mucho más parecidas a las de muchos de mis hermanos del Mundo Inferior

—Así que debería unirme a ti, aceptar los poderes oscuros, etcétera, etcétera acabé la frase por él y suspiré. ¡Por Dios, Chauncy! ¿Por qué insistes en convencerme para que me enrolé en el Mundo Inferior, eh?

Chauncy encogió sus voluminosos hombros.

—Admito que reclutar a un alma de tu calibre para nuestras legiones me daría mucho prestigio —dijo—. Además, me liberaría de las onerosas obligaciones que hacen que estas insoportables visitas a tu mundo parezcan agradables.

—Bueno, pues hoy no vas a conseguir mi alma —le aseguré—. Así que hazme una contraoferta, o podemos concluir las negociaciones y te envío de vuelta a casa.

El demonio se estremeció.

—Sí, bueno. No nos apresuremos, Harry Dresden. Tengo la información que necesitas. Además, tengo más información que desconoces y que puede resultarte de gran interés, y considero que te ayudará a preservar tu vida y las vidas de otros. Dada la situación, no creo que el precio que pida sea excesivo: deseo otro de tus nombres.

Fruncí el ceño. El demonio ya tenía dos de mis nombres. Si ganaba mi nombre entero, de mis propios labios, podría usarlo en cualquier aplicación mágica en mi contra. Eso no me preocupaba demasiado; a los demonios y su calaña les costaba mucho salir del Más Allá, del mundo espiritual al mundo físico que habitamos, mediante la brujería.

Pero Chaunzaggoth era una fuente de información popular entre los magos que recurrían al infierno en busca de información. Lo que me preocupaba era la posibilidad de que uno de ellos lo consiguiera. Chauncy estaba en lo cierto: había

mucha gente en el Consejo Blanco que se alegraría de verme muerto. Si uno de ellos conseguía mi nombre, cabía la posibilidad de que lo usara en mi contra, bien para matarme o para obligarme mágicamente a hacer algo que violara una de las Siete Leyes. Algo que me llevara a juicio y me matara.

Por otra parte, Chauncy nunca me mentía. Si decía que tenía información que podía salvar la vida de la gente, es que la tenía, y sanseacabó. Diablos, quizá incluso supiera quién era el asesino, aunque el conocimiento que tiene un demonio de la identidad humana sea bastante precario.

Decidí arriesgarme.

—Trato hecho —dije—. Toda la información relativa a mi investigación a cambio de otro de mis nombres.

Chauncy asintió.

—De acuerdo.

—Bien. Dame la información sobre MacFinn y el proyecto del Pasaje Noroeste.

—Muy bien —dijo Chauncy—. Harley MacFinn es el heredero de una considerable fortuna hecha en las minas de carbón y los ferrocarriles a principios del siglo XX. Es uno de los diez hombres más ricos del país conocido como los Estados Unidos. Sirvió en Vietnam, y cuando regresó a su país comenzó a vender sus negocios y a aumentar su capital. Su color preferido es el rojo, calza un

—Podemos ahorrarnos los pequeños detalles a menos que creas que son relevantes —interrumpí—. Podría escucharte hablar de su comida preferida y sus problemas en la escuela secundaria todo el día y eso no me ayudaría en nada.

Saqué mi cuaderno y comencé a tomar notas.

—Como desees —asintió Chauncy—. Durante los últimos años ha centrado sus esfuerzos en el proyecto Pasaje Noroeste. El proyecto es un intento de compra de grandes extensiones de terreno, comenzando por las Montañas Rocosas del sudoeste americano y siguiendo por el noroeste hasta Canadá, para crear una enorme reserva para la fauna norteamericana.

—¿Quiere hacerse un patio de recreo privado en las Montañas Rocosas? —solté.

—No, Harry Dresden. Desea adquirir las tierras que no pertenecen al Gobierno y después donarlas, a condición de que el Gobierno garantice que se usarán como parte del proyecto Pasaje Noroeste. Cuenta con el apoyo de muchos grupos ecologistas de todo el país y también con el de Washington, tu capital, siempre y cuando consiga las tierras.

—¡Uau! —exclamé, impresionado—. Dices que cuenta con mucho apoyo. ¿Quién quiere detenerle?

—Intereses industriales que quieren expandirse hacia el noroeste —explicó Chauncy.

—Deja que lo adivine. James Harding III era uno de ellos —dije, y lo anoté antes

de que me lo confirmase.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Chauncy.

—Un hombre lobo lo mató a él y a su guardaespaldas el mes pasado. También murieron otras personas.

Chauncy sonrió abiertamente.

—Eres un hombre inteligente, Harry Dresden. Sí. James Harding III estaba muy interesado en obstaculizar los esfuerzos de MacFinn por adquirir tierras. Vino a Chicago a reunirse con él, pero murió antes de concluir las negociaciones.

Cerré los ojos durante un minuto, pensativo.

—Vale. Harding viene a la ciudad a hablar con MacFinn. Harding está compinchado con Marcone, así que Marcone es el anfitrión de las negociaciones. Un hombre lobo despedaza a Harding y a su guardaespaldas. Así que... ¿MacFinn es el hombre lobo en cuestión?

Chauncy sonrió con una expresión bastante intimidante.

—MacFinn es miembro de una antigua familia procedente de una isla conocida como Irlanda. Su familia tiene una noble historia. La leyenda cuenta que, en el pasado, el hombre conocido como san Patricio condenó a su ancestro a convertirse en bestia salvaje cada luna llena. La maldición tenía dos adeudas. Primera, sería hereditaria, pasaría a un nuevo miembro de la familia de generación en generación. Y segunda, nunca desaparecería, hasta el fin de los tiempos.

También anoté aquello.

—¿Un santo católico hizo eso?

Chauncy hizo un gesto de asco.

—No soy responsable de la gente que emplea la Otra Parte, mago. Ni de las tácticas que usan.

—Teniendo en cuenta la fuente, creo que lo anotaré como una opinión parcial. Los de tu clase han hecho cosas mil veces peores —dije.

—Bueno, es cierto —admitió Chauncy—. Pero al menos somos bastante honestos sobre la clase de seres que somos y las cosas que defendemos.

Gruñí.

—De acuerdo. Ahora todo tiene mucho más sentido. MacFinn es un *loup-garou*, uno de los monstruos legendarios. Intenta hacer obras buenas en su tiempo libre, hacer un gran parque para todos los bichos peludos, pero Harding se cruza en su camino. MacFinn sale de parranda asesina y lo borra del mapa. —Fruñí el ceño—. Excepto que Harding fue la última persona asesinada el mes pasado. Si MacFinn creía que su proyecto peligraba, Harding habría sido el primero. —Miré a Chauncy—. ¿MacFinn es el asesino?

—MacFinn es un asesino aseguró Chauncy. Pero entre los humanos, es uno entre tantos, y no el más monstruoso.

—¿Es el asesino del guardaespaldas de Marcone? ¿De las otras personas?

—Mi información sobre ese punto no es concluyente, Harry Dresden —dijo Chauncy. Sus ojos negros brillaron—. Quizá por el precio de otro nombre podría investigar entre mis hermanos y darte una respuesta más precisa.

Le miré disgustado.

—Ni hablar. ¿Sabes quién mató a las personas del mes pasado?

—Sí —respondió Chauncy—. El asesinato es uno de los principales pecados, y nosotros vigilamos los pecados muy de cerca.

Me incliné hacia delante y le miré con atención.

—¿Quién fue?

Chauncy rió de forma irritante.

—Vamos, Harry Dresden. Para empezar, nuestro trato era por información sobre MacFinn y el proyecto Pasaje Noroeste. En segundo lugar, no puedo contestar a una pregunta tan directa, y lo sabes. Hay un límite en mi grado de implicación en los asuntos mortales.

Lancé un suspiro de frustración y me froté los ojos.

—Sí, sí. De acuerdo, Chauncy. ¿Qué más puedes decirme?

—Solo que Harley MacFinn estaba planeando reunirse con Marcone mañana por la noche para reanudar las negociaciones.

—Espera un minuto. ¿Ahora Marcone es el principal adversario del proyecto?

—Correcto —dijo Chauncy—. Ha asumido el control de la mayoría de los negocios que compartía con Harding tras la muerte de este.

—Así que... Marcone tenía un buen motivo para matar a Harding. Ampliar su imperio financiero y sacarle a MacFinn todo el dinero que pudiera.

Chauncy se ajustó las gafas de montura de alambre.

—Tu razonamiento parece sólido.

Dejé caer el lápiz en el cuaderno y miré lo que había escrito.

—Sí. Pero no explica por qué mataron a los demás. Ni quién lo hizo. A menos que Marcone se haya sacado una manada de hombres lobo de la manga, claro está. —Me mordí el labio, y pensé en mi encuentro en el garaje de la Luna Llena—. O con la banda de Lobos Callejeros.

—¿Algo más? preguntó Chauncy de forma solícita.

—Sí —respondí—. ¿Dónde puedo encontrar a MacFinn?

—Ralston Place, número 888.

Lo anoté.

—Pero eso es aquí, en Chicago. En Gold Coast.

—¿Y dónde esperas que viva un multimillonario cuando viene a Chicago, Harry Dresden? Bien, parece que he cumplido con todas mis obligaciones. Ahora espero mi recompensa.

Chauncy dio unos cuantos pasos inquietos de acá para allá dentro del círculo. Su tiempo en la tierra empezaba a pasarle factura.

Asentí.

—Mi nombre es Harry Blackstone Dresden —dije omitiendo «Copperfield», pero manteniendo el mismo tono y pronunciación.

—Harry. Blackstone. Dresden —repitió Chauncy con cuidado—. ¿Harry, como Harry Houdini? ¿Blackstone, como el famoso ilusionista?

Asentí.

—Mi padre era músico. Me puso esos nombres cuando nací. Siempre fueron sus héroes. Creo que si mi madre hubiera sobrevivido al parto, le habría pegado una bofetada.

Tomé algunas notas más, escribiendo mis ideas para que no se me olvidaran.

—En efecto —dijo Chauncy—. Tu madre era una mujer muy directa y obstinada. Su muerte fue una gran pérdida para todos nosotros.

Parpadeé, me sobresalté y el lápiz se me cayó de los dedos. Miré fijamente al demonio durante un momento.

—¿Tú... conocías a mi madre? ¿Conocías a Margaret Gwendolyn Dresden?

Chauncy me miró con indiferencia, impassible.

—Muchos en el infierno estaban familiarizados con ella, Harry Blackstone Dresden, aunque bajo un nombre diferente. Esperábamos su llegada con gran expectación, pero al final el Príncipe Oscuro la perdió.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué estás hablando?

Los ojos de Chauncy sonrieron con avaricia.

—¿No conocía el pasado de su madre, señor Dresden? Es una pena que no hayamos tenido esta conversación antes. Podría haberla incluido en el trato que teníamos. Por supuesto, si desea perder otro nombre para conocer el pasado de su madre, su... —Hizo un gesto de asco—. Redención, y las muertes por causas no naturales de sus padres, estoy seguro de que podríamos arreglarlo.

Apreté los dientes en un ataque repentino de frustración infantil. El corazón me latía con fuerza. ¿El pasado oscuro de mi madre? Siempre había creído que era una maga, pero nunca había podido demostrarlo. ¿Muertes por causas no naturales? Mi padre había muerto de un aneurisma mientras dormía, cuando yo era pequeño. Mi madre murió al nacer yo.

¿O no?

Un deseo ardiente y repentino de saber quién era mi madre me salió de las entrañas y me recorrió todo el cuerpo. Mi madre me había dejado su pentáculo plateado, pero no sabía nada de ella, solo lo que mi amable y demasiado generoso padre me dijo antes de morir. ¿Cómo eran mis padres? ¿Cómo habían muerto y por qué? ¿Los habían matado? ¿Tenían enemigos en alguna parte? En ese caso, ¿los había

yo heredado?

El pasado oscuro de mi madre. ¿Explicaba eso mi fascinación por los poderes ocultos, mi precario cumplimiento de todas aquellas reglas del Consejo Blanco que consideraba estúpidas o inconvenientes?

Alcé la vista hacia el demonio y me sentí como un idiota. Me había tendido una trampa. Me había puesto aquella información como cebo. Quería mi nombre completo, o más si podía.

—Te puedo mostrar cómo eran de verdad, Harry Blackstone Dresden —me aseguró Chaunzaggoth con voz dulce—. Nunca has visto el rostro de tu madre. Puedo mostrártelo. Nunca has oído su voz. También puedo hacer que la oigas. No sabes nada de la clase de personas que fueron tus padres, ni si tienes más familia. Familia, Harry Blackstone Dresden. Sangre. Y todo lo atormentado y solo que te sientes

Miré la horrible forma del demonio y escuché su relajante y tranquilizadora voz. Familia. ¿Era posible que tuviera familia? ¿Tías? ¿Tíos? ¿Primos? ¿Otros, como yo, quizá, en las sociedades secretas de los magos, escondidos del mundo mortal?

—El precio es comparativamente bajo. ¿Para qué necesitas tu alma inmortal cuando tu cuerpo muera? ¿Qué hay de malo en que me des otro de tus nombres? Esta información no es fácil de obtener incluso para los de mi clase. Puede que no vuelvas a tener otra oportunidad como esta.

El demonio empujó la barrera del círculo de invocación con las pinzas. Su boca en forma de pico temblaba de impaciencia.

—Olvídalo —dije con calma—. No hay trato.

La mandíbula de Chaunzaggoth se abrió de golpe.

—Pero, Harry Blackstone Dresden... —comenzó.

No me di cuenta de que estaba gritando hasta que lo vi estremecerse.

—¡He dicho que lo olvides! ¿Crees que soy un bobo al que puedes embaucar, demonio? Coge lo que has ganado y lárgate. Tienes suerte de que no te envíe a casa con los huesos rotos o el pico molido.

Los ojos de Chaunzaggoth brillaron de rabia y volvió a embestir contra la barrera, aullando con furia y sed de sangre. Alargué la mano y gruñí:

—Oh, no, no lo conseguirás, pequeño demonio asqueroso de mierda.

La voluntad del demonio puso la mía a prueba, y aunque acabé con la frente bañada en sudor, volví a derrotarlo.

Chaunzaggoth comenzó a hacerse cada vez más pequeño, mientras aullaba de rabia y frustración.

—¡Te estamos vigilando, mago! —gritó—. Caminas en las sombras y una noche resbalarás y te caerás. Y cuando lo hagas, estaremos allí. Te estaremos esperando para llevarte con nosotros. Al final serás nuestro.

Siguió gritándome hasta que alcanzó el tamaño de una punta de alfiler y desapareció con una pequeña implosión. Dejé caer la mano y bajé la cabeza, resoplando. Estaba temblando, y no solo por el frío de mi laboratorio. Había juzgado mal a Chaunzaggeroth, creí que era una fuente de información fiable, aunque peligrosa, dispuesto a hacer negocios razonables. Pero la rabia, la furia, la malicia frustrada de su oferta final, aquellas últimas palabras, me habían mostrado su verdadero rostro. Me había mentido, me había engañado sobre su verdadera naturaleza, había jugado conmigo como si fuera un tonto y después me había echado el anzuelo. Me sentía un completo idiota.

El teléfono sonó en el piso de arriba. De repente, me puse en movimiento, aparté a empujones los montones de cosas que me cerraban el paso, salté por encima de ellas y llegué a la escalera de mano que llevaba a mi apartamento. Subí corriendo con el cuaderno en la mano y cogí el teléfono a la quinta llamada. El apartamento estaba a oscuras. La noche había caído mientras yo entrevistaba al demonio.

—Dresden —respondí, jadeando.

—Harry —dijo Murphy con voz débil—. Tenemos otro.

—Hijo de puta. Voy para allá. Dame la dirección.

Dejé el cuaderno y cogí el lápiz para escribir. El tono de voz de Murphy era impasible.

—Ralston Place, número 888. En Gold Coast.

Capítulo 11

El número 888 de Ralston Place era una casa unifamiliar en Gold Coast, la zona más rica de Chicago. Estaba situada en un pequeño terreno arbolado que la mantenía prácticamente oculta a la vista. Tenía un pequeño jardín rodeado de unos setos altos que aumentaban su aspecto de escondrijo. Conduje el Escarabajo por la avenida de guijarros blancos y lo aparqué detrás de una pequeña flota de coches de policía y vehículos de emergencia.

Las luces estroboscópicas azules eran casi reconfortantes. Las había visto tantas veces que me hacían sentir como en casa, lo que no dejaba de resultar inquietante. Murphy me había llamado pronto: aún no habían llegado los forenses y los agentes estaban empezando a poner cinta amarilla alrededor de la propiedad.

Salí del coche. Había vuelto a ponerme los vaqueros azules, la camisa tejana y las botas, y el viejo abrigo se me enredaba en las pantorrillas. El viento era frío. En lo alto del cielo, la luna apenas se veía a través de la nube de contaminación que cubría la ciudad.

Un escalofrío me recorrió la espalda y me detuve, miré las filas interminables de setos elegantemente iluminados, los arriates de flores y las filas de arbustos que me rodeaban. De repente, tuve la certeza de que alguien estaba observándome en la oscuridad.

Miré fijamente la noche, recorrí lentamente con la mirada el terreno que me rodeaba. No vi nada, pero habría apostado cualquier cosa a que había alguien. Al cabo de un momento aquella sensación desapareció y me estremecí. Metí las manos en los bolsillos y me dirigí hacia la casa a paso ligero.

—Dresden —dijo alguien, y vi que Carmichael bajaba por las escaleras frontales de la casa y se dirigía hacia mí.

Carmichael era la mano derecha de Murphy en Investigaciones Especiales. Más bajo de lo normal, más gordo de lo normal, más zafio de lo normal y con unos ojos más porcunos de lo normal, Carmichael era un poli escéptico, desconfiado y muy perspicaz. Bajó las escaleras con su vieja corbata manchada de sopa y en mangas de camisa.

—Ya era hora, joder. ¡Dios Santo, Dresden!

Se pasó una mano por la frente sudorosa.

Lo noté disgustado mientras subíamos las escaleras, uno al lado del otro.

—Creo que es el saludo más amable que me has dedicado dije. ¿Ya no crees que sea un farsante?

Carmichael negó con la cabeza.

—No. Sigo creyendo que mientes más que hablas sobre ese asunto de la magia. Pero, por Dios, hay veces en que desearía que fueses un mago de verdad.

—Nunca se sabe —dije con voz cortante—. ¿Dónde está Murphy?

—Dentro —respondió Carmichael, y torció la boca con asco—. Sube las escaleras. Toda la casa pertenece a ese tipo. Murphy cree que puedes saber algo. Yo me quedaré aquí y entretendré a los federales cuando lleguen.

Lo miré.

—¿Aún está preocupada por lo que piensen los de Asuntos internos?

Carmichael hizo una mueca.

—Esos gilipollas de AI se le echarían encima si pusiera a los federales de patitas en la calle. ¡Dios Santo, a veces la política local me pone enfermo!

Asentí y comencé a subir las escaleras.

—¡Eh, Dresden! —dijo Carmichael.

Lo miré por encima del hombro, esperando las mofas e insultos habituales. Me estaba estudiando con los ojos entrecerrados.

—He oído cosas sobre ti y John Marcone. ¿Qué está pasando?

Negué con la cabeza.

—Nada. Es pura escoria.

Carmichael me examinó atentamente y después asintió.

—No eres un mentiroso, Dresden. No creo que pudieras mantenerte impávido sobre algo así. Te creo.

—¿Pero no me crees cuando digo que soy mago? pregunté.

Carmichael hizo una mueca y apartó la vista.

—Joder, ¿te parece que tengo cara de imbécil? Será mejor que subas. Os avisaré cuando Denton llegue con los agentes Stepford.

Me di la vuelta y vi a Murphy de pie al final de las escaleras. Llevaba un impecable traje de chaqueta de color gris, zapatos de tacón muy bajo y joyas del color del acero. Sus pendientes parecían unas pequeñas cuentas brillantes de plata en sus orejas, en las que nunca me había fijado cuando llevaba el pelo largo. Los lóbulos de las orejas de Murphy eran muy monos. Me habría matado si supiera que lo estaba pensando.

—Ya era hora, Dresden. Sube.

Su voz era dura, estaba enfadada. Desapareció de lo alto de las escaleras y yo subí el resto de dos en dos para alcanzarla.

El apartamento (aunque era demasiado grande para denominarlo así) estaba muy iluminado y olía ligeramente a sangre. La sangre tiene una especie de olor metálico. Te pone de punta los pelos del cogote, y los míos se pusieron en alerta. También había otro olor, tal vez alguna clase de incienso, y el fresco aroma del viento. Atravesé un corto vestíbulo al final de las escaleras y seguí a Murphy hasta lo que parecía el dormitorio principal, donde encontré el origen de todos los aromas.

No había muebles dentro del dormitorio principal, y eso que era enorme, lo

bastante grande como para maldecir tu suerte cada vez que tuvieras que ir al cuarto de baño en plena noche. No había moqueta. No había adornos en las paredes. El viento de octubre entraba por una enorme ventana sin cristales. La luz de la luna llena la atravesaba como si fuera la imagen de un cuadro.

Pero lo que sí había era gotas de sangre derramada por todas partes y una pared salpicada. Las pisadas rojo escarlata de algo parecido a un gran lobo formaban una línea recta que llegaba hasta la ventana hecha añicos. En el centro del dormitorio estaban los restos de un gran círculo de invocación, con sus tres círculos de símbolos cuidadosamente dibujados en tiza blanca sobre el suelo de madera, y unas varitas de incienso intercaladas entre los símbolos del segundo círculo.

Los restos de Kim Delaney yacían desnudos y tendidos sobre el dorso en el suelo manchado de sangre a unos pocos metros del círculo. La expresión de susto y sorpresa de su cara no cambió hasta que apareció el rigor mortis. Sus ojos negros y brillantes miraban al techo, y tenía los labios separados, como si estuviera a punto de disculparse.

Le habían arrancado un gran trozo de carne de debajo de la barbilla, así como la tráquea y la laringe. Se le veía la carne roja ensangrentada, los extremos irregulares de las arterias y las secciones de músculo desgarrado, y los huesos blancos brillaban en el fondo de la herida. La habían abierto en canal como si fuera una bolsa Ziploc, cubriéndola de rojo escarlata.

Algo hizo clic en mi cabeza. Alguien pulsó un botón que me apagó las emociones y me envolvió en una nube de irrealidad. No podía estar viendo aquello. No podía ser real. Tenía que ser alguna clase de juego o broma pesada en la que los actores comenzarían a reírse tontamente dentro de unos minutos, incapaces de contenerse.

Esperé. Pero nadie se reía. Me sequé el sudor frío de la frente con la mano. Los dedos comenzaron a temblarme.

Murphy dijo con voz todavía enfadada:

—Por lo visto, el incienso disparó la alarma de incendio del vestíbulo. Cuando llegaron los bomberos, nadie respondió, así que entraron. La encontraron aquí, sobre las ocho. El cuerpo aún estaba caliente.

Las ocho. ¿Cuándo había hablado con el demonio? ¿A la salida de la luna?

Murphy cerró la puerta del dormitorio detrás de mí. Me giré hacia ella y me alejé del espeluznante cadáver. Rezumaba ira por cada poro de su piel, en su mirada.

—Murph —dije—. No sé si puedo hacer esto.

—Pero si es muy sencillo —contestó Murphy—. Hay un monstruo en medio del círculo. Supongo que es uno de los *loup-garou* de tu informe. Supongo que es Harley MacFinn, el propietario de esta casa. Sabe que va a volverse loco cuando salga la luna llena. La chica intenta encerrar al monstruo dentro del círculo mágico ¿verdad? Algo va mal cuando MacFinn se vuelve peludo; sale del círculo, se la carga y luego

se va.

—Ajá —dije sin girarme para volver a mirar el cuerpo de Kim—. Tiene sentido.

Y le conté lo que el demonio me había dicho sobre Harley MacFinn, el proyecto Pasaje Noroeste y su incompatibilidad con los intereses empresariales de Marcone. Murphy me escuchó en el más absoluto silencio. Cuando acabé, asintió, dio media vuelta y salió del dormitorio.

—Sígueme —ordenó secamente.

La seguí, casi pegado a sus talones. No me giré para volver a mirar el dormitorio antes de salir.

Me llevó por el vestíbulo a otra habitación amueblada y cuidadosamente ordenada.

—Ven aquí —ordenó, y se dirigió a un tocador. Me entregó la fotografía de un hombre de mediana edad, muy atractivo y de piel muy bronceada, con los huesos de la cara delgados y angulosos. Sonreía.

A su lado estaba la mujer de los ojos ámbar de los grandes almacenes en los que me había encontrado con los Alfas. También sonreía. Tenía los dientes muy blancos y regulares, la piel oscura y el pelo salpicado de canas, y hacía buena pareja con el hombre que había a su lado. Me mordí el labio durante un segundo, intentando pensar.

—Es Harley MacFinn —explicó Murphy—. Concuerda con la foto de su permiso de conducir. Aún no he conseguido identificar a la mujer. Me estudió la cara con atención. Pero concuerda con la descripción de la mujer que viste en los grandes almacenes. La que nos siguió desde Rosemont. ¿Es ella?

Asentí.

—Sí. Es ella.

Murphy también asintió, me cogió la foto y volvió a ponerla en el tocador.

—Sígueme —volvió a decir, y salió. La miré. ¿Qué le sucedía a Murphy? ¿Tanto la había trastocado la escena? Sacudí la cabeza, todavía estaba atónito por lo que había visto, por todos los hechos que de repente se acumulaban en mi cerebro.

—Murph, espera. Espera un minuto. ¿Qué sucede?

No me respondió, solo me miró por encima del hombro y continuó. Me apresuré a alcanzarla.

Bajamos al sótano por lo que parecía una estrecha escalera para los criados. Me llevó hasta el fondo de un almacén y abrió una pesada puerta de acero que daba a una cámara pequeña y austera de hormigón que no tenía otra salida. En el centro de la cámara había otro círculo de invocación con tres circunferencias, pero los símbolos eran de plata y estaban grabados en el hormigón del suelo. Alrededor del segundo círculo había intercaladas unas barras de algo que parecía una mezcla de plata y obsidiana. Si el círculo hubiera funcionado, habría creado una barrera extraordinaria.

Pero los símbolos estaban desfigurados, destrozados, rotos. Algunos habían sido borrados del círculo interior dibujado en el suelo y sencillamente habían desaparecido. Habían roto algunas barras. Aquel anillo era inútil, no podía funcionar, pero entero podría haber servido para encerrar a Harley MacFinn cuando se hubiera transformado en bestia. La habitación era una prisión que había creado para sí mismo, algo para contener la furia de la bestia que llevaba dentro.

Pero alguien había roto el círculo intencionadamente, había inutilizado la prisión.

Y, de repente, entendí la petición de Kim Delaney. Seguramente había conocido a Harley MacFinn a través de sus actividades ecologistas. Se habría enterado de la maldición que caía sobre él y había querido ayudarlo. Como yo me había negado a ayudarla, había intentado recrear el círculo de invocación en el dormitorio de arriba, para encerrar a MacFinn cuando saliera la luna. Como ya le advertí, había fracasado. No tenía los conocimientos necesarios para entender el funcionamiento del círculo y, en consecuencia, no había podido activarlo.

MacFinn la había matado. Kim estaba muerta porque yo me había negado a compartir mis conocimientos y sabiduría con ella, porque no la había ayudado. Había querido protegerla y me había negado a revelarles mis secretos; me había comportado como un adulto preocupado y razonable con un niño sobreexcitado. No podía creer mi propia arrogancia, la total confianza con que la había condenado a muerte.

Comencé a temblar cada vez más, tenía demasiadas cosas en la cabeza y en el corazón. Podía sentir la presión en mi interior, ese interruptor que me temblaba dentro de la cabeza, dispuesto a encenderse bajo una oleada de ira, furia, remordimiento y odio a mí mismo. Respiré hondo y cerré los ojos, intentando que no ocurriese.

Abrí los ojos y miré a Murphy. Dios, necesitaba hablar con ella. Necesitaba un amigo. Necesitaba alguien que me escuchase, que me dijese que todo iba a ir bien, aunque no fuese cierto. Necesitaba a alguien con quien poder descargarle, alguien que no dejara que me derrumbase.

Me miró con ojos fríos y furiosos.

—Karrin —susurré.

Se sacó un trozo de papel arrugado del bolsillo. Lo desdobló y me lo enseñó para que viese la elegante letra de Kim Delaney, el dibujo del círculo de invocación que me había llevado a McAnally. El dibujo que me había negado a explicarle. El dibujo que había estrujado y convertido en una bolita de papel y que había tirado al suelo, y que Murphy había recogido, distraídamente, para que la gente no se tropezase con la basura.

Y supe por qué había tanta rabia en los ojos de Murphy.

Miré fijamente el dibujo.

—Karrin —volví a decir—. Por favor, tienes que escucharme.

Le quité el dibujo con manos temblorosas.

—Harry —dijo con tranquilidad—. Eres un cabrón mentiroso.

Y acto seguido me pegó un fuerte puñetazo en el estómago que me dobló. Ese movimiento le puso mi cabeza a tiro. Me dio un derechazo en plena mandíbula que me envió directamente al suelo como si fuese un pelele y me hizo ver las estrellas.

Apenas me di cuenta de que me quitaba el dibujo de las manos. Me puso los brazos en la espalda y cerró las esposas alrededor de mis muñecas.

—Me lo prometiste —dijo furiosa—. Me lo prometiste. No más secretos. Me has estado mintiendo. Has estado jugando conmigo como si fuese idiota. Maldita sea, Dresden, estás implicado en esto y hay gente muriendo.

—Murph —farfullé—. Espera.

Me cogió por el pelo, me echó la cabeza para atrás y volvió a pegarme en la mandíbula con una rabia casi animal. La cabeza me dio vueltas y la oscuridad me nubló la visión durante algunos segundos.

—No más conversaciones. No más mentiras —oí que decía. Me arrastró por los pies, me empujó contra una pared y comenzó a registrarme para ver si llevaba un arma—. Se acabó lo de despedazar a la gente como si fueran un vulgar trozo de carne. Tienes derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que digas podrá usarse en contra tuya ante un tribunal.

Me cogió el bastón mágico. El brazaletes de escudos. El anillo de energía. Incluso el trozo de tiza. Con voz, dura, fría y profesional, siguió leyéndome mis derechos.

Cerré los ojos y me recosté en la pared de piedra. Aparte de mi cabeza, era lo más suave de toda la habitación. No intenté luchar ni explicarme.

¿De qué servía?

Capítulo 12

Bajar unas escaleras con las manos atadas a la espalda es más difícil de lo que parece. Aunque no te des cuenta, dependes de tus brazos para mantener el equilibrio. Con las manos esposadas a la espalda, y Murphy subiéndome por la estrecha escalera de los criados y luego bajándome por las escaleras frontales del edificio de MacFinn ante la mirada atenta de una manada de agentes de policía, perdí el equilibrio.

Mientras bajábamos pude oír unas voces que discutían.

—¿Quiere dejar de fastidiarme? —gritaba Carmichael—. Mire, estoy haciendo mi trabajo. Mi jefa ha dicho que no subiera nadie y sanseacabó. ¿Cómo tengo que decírselo?

Alcé la vista y vi que Denton descollaba sobre Carmichael. Le palpitaban las venas de la frente, y sus tres colegas estaban desplegados en forma de abanico detrás de él.

—Está interfiriendo en el cumplimiento de las obligaciones de un agente debidamente nombrado —gruñó Denton—. Apártese de mi camino, detective Carmichael. ¿O quiere que pongan su nombre junto al de su jefa en la lista negra de Asuntos Internos?

—Está bien, Ron —dijo Murphy—. De todos modos, ya he acabado mi trabajo ahí arriba.

Carmichael alzó la vista y me miró fijamente con la boca abierta. Denton y su equipo también me miraron. Denton puso cara de sorpresa, pero rápidamente volvió a adoptar su habitual expresión impasible. Roger, el chaval pelirrojo que trabajaba para Denton, me miraba fijamente con la boca abierta. Benn, la mujer que había atacado a Murphy la noche anterior, me miraba con una expresión casi aburrida, y Wilson, el gordo, resopló de satisfacción.

—Teniente —dijo Carmichael—. ¿Está segura de lo que hace?

—Anoche estaba discutiendo con la víctima. Puedo relacionarlo con al menos un residente de la casa, así como con algunos de los adornos. Me lo llevo por obstrucción a la justicia y conspiración de asesinato. Mételo en el coche, Carmichael, y luego mueve tu culo arriba.

Murphy me empujó bruscamente hacia Carmichael y tropecé. Carmichael me cogió.

—Vamos, Denton —dijo Murphy. Dio media vuelta y se marchó airadamente. Denton me miró impertérrito y siguió los pasos de Murphy, haciendo señas a sus compañeros para que lo siguieran.

Carmichael movió la cabeza y me llevó a uno de los coches de policía.

—Joder, Dresden. Y yo que estaba dispuesto a ponerme de tu lado. Supongo que me gustan los perdedores.

Carmichael abrió la puerta trasera del coche y me puso la mano en la cabeza para que entrase.

—Cuidado con la cabeza. Dios, ¿qué te ha pasado en la mandíbula?

Me senté en el asiento trasero del coche y miré al frente. No le respondí. Carmichael me miró fijamente durante un rato y luego sacudió la cabeza.

—Alguien te llevará al centro en cuanto la escena del crimen sea segura. Después podrás ponerte en contacto con tu abogado.

Mantuve la vista al frente y no le respondí.

Carmichael me estudió un rato más, luego se levantó y me encerró en el coche.

Cerré los ojos.

Ya he tenido la moral baja en otras épocas de mi vida, he experimentado acontecimientos que me han dejado hecho polvo y he deseado estar muerto. Ahora también me sentía así. No era porque no había encontrado al asesino; ya me han derrotado antes, no es la primera vez que me pegan un puñetazo en la mandíbula, pero siempre me he levantado y he luchado el próximo asalto. Puedo aguantar los golpes como cualquiera. Pero odio sentir que he traicionado a un amigo.

Había prometido a Murphy que no le guardaría ningún secreto y había roto esa promesa. Bueno, en realidad no. Pero había sido un estúpido. Debería haber unido las piezas del rompecabezas más rápido, más instintivamente. Quizá tenía una excusa por haberme distraído cuando casi me vuelan la tapa de los sesos en el garaje de la Luna Llena, por haberme distraído al leer el alma del líder de los Lobos Callejeros, al saber que quería matarme. Pero no era excusa para traicionar a Murphy. Nada lo era. Me sentía solo. Me sentía frustrado. Me sentía como una mierda.

Y un instante después me sentí aún peor cuando miré por la ventanilla del coche a la luna llena y me di cuenta de algo que debería haber pensado una hora antes: el asesino o asesinos seguían ahí fuera.

MacFinn no podía ser el responsable de todas las muertes del mes pasado. Dos de los asesinatos habían ocurrido las noches antes y después de la luna llena. Si la maldición de MacFinn era convertirse en una bestia rabiosa durante la luna llena, no podía haber matado a ninguna de las víctimas del mes pasado, ni a Spike en el Varsity la noche anterior.

Lo que planteaba la siguiente pregunta: ¿quién había cometido los asesinatos?

No tenía respuestas. Si la mujer de pelo oscuro que lideraba a los Alfas estaba relacionada con MacFinn, ¿podría haber sido la responsable? Algo parecido a un lobo me había atacado en los grandes almacenes abandonados cuando se habían apagado las luces; ¿había sido ella? ¿Uno de los Alfas? Tal vez eso explicara cómo ocurrieron los otros asesinatos.

Pero si eso era así, ¿por qué el asesino no había acabado conmigo mientras yo forcejeaba en la oscuridad, prácticamente indefenso?

Cada vez más preguntas y ninguna respuesta.

Aunque ahora ya no me importaba. Una celda bonita y tranquila no sonaba tan mal, si me paraba a pensarlo. Al menos me quitaría de encima el elemento criminal. Siempre y cuando no me encerrasen con un delincuente de doscientos kilos llamado «Hulk» o algo así.

Y, entonces, un extraño sentimiento se apoderó de mí y rompió el hilo de mi pensamiento. Se me volvieron a erizar los pelos del cogote. Alguien me estaba observando.

Miré a mi alrededor. No había nadie. Todos los agentes estaban dentro de la casa. Estaba solo en el asiento trasero del coche patrulla con las manos esposadas. Estaba solo e indefenso, y de repente fui consciente de que aún tenían que encontrar y arrestar a Harley MacFinn. Seguía acechando en la oscuridad, incapaz de controlar su impulso asesino.

Pensé en el cadáver despedazado de Spike. En la pobre Kim Delaney, cubierta con su propia sangre en el piso de arriba de la casa unifamiliar. Añadí imágenes fantasiosas (y mucho más terribles) de otra media docena de víctimas, almacenando en mi mente escena tras escena de sangre y muerte en unos pocos segundos.

Un sudor frío me recorrió el cuerpo y miré por la ventanilla.

Dos de ojos brillantes, salvajes y de color ámbar me observaban.

Grité y me encogí de miedo, levanté las piernas para golpearla en caso de que aquella cosa se abalanzase sobre mí a través de la ventanilla del vehículo. Pero la puerta se abrió y la mujer de pelo oscuro y ojos ámbar de los grandes almacenes dijo:

—Tranquílcese, señor Dresden, o no podré rescatarle.

Parpadeé por encima de mis rodillas levantadas.

—¿Eh?

—Rescatarle, señor Dresden. Salga del coche y venga conmigo. Y rápido, antes de que regrese la policía. —Eché un vistazo hacia la casa—. No tenemos mucho tiempo.

—¿Está loca? —exclamé—. Ni siquiera sé quién demonios es usted.

—Soy la prometida de Harley MacFinn, la señorita West —dijo—. Me llamo Tera.

Sacudí la cabeza.

—No puedo irme. No se imagina el lío en que me metería.

Sus ojos ámbar centellearon.

—Usted es el único que puede detener a mi prometido, señor Dresden. Y no podrá hacerlo desde la celda de una prisión.

—No soy el Llanero Solitario —respondí bruscamente—. Soy un asesor que trabaja por cuenta propia. Y no creo que la ciudad me pague la factura de esto.

Tera West me enseñó los dientes.

—Si es el dinero lo que le preocupa, puedo asegurarle que no es un problema, señor Dresden. El tiempo apremia. ¿Viene o no?

Examiné su cara. Tenía unas facciones limpias y llamativas, excepcionales más que atractivas. También tenía patas de gallo, aunque eran la única señal de envejecimiento que pude verle. En el nacimiento del pelo tenía un moratón largo y delgado.

—Usted —dije—. Usted me atacó en los grandes almacenes. Yo la golpeé y usted me quitó el bastón mágico.

Me miró.

—Sí —afirmó.

—Es un hombre lobo.

—Y usted un mago. Y no tenemos más tiempo. —Se agachó un poco más y miró por encima de mí. Yo volví la cabeza y vi a Denton y a sus amiguetes saliendo de la casa, enfrascados en una conversación animada—. Su amiga la detective está a punto de encontrar a mi prometido. ¿De verdad quiere que se enfrente a él? ¿Está preparada para lo que se encontrará? ¿O morirá como los otros?

¡Maldita sea! La zorra (y no es un juego de palabras) tenía razón. Yo era el único capaz de hacer algo con MacFinn. Si Murphy lo encontraba antes, moriría más gente. Era una poli fantástica, y cada vez tenía más experiencia en el mundo de lo sobrenatural, pero no podría enfrentarse a un gran hombre lobo como aquel. Me giré hacia Tera.

—Si voy con usted, me llevará hasta MacFinn.

Se detuvo cuando estaba a punto de marcharse.

—Cuando pueda. Al alba. Si cree que puede crear el círculo y encerrarlo cuando vuelva a salir la luna. Si puede ayudarle.

Asentí. Había tomado una decisión.

—Puedo. Y lo haré.

—La mujer que se hacía llamar Kim Delaney dijo lo mismo —respondió Tera West. Giró los talones y se alejó, agachada.

Salí del asiento trasero y me adentré con Tera West en los arbustos y las sombras del jardín que rodeaban el edificio, lejos de los coches de policía y de las luces.

Alguien gritó sorprendido detrás de mí. Luego se oyó un grito de «¡Alto!». Corrí lo más rápido que puede, alejándome de las luces y del campo visual de cualquier posible tirador.

Por lo visto, aquel grito era la única advertencia que iban a hacerme. Los disparos estallaron detrás de mí mientras corría. Las balas arrancaron la suciedad bajo mis pies. Creo que empecé a gritar sin dejar de correr, encorvando los hombros y agachando la cabeza lo mejor que pude.

Estaba a unos dos metros de las sombras protectoras que había detrás de los setos

cuando algo chocó contra mi hombro y me lanzó a través del seto al otro lado. Aterricé en el suelo y conseguí levantarme a trompicones. Grité durante un segundo, como si de repente mis articulaciones pudieran oír una mezcla de sonidos, sentir una gran variedad de sensaciones y texturas debajo de mi piel. Y entonces el hombro se me paralizó por completo y la cabeza empezó a darme vueltas. Quise extender una mano para no caerme y recordé que aún tenía las muñecas esposadas. Caí sobre el césped, y sentí la hierba en la mejilla.

—¡Ha caído, ha caído! —dijo una voz fría de mujer. Creo que era la agente Benn—. ¡Cogedlo!

No advertí su presencia, solo la sensación de que alguien me agarraba del abrigo y me levantaba. Sentí que la mano de Tera se deslizaba por debajo de mi chaqueta y me presionaba la zona paralizada del brazo.

—No estás sangrando demasiado —dijo Tera con tranquilidad—. Te han disparado en el hombro, no en la pierna. Corre o muere.

Luego se dio media vuelta y siguió caminando entre los setos.

Aquello me animó, pero tuve el presentimiento de que iba a sentirme mucho peor al cabo de unos minutos. Así que me tragué el desagradable gusto a miedo y seguí a Tera West lo mejor que pude.

Comenzamos a jugar al escondite en las sombras del pequeño jardín, Tera y yo contra los agentes que nos seguían. Ella se movía entre las negras sombras y la luz plateada de la luna como un fantasma, en el más absoluto silencio, con calma y seguridad. De inmediato comenzó a acortar el camino por los setos, girando a la izquierda y a la derecha cada pocos pasos. No aminoró la marcha por mí, y estaba seguro de que la prometida de MacFinn no se pararía a esperarme si me caía. No dudaría en dejarme atrás si no podía seguirle el ritmo.

Lo hice durante un rato. No fue demasiado duro. Oh, sentía que me faltaba un poco el aliento, las esposas me molestaban un poco, pero por lo demás, era casi como si no me hubieran disparado, excepto por el calor que se deslizaba por mis costillas hasta mi estómago. Endorfinas, qué placer.

Nuestros perseguidores se sumergieron en el laberinto de setos, arbustos y estatuas, pero mi guía parecía tener un misterioso truco para evitarlos. Se escondía en las partes más oscuras del jardín, volviendo la vista atrás para comprobar que le seguía el ritmo.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasamos jugando a fantasmas en la oscuridad mientras nuestros perseguidores luchaban por coordinar sus esfuerzos y mantenerse callados al mismo tiempo, pero no debió de ser mucho. He leído en alguna parte que la conmoción inicial de las heridas de bala siempre desaparece al cabo de unos instantes. Además, no estaba en forma. No podría haber seguido a Tera West durante mucho tiempo. Era muy rápida.

Mi hombro empezó a palpar el doble de rápido que mi corazón cuando salimos del último seto hacia la calle y la valla de hierro forjado de dos metros y medio de altura que rodeaba la propiedad. Me detuve y me apoyé contra la valla, resollando.

Tera miró por encima del hombro y sus ojos ámbar brillaron a la luz de la luna. Respiraba en silencio por la nariz, parecía que la carrera no la había cansado lo más mínimo.

—No puedo escalar la valla —dije. El dolor en el hombro estaba empezando a ser muy real. Era como el calambre de un corredor, solo que más arriba—. Es imposible. No con las manos esposadas.

Tera asintió.

—Te levantaré —dijo.

La miré fijamente a través de una nube de dolor cada vez más agudo. Luego suspiré.

—Entonces será mejor que te des prisa —le advertí—. Estoy a punto de desmayarme.

Se lo tomó con calma y dijo:

—Apóyate en la valla. Mantén el cuerpo rígido.

Entonces me cogió por los tobillos. Hice todo lo que pude por obedecerla, y ella tiró de mí con esfuerzo.

Durante un segundo no pasó nada. Y luego empezó a levantarme muy lentamente mientras yo mantenía el hombro sano arrimado a la valla. Siguió levantándose por los tobillos hasta que me doblé hacia delante por la cintura, trepé durante un segundo ayudándome con las piernas y luego caí con desgarmo al suelo, al otro lado de la valla. Cuando choqué contra el suelo fue como si una bomba atómica de fuego blanco y calor cegador me estallara en el hombro.

Respiré hondo e intenté no gritar, pero se me debió de escapar algún sonido. Alguien gritó detrás de mí y las voces se dirigieron hacia donde nos encontrábamos.

Tera hizo una mueca y se giró para enfrentarse a ellas.

—Rápido —jadeé—. Escala la valla y vámonos.

Negó con la cabeza.

—No hay tiempo. Ya están aquí.

Apreté los dientes hasta que chirriaron y me puse en pie. Tenía razón. Las voces se acercaban. Alguien, otra vez Benn, pensé, ordenó que nadie se moviera. Si Tera intentaba escalar la valla sería un blanco perfecto cuando llegase arriba. Los perseguidores estaban demasiado cerca. Tera no tenía muchas posibilidades de escapar, y si no lo hacía, yo no llegaría muy lejos. Me cogerían y estaría metido en un lío más gordo que antes, y MacFinn andaría por ahí suelto sin que nadie pudiera detenerlo.

Tenía el rostro bañado en sudor y, al arrodillarme, la sangre de la herida cayó en

la vereda. Salieron unas pequeñas volutas de vapor en el lugar donde la sangre había chocado contra el frío cemento.

Inspiré e invoqué toda la voluntad que pude, reuní el dolor y el miedo y la frustración, y los metí en una pequeña y dura bola de energía.

—*Ventas veloche* —murmuré—. *Ubrium, ubrium*.

Repetí las palabras casi sin aliento mientras doblaba los dedos hacia la palma de las manos.

Las volutas de vapor de mi sangre comenzaron a espesarse y se convirtieron en unos densos zarcillos de niebla. A lo largo de nuestro camino, donde había derramado más sangre, empezó a salir más niebla. Durante algunos segundos apenas era nada, solo un movimiento bajo que se deslizaba por el suelo. De repente, la energía salió precipitadamente de mí y una gran nube de niebla cubrió el suelo, ocultando a Tera y provocando gritos de confusión y consternación entre los agentes que nos perseguían.

Caí hacia un lado, presa del dolor y el cansancio.

Se oyó un susurro, el chirrido del metal forjado, luego un ruido sordo. Tera West aterrizó a mi lado, invisible en la niebla aunque solo estaba a unos pocos pasos. Se me acercó y entonces vi su expresión, sus ojos maravillados, la primera señal de emoción que había visto en su cara.

—Mago —susurró.

—No me lo desgastes —musité—. Y luego todo se hizo negro.

Capítulo 13

Me desperté en algún lugar oscuro y cálido. Pero entonces abrí los ojos y ya no estaba oscuro, solo sombrío.

Me encontraba en la habitación de un hotel barato, estirado boca arriba en una cama de matrimonio. Las pesadas cortinas estaban corridas, pero las barras baratas se combaban en el medio y dejaban pasar la luz del exterior. Sentí que había estado allí durante un buen rato. Respiré hondo y mi hombro embotado comenzó a latir. Se me escapó un gemido. No soy un enclenque, es que me dolía mucho. Tenía la garganta seca y los labios cortados.

Al girar la cabeza sentí un dolor en la mandíbula, justo donde Murphy me había golpeado. Tenía el hombro izquierdo cubierto de unas gruesas vendas blancas firmemente sujetas con esparadrapo. Parecía limpio, excepto por los moratones que se extendían por debajo de las vendas hacia el pecho y el brazo. Por cierto, me di cuenta de que estaba desnudo, y la lista de candidatas que podían haberme desvestido era terriblemente corta.

Más allá de mi hombro, en la mesita de noche situada al lado de la cama, había un montón de cosas varias. Un libro titulado *Manual de supervivencia SAS* estaba abierto por una página con varias ilustraciones en blanco y negro de técnicas de vendaje. A su lado había algunas cajas de cartón vacías cuyas etiquetas indicaban que habían contenido gasas de algodón, esparadrapo y todo eso. También había una botella marrón de peróxido de hidrógeno abierta encima de una sierra para metales con la hoja dentada. En el suelo, al lado de la cama, había una bolsa de papel cerrada.

Me dolía la cabeza, y al levantar la mano derecha para rascarme, vi que la cadena de una las esposas de Murphy me colgaba de la muñeca; por lo visto me la habían serrado. Tenía la otra esposa en la muñeca izquierda. La sentía como si fuera una pulsera punzante alrededor de la parte baja de mi brazo.

Hice lo que pude por no moverme demasiado, pero el dolor no desapareció. Al cabo de unos minutos decidí que la herida no iba a dolerme menos, así que me senté. Lentamente. Levantarme no fue un problema, aunque las piernas me temblaban un poco. Fui al cuarto de baño a hacer mis necesidades y luego me lavé la cara con la mano derecha.

Esta vez no me cogió por sorpresa. La oí salir de la oscuridad de un rincón de la habitación. Alcé la vista, vi los ojos ámbar de Tera West en el espejo y dije:

—Dime que anoche no tuve suerte.

Ni siquiera parpadeó, como si no hubiera oído la insinuación. Llevaba la misma ropa y tenía la misma compostura relajada de siempre.

—Tuviste mucha suerte —dijo—. La bala te atravesó el músculo, pero no te dio en el hueso ni en la arteria. Vivirás.

Fruncí el ceño.

—No me siento muy afortunado.

Tera se encogió de hombros.

—Hay que soportar el dolor. Acaba o no. —Vi que me miraba la espalda y un poco más abajo—. Estás en una forma física razonable. Deberías poder aguantarlo.

Sentí que la sangre me subía a la cara, busqué a tientas una toalla y me la puse torpemente alrededor de las caderas.

—¿Tú me pusiste las vendas? Y, eh... —hice un vago gesto con los dedos de la mano que sujetaba la toalla y preservaba mi pudor.

Asintió.

—Sí. Y te he traído ropa limpia. La tuya estaba empapada en sangre. Tienes que vestirte para que podamos ayudar a mi prometido.

Me giré y le lancé una mirada iracunda. No movió ni una ceja.

—¿Qué hora es?

Se encogió de hombros.

—Última hora de la tarde. Pronto se pondrá el sol y luego saldrá la luna. No tenemos tiempo que perder si queremos alcanzarle antes del cambio.

—¿Sabes dónde está?

Volvió a encogerse de hombros.

—Lo conozco.

Suspiré y lentamente fui hasta la bolsa de papel que estaba en el suelo al lado de la cama. Dentro encontré un par de enormes pantalones de chándal de color lila y una camiseta blanca con la bandera americana en colores metálicos y ondulantes y unas letras que ponían: «Invierte en América, compra un congresista». Arrugué la nariz al ver los pantalones, me gustó la camiseta y me vestí torpemente mientras arrancaba las etiquetas.

—¿Dónde estamos? pregunté.

—En un hotel, al este de Chicago respondió.

Asentí.

—¿Cómo has pagado?

—En metálico. MacFinn me dijo que la policía puede seguir la pista de las tarjetas de crédito.

La miré con los ojos entornados.

—Sí, es verdad.

Me froté la cabeza con una mano y fui al espejo a mirarme. Ahora caminaba con menos dificultad, el dolor era el mismo, pero estaba comenzando a acostumbrarme.

—¿Tienes ibuprofeno o algo así?

—Drogas —dijo—. No.

Cogió un juego de llaves de un coche de alquiler y se dirigió a la puerta.

—Espera —dije. Se dio la vuelta y entrecerró los ojos.

—Nos vamos —explicó.

—No nos vamos —contesté— hasta que me des algunas respuestas.

Arqueó las cejas y me miró. Echaba fuego por los ojos. Luego se dio media vuelta y salió de la habitación, dejando entrar una breve corriente de luz teñida de naranja antes de cerrar de un portazo.

Miré la puerta durante un momento. Entonces me senté en la cama y esperé.

Pasaron unos tres minutos. Luego reapareció.

—Ahora —dijo— nos iremos.

Negué con la cabeza.

—Te he dicho que no. No hasta que me des algunas respuestas.

—MacFinn responderá a tus preguntas —aseguró Tera—. Ahora debemos irnos de este lugar.

Resoplé y me crucé de brazos. El hombro me ardía y me tambaleé en la cama antes de volver a bajar el brazo izquierdo. Dejé el brazo derecho cruzado en el pecho, pero no tuvo el mismo efecto.

—¿Dónde está MacFinn? ¿Por qué mató al socio de Marcone y a su guardaespaldas? ¿O los mató a todos?

—Te irás de este lu... comenzó a decir Tera.

—¿Quién eres? ¿Por qué destruisteis el primer círculo, el que había en vuestro sótano? ¿De qué conocíais a Kim Delaney?

Tera West gruñó y me cogió por la camisa.

—Te irás de este lugar ahora —dijo con una mirada feroz.

—¿Por qué? —protesté, y por una vez no aparté la vista. Miré sus brillantes ojos ámbar y me preparé para el impacto de leer su alma, y para que ella leyese la mía.

Pero no pasó nada.

Aquello bastó para que me quedara boquiabierto. Seguí mirándola fijamente, y ella no parpadeó, no se dio la vuelta y no me leyó el alma. Me estremecí. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no empezaba la lectura de almas? Solo había dos clases de personas cuyos ojos podía mirar durante más de uno o dos segundos: una era la gente a la que ya le había leído el alma; la otra eran los seres inhumanos del Más Allá.

Nunca había leído el alma de Tera West. Siempre recordaba una lectura de almas. La experiencia no era como para olvidarla. Eso solo dejaba otra posibilidad.

Quienquiera que fuese, Tera West no era humana.

—Nos iremos ahora —gruñó.

Me dio un repentino ataque de malhumor.

—¿Por qué? —susurré.

—Porque he llamado a la policía y les he dicho que estás aquí, que te estás comportando de forma irracional y peligrosa y que llevas un arma. Llegarán en

cualquier momento. Después de las últimas muertes creo que la policía se siente amenazada. Es muy probable que te disparen en lugar de arriesgarse.

Me soltó la camisa, me dio un pequeño empujón y salió airadamente de la habitación. Me senté en la cama durante cinco segundos. Luego me levanté y salí cojeando tras ella, tomándome mi tiempo para coger el abrigo que estaba sobre una silla. Tenía agujeros en la parte superior del brazo izquierdo, uno delante de la manga, otro detrás, y había una costra de sangre seca que no se veía demasiado en el fondo negro. Era asquerosa, pero oye, era mía. Las botas y los calcetines que había llevado la noche anterior estaban al lado, y también los cogí.

Fuera estaba anocheciendo. Las calles y las autopistas pronto estarían llenas de gente que regresaba a casa después del trabajo. Tera había alquilado un viejo coche destartado, seguramente en una agencia de alquiler independiente, en lugar de una de las grandes cadenas. Bien hecho. Eso retrasaría las cosas mientras la policía buscaba agencia por agencia a alguien que encajase con su descripción, y siempre empezaban por las grandes.

La examiné mientras entraba en el coche. Era alta y esbelta y extrañamente bella. Movía los ojos constantemente, no de forma nerviosa o aleatoria, sino con la fría precisión de alguien que está alerta a todo lo que la rodea en todo momento. Tenía las manos fuertes, con cicatrices, y los dedos largos. Seguramente el morado de la cabeza, donde le había golpeado con el bastón mágico la noche anterior (no, hacía dos noches; había perdido un día durmiendo en la habitación del hotel) le dolía un montón, pero no parecía notarlo.

Condujo por las calles del este de Chicago, uno de los distantes suburbios de la gran ciudad, hasta el extremo sur del lago Michigan, y finalmente se desvió por una tranquila avenida al lado de una señal que ponía: «Parque del lago del Lobo».

Tera West me ponía nervioso. Había aparecido de la nada para salvarme del asiento trasero de un coche de policía, es cierto, pero ¿cuáles eran sus intenciones? ¿De verdad estaba intentando ayudar a su prometido para que no volviera a ser víctima de la maldición familiar? ¿O trabajaban juntos para librarse de cualquiera que pudiese reconstruir el círculo mágico que podía encerrar a MacFinn y volverlo inofensivo? Tendría sentido, pues ahora que Kim Delaney estaba muerta, iban a por mí.

Por otra parte, aquello no concordaba con otros hechos. Si MacFinn era de verdad un *loup-garou*, solo podía transformarse en bestia durante las noches de luna llena. Al menos media docena de personas habían sido asesinadas cuando la luna estaba en cuarto creciente o menguante.

Y Tera West no era un hombre lobo. Un hombre lobo era un ser humano que usaba la magia para convertirse en lobo. Me había mirado a los ojos y no había ocurrido nada. Por lo tanto, no era un ser humano.

¿Podía ser una especie de transformista del Más Allá? ¿La pareja criminal de MacFinn, que mataba en sus noches libres para que las sospechas no recayeran sobre él? ¿Alguna clase de ser que yo desconocía? La mayor parte de mi formación sobre los fenómenos paranormales procedía de Europa occidental. Tenía que haber leído más libros sobre creencias americanas nativas, fantasmas y espectros sudamericanos, leyenda africana, folclore del este asiático, pero de nada servía lamentarse. Si Tera West era un monstruo y hubiera querido matarme lo habría hecho, y seguramente no se habría molestado en limpiar y curar mi herida.

Por supuesto, aquello planteaba una pregunta: ¿qué quería en realidad?

Y aquella pregunta conducía a muchas otras. ¿Quiénes eran los jóvenes que estaban con ella la primera noche? ¿Qué estaba haciendo con ellos? ¿Tenía alguna clase de secta, como a veces hacen los vampiros? ¿O se trataba de algo completamente diferente?

Tera tomó un pequeño sendero de gravilla, condujo medio kilómetro y aparcó entre los matorrales.

—Sal —me ordenó—. Estará por aquí.

Por suerte, el agitado trayecto había acabado y el sol aún brillaba en el horizonte; la luna no saldría hasta una media hora después de la puesta de sol. Así que ignoré el dolor, salí del coche y me adentré con ella en el bosque.

Debajo de los viejos robles y los sicomoros estaba más oscuro y silencioso. Oímos el canto lejano de los pájaros, como si hubieran elegido quedarse donde el sol aún podía tocar las ramas de los árboles. El viento suspiraba a través del bosque y hacía rodar las hojas en todas las tonalidades de oro, naranja y bermejo, formando una espesa y crujiente alfombra bajo nuestros pies. Nuestros pasos sonaban mientras nos movíamos a través de las hojas, y el viento fresco hizo que me alegrase de haberme puesto el abrigo sobre los hombros.

Examiné a Tera, habitualmente tan silenciosa. Caminaba con movimientos exagerados, pisando fuerte a cada paso que daba, como si intentase hacer ruido expresamente. Una o dos veces salió del camino para pisar una rama y romperla con un ruido seco. Yo estaba demasiado cansado y dolorido para hacer ese esfuerzo. Me limité a caminar e hice más ruido que ella. *¿Quién dice que no puedo hacer nada bien?*

Solo habíamos recorrido unos cientos de metros cuando, de repente, Tera se puso tensa, se agachó y sus ojos escudriñaron el terreno que nos rodeaba. Se oyó un silbido, y entonces un arbolito inclinado tiró de Tera con un lazo que la tenía cogida por los tobillos y la arrastró por el suelo del bosque cubierto de piedras y hojas. Tera lanzó un grito de sorpresa.

Parpadeé, y entonces algo salió de entre las hojas y se levantó como el padre de Hamlet en el escenario. Pero en lugar de lamentar su destino y pedirme que lo

vengara, me pegó en la mandíbula (en el mismo lado donde ya lucía unos morados oscuros) y me envió rodando al suelo, aturdido.

Aterricé de golpe, pero por el lado que no estaba herido, y, al intentar alejarme, un pie desnudo y cubierto de barro me pisoteó la cabeza. Lo agarré y tiré de él con más desesperación que fuerza, y su propietario cayó a mi lado. Frenó la caída con los brazos, igual que Murphy cuando practicaba artes marciales. Luego rodó por el suelo mientras yo intentaba ponerme en pie apoyándome en las manos y las rodillas. Me puso un antebrazo, duro y fuerte, bajo la garganta, me la agarró con la otra mano y apretó la tráquea.

—Ya te tengo, ya te tengo —gruñó mi atacante. Luché contra él, pero era más grande y más fuerte que yo. Me tenía en el suelo, y no le habían disparado ni golpeado como a mí en las últimas quince horas.

No tenía ninguna posibilidad.

Capítulo 14

Así que allí estaba, a punto de ser estrangulado en pleno bosque por un loco fanfarrón medio desnudo, con una mujer lobo que colgaba de una cuerda en algún lugar cercano. La herida del disparo me dolía mucho, y la mandíbula me daba punzadas donde mi amiguita la poli me había golpeado la noche anterior. He tenido días peores. Eso es lo bueno de ser mago. Siempre puedo decirme a mí mismo con honestidad que las cosas podrían ser peor.

Dejé de luchar contra el hombre que me estaba estrangulando. En lugar de eso, lo agarré por la muñeca y me preparé para hacer una locura.

La magia es una clase de energía. Los pensamientos, las emociones y la imaginación le dan forma. Los pensamientos definen esa forma, y las palabras ayudan a definir esos pensamientos. Por eso los magos suelen usar palabras en sus hechizos. Las palabras son una especie de aislante cuando la energía de la magia quema a través de la mente del hechicero. Si usas palabras con las que estás demasiado familiarizado, palabras tan cercanas a tus pensamientos que te cuesta separar unas de otros, entonces el aislante es demasiado delgado. Así que la mayoría de los magos usan lenguas antiguas que no conocen muy bien, o se inventan palabras disparatadas y mentalmente les dan un significado para un efecto particular. De ese modo, la mente de un mago tiene una capa de protección adicional contra las energías mágicas que la recorren.

Pero se puede hacer magia sin palabras, sin proteger tu mente con un aislante. Si no tienes miedo de que te duela un poco, claro.

Atraje mi voluntad, mi miedo exhausto y me concentré en lo que quería. Mi visión se inundó de puntitos de color. El hombre que me atacaba por la espalda gruñó y aulló de forma incoherente, y un chorro de baba o espuma me goteó por un lado de la cara. En el otro lado podía sentir las hojas secas y el barro. Todo comenzó a volverse negro.

Entonces apreté los dientes y liberé mi voluntad con un estallido de energía repentina.

Ocurrieron dos cosas. La primera, una ráfaga de pensamiento cegador, brillante, salvaje y discordante me pasó por la cabeza. Mis ojos estaban inundados de color, mis oídos de un sonido fantasma. Una miríada de sensaciones asaltó mis sentidos: el intenso aroma de la tierra y las hojas secas, el araño ondulado de las patas de un ciempiés que subía por la piel de mis antebrazos, la sensación cálida de la luz del sol en mi cuero cabelludo y muchas otras que no pude identificar, cosas que no estaban basadas en la realidad. Eran un efecto secundario de la energía que me salía por la cabeza.

La segunda cosa que ocurrió fue una oleada de electricidad procedente del aire

que me llegaba hasta las yemas de los dedos que tenía en la muñeca de mi atacante, y que le subió por el brazo y se extendió por todo su cuerpo. El hombre empezó a tener convulsiones descontroladas y la fuerza de su propia reacción le arrancó de mi lado y le hizo caer de espaldas contra las hojas. Apretó los labios en una expresión de conmoción y miedo.

Resollé, atónito y tembloroso, luego empecé a gatear y me puse en pie solo para volver a chocar contra un árbol. Me acurruqué allí, vi que las convulsiones de mi atacante desaparecían y que se quedaba paralizado. Finalmente, se quedó mirando fijamente al cielo con los labios abiertos mientras el pecho le subía y le bajaba.

Examiné al hombre con más atención. Era grande. Era muy grande, al menos tan alto como yo y el doble de corpulento. Solo iba vestido con un par de vaqueros azules cortados que no le quedaban muy bien. Su forma física podría describirse como «abrumadoramente masculina», tenía el pecho peludo y era musculoso como un luchador profesional. Tenía canas en el pelo y en la barba y algunas arrugas en la cara. Era un hombre de edad madura. Pero sus ojos fueron lo que más me llamó la atención. Eran de un verde brillante, salvajes y angustiados, aunque ahora tuviera la mirada fija en el cielo distante, pero le pesaban por el lastre de un conocimiento demasiado terrible. No podía ser fácil vivir con una maldición como aquella.

Oí el sonido de algo que se arrastraba, un ruido sordo, alcé la vista y vi la trampa de MacFinn vacía, la cuerda que se balanceaba de un lado a otro. Mis ojos buscaron por el suelo hasta encontrar una forma borrosa que se movía entre las hojas, y que se concretó en los largos miembros y la ropa informal de Tera West. Se puso en pie y se dirigió hacia MacFinn; su pecho subía y bajaba, y su expresión era distraída y distante.

—MacFinn —dijo—. ¡MacFinn! Lo has matado —gruñó, y sus brillantes ojos ámbar ardían en cólera. Podría haber jurado que su cara empezaba a cambiar, que sus dientes comenzaban a convertirse en colmillos. Quizá solo fuera el efecto de la magia en mis percepciones, o una reacción primitiva al hecho de que Tera se hubiera levantado para abalanzarse sobre mí con un aullido. Había asesinato en su mirada.

No me habían pegado dos veces, no me habían disparado y casi estrangulado para que una zorra disfrazada de hombre lobo acabase conmigo. Aunque la cabeza me daba vueltas, reuní toda mi voluntad, extendí la mano hacia la mujer y dibujé un círculo con el puño.

—¡*Vento giostrus!* proclamé.

El viento silbó entre los árboles y empezó a formar un remolino salvaje de aire en movimiento que levantó hojas secas, ramas y pequeñas piedras. El ciclón en miniatura levantó a Tera por los aires, a unos seis metros del suelo, hasta las ramas de un pino. También levantó una nube de piedras y escombros que me obligó a refugiarme detrás del tronco de un árbol.

Qué vergüenza. Era un poquito más de viento del que había querido. Es el peligro de la evocación, de esa clase de magia loca e instantánea. A veces cuesta mantener el control. Yo solo había querido algo que volteara a Tera y que luego la hiciese caer al suelo de un trompazo.

En lugar de eso, unas rocas pasaron volando y golpearon el tronco del árbol y luego los árboles de alrededor con un estruendo casi ensordecedor. El viento sacudió los árboles, arrancó algunas ramas y arrojó media tonelada de suciedad y polvo en el aire formando una nube sofocante.

El viento se detuvo al cabo de medio minuto y yo me quedé tosiendo y medio asfixiado. Eché un vistazo por entre el árbol que tenía más cerca para observar lo que ocurría.

El viento había despojado de sus colores otoñales a todos los árboles a quince metros a la redonda, dejando solo ramas desnudas. El ciclón había arrancado la corteza de los que la tenían seca o quebradiza, y ahora mostraban su pálida y brillante pulpa de madera. Las hojas del suelo también habían desaparecido, así como quince o veinte centímetros de capa superficial. La erosión del viento había arrancado la tierra y dejado al descubierto unas pocas piedras desnudas, las raíces de algunos árboles y algunos gusanos asustados.

MacFinn estaba sentado, recuperándose del susto que le había dado. Miraba a su alrededor con la cara pálida y aturdida. El pecho le subía y le bajaba en sacudidas irregulares.

Hubo un crujido, y entonces Tera West cayó al suelo desde las ramas del pino. Aterrizó de un golpazo y se quedó sentada, tosiendo, con la mirada fija y la boca abierta de sorpresa. Parpadeó al verme y retrocedió nerviosamente unos centímetros.

—¿Lo ves? —resollé, levanté una mano y señalé a MacFinn—. Respira, se pondrá bien.

La cabeza aún me daba vueltas por el ataque mágico a MacFinn. Olí el fuerte aroma de las flores silvestres y el agua estancada y sentí algo parecido a las escamas de una serpiente que se deslizaba por las palmas de mis manos, mientras algo con alas y ojos brillantes me rondaba por el rabillo del ojo, pero desaparecía cada vez que intentaba mirarlo. Intenté descartar todo lo que no tenía sentido, ignorarlo, pero no era fácil discernir entre las impresiones falsas y las que tenía delante de mí.

Tera se levantó y se dirigió hacia el hombre caído. Se arrodilló al lado de MacFinn y lo envolvió con sus brazos. Cerré los ojos y resollé hasta que mi cabeza empezó a ir más lentamente. Me concentré en todo el dolor que se escondía entre la confusión. El dolor del hombro, la garganta y la mandíbula me dio una base concreta, un lugar estable, aunque desagradable. Me concentré hasta que se me fue pasando el mareo. Cuando el dolor volvió a atacar con fuerza, no estaba seguro de querer que se me pasase el mareo, pero de todos modos abrí los ojos.

MacFinn tenía los brazos alrededor de los hombros de Tera, y ella le estaba besando como si intentase aspirarlo. Me sentí como un mirón.

—*Ejem* —dije. Quizá deberíamos escondernos un poco.

Se soltaron lentamente, y Tera ayudó a MacFinn a levantar su impresionante cuerpo. A su lado parecía una niña, pero él se apoyó un poco en ella al levantarse. Me examinó y aparté la mirada. No quería ver lo que había en su interior.

—Kim está muerta ¿verdad? —dijo MacFinn.

No era una pregunta, pero asentí.

—Sí. Anoche.

El hombretón se estremeció y cerró los ojos.

—¡Maldita sea! —susurró—. ¡Maldita sea!

—No podías hacer nada —dijo Tera en voz baja—. Conocía los riesgos.

—Y usted debe de ser Harry Dresden —dijo MacFinn. Se miró las quemaduras de la muñeca, donde había actuado mi magia—. Siento lo que ha pasado. No vi a Tera con usted. No sabía quién era.

Me encogí de hombros.

—No se preocupe. ¿Pero podemos salir de aquí? Lo último que necesitamos es que un par de corredores o unos ciclistas nos vean e informen a la policía.

MacFinn asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Vamos.

Tera me miró con recelo y luego se giró hacia MacFinn para ayudarlo a adentrarse en el bosque. Los seguí.

El campamento de MacFinn estaba oculto en el saliente de un terraplén. Las raíces de unos árboles antiguos que estaban encima lo sujetaban e impedían que se desparramara en un montón de barro. Había una pequeña hoguera encendida en la parte trasera del refugio, bien oculta a la vista. MacFinn se dirigió a la hoguera y se sentó delante. Pronto el crepúsculo caería sobre el refugio y lo sumergiría en una profunda oscuridad, pero ahora solo estaba sombrío y al abrigo del viento. La hoguera lo convertía en un lugar cálido y cómodo. No parecía que estuviésemos a veinticinco kilómetros de la tercera ciudad más grande del país.

Tera se sentó al lado de MacFinn, inquieta. Yo me quedé de pie, aunque el dolor punzante de mi brazo hizo que deseara estar estirado en una cama y no apretujado en medio de un bosque pequeño, pero auténtico.

—De acuerdo, MacFinn —dije—. Quiere mi ayuda. Y yo quiero evitar que haya más gente herida. Pero necesito algunas cosas de usted.

Alzó la vista y me miró con sus calculadores ojos verdes.

—No estoy en posición de negociar, señor Dresden. Le daré lo que necesite.

Asentí.

—Respuestas. Tengo un millón de preguntas.

—Se hará oscuro en menos de dos horas. La luna saldrá una hora después. No tenemos mucho tiempo para preguntas.

—Bastará —le aseguré—. ¿Por qué ha venido aquí?

—Esta mañana me desperté a unos ocho kilómetros de aquí —dijo MacFinn, que apartó la mirada y miró al fuego—. Tengo varios escondites en la ciudad. Por si acaso. Este es uno de los más antiguos. Mi ropa estaba completamente húmeda, y solo tenía esto.

Señaló los vaqueros cortos.

—¿Recuerda lo que hizo? —las palabras tenían una doble intención, pero al menos no le dije, *¿Recuerda haber asesinado a Kim Delaney?* ¿Quién dice que no puedo ser diplomático?

MacFinn se estremeció.

—Algunas cosas —respondió—. Solo algunas cosas. —Me miró y prosiguió—: No quería hacerle daño. Se lo juro.

—¿Entonces por qué está muerta? —las palabras salieron a lo bruto. Tera echaba fuego por los ojos, pero yo estaba esperando la respuesta de MacFinn.

—La maldición —dijo con calma—. Cuando sucede, cuando me transformo ¿Alguna vez ha estado enfadado, señor Dresden? ¿Tan enfadado que ha perdido el control? ¿Qué no le importaba nada excepto actuar impulsado por esa rabia?

—Una vez —respondí.

—Entonces tal vez pueda entenderme un poco —dijo MacFinn—. Se apodera de mí y lo único que deseo es hacer daño, actuar impulsado por la rabia. Intenté decirle a Kim que el círculo no funcionaba, que tenía que salir, pero no me escuchó. —Oí la frustración en su voz, y apretó los puños—. No quiso escucharme.

—Se sentía frustrado —dije—. Y cuando se transformó
Asintió.

—Así es como regresé del Vietnam. Todos los de mi pelotón murieron excepto yo. Sabía que se acercaba la luna llena. Y sabía que los odiaba, odiaba a los soldados que habían matado a mis amigos. Cuando me transformé, empecé a matar hasta que no quedó nadie en tres kilómetros a la redonda.

Miré fijamente a MacFinn durante un largo instante. Sabía que estaba diciéndome la verdad. Que no tenía mucho control sobre sus acciones cuando se transformaba. Aunque se me ocurrió que si deseaba matar a alguien, seguramente podría apuntar su yo-monstruo en la dirección adecuada antes de perder el control.

Recordatorio: no cortarle el paso a MacFinn en la carretera.

—De acuerdo —asentí—. ¿Por qué vino aquí? ¿Por qué al bosque de los lobos? ¿Por qué no a otro de sus escondites?

Sonrió con afectación a las llamas.

—¿A qué otro sitio podría ir un hombre lobo, señor Dresden?

—A algún lugar un poquito menos obvio —espeté.

MacFinn sacudió la cabeza.

—El FBI no cree en los hombres lobo. No se les ocurrirá venir aquí.

—Tal vez —admití—. Pero ahora le busca gente más lista que el FBI. Creo que no deberíamos quedarnos mucho tiempo.

MacFinn me miró y luego echó un vistazo alrededor, como si buscara perseguidores.

—Quizá tenga razón —admitió—. Pero no iré a ninguna parte hasta que la cabeza deje de darme vueltas. Y usted tampoco tiene muy buen aspecto.

—Saldré de esta —dije—. Vale, de acuerdo. ¿De qué conocía a Kim Delaney? Supongo que de sus actividades ecologistas.

MacFinn empalideció cuando mencioné su nombre, pero asintió.

—Sí. Nos enteramos de su talento hace un año. Nos dijo que usted la estaba enseñando a controlar sus habilidades. Me estaba ayudando, indirectamente, en el proyecto Pasaje Noroeste. Entonces, el mes pasado, le pedí ayuda.

—¿Por qué lo hizo?

MacFinn miró de reojo a Tera y después volvió a mirarme.

—Alguien rompió mi círculo.

Me puse en cuclillas y apoyé mis doloridos brazos en mis rodillas.

—¿Alguien rompió su círculo? ¿El del sótano?

—Sí —afirmó MacFinn—. No sé quién fue. No suelo estar mucho en casa. Lo encontramos roto cuando bajamos antes de que saliera la luna llena el mes pasado.

—¿Y le pidió a Kim que lo arreglase?

MacFinn cerró los ojos y asintió.

—Dijo que podría. Nos dijo que podría hacer un círculo nuevo que me impediría

Me mordí el labio mientras su voz se desvanecía poco a poco.

—El mes pasado usted se reunió con el socio de Marcone ¿verdad? ¿Negociaciones sobre el proyecto?

—Yo no lo maté —dijo MacFinn rápidamente—. Murió la noche después de la luna llena. No podría haberme transformado entonces. Y las otras dos noches me aseguré de mantenerme alejado de los seres humanos. Tampoco maté a nadie las dos noches siguientes. Estaba solo.

—Su prometida podría haber cometido esos asesinatos —insinué, y miré rápidamente a Tera West. Ella me miró a los ojos durante un instante y luego apartó la vista.

—No lo hizo —dijo MacFinn en tono frío.

—Retrocedamos un poco. Alguien rompió su círculo. Para hacerlo tenían que conocer la maldición ¿verdad? Y tenían que haber entrado en su casa. Así que la primera pregunta es: ¿quién podía hacer esas cosas? Y la segunda es: ¿quién lo hizo y

por qué?

MacFinn negó con la cabeza.

—No lo sé. Ni idea. No tengo mucho contacto con lo sobrenatural, señor Dresden. Me mantengo apartado. No conozco a nadie que pueda transformarse, excepto a ella.

Puso su mano encima de la de la mujer que estaba a su lado.

Una sospecha arraigó en algún lugar oscuro y furtivo de mi mente. Examiné a Tera y luego le dije a MacFinn:

—¿Quiere oír una teoría? —le pregunté. No esperé su respuesta—. Suponiendo que me diga la verdad, creo que alguien cometió los asesinatos la noche antes de la luna llena, el mes pasado. Algunos gánsteres de la ciudad. Luego le jodieron el círculo para asegurarse de que fuera usted el que se volviera loco las tres noches siguientes.

—¿Por qué lo harían? —preguntó MacFinn.

—Para tenderle una trampa. Matan a algunas personas, quizá para divertirse, o tal vez por una buena razón, y luego le echan a usted la culpa. Alguien como yo, o el Consejo Blanco, viene a meter sus narices y va directo a por usted. Usted tiene mala reputación. Como un criminal condenado. Si le encuentran sobre un cuerpo con un cuchillo lleno de sangre, por usar una metáfora, será usted el que arda en la hoguera. Literalmente.

MacFinn observó mi cara durante un momento.

—O cree que puede haber otra razón.

Me encogí de hombros.

—Tal vez usted sea el asesino. Podría estar intentando que el Consejo y yo creamos que alguien le ha tendido una trampa. La policía no puede probar nada contra usted en el sistema judicial mundano, y esta artimaña le absuelve ante la comunidad sobrenatural. Así que se lamenta y finge y dice: «¡Ay de mí, solo soy un pobre tipo al que le han echado una maldición!», y mientras tanto asesinan a un montón de personas. Gente que se interponía en su proyecto Pasaje Noroeste.

MacFinn me enseñó los dientes.

—¿No cree que el mundo sería un lugar mejor sin gente como Marccone y sus pelotilleros?

—Pelotilleros, buena palabra —contesté, y mantuve el tono de voz suave—. Eso no me preocupa ahora, MacFinn. Los hombres como Marccone conocen los riesgos y tientan la suerte. Lo que me molesta es que esté muriendo un montón de gente que no se lo merece.

—¿Por qué mataría a gente inocente? —preguntó MacFinn. Su voz era cada vez más tensa y cortante.

—¿Inocentes como Kim? —dije—. Soy mago, no un santo. Puedo ser vengativo.

MacFinn empalideció y bajó la vista.

—Puede que sea una cortina de humo. Quizá no pueda evitarlo. O, qué diablos, quizá solo sea un pobre tipo al que le han echado una maldición y alguien le está usando como si fuera una marioneta. Ahora mismo no lo sé.

—Suponiendo que no esté mintiendo —MacFinn rechinó los dientes— ¿a quién le interesaría tenderme una trampa?

Sacudí la cabeza.

—Esa es la pregunta del millón de dólares. Yo diría que Johnny Marccone. Le beneficia que usted no pueda oponerse a sus intereses comerciales en el noroeste. Según tengo entendido, el proyecto Pasaje Noroeste acabaría con una buena parte de la industria de esa zona.

MacFinn asintió gravemente.

—Es cierto.

—Así que tiene un buen motivo. ¿Pero cómo sabía lo de su maldición? ¿Y cómo logró romper el círculo? No es su estilo. Le habría roto los frenos del coche, o le habría organizado una cita con un par de matones en un callejón oscuro. Ese es su estilo. —Me encogí de hombros—. ¿Quién más podría ser? ¿Se le ocurre alguien?

MacFinn negó con la cabeza.

—Siempre he tenido suerte. He sido capaz de encerrarme en el círculo. O me he ido muy lejos, me he adentrado en el bosque donde nadie pudiera encontrarme. Para que cuando me transformara nadie muriera.

—Por eso apoya el proyecto Pasaje Noroeste —supuse—. Un lugar donde estar seguro cuando salga la luna llena, un lugar muy grande donde no haya gente.

MacFinn lanzó una mirada a Tera, que estaba mirando fijamente a la distancia.

—Por eso y por otras razones. —Apretó la mandíbula y volvió a mirar el fuego—. Usted no sabe lo que es, señor Dresden. Vivir con uno mismo.

Me froté la boca y la barbilla con la mano buena. Necesitaba afeitarme. Examiné a MacFinn y a Tera durante un momento e intenté tomar una decisión.

¿Estaba MacFinn diciéndome la verdad? ¿Era solo una víctima, alguien que estaba siendo usado por un villano sin rostro? ¿O estaba mintiéndome?

Si mentía, si todo había sido una treta, ¿qué pretendía llevándome hasta allí? Matarme, por supuesto, eliminar al único mago que podía acorrallar su monstruosa forma. Después de todo, es lo que habría hecho si yo no hubiera podido atontarlo. ¿Pero tenía sentido? ¿Qué ganaría eliminándome si, para empezar, yo nunca me había interpuesto en su camino?

Cuidado, Harry. No te vuelvas demasiado paranoico. No todo el mundo hace planes, conspira y miente. Pero no estaba seguro de Tera West. Mi mente estaba escribiendo un guión repugnante. ¿Y si la querida y dulce prometida se había cansado de su maridito? ¿Y si había cometido los asesinatos de antes y después de la luna

llena, y después le había tendido una trampa a su media naranja para que sospecharan de él? Así podrían deshacerse de MacFinn y del socio de Marccone de un solo golpe.

Solo quedarían Marccone y ella. Marccone podía haberse enterado de la maldición de MacFinn por Tera, así como de lo del círculo. Tera no era humana, ni siquiera un poco. Era otra cosa, quizá un ser del Más Allá. ¿Quién sabía cómo funcionaba su mente?

Y luego estaba el grupo de jóvenes que Tera parecía liderar. ¿Cómo encajaban en todo aquello? ¿Para qué los estaba usando?

Fui a ver qué pescaba.

—¿Qué tal Georgia y Billy, Tera? pregunté en tono informal.

Parpadeó. Su boca se abrió un segundo y luego respondió:

—Bien. Están bien.

Apretó los labios, un gesto claro que mostraba su deseo de acabar la conversación.

Miré a MacFinn. Su cara mostraba confusión, y entonces nos miró intranquilo. No sabía de quién diablos estábamos hablando, y ella no parecía querer que MacFinn se enterase de su secreto.

Ajá, pequeña señorita lobo-cosa-que-se-transforma. ¿Qué estás tramando?

Iba a presionarla más cuando MacFinn y Tera alzaron la vista exactamente al mismo tiempo y miraron hacia el bosque. Me los quedé mirando como un imbécil durante un par de segundos, mi mente seguía corriendo por senderos de pensamiento, buscando mentiras potenciales, posibilidades. Entonces me quité todo aquello de la cabeza y escuché.

—Vosotros dos id por allí —dijo Murphy desde algún lugar en la distante pendiente—. Ron, llévate a tres y dispersaos hasta que lleguen los federales. Luego rastrearemos el oeste, subiendo por la colina.

—Dios, Murphy —dijo Carmichael—. No les debemos una mierda a los federales. Si se hubieran presentado a tiempo, hace horas que estaríamos fuera de aquí. Si no hubiésemos recibido el informe sobre esa West de la habitación del hotel, no estaríamos aquí.

—¡Basta ya! —espetó Murphy—. Se han repartido fotos de MacFinn y de la mujer. Y todos conocéis a Dresden. Separaos y cogedlos.

—Ni siquiera sabes si están aquí protestó Carmichael.

—Me apuesto un polvo a que están aquí, Carmichael —dijo Murphy, y su voz goteó un dulce veneno—. Imagínate si estoy segura.

Carmichael murmuró algo entre dientes y luego gruñó a sus hombres que se dispersasen como Murphy había indicado.

—Maldita sea —gruñó MacFinn—. ¿Cómo han sabido que estaba aquí?

—¿En qué otro sitio iba a esconderse un hombre lobo? —dije en tono cortante—.

Mierda. ¿Cómo salimos de aquí?

—Viento —sugirió Tera. MacFinn y ella se pusieron en pie—. O niebla. ¿Puedes volver a hacer una de las dos cosas?

Hice una mueca y negué con la cabeza.

—Creo que no. Estoy agotado. Seguramente cometería un error y eso podría matar a alguien.

—Si no lo haces respondió Tera nos capturarán o nos matarán.

—No puedes solucionar todos tus problemas con la magia dije de forma brusca.

Tiene razón dijo MacFinn con calma. Separémonos. El primero al que descubran que haga mucho ruido, les plante cara y así los otros tendrán la oportunidad de escapar.

—No, MacFinn, —dije— usted tiene que quedarse conmigo. Puedo hacer el círculo con unos palos y basura, si es necesario, pero si no estoy aquí, no podré encerrarle cuando la maldición se apodere de usted esta noche.

MacFinn volvió a enseñarme los dientes.

—No tenemos tiempo de discutir, señor Dresden.

—En efecto, no lo tenemos —afirmó Tera, y desapareció. MacFinn soltó una palabrota e intentó detenerla, pero falló. Tera se adentró en el bosque, bajó rápidamente la pendiente en silencio por un ángulo que la obligaría a pasar por delante de sus perseguidores. La vieron enseguida, y tres o cuatro gargantas gritaron.

—Zorra —soltó MacFinn, y se dispuso a ir tras ella. Lo agarré del brazo, mis dedos consiguieron sujetarle los bíceps lo bastante fuerte como para que se detuviera y me mirara. Sus ojos verdes echaban fuego.

—Separémonos —dije, y miré hacia abajo—. Si tenemos suerte, ni siquiera se enterarán de que estamos aquí.

—Pero Tera...

—Sabe lo que se hace —aseguré—. Si la policía nos coge, le va a resultar imposible contenerse esta noche. Vámonos. Nos encontraremos en la gasolinera más próxima al parque. ¿De acuerdo?

Desde la pendiente oímos los sonidos de unos hombres corriendo, un grito de aviso y luego un disparo. Por el bien de Tera, esperaba que la agente Benn no estuviera allí. MacFinn apretó la mandíbula y luego corrió por un ángulo de la pendiente. Debajo de nosotros se oyeron más gritos, más disparos y luego un grito de dolor corto y agudo.

Llámame loco si quieres, pero aquellos sonidos, junto con todas las otras cosas que me habían sucedido aquel día, fueron la gota que colmó el vaso. Me di la vuelta, me agarré el brazo herido y subí la colina a grandes zancadas. Mantuve la cabeza agachada, mirando donde pisaba, y solo alcé la vista para asegurarme de que no chocaba contra un árbol. Y huí.

Capítulo 15

Salí del parque, agotado e incapaz de contener un grito de dolor. Me detuve en la primera gasolinera que encontré para quitarme las botas. Aunque eran viejas y cómodas, las botas de vaquero no estaban hechas para correr campo a través. Me apoyé contra la pared del edificio al lado de los teléfonos públicos, lejos de la calle, y me senté en la acera. El cuerpo me daba punzadas de dolor, que disminuyeron cuando recobré el aliento y se me normalizó el pulso.

Le di a MacFinn una hora, pero no apareció. Ni él ni nadie.

Comencé a impacientarme. ¿Podían haber capturado a MacFinn y a Tera? Tal vez los polis de Murphy no parecieran gran cosa, pero yo sabía que eran tipos duros y listos. No era una idea descabellada.

Hurgué en los bolsillos de mi abrigo y encontré cambio suficiente para hacer una llamada telefónica, luego me dirigí penosamente hacia el teléfono.

—*Arcano* del medio oeste, soy la señorita Rodríguez dijo Susan al coger el teléfono. Su voz sonaba cansada, estresada.

—Hola, Susan —respondí. El hombro me dio una punzada, apreté los dientes y me ceñí un poco el abrigo. La noche traía un viento frío y nubarrones grises, y los pantalones de chándal y la camiseta de algodón que Tera me había dado no me abrigaban demasiado.

—¿Harry? —preguntó en tono incrédulo—. Dios mío. ¿Dónde estás? La policía te está buscando. No dejan de llamar aquí. Algo sobre un asesinato.

—Un malentendido —contesté, y me apoyé contra la pared. El dolor empeoraba a medida que el frío penetraba en mi cuerpo, y comencé a temblar.

—Suenas horrible —dijo Susan—. ¿Estás bien?

—¿Puedes ayudarme?

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—No lo sé, Harry. No sé qué está pasando. No quiero meterme en líos.

—Puedo explicártelo —le ofrecí. Me costaba articular las palabras a causa del dolor—. Pero es una larga historia.

Le di un sutil énfasis a esta última palabra. A veces me asusta lo fácil que es conseguir que la gente haga lo que quieres, si los conoces un poco.

—Historia ¿eh? —dijo Susan con repentino interés.

—Sí. Asesinato, violencia, sangre, monstruos. Te daré la exclusiva si vienes a buscarme.

—Cabrón —musitó, pero creo que sonreía—. Habría ido de todos modos.

—Ya lo sé —dije, pero sentí una sonrisa en mis propios labios. Le di la dirección de la gasolinera y recé para que los federales no hubieran tenido tiempo de intervenir el teléfono de Susan.

—Dame media hora —dijo Susan—. Tal vez más, depende del tráfico.

Miré al cielo con los ojos entrecerrados. Estaba oscureciendo con rapidez, tanto por el crepúsculo como por unas densas y amenazadoras nubes que se aproximaban.

—El tiempo apremia. Date prisa si puedes.

—Cuídate, Harry —dijo en tono preocupado. Luego colgó el teléfono.

Yo también colgué y volví a apoyarme contra la pared. Odiaba meter a Susan en todo aquello. De algún modo, me sentía humillado. Débil. Era por el problema que tenía con la caballerosidad. No quería que una chica tuviera que acudir a mi rescate y protegerme. No estaba bien. Y tampoco quería poner en peligro a Susan. Era sospechoso de asesinato, la policía me estaba buscando. Podía meterse en un lío por ser mi cómplice, o algo por el estilo.

Por otra parte, no tenía elección. No tenía dinero para un taxi, suponiendo que encontrara uno tan lejos de la ciudad. No tenía coche. No estaba en condiciones de caminar a ningún sitio. Mis contactos, MacFinn y Tera West, habían desaparecido. Necesitaba ayuda, y Susan era la única en quien creía que podía confiar.

Si había una historia que contar, iría al mismísimo infierno para conseguirla.

Y había usado aquello para convencerla de que me ayudara. Me disgustaba haberlo hecho. No me sentía muy orgulloso de mí mismo. Agaché la cabeza para protegerme del frío y me estremecí, y me pregunté si había hecho lo correcto.

Mientras estaba esperando apoyado en la pared oí un ruido procedente de la esquina de la gasolinera. Era como si alguien estuviera escarbando. Me puse tenso y esperé. El ruido se repitió, era un patrón definido de tres movimientos cortos. Una señal.

Con cautela, me dirigí hacia la parte trasera del edificio, dispuesto a correr todo lo que pudiera. Tera West estaba allí, detrás del edificio, agachada entre varias cajas de cartón vacías que olían a cerveza y el cubo de la basura. Estaba desnuda, su cuerpo era una sombra marrón uniforme, sin un gramo de grasa. Tenía el pelo alborotado y lleno de hojas y trozos de ramitas. Sus ojos color ámbar parecían más extraños y salvajes de lo habitual.

Se levantó y vino hacia mí. Estaba claro que no era consciente del frío. Se movía con una gracia animal que me hizo clavar los ojos en sus piernas y sus caderas, a pesar de que estaba destrozado, cansado y triste.

—Mago —me saludó—. Dame tu abrigo.

Alcé la vista y la miré a los ojos. Me quité el abrigo, aunque mi hombro gritó de dolor y mi cuerpo lanzó otra ronda de quejas cuando el viento frío atravesó alegremente la fina ropa que llevaba bajo él. Tera cogió el abrigo y se deslizó dentro, se envolvió con él y se lo abrochó hasta arriba. Las mangas le quedaban demasiado largas y el abrigo le llegaba hasta los tobillos, pero le cubría su cuerpo esbelto y fuerte. Lamenté un poco haberlo llevado encima.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—La policía no sabe cazar. Uno de ellos me agarró. Lo obligué a que me soltara—. Miró alrededor con recelo y se pasó los dedos por el pelo, intentando quitarse las hojas y las ramitas. Los alejé de ti y de MacFinn, me transformé y regresé al refugio. Seguí la pista de MacFinn.

—¿Dónde está?

Me mostró los dientes.

—Los federales lo han cogido. Se lo han llevado.

—¡Válgame Dios! —exclamé—. ¿Sabes adonde?

—A un coche —respondió.

—No —dije cada vez más frustrado—. ¿Sabes adónde ha ido el coche?

Negó con la cabeza.

—Pero tuvieron una pelea con la que se llama Murphy. Murphy tenía más gente con ella, más pistolas. MacFinn fue donde Murphy quería que fuera.

—Al centro —dije—. Murphy quiere llevarlo a la comisaría. Diablos, está en la misma planta que Investigaciones Especiales.

Tera se encogió de hombros y me miró con expresión dura.

—Lo que tú digas.

—No tenemos mucho tiempo dije.

—¿Para qué? No podemos hacer nada más. Ahora no podemos alcanzarlo. MacFinn se transformará cuando salga la luna. Murphy y la gente de la policía morirá.

—Y un cuerno —exclamé—. Tengo que llegar a la comisaría antes de que ocurra.

Tera me examinó con los ojos entrecerrados.

—La policía también te está buscando, mago. Si vas allí, también te encerrarán en una jaula. No te permitirán llegar hasta MacFinn.

—No tenía pensado pedir permiso —dije—. Pero creo que puedo entrar. Solo tengo que llegar a mi apartamento.

—La policía estará vigilándolo —advirtió Tera—. Te estarán esperando. Y en cualquier caso, no tenemos coche ni dinero. ¿Cómo llegarás a Chicago antes de que salga la luna? No podemos hacer nada más, mago.

Oí el crujido de los neumáticos al lado de la gasolinera y eché un vistazo. El coche de Susan estaba deteniéndose. Empezaba a chispear y las gotas de lluvia formaban unos pequeños círculos en el parabrisas de su Taurus. Sentí un pequeño arrebato de energía desafiante.

—Ahí está nuestro coche. Sígueme —ordené.

Saboreé aquella escueta orden que le había dado a Tera, y ella me miró fijamente. Di media vuelta y me dirigí hacia el coche con paso airado.

Susan se inclinó y abrió la puerta del pasajero, luego parpadeó sorprendida. Volvió a parpadear cuando Tera se deslizó delante de mí, empujó hacia delante el asiento del pasajero y se sentó en el asiento de atrás con sus largas y esbeltas piernas, luego miró a Susan con ojos impenetrables y distantes.

Empujé el asiento para atrás y me senté. Me costó un verdadero esfuerzo cerrar la puerta, y se me escapó un pequeño quejido. Cuando miré a Susan, ella me estaba mirando fijamente a mí y a mi brazo. Bajé la vista y vi que las vendas y una parte de la manga de la camiseta estaban empapadas de sangre. Parecía que los morados se habían extendido unos centímetros, y se veían por debajo de la manga de la camiseta.

—¡Dios Santo! —gritó Susan—. ¿Qué ha sucedido?

—Me han disparado —respondí.

—¿No te duele? —tartamudeó Susan, todavía asombrada.

¿Esta hembra siempre es tan estúpida? preguntó Tera. Me estremecí. Susan se dio la vuelta y miró a Tera con el ceño fruncido, y yo me giré y vi que Tera entrecerraba los ojos y enseñaba sus dientes en algo vagamente parecido a una sonrisa.

—Me duele —confirmé—. Susan, llévanos a mi apartamento, pero no pares cuando llegues. Solo pasa despacio por delante. Te lo contaré todo por el camino.

Susan lanzó una última mirada escéptica a Tera, y se fijó en particular en mi abrigo agujereado por la bala y en los miembros desnudos de Tera.

—Más te vale que sea bueno, Dresden —dijo. Luego puso el coche en marcha y condujo hacia la ciudad a toda prisa. Estaba enfadada.

Quería derrumbarme y dormir, pero me obligué a explicarle a Susan casi todo lo que había ocurrido durante los últimos dos días, suprimiendo las menciones al Consejo Blanco, los demonios y todo eso. Susan escuchaba y conducía y hacía preguntas directas y absorbía alegremente la información relativa al proyecto Pasaje Noroeste y a los vínculos de Johnny Marcone con las empresas que se oponían al proyecto. La lluvia empezó a caer como un velo turbio y constante, y Susan puso en marcha el limpiaparabrisas.

—Así que tienes que llegar hasta MacFinn —dijo Susan cuando terminé— antes de que salga la luna y se transforme.

—Eso es —respondí.

—¿Por qué no llamas a Murphy y le cuentas lo que está pasando?

Negué con la cabeza.

—Murphy no estará de humor para escucharme. Me arrestó y huí. Me metería en una celda antes de que pudiera decir abracadabra.

—Pero está lloviendo —protestó Susan—. No podremos ver la luna esta noche. ¿No impedirá eso que MacFinn se transforme?

La pregunta me dejó perplejo y lancé una mirada a Tera. Ella estaba mirando por la ventanilla lateral a los edificios y a las farolas que comenzaban a parpadear. No me

miró, pero negó con la cabeza.

—No tendremos esa suerte —le dije a Susan—. Y con estas nubes, ni siquiera sé si el sol ya se ha puesto, ni cuánto tiempo nos queda hasta que salga la luna.

Susan suspiró lentamente.

—¿Entonces cómo vas a llegar hasta MacFinn?

—Tengo un par de cosas en mi apartamento —expliqué—. Pasa por delante. Veamos si hay alguien vigilándolo.

Susan giró por mi calle y pasamos lentamente a través de la lluvia. La vieja pensión se acurrucaba estoicamente bajo el chaparrón, sus canalones borboteaban y chorreaban agua. Los halos plateados de las farolas brillaban mientras caía la lluvia. Un poco más abajo de mi edificio había un sedán de color marrón aparcado, y cuando Susan pasó por delante vimos un par de sombras dentro.

—Son ellos —dije—. Reconozco a uno, es de la unidad de Murphy.

Susan dio otro suspiro, dobló la esquina y aparcó en la calle.

—¿Hay alguna manera de colarse en tu casa? ¿Una puerta trasera?

Negué con la cabeza.

—No. Solo hay una puerta, y desde aquí puedes ver las ventanas. Solo necesito que la policía no mire durante unos minutos.

—Necesitas una distracción —dijo Tera—. Yo lo haré.

Miré por encima del hombro.

—No quiero violencia.

Inclinó la cabeza a un lado, pero no cambió su expresión.

—De acuerdo. Por el bien de MacFinn, haré lo que me dices. Abre la puerta —ordenó.

Miré sus ojos insondables durante un segundo, buscando señales de engaño o traición. ¿Y si Tera era la asesina? Sabía lo de MacFinn, y podía transformarse de una manera u otra. Podría haber cometido los asesinatos del mes pasado y el de hacía dos noches. Pero entonces, ¿por qué se había sacrificado para que MacFinn y yo pudiéramos escapar? ¿Por qué había venido a buscarme?

Por otra parte, habían capturado a MacFinn. Y bien mirado, las palabras de Tera en la gasolinera podían haber sido intencionadas, para que no intentase ayudarlo. ¿Y si estaba intentando librarse de MacFinn y de mí poniéndonos en manos del sistema judicial mundano?

Mi cabeza daba vueltas de dolor y cansancio. *Eres un paranoico, Harry, me dije. Tienes que confiar en alguien o MacFinn se volverá peludo, y Murphy y muchas otras buenas personas morirán esta noche.* No tenía elección.

Abrí la puerta y salimos del coche.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté a Tera.

En lugar de responder, la mujer de ojos color ámbar se quitó el abrigo y me lo

devolvió, quedándose desnuda. Estaba preciosa bajo la lluvia.

—¿Te gusta mirar mi cuerpo? —me preguntó.

—Cuidado cómo respondes a eso, tío —gruñó Susan desde el coche.

Tosí, miré a Susan y mantuve los ojos apartados de la otra mujer.

—Sí, Tera. Supongo que funcionará.

—Espera veinte respiraciones lentas —ordenó. Había una nota de diversión en su voz—. Recógeme al final de esta calle.

Después giró sus talones desnudos, se deslizó por entre las farolas y se adentró en la oscuridad con movimientos elegantes. Fruncí el ceño durante un momento y luego me puse el abrigo.

—No es necesario que mires con tanta insistencia —gruñó Susan—. ¿Es ella el componente humano de esta historia?

Parpadeé, me sujeté el brazo herido y me incliné hasta encontrar los ojos de Susan.

—Creo que no es humana —dije. Luego me erguí y comencé a bajar la calle, aminorando el paso para no doblar la esquina hasta pasado el límite de tiempo que Tera me había ordenado. Aun así caminaba rápido, como alguien que se apresura para llegar a casa cuando está lloviendo, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada contra el chaparrón gris.

Crucé la calle hacia mi apartamento y eché un vistazo al sedán.

Los polis no me estaban mirando. Tenían la mirada fija en el foco de luz bajo las farolas que había detrás de ellos, donde Tera giraba graciosamente en una especie de danza y se movía a un ritmo y una música que yo no podía oír. Había una intensidad primitiva, una sexualidad salvaje, un poder femenino en sus movimientos. Su espalda se arqueaba mientras ella bailaba y giraba ofreciendo sus pechos a la lluvia helada, y su piel era lisa y brillaba con el agua.

Me tropecé con el bordillo y sentí que mis mejillas se encendían mientras me apresuraba a bajar las escaleras de mi apartamento. Abrí la puerta, entré y cerré. No encendí ninguna vela, confié en mi conocimiento de la casa para moverme.

Las dos pócimas estaban en sus botellas de plástico en el mostrador donde las había dejado. Cogí mi mochila negra de nailon del suelo y metí las botellas. Luego fui a mi cuarto y cogí el mono azul con el pequeño parche rojo pintado con el nombre «Mike» en uno de los bolsillos. Mi mecánico se lo había dejado por accidente en el maletero del Escarabajo azul la última vez que éste estuvo en el garaje. Añadí una gorra de béisbol, un botiquín de primeros auxilios, un rollo de cinta aislante, una caja de tizas, siete piedras lisas de una colección que guardaba en mi armario, una camiseta blanca, un par de vaqueros y una enorme botella de Tylenol; cerré la cremallera de la mochila y me dirigí a la salida. En el último momento, cogí mi bastón mágico de la esquina, al lado de la puerta.

Algo pasó entre mis piernas como un rayo, y casi se me sale el corazón del pecho. *Mister* se detuvo al final de las escaleras, me miró enfadado con sus enigmáticos ojos de gato y luego desapareció en la oscuridad. Murmuré algo, cerré la puerta tras de mí y volví a salir a la calle. El corazón me latía demasiado rápido para resultar cómodo.

Tera estaba arrodillada en medio del foco de luz detrás del sedán. El pelo húmedo le caía por la cara, tenía los labios abiertos y miraba a los dos agentes vestidos de paisano que habían salido del coche y estaban hablando con ella a varios metros de distancia. Su pecho subía y bajaba, pero después de haberla visto en acción, dudaba que fuera debido a su danza. Aunque resultaba atractivo. Seguro que los policías no le quitaban los ojos de encima.

Así con fuerza mi bastón y la mochila y volví a bajar la calle. No tardé mucho en llegar hasta el coche de Susan, que inmediatamente arrancó el vehículo y condujo calle abajo sin hacer comentarios. Apenas había empezado a disminuir la velocidad cuando Tera apareció entre unos edificios y se acercó al coche a grandes zancadas. Me incliné hacia delante, abrí la puerta y se metió en el asiento de atrás. Le lancé la ropa que había cogido y comenzó a vestirse en silencio.

—Ha funcionado —dije—. Lo hemos conseguido.

—Claro que ha funcionado —dijo Tera—. Los hombres son estúpidos. Miran a cualquier mujer desnuda.

—En eso tiene razón —murmuró Susan, y volvió a arrancar el coche—. Ya hablaremos de esto, caballero. Próxima parada, Investigaciones Especiales.

Delante de la vieja y destartada comisaría del centro de la ciudad me bajé la gorra de béisbol para que me tapara los ojos y bebí la pócima mixta. No sabía a nada, pero brincó y borboteó durante todo el trayecto desde mi garganta hasta mi estómago.

Esperé unos segundos a que la pócima hiciese efecto y puse las manos en el mango de mi bastón mágico. Aunque el extremo estaba metido en un cubo de fregar con ruedas, no parecía el mango de una fregona. Y aunque yo iba vestido con el mono azul oscuro, me quedaba ridículamente corto. No parecía un conserje.

Ahí es donde entraba la magia. Si la pócima funcionaba, me convertiría en parte del conjunto para cualquier observador ocasional, una parte del decorado al que no prestarían atención. Así que mientras no me sometieran a un intenso escrutinio, el poder de la pócima me haría pasar inadvertido, lo que me permitiría acercarme a MacFinn y poner el círculo a su alrededor para evitar que lo arrasara todo cuando se transformara.

Por supuesto, si no funcionaba, podía acabar estudiando el interior de una celda durante algunos años, siempre y cuando el MacFinn transformado no me destrozase primero.

Intenté ignorar el dolor de mi hombro, la tensión nerviosa de mi estómago. Había vuelto a vendarme, había vuelto a tomar Tylenol y estaba todo lo despierto que podía

estar teniendo en cuenta que no había bebido la pócima que había preparado justo para ese fin.

Si hubiera podido beber las dos pócimas sin ponerme demasiado enfermo para moverme, me habría bebido la pócima estimulante en cuanto le puse las manos encima, pero sin la pócima mixta me habría sido imposible entrar y acercarme a MacFinn. Esperaba poder usarla algún día. Odio esforzarme en vano.

Esperé impaciente bajo la lluvia. Hubo un momento en que estuve seguro de que había cometido algún error al preparar la pócima, que no iba a surtir efecto.

Y entonces sentí que empezaba a funcionar.

Una especie de sentimiento gris se apoderó de mí, y me di cuenta de que todo empezaba a perder color. Me inundó un sentimiento de apatía, una lasitud que me aconsejaba sentarme y ver la vida pasar, pero al mismo tiempo los pelillos del cogote se me erizaron cuando la pócima mágica surtió efecto.

Respiré hondo y subí las escaleras del edificio con el cubo y la fregona, abrí las puertas y entré. Las sombras se movían y cambiaban de una manera extraña, todas eran grises, blancas y negras, y durante un segundo me sentí como un extra en el decorado de *Casablanca* o *El halcón maltés*.

La vieja sargento de guardia que estaba sentada en la recepción ojeando una revista de moda era el vivo retrato de una matrona robusta en tonalidades incoloras. Alzó la vista y me miró durante un segundo, y su uniforme, sus mejillas y sus ojos adquirieron un ligero matiz de color. Me miró con aire despreocupado, se sorbió la nariz y volvió a su revista. Los colores de su ropa y su piel desaparecieron al mismo tiempo que su atención. Mis percepciones de ella cambiaban según me prestara o no atención.

Mi cara esbozó una sonrisa victoriosa. La pócima había funcionado. Estaba dentro. Tuve que reprimir un impulso de ponerme a bailar claqué. A veces ser mago es muy guay. Estaba tan contento por los efectos especiales que durante unos segundos casi dejó de dolerme el hombro. Tenía que acordarme de decirle a Bob que me había encantado la forma en que esta pócima había funcionado.

Mantuve la cabeza gacha y pasé por delante de la sargento de guardia. Solo era un conserje más que venía a limpiar la comisaría fuera de horario. Cogí el cubo y la fregona y subí las escaleras hacia las celdas y las oficinas de Investigaciones Especiales en la quinta planta. Un poli pasó a mi lado y apenas me miró. Su piel y su uniforme no cambiaron de color. Me sentí más confiado y aceleré el paso. Era realmente invisible.

Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar a MacFinn buscar algún truco para verle y salvar a Murphy y a toda la policía del monstruo en que MacFinn iba a convertirse antes de que me arrestaran por intentarlo.

Y el tiempo se acababa.

Capítulo 16

¿Alguna vez has deseado tener un almanaque?

Yo sí, aquella noche. No tenía ni idea de la hora a la que saldría la luna, y no había tenido precisamente tiempo de ir a la biblioteca o a una librería. Sabía que saldría más o menos una hora después del anochecer, pero como las nubes habían encapotado el cielo no podía saber la hora exacta de la puesta de sol. ¿Disponía de veinte minutos? ¿Diez? ¿Una hora? ¿O ya era demasiado tarde?

Mientras subía las escaleras, pensé en lo que ocurriría si me quedaba en el edificio a solas con MacFinn después de que se transformase. A pesar de mis tan cacareados conocimientos sobre magia, no tenía ni idea de sus habilidades; aunque después de ver el cuerpo de Kim, tenía una ligera idea de lo que era capaz de hacer. Bob había dicho que los *loup-garou* eran rápidos, fuertes, prácticamente inmunes a la magia. ¿Qué podía hacer contra algo como eso?

Solo me quedaba rezar para ser capaz de construir el círculo alrededor de MacFinn antes de tener que averiguarlo. Comprobé el cubo para asegurarme de que aún tenía la tiza y las piedras que necesitaba para construir el gran círculo alrededor de MacFinn. No era necesario hacerlo de plata, oro y demás. Lo más importante era entender la forma en que el círculo canalizaba las fuerzas que se empleaban. Si sabías eso, podías averiguar cómo hacerlo con materiales menos puros. Los mejores magos no necesitan más que un poco de tiza, sal común y una cuchara de madera para lograr cosas extraordinarias.

Ahora divagaba, el pánico hacía corretear mis pensamientos como si fueran una ardilla asustada. Eso no me gustaba nada. Necesitaba dirección, concentración. Aceleré un poco el paso, subí las escaleras lo más rápido que pude hasta que llegué a la quinta planta. La puerta de Investigaciones Especiales estaba en el pasillo, a unos tres metros de distancia, y para llegar a las celdas había que atravesar todo el pasillo y doblar la esquina. Me dirigí hacia allí de inmediato.

—¿Qué quieres decir con que no puedes encontrarlo? —preguntó la voz de Murphy cuando pasé por delante de la puerta de su oficina.

—Pues eso. Los hombres que estaban en su apartamento dicen que han vigilado el lugar, pero que entró y salió sin que pudieran verlo —respondió Carmichael con voz cansada y frustrada.

Murphy resopló.

—Dios, Carmichael. ¿Es que Dresden va a tener que entrar en la oficina para que podáis encontrarlo?

Pasé rápidamente por delante de la puerta y seguí el pasillo. Aunque era tentador escuchar una conversación sobre mí mismo sin que los participantes lo supieran, no tenía tiempo. El cubo chirrió y se tambaleó cuando lo arrastré pasillo abajo a toda

prisa.

Había una puerta de batiente enrejada que el guardia de la comisaría tenía que abrir con un timbre si no tenías la llave. Un poco más allá había una antecámara con un par de sillas de madera y poca cosa más, aparte de un mostrador con una ventana antibalas. El carcelero estaba sentado en su mesa detrás del cristal. Tenía bolsas en los ojos y una expresión aburrida. Detrás de la ventana del carcelero había otra puerta de acero con una ventana diminuta que conducía a la hilera de celdas. El carcelero también tenía el mando de esa puerta en su mesa.

Me dirigí a la primera puerta enrejada, mantuve la cabeza agachada y golpeé los barrotes de metal. Esperé un poco, pero no ocurrió nada, así que volví a golpear los barrotes. Qué irónico si la misma poción mixta que me había permitido entrar en el edificio impedía que el carcelero me viera y me dejara entrar. Volví a golpear los barrotes con más fuerza, con el mango de mi fregona.

Tuve que golpear con determinación para que apartara los ojos de la revista, pero al final me atisbó por encima de sus gruesas gafas. Los colores formaron un remolino y adquirieron cierta tonalidad antes de volver al gris. Me miró con el ceño fruncido, echó una ojeada al calendario de la pared y luego apretó el botón.

La puerta enrejada se abrió, la empujé con el cubo y entré con la cabeza agachada.

—Esta semana vienes pronto —dijo el carcelero sin apartar los ojos de la revista.

—Me voy fuera de la ciudad el viernes. Estoy intentando acabar antes —respondí. Mantuve el tono de voz tan monótono, gris y aburrido como pude. Para mi sorpresa, todo salió a pedir de boca. No se me da bien mentir o actuar, así que la pócima debía de estar ayudándome de alguna manera sutil y taimada. Tengo que decir una cosa en favor de Bob: es irritante a más no poder, pero conoce su oficio.

—Pues vale. Firma aquí —dijo el carcelero con voz aburrida, y me pasó una tablilla con sujetapapeles y un bolígrafo a través de la ranura de la ventana de plexiglás. Pasó una página de su revista y me enseñó la foto de una mujer joven y atlética que estaba haciendo algo anatómicamente inverosímil con un joven igualmente inverosímil.

Dudé. ¿Cómo demonios iba a firmar la entrada y la salida? Me refiero a que la pócima de Bob era buena, pero no iba a cambiar una firma después de que yo la estampara en el papel. Miré la puerta interior y luego el reloj de pared. Al diablo. No tenía tiempo de entretenerme. Me dirigí al mostrador y garabateé algo ilegible en la hoja de admisiones.

—¿Algún problema esta noche? —pregunté.

El carcelero resopló y giró su revista noventa grados a la derecha.

—Solo ese tipo rico que trajeron antes. Ha estado pegando gritos durante un rato, pero ahora se ha callado. Se le han debido de pasar los efectos de lo que había

tomado.

Recogió la tablilla, la miró con indiferencia y volvió a colgarla de su pinza al lado de un grupo de monitores en blanco y negro.

Me incliné hacia los monitores y los recorrí con la mirada. Por lo visto cada uno recibía una señal de una cámara de seguridad, porque todos mostraban exactamente la misma escena excepto por los actores que la componían: una pequeña celda de unos dos metros por dos, barrotes en una de las paredes, hormigón en las otras tres, una litera, un lavabo y una única puerta. Alrededor de un tercio de los monitores tenían una tira de cinta adhesiva pegada en la esquina inferior derecha de la pantalla, con un nombre, como Hanson o Washington, escrito en rotulador negro. Escudriñé frenéticamente el grupo de monitores hasta que encontré el que ponía MacFinn en uno de los extremos inferiores. Miré su monitor. El video estaba borroso y lleno de motas blancas, pero vi lo que había sucedido.

La celda estaba vacía. El aire estaba impregnado de polvo de cemento. La pared de barrotes había desaparecido, como si la hubieran arrancado del hormigón y hubieran dejado que se desmoronara. Vi los retales de los pantalones azules de MacFinn en el suelo de la celda.

—¡Válgame Dios! —blasfemé en voz baja.

Otro monitor parpadeó ligeramente, el que estaba junto al de MacFinn. La cinta adhesiva ponía Matson, y un hombre con cara de muerto de hambre, sin afeitar y vestido con una camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros azules estaba acurrucado en la litera, con la espalda contra la esquina posterior de la celda. Tenía la boca abierta y el pecho en tensión, como si estuviera gritando, pero no podía oír nada a través de la gruesa puerta de seguridad y las paredes de hormigón. Una enorme forma peluda hizo un movimiento rápido en la cámara desenfocada, y Matson levantó los brazos para protegerse mientras algo enorme y rápido se abrió paso entre los barrotes, como si un gran perro atravesara una cerca carcomida, y se lo tragó.

Hubo un estallido y un movimiento violento, y luego una salpicadura negra en las paredes grises y el suelo de la celda, como si alguien hubiera agitado una Coca-Cola y hubiese rociado las paredes con ella. Entonces la enorme forma desapareció, dejando atrás un andrajoso muñeco de carne despedazada y ropas empapadas en sangre. Matson miró fijamente a la cámara de seguridad con ojos suplicantes; luego dio una sacudida y murió.

Todo ocurrió en tres o cuatro segundos a lo sumo.

Recorrí con los ojos los otros monitores de seguridad mientras una fascinación morbosa se apoderaba de mí. Los prisioneros se apelotonaban delante de sus celdas, gritaban cosas, intentaban ver lo que estaba pasando. Me di cuenta de que no podían ver nada, solo oírlo. No podrían ver a MacFinn transformado hasta que estuviera justo delante de los barrotes de sus celdas.

Un miedo enfermizo y horrible y debilitador se apoderó de mí y me dejó mudo. La criatura había atravesado los barrotes de la celda como si estuvieran hechos de plástico barato, y había matado sin piedad. Miré fijamente los ojos muertos de Matson, el revoltijo de lo que habían sido sus intestinos, los trozos de carne y hueso que habían sido su brazo y su pierna derecha.

Por todas las estrellas, Harry, pensé. ¿Qué diablos estás haciendo en el mismo edificio que esa cosa?

En otro monitor se produjo una repetición de lo que había ocurrido unos segundos antes. La criatura se cargó a un viejo hombre de color llamado Clement, que gritó mientras moría. Ver lo que pasaba desencadenó un miedo primitivo, antiguo, dentro de mí, algo que tenía programado en la cabeza, el miedo de que me encontraran en mi escondite, de sentirme atrapado en un diminuto espacio del que no podía escapar mientras algo con dientes asesinos y mandíbulas aplastantes venía a comerme. Aquella parte primitiva chilló y le gritó a mi mente racional que se diera la vuelta y corriera, rápido y lejos.

Pero no podía permitir que aquello continuara. Tenía que hacer algo.

—Mire —dije, y señalé al monitor. El dedo me temblaba y la voz salió como un susurro. Volví a intentarlo. Señalé el monitor con el dedo y, medio gritando, le dije al carcelero—: ¡Mire!

Alzó la vista, inclinó la cabeza y frunció el ceño. Vi que le aparecían algunos colores en la cara, pero ahora eso no importaba. Seguí señalando al monitor e intenté acercarme a ellos.

—¡Dios mío, mire, mire las pantallas! —Ahora mi tono de voz era alto y nervioso. Me acerqué a los monitores todo lo que pude, gritando, agitado.

Debí de haberlo imaginado, por supuesto. Los magos y la tecnología no hacen buenas migas, sobre todo cuando el corazón del mago late como el suelo de una cancha de baloncesto y le tiemblan las tripas. Los monitores estallaron en frenéticas muestras de energía estática y nieve, y parpadeaban con imágenes que algunas veces eran visibles y otras no.

El guardia me miró indignado, se dio la vuelta y miró los monitores. Pestañeó durante un segundo, mientras un hombre llamado Murdoch moría en una imagen parpadeante y de mala calidad.

—¿Qué diablos les pasa a estas cosas? —se quejó el carcelero, y se quitó las gafas para limpiarlas—. Siempre les pasa algo a las malditas cámaras. Te aseguro que no valen lo que cuesta seguir reparándolas.

Me alejé de los monitores, desesperado.

—Están muriendo —dije—. Dios mío, tiene que sacar a esos hombres de ahí antes de que los mate.

El hombre asintió.

—Ajá. Y que lo digas. Eso te demuestra lo listos que somos en esta ciudad ¿verdad?

Le miré durante un segundo, se volvió a poner las gafas y me sonrió con gesto aburrido. Sus colores habían regresado al blanco y negro. Yo debía de parecerle un soso y aburrido conserje. La pócima había mezclado mis palabras en algo que el cerebro del guardia aceptaba sin rechistar, una conversación ordinaria e insulsa, como la que uno tiene con la gente el noventa por ciento del tiempo. La pócima era fantástica. Era demasiado buena.

—Mire los monitores —grité con frustración y miedo—. ¡Los está matando!

—Los monitores no te impedirán hacer tu trabajo —me aseguró el guardia—. Te dejaré entrar.

Apretó un botón situado en algún lugar detrás de la ventana de plexiglás, y la puerta de seguridad que conducía al pasillo de celdas hizo clic y se abrió uno o dos centímetros.

Parecía imposible que los gritos de angustia y terror procedentes de las celdas salieran de la garganta de un hombre. Se oyó el horrible sonido de algo que se arrancaba, el chirrido del metal, y uno de los gritos alcanzó un punto estremecedor y violento y luego se disolvió en un batiburrillo de sonidos entrecortados, de algo que arrancaban y golpeaban y reventaban, de algo que borboteaba y caía con un golpe sordo. Y cuando acabaron, algo grande, con un pecho cavernoso y resonante gruñó a menos de tres metros de la puerta de seguridad.

Miré al guardia, que se había puesto en pie y buscaba su pistola. Salió de su puesto, abrió una puerta que conducía a la antecámara, imagino que para investigar.

—¡No! —le grité, y me lancé hacia la puerta de seguridad. Aunque no pude verlo, sentí algo al otro lado de la pared que se dirigía hacia la salida. Podía oír su respiración, sentir su movimiento, y me abalancé contra la puerta y la empujé con el hombro justo cuando algo enorme y fuerte clavaba una zarpa en la entrada. El filo de la puerta de seguridad de acero golpeó la zarpa, un miembro que no era ni una garra ni una mano, sino algo entremedias, con unas uñas negras y empapado en sangre húmeda y oscura. Oí a la criatura gruñir al otro lado de la puerta con una furia y un odio tan puro que dolía escucharlo. Solo nos separaban siete centímetros de acero.

Entonces comenzó a empujar la puerta.

El primer empujón fue tentativo, pero aunque yo apretaba con todas mis fuerzas, consiguió tirarme un paso atrás. Mis botas resbalaron en las baldosas. Aquella garra-mano se hundió en la puerta de acero con un movimiento repentino mientras la cosa la agarraba y comenzaba a tirar de un lado a otro con una furia enloquecida.

—¡Ayúdeme! —grité al guardia mientras intentaba cerrar la puerta. El carcelero parpadeó durante un segundo y luego se inundó de color.

—¡Tú! —dijo—. Dios mío. ¿Qué sucede?

—Ayúdeme a cerrar esta puerta o estamos muertos —gruñí, y seguí empujando con todas mis fuerzas. Al otro lado, el *loup-garou* volvió a abalanzarse sobre la puerta con todo su peso justo cuando el guardia se apresuraba a ayudarme.

La puerta explotó hacia dentro y me lanzó hacia atrás como si fuera un muñeco de trapo, pasó por delante del guardia, que tropezó con la puerta situada detrás del mostrador donde había estado sentado, y cayó al suelo. Mi espalda golpeó la puerta enrejada que conducía al pasillo, lo que me provocó un dolor instantáneo y agudo en el hombro herido.

Se oyó un gruñido y entonces la criatura que había sido Harley MacFinn entró. El *loup-garou* era un lobo, igual que un velociraptor es un pájaro: el mismo diseño básico, pero con un resultado completamente diferente. Debía de medir alrededor de un metro ochenta y tenía los hombros encorvados. Era más grande que un lobo, como si a un lobo le hubieran puesto unos doscientos cincuenta kilos más de músculo. Tenía la piel peluda, negro azabache y mate, excepto donde la sangre fresca hacía que brillara. Tenía las orejas irregulares y verticales, inclinadas hacia delante. El hocico era demasiado grande para pertenecer a algo natural, un puñado de dientes, y los ojos brillantes de MacFinn eran de un gris monocromo. Estaba cubierto de sangre que parecía negra bajo la influencia de la pócima mixta. Sus miembros eran desproporcionados, aunque no podría decir si parecían demasiado largos o demasiado cortos. Todo en él era anormal. Gritaba con malicia, odio y furia, y tenía un aura de poder sobrenatural que me hizo chirriar los dientes y me puso los pelos de punta.

El *loup-garou* entró por la puerta, me recorrió con su mirada monocroma y luego giró a la izquierda con una gracia malvada y se abalanzó sobre el carcelero.

El hombre tuvo suerte. Alzó la vista y vio a la criatura justo cuando estaba intentando ponerse de pie, entonces se retorció con un movimiento espástico al ver aquel horror con colmillos. La reacción lo apartó unos centímetros del camino del *loup-garou*. Se arrastró detrás del mostrador y fuera de mi vista.

El *loup-garou* comenzó a perseguir al carcelero detrás del mostrador. Fue más despacio porque tenía que abrirse paso a empujones entre el mostrador y la pared. Consiguió doblar el mostrador. El carcelero se puso en pie, pistola en mano, adoptó una encomiable postura de disparo y vació el cargador de la pistola en la cabeza del *loup-garou* en el espacio de unos tres segundos, lo que llenó la pequeña antecámara de un sonido atronador y ahogó los gritos de los prisioneros en sus celdas.

El monstruo seguía acercándose. Las balas no le molestaban más que una mosca que choca contra la frente de un luchador profesional. Se levantó y el guardia gritó:

¡No, no, no, nononononono!

Y entonces las garras y los colmillos del *loup-garou* cayeron sobre él. El carcelero intentó darse la vuelta y correr a ningún sitio, y la cosa giró la cabeza y clavó sus fauces en la espalda del hombre, liberando un chorro de sangre. El

carcelero gritó y cogió la consola frenéticamente, pero el *loup-garou* sacudió la cabeza violentamente de izquierda a derecha, le arrancó la consola y lo lanzó al suelo detrás del mostrador.

No vi al guardia morir. Pero vi la manera en que la sangre volaba por encima de los encorvados y retorcidos hombros del *loup-garou* y salpicaba las paredes y el techo. Agradecí en silencio que los deformados cristales de plexiglás se tiñeran de rojo escarlata.

En aquel momento, mientras un dolor paralizante me quemaba el hombro y los prisioneros aterrorizados invocaban el nombre de Dios o de Alá para que los salvara, me di cuenta de que un nuevo ruido se añadía al alboroto. El guardia había disparado la alarma al agarrar la consola y ahora sonaba entusiasmada. Los polis vendrían corriendo, y uno de los primeros sería Murphy.

El *loup-garou* seguía atacando salvajemente el cuerpo del carcelero, y deseé por su bien que el hombre no estuviera vivo. La mejor solución habría sido colarme en las celdas, cerrar la puerta de seguridad tras de mí y rezar para que la criatura saliera del edificio. En las celdas habría tenido tiempo de levantar una barrera protectora, algo que le impidiera al monstruo atravesar la puerta o las paredes y llegar hasta los prisioneros y hasta mí. Podía hacer una fortaleza, esperar hasta la mañana siguiente y vivir toda la noche para contarlo. Era lo más sensato. Era lo único que me permitiría sobrevivir.

En lugar de eso, me giré hacia mi bastón mágico, que estaba en el otro extremo de la pequeña habitación, y alargué la mano.

—*Vento servitas*—susurré. Dejé salir una buena cantidad de voluntad firmemente concentrada. De repente, una corriente de aire me arrojó el bastón y cerró de golpe la puerta que conducía a las celdas, protegiendo en la medida de lo posible a los prisioneros atrapados. Cogí el bastón con la mano extendida y me giré hacia la puerta enrejada que me tenía encerrado en la antecámara con el *loup-garou*.

Coloqué el bastón entre los barrotes y me incliné sobre él como si quisiera separarlos. Si solo se hubiera tratado de madera y músculo, habría podido romper el viejo fresno. Pero el bastón de un mago es una herramienta que le ayuda a aplicar, manipular y manejar fuerzas a su voluntad. Así que concentré toda mi voluntad en el bastón mientras me inclinaba sobre él e intenté multiplicar la fuerza que estaba aplicando a los barrotes de acero.

—*Forzare*—susurré—. *Forzare*.

El metal comenzó a ceder y a doblarse.

Detrás de mí, el *loup-garou* empezó a dar golpes. Oí que hacía añicos el plexiglás y miré por encima del hombro. La escasa protección que me ofrecía la pócima desapareció y los colores me inundaron la vista. El negro de su hocico se convirtió en una mancha marrón oscuro cubierta de rojo escarlata. Sus colmillos eran blanco

marfil y carmesí. Sus ojos se transformaron en una brillante sombra de color verde. Atravesó la pócima mixta con la ferocidad de su mirada, y se fijó en mí con tal intensidad que todos mis sentidos se vieron obligados a gritar que la muerte estaba allí, que estaba a punto de abalanzarse sobre mi garganta y abrirme en canal.

—¡*Forzare!* —grité, y empujé el bastón con todas mis fuerzas. Los barrotes se arquearon por el medio y se abrieron medio metro de ancho y el doble de largo. El *loup-garou* destrozó el mostrador, y una lluvia de escombros cayó sobre mí haciéndome unos pequeños cortes muy dolorosos.

Me metí por la abertura de los barrotes sin pensar en mi hombro, consciente solo de la bestia que se acercaba. Mi cuerpo se deslizó con más gracia de la que habría conseguido bajo circunstancias menos aterrorizantes, como si la corriente de aire que se movía delante de la criatura que me atacaba me hubiera ayudado a elevarme. Y entonces algo me agarró el pie izquierdo y me lo insensibilizó por completo.

Caí de bruces al suelo, me golpeé la barbilla lo bastante fuerte como para que me saliera sangre de la punta de la lengua. Miré por encima del hombro y vi que el *loup-garou* tenía una de mis botas entre los dientes y empujaba su cabezón atrapado en la abertura de los barrotes. Sacudía el cuerpo de un lado a otro, pero tenía las garras manchadas de sangre escarlata y sus patas resbalaban en el suelo embaldosado. A pesar de su increíble fuerza, no podía mantener el equilibrio que necesitaba para hacer trizas los barrotes como si fueran pañuelos de papel.

Me oí lanzar desesperados gritos animales, luchar contra el pánico, retorcerme de dolor. Ahora la alarma berreaba a mi alrededor, y pude oír gritos y pasos que corrían. El polvo caía de los bordes de los barrotes, y vi que el *loup-garou* estaba poco a poco arrancándolos de la base del suelo y del techo, a pesar de su falta de equilibrio.

Retorcí mi pie izquierdo a un lado y a otro. Mi mente proyectó imágenes horribles en las que perdía el pie a la altura del tobillo y luego, bruscamente, salía disparado y caía al suelo unos metros más allá. Me miré la pierna, vi un calcetín manchado de sangre, y entonces me levanté gateando y corrí a buscar mi bastón.

Detrás de mí, el *loup-garou* aulló de frustración y comenzó a agitar vigorosamente las patas. Debió de raspase suficiente sangre de las garras, porque entonces arrancó la pared de barrotes en dos segundos y fue tras de mí.

Recogí el bastón y me di la vuelta para enfrentarme a la criatura. Planté los pies en el suelo y agarré el trozo de fresno.

—¡*Tornarius!* —rugí. Luego levanté el garrote y la cosa se abalanzó sobre mí con toda su fuerza y corpulencia.

Mi intención era reflejar la fuerza e impulso del *loup-garou* y devolvérsela, fuerza es igual a la masa multiplicada por la aceleración, etcétera, pero había subestimado la fuerza de aquella cosa. Sobrecargó mis límites y repartimos la diferencia. La criatura chocó contra una sólida fuerza en el aire que anuló su impulso y la estampó contra el

suelo.

A mí también se me aplicó aproximadamente la misma fuerza, pero mi masa era probablemente una quinta parte de la suya. Salí despedido por los aires igual que una palomita de maíz en un viento repentino, y aterricé justo en la esquina del pasillo que conducía a Investigaciones Especiales. Por suerte caí al suelo antes de golpearme contra la pared, reboté, rodé y, por fin, me di contra la pared, dando gracias por haberme detenido. Me dolía hasta la punta del pelo y había perdido el bastón en la caída. Sentí el frío del suelo embaldosado contra mi mejilla.

Vi que el *loup-garou* se recuperaba, fijaba sus ardientes ojos en mí y se precipitaba pasillo abajo. Me dolía tanto todo el cuerpo que pude apreciar su belleza, su gracia salvaje y sobrenatural y la velocidad con que se movía. Era un cazador perfecto, un asesino perfecto, rápido y fuerte, despiadado y mortal. No era de extrañar que hubiera perdido la batalla contra un ser tan increíblemente peligroso. Odiaba morir, pero al menos no sería a manos de algún asqueroso troll o de un vampiro quejica y angustiado. Y tampoco iba a salir huyendo.

Exhalé lo que iba a ser mi último suspiro con la mirada fija en el *loup-garou* que estaba a punto de embestirme.

Entonces vi claramente que Murphy bajaba la vista para mirarme con sus ojos azul cristalino, que atravesaron los efectos restantes de la pócima. Me lanzó una mirada dura, adoptó una postura de tiro entre el monstruo que iba a embestirme y yo, y levantó su pistola en un fútil gesto de protección.

—¡Murphy! —grité.

Teníamos a la cosa encima.

Capítulo 17

Intenté que mi aturdido cuerpo respondiera, ponerme en pie, liberar toda la magia a mi disposición para proteger a Murphy, y al cuerno con las consecuencias.

Fracasé.

El *loup-garou* se precipitó por el pasillo. No podía creer que algo tan enorme pudiera moverse tan rápido. Sus garras se clavaban en el suelo embaldosado como si fuera barro blando. Las paredes temblaban alrededor de la bestia, como si su presencia bastara para que la realidad se estremeciese. La baba manchada de sangre le caía por la boca, que echaba espuma, y sus ojos verdes brillaban con una furia terrible.

Murphy, con su metro cincuenta y pico de altura, era más baja que el *loup-garou* aunque tenía los ojos a la misma altura que los de ella. Iba vestida con vaqueros, botas de montaña, una camisa de franela arremangada hasta los codos y un pañuelo anudado al cuello. No llevaba maquillaje ni joyas, y los lóbulos de sus orejas se veían extrañamente desnudos y vulnerables sin pendientes. El pelo cortado al estilo punk le caía por los ojos, y cuando levantó la pistola empujó el labio inferior hacia adelante y resopló para que el flequillo no le molestara. Comenzó a disparar cuando el *loup-garou* estuvo a unos nueve metros de distancia. Fue inútil. La cosa ya se había reído de las balas que le habían disparado a quemarropa en la cabeza.

En aquel momento me di cuenta de tres cosas.

Primero, la pistola de Murphy no era la Colt semiautomática de grueso calibre que llevaba habitualmente. Era más pequeña, más elegante, con una mira telescópica montada en la parte posterior.

Segundo, la pistola emitió un pequeño *pum, pum, pum* en lugar del habitual *pam, pam, pam*.

Tercero, cuando la primera bala le dio al *loup-garou* en el pecho, le salió sangre, y la criatura vaciló y se dobló como si aquello le sorprendiera. Cuando el segundo y tercer disparo le dieron en la pata delantera, el miembro se le dislocó. El *loup-garou* gruñó y se tambaleó, bajó la cabeza y sencillamente se abrió paso a través de la pared a cabezazo limpio y entró en la habitación de al lado.

Murphy y yo nos quedamos en el pasillo cubierto de polvo, acompañados por la música de fondo de la alarma, que daba gritos lastimeros. Murphy se dejó caer a mi lado.

—Y yo que le dije a mi tía Edna que esos pendientes nunca me harían servicio —murmuró—. Santo Dios, Dresden, estás cubierto de sangre. ¿Es grave? —Sentí que deslizaba la mano por un enorme roto del mono azul que no había visto antes y me pasaba la palma por el pecho y los hombros, comprobando las arterias—. Por cierto, estás arrestado.

—Estoy bien, estoy bien —resollé cuando pude respirar—. ¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Cómo has hecho eso?

Murphy se puso de pie, levantó la pistola a medio cuerpo y se dirigió hacia el agujero que el *loup-garou* había dejado en la pared. Podíamos oír estrépitos, golpetazos y gruñidos furiosos en alguna parte al otro lado.

—Tienes derecho a permanecer en silencio. ¿Qué crees que ha sucedido, imbécil? Leí tu informe. Hago mi propia munición para las competiciones de tiro, así que anoche hice unas cuantas balas de plata. Pero solo son del calibre veintidós, así que voy a tener que meterle una en el ojo para cargármelo. Espero que funcione.

—¿Del veintidós? —me quejé, todavía sin aliento—. ¿No podrías haber hecho algunas del treinta y ocho, o del cuarenta y cuatro?

—¿De qué coño te quejas? —gruñó Murphy—. Tienes derecho a un abogado. No hago la munición para el trabajo, y no disponía de los materiales necesarios. Confórmate con lo que hay.

Me levanté a gatas y me apoyé contra la pared al lado del agujero. Oímos el sonido de unos pies que corrían y se dirigían hacia nosotros por el pasillo.

—No puedo creer que me estés arrestando. ¿Qué hay al otro lado del agujero?

—Documentos, archivos —dijo Murphy, y colocó la pistola a la altura del agujero. Un montón de archivadores grandes y viejos y ordenadores. Todos los empleados que trabajan ahí se fueron a casa hace horas. ¿Cómo reacciona esa cosa ante el gas lacrimógeno?

—Envíale un poco y te lo diré —murmuré, y Murphy me lanzó una mirada horrible.

—No te levantes, Dresden, hasta que pueda encerrarte en algún lugar seguro y llamar a un médico para que te examine.

—Murph. Escúchate. Estamos atrapados en un edificio con una de las criaturas más peligrosas que existen y sigues intentando arrestarme. Pon las cosas en perspectiva.

—El que la hace la paga, imbécil. —Luego Murphy levantó la voz sin apartar la vista del agujero de la pared—. ¡Carmichael! ¡Aquí! Quiero a cuatro hombres en las puertas de Archivos y el resto conmigo. Rudolph, ven aquí y llévate a Dresden a la oficina. —Me miró las muñecas, donde aún colgaban las esposas que me había puesto la noche anterior—. Por Dios, Dresden —añadió en un susurro—. ¿Qué tienes en contra de mis esposas?

La policía, la mayoría tipos vestidos de paisano de Investigaciones Especiales, llegaron al pasillo en tropel. Algunos llevaban pistolas, otros armas antidisturbios. Mi visión se hizo borrosa y osciló confusamente entre los tonos grises y el tecnicolor, y la adrenalina me puso los nervios a flor de piel. Los efectos de la pócima debían de estar desapareciendo; de todos modos, la mayoría de pócimas solo duraban un par de

minutos.

Hice inventario. Los dientes del *loup-garou* me habían hecho cortes en el pie a través de la bota. Me dolía, y el calcetín estaba empapado de sangre. Dejaría pequeñas huellas rojas en el suelo cuando empezara a caminar. Podía saborear la sangre en mi boca, donde me había mordido la lengua, y tenía que escupir o tragármela. Me la tragué. Sin comentarios, por favor. Se me había entumecido la mayor parte de la espalda, y lo que no estaba entumecido me dolía un montón. Y, por supuesto, mi hombro herido me daba punzadas tan fuertes que apenas ponía mantenerme en pie.

—El cabrón me ha estropeado la bota buena —refunfuñé y, por alguna razón, la frase me pareció increíblemente divertida. Quizá ya había tenido bastante por una noche, pero fuera lo que fuese, me entró la risa tonta.

Carmichael me arrastró por la espalda. Su cara redonda estaba roja por el esfuerzo y la tensión, y llevaba flojo el nudo de su corbata manchada de comida. Me puso en custodia de un joven y atractivo detective, a quien no reconocí. Debía de ser el novato de IE. Me apoyé en el joven sin dejar de reír.

—Llévatelo a la oficina, Rudolph —ordenó Carmichael—. Que se quede allí. En cuanto la situación esté bajo control, le llevaremos a un médico.

—Dios mío —exclamó Rudolph con los ojos abiertos como platos. Su pelo, corto y oscuro, estaba cubierto de polvo. Su voz era tensa, nerviosa y, a pesar de su juventud, resollaba el doble de fuerte que el veterano Carmichael—. Lo viste en los monitores de seguridad, ¿verdad? ¿Qué le hizo esa cosa al sargento Hampton?

Carmichael agarró a Rudolph por la camisa y le sacudió.

—Escucha, novato —dijo con voz áspera—. Aún está ahí, y puede hacérselo a nosotros tan rápido como a Hampy. Cierra el pico y haz lo que te he ordenado.

—De acuerdo —titubeó Rudolph. Se puso derecho y empezó a tirar bruscamente de mí por el pasillo, lejos de la oficina de archivos—. Por cierto, ¿quién es este tipo?

Carmichael me miró con el ceño fruncido.

—Es el tipo que sabe. Si dice algo, escúchalo.

Luego cogió una pistola antidisturbios y se marchó al lugar donde Murphy estaba preparándose para llevar a un grupo a través del agujero de la pared tras el *loup-garou*. Estaba repasando las instrucciones, si el monstruo se la cargaba uno de los hombres tenía que coger su pistola e intentar darle a la cosa en los ojos.

El novato me arrastró y empujó pasillo abajo hasta la oficina de Investigaciones Especiales. Yo me miraba los pies, las huellas de sangre que iba dejando detrás de mí, y me reía tontamente. Algo estaba molestándome en algún lugar detrás de la locura de la risa, un rincón tímido y racional de mi mente estaba esperando a que mi conciencia se diera cuenta de un pensamiento importante que había aislado. Algo sobre la sangre.

—Esto no está ocurriendo —se decía Rudolph por el camino—. Esto no está ocurriendo. Dios Santo, esto es la típica trastada que le hacen al novato. Una broma pesada. Tiene que serlo.

Apeataba a miedo y a sudor agrio, y temblaba como un flan. Podía sentirlo en mis bíceps, por donde me agarraba.

Creo que fue su terror lo que me permitió ver a través de mi propia histeria, reprimirla y volver a controlarla. Me arrastró a través de la puerta de la oficina de Investigaciones Especiales, y tropecé con el hundido y destartado viejo sofá que había al otro lado de la puerta. Respiré con dificultad. El novato cerró de un portazo y se puso a caminar arriba y abajo, inquieto, con los ojos saltones, resollando.

—Esto no está ocurriendo —repitió—. Dios mío, esto no está ocurriendo.

—Eh —conseguí decir al cabo de un minuto, intentando clasificar todas las sensaciones que me recorrían el cuerpo: lágrimas, magulladuras, quizá un par de esguinces, un poco de frío donde acechaba la conmoción, dolor en los costados por la risa.

El novato no me oyó.

—Eh, Rudy —dije más fuerte, y el chaval me miró como si le sorprendiera que hubiera hablado.

—Agua —pedí—. Necesito agua.

—Agua, de acuerdo —respondió Rudolph. Se dio la vuelta y corrió hacia el dispensador de agua. Las manos le temblaban tanto que estrujó los dos primeros vasos de papel que cogió de la máquina, pero lo consiguió con el tercero.

—Tú eres ese tipo. El farsante.

—Mago —dije en tono áspero—. Harry Dresden.

—De acuerdo, Dresden —contestó el chaval, y regresó con el vaso de papel. Lo cogí y me eché el contenido por toda la cara. Fue una impresión fría, algo para sacarme de la tierra de la risita tonta y los nervios a flor de piel, y me agarré a toda la cordura que pude conseguir. Luego le devolví el vaso de papel.

—Otro para la sed.

Se me quedó mirando fijamente como si estuviera loco (mira quién habló, ¿verdad?) y fue a buscar otro vaso de agua. Me bebí el segundo y comencé a ordenar mis ideas.

—Sangre, Rudy —dije. Algo sobre la sangre.

—Dios —dijo el novato de manera entrecortada. Le brillaba el blanco de los ojos. Hampton estaba cubierto de sangre. Sangre por toda la habitación, salpicada en el plexiglás y en la cámara de seguridad. Sangre, maldita sangre por todas partes. ¿Qué coño es esa cosa?

—Un tío malo muy duro. Pero sangra —dije. Luego me aferré a esa idea y mi cerebro llegó a una conclusión trabajosa—. Sangra. Murphy le disparó y dejó el suelo

lleno de sangre. —Me tragué el resto del agua y me levanté—. Sangra, y puedo atraparlo. —Levanté el puño por encima de mi cabeza con gesto desafiante y pasé por delante de un anonadado Rudolph.

—Eh —dijo débilmente—. Quizá debería sentarse. No tiene muy buen aspecto. Y sigue bajo arresto, más o menos.

—Ahora no puedo estar bajo arresto —le respondí—. No tengo tiempo.

Pasé cojeando por delante de las filas de mesas y tabiques hasta la oficina de Murphy. Es una pequeña oficina anexa, con paredes de mala calidad recubiertas de paneles de madera y una vieja puerta también de madera, pero era más de lo que tenía cualquiera en aquel desfavorecido departamento. A diferencia de cualquier otra oficina del edificio, donde habría una placa en la puerta con un nombre escrito, en esta había un rectángulo de papel pegado con celo en el que podía leerse en pulcras letras de imprenta de color negro: «Teniente Karrin Murphy, Investigaciones Especiales». Los mandamases se negaban a comprar una placa a cualquier director de IE; era su manera de recordar a la persona que habían nombrado para el cargo que no se quedaría allí demasiado tiempo. Debajo del rectángulo de papel, en una esquina, había una pegatina roja y lila que ponía: «Mataremos a los intrusos y nos los comeremos».

—Espero que no se dejara el ordenador encendido —dije entre dientes, y entré en la oficina de Murphy. Eché un vistazo a la pequeña oficina cuidadosamente ordenada y me dirigí a la mesa situada al lado del ordenador para coger el bastón mágico, el brazalete, el amuleto, la pistola y todo el material que llevaba encima cuando me arrestó. El ordenador estaba encendido. El monitor tosió cuando pasé la mano cerca, salió una pequeña bocanada de humo y luego un chispazo de algún lugar en el interior de la consola de plástico del disco duro.

Me estremecí y recogí mis cosas, me puse el brazalete de escudos con dedos torpes, agaché la cabeza y la pasé por el cordel de mi pentáculo, metí la pistola en el bolsillo del mono de trabajo y agarré firmemente el bastón mágico con la mano derecha, la parte del cuerpo que proyecta energía.

—Tú no has visto nada ¿de acuerdo, Rudy?

El novato miraba el ordenador y la pantalla quemada con una expresión de asombro. Luego me miró fijamente.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, ni me he acercado, no he hecho nada, esa es mi versión de los hechos y no pienso cambiarla —murmuré—. ¿Tienes el vaso de papel? Vale. Entonces ya solo necesitamos un animal de peluche.

Me miró fijamente.

—¿Qu... qué ha dicho? —tartamudeó.

—¡Un animal de peluche, tío! —le grité—. ¡No interrumpas a un mago cuando

está haciendo magia!

Solté una carcajada que amenazó con devolverme la histeria salvaje que aún acechaba dentro de mí, pero la aparté con una mueca feroz. El pobre Rudolph cargó con el peso de ambas expresiones, se puso un poco más pálido de lo que ya estaba y retrocedió un par de pasos.

—Mira. Carmichael aún guarda un par de muñecos en su mesa, ¿verdad? Para cuando los niños tienen que esperar a sus padres y todo eso.

—Eh —dijo el novato—. Yo, eh...

Blandí mi bastón mágico.

—¡Ve a mirar!

Tal vez en aquel momento el chaval habría aceptado cualquier excusa, pero se mostró bastante dispuesto a seguir mis instrucciones. Salió embalado hacia la sala principal y comenzó a abrir frenéticamente los cajones de todas las mesas.

Salí cojeando de la oficina de Murphy y volví la cabeza para mirar las huellas de sangre que mi calcetín empapado dejaba en la moqueta gris vomitivo. La sala se hacía más fría a medida que yo perdía más sangre. No era grave, pero si no lo detenía pronto seguramente me causaría problemas.

Iba a agacharme para intentar verme el pie herido, pero al hacer el gesto me tambaleé peligrosamente y pensé que sería mejor esperar hasta que alguien pudiera examinármelo. Me levanté e inspiré profundamente unas cuantas veces. Había algo en todo aquel asunto que no me cuadraba, faltaba algo, pero que me cuelguen si sabía de qué se trataba.

—Rudy —llamé—. ¿Ya has encontrado el animal?

Desde uno de los cubículos separados por tabiques la mano del novato sacó un magullado Snoopy de peluche.

—¿Le sirve esto?

—¡Perfecto! —exclamé un poco grogui.

Y entonces se armó la gorda.

Capítulo 18

Fuera, en el pasillo, se oyó un grito que no podía haber salido de ninguna garganta humana, un sonido de tal furia y cólera insana que se me revolvieron las tripas. Luego estallaron unos disparos, no como una rápida serie de detonaciones individuales, sino como un rugido atronador. Las balas acribillaron la pared cerca de mí e hicieron añicos un par de ventanas de la oficina de Investigaciones Especiales.

Estaba para el arrastre, agotado y aterrorizado a más no poder. Me dolía todo. No iba a ser capaz de reunir la concentración y la fuerza necesarias para enfrentarme al monstruo. Lo mejor sería huir, planear algo y regresar cuando me sintiera más fuerte. Podría ganar un partido de vuelta. Es muy difícil derrotar a un mago que conoce a su enemigo, que está preparado para el combate. Era lo más sensato.

Pero la sensatez no es precisamente una de mis virtudes. Agarré el bastón mágico y comencé a reunir todo el poder de que fui capaz. Recogí mi terror reciente, llegué hasta la histeria de la risa tonta, arañé el poco de valor que me quedaba y lo puse con todo lo demás. El poder se precipitó dentro de mí: pureza de emoción, complejas energías de la voluntad y perseverancia en bruto, todo combinado en un aura de energía estremecedora e invisible que rodeaba mi piel. Sentí unos escalofríos que me hicieron olvidar el dolor de mis heridas, el éxtasis de poder rodeó mis sensaciones con su abrazo embriagador. Me sentía henchido. Me sentía renovado. Me sentía más que humano, y que Dios ayude a cualquiera que se interpusiera en mi camino, porque lo necesitaría. Inspiré una vez, lenta y profundamente.

Y luego sencillamente me di la vuelta, apunté con el bastón hacia la pared y grité:
—Fuego.

El poder salió disparado del bastón en un chorro de luz escarlata que abrió un boquete de dos metros en la pared y la redujo a polvo y cenizas. Lo atravesé, y durante un segundo deseé llevar puesto mi abrigo, porque habría quedado muy propio.

El pasillo era una escena infernal. Dos agentes arrastraban a un tercero pasillo abajo en dirección hacia mí, mientras otros tres con pistolas disparaban como locos hacia la esquina. Creo que el pequeño equipo de rescate no se había dado cuenta de que el cuerpo que arrastraban lejos del combate no tenía cabeza.

Uno de los polis gritó cuando el arma antidisturbios que empuñaba se quedó sin munición, y algo que no pude ver tiró bruscamente de él, se lo llevó tras la esquina y fuera de mi campo visual. Se oyó un chillido horrible, la sangre lo salpicó todo, y los dos tiradores restantes se dejaron llevar por el pánico y vinieron huyendo en mi dirección.

El *loup-garou* salió de la esquina y fue tras ellos. Agarró a uno de los hombres y le clavó las garras en la espalda con un movimiento sencillo y salvaje que dejó al tipo

temblando en el suelo embaldosado y lleno de sangre. La bestia le echó la vista encima al otro hombre, uno de los detectives de paisano de IE, y lo desjarretó con las fauces. Lo dejó en las baldosas gritando de dolor y se lanzó a toda velocidad tras los dos que se batían en retirada y que seguían arrastrando frenéticamente su cadáver.

Di un paso adelante, me situé entre los hombres que huían y la bestia y levanté el bastón mágico.

—Va a ser que no, colega.

El *loup-garou* agachó su enorme cuerpo con una gracia malvada. Tenía la cabeza y los cuartos delanteros bañados en sangre. Abrió los ojos como platos y tensó los músculos bajo su piel marrón oscura. El poder, rojo y brillante, se concentró en mi puño, y todo el bastón mágico se volvió blanco incandescente. La energía bullía dentro de mí mientras me preparaba para enfrentarme al monstruo. Me dolían los dientes y se me erizó el pelo. Tensé todos los músculos de mi cuerpo y me contuve, hasta logré poner toda la fuerza que tenía en el ataque.

Y entonces se oyó el pum, pum, pum de la pequeña pistola de Murphy, y el flanco posterior del *loup-garou* se contrajo y le salieron pequeños chorros de sangre. Incliné la cabeza a un lado y retrocedió por el corto pasillo, más rápido que una serpiente. Sus enormes músculos se hincharon, aulló de furia y desapareció.

Solté una palabrota y corrí tras él pasillo abajo. El agente al que le había clavado las fauces estaba tirado en el suelo, gritando, y el otro hombre, el que tenía la espalda destrozada, se ahogaba y se retorció, incapaz de respirar. Enrojecí de cólera, y alguna oscura parte de mi mente se dio cuenta de que aquella rabia formaba tanto parte de la bestia y de su sed de sangre como de mí.

Doblé la esquina a tiempo de ver a Murphy, de pie frente a un montón de cuerpos, lanzando un último disparo al *loup-garou*. Y luego la bestia gruñó y ella desapareció bajo su enorme cuerpo.

—¡No! —grité, y corrí hacia ellos.

Carmichael se me adelantó. El *loup-garou* le había desgarrado la barriga. Su traje barato estaba cubierto de sangre, aunque su corbata manchada de comida había conseguido permanecer inmaculada. Tenía la cara muy pálida y la expresión intensa de los moribundos. Empuñó su pistola antidisturbios, que ahora estaba doblada y torcida, y se abalanzó sobre la espalda del *loup-garou* como si no le sobraran veinticinco kilos y no hubiera perdido la agilidad de la juventud. Encajó la pistola antidisturbios entre las fauces del *loup-garou*, pero la bestia se dio la vuelta y estampó a Carmichael contra la pared. Los huesos le crujieron de forma espeluznante y le salió un hilillo de sangre de la boca.

La preciosa carita de animadora de Murphy frunció el ceño con una expresión de furia y se libró de las garras de la bestia deslizándose por el suelo con los omóplatos y las nalgas. Le puso el extremo de su pequeña pistola bajo la quijada. Sus manos

apretaron el gatillo. Pero en lugar de un fogonazo y un *loup-garou* muerto, hubo el grito de la alarma y una mirada atónita en el rostro de Murphy. La pistola se había quedado sin munición.

—¡Murphy! —grité—. ¡Muévete!

Me vio con el bastón mágico y abrió los ojos, sorprendida. El *loup-garou* se sacudió de encima el cadáver de Carmichael y despedazó la pistola antidisturbios con la boca, agitando su cabeza de un lado a otro. Murphy se deslizó de lado por las baldosas y se metió por el agujero que la bestia había hecho antes.

La bestia intentó morderla y luego volvió la cabeza y me gruñó. La luz carmesí se reflejó en sus ojos cuando concentré toda la furia del mundo en la punta de mi bastón y grité:

—¡Fuego!

La imagen reflejada en los ojos de la bestia se iluminó de blanco nuclear delante de una sombra negra, alta y delgada, y el torrente de energía que la rodeaba se precipitó pasillo abajo como una lanza de luz roja y golpeó a la bestia. El sonido que la acompañaba era como el rugido de una montaña, e hizo que los disparos y los gritos de la noche parecieran los susurros de un niño en comparación.

El poder levantó al *loup-garou* por los aires, lo arrojó por encima de los cuerpos heridos que se quejaban en el suelo, pasillo abajo atravesó la puerta de seguridad, la puerta que conducía a las celdas, que se encontraba inmediatamente detrás, luego la pared exterior de ladrillo del edificio y lo sacó a la noche de Chicago. Pero la cosa aún no había acabado. La lanza de poder envió al *loup-garou* al otro lado de la calle, a través de las ventanas del ruinoso edificio situado frente a la comisaría y de una serie de paredes del interior, que se rompieron en pedazos con un rugido de ladrillos. Antes de que el fuego rojo se extinguiera, vi la parte posterior del edificio y las luces del siguiente bloque a través del agujero que el *loup-garou* había hecho.

Me quedé de pie en un pasillo salpicado de sangre, rodeado de los quejidos de los heridos y el lamento de la alarma. Los sonidos de los vehículos de emergencia convergieron en el edificio a través del agujero irregular en la pared. Un joven delgado y de color se levantó del suelo de la celda que el *loup-garou* había despedazado y miró boquiabierto el agujero, luego recorrió con la mirada la destrucción hasta el pasillo donde yo me encontraba.

—Maldita sea —dijo en tono callado, como si pronunciara una palabra santa.

Murphy logró salir del agujero y cayó de rodillas en el suelo del pasillo, jadeando. Vi la protuberancia del hueso que le rasgaba la piel del antebrazo donde el *loup-garou* había tratado de morderla. Estaba pálida y jadeaba, y miraba el cuerpo aplastado de Carmichael.

Durante un instante no pude hacer nada excepto quedarme allí pasmado. Había otro agujero en la pared por el que seguramente el *loup-garou* había regresado al

pasillo y se habría situado entre los dos grupos de policías, donde no podían arriesgarse a dispararle sin herirse unos a otros. O tal vez eso era precisamente lo que había sucedido. Algunos de los hombres tendidos en el suelo parecían tener heridas de bala.

Y fuera, más allá de las sirenas y los gemidos y el ruido de la noche urbana, se oyó un aullido largo y furioso.

—Sí, hombre, y qué más —dije en voz baja. Mis miembros eran gelatina magullada, pero me di la vuelta, giré la esquina cojeando y encontré a Rudy, mirándolo todo fijamente, con un vaso de papel en una mano y el Snoopy de peluche en la otra. Se los cogí y regresé al pasillo con paso airado, al segundo agujero que había hecho el *loup-garou*.

Encontré lo que estaba buscando de inmediato: sangre en el interior del agujero de la pared, por donde la bestia se había abierto paso. La sangre del *loup-garou* era más espesa, más oscura que la humana, así que la metí dentro del vaso de papel y regresé al pasillo.

Barrí un trozo de suelo con el pie, dejé mi bastón mágico, saqué la tiza y dibujé un círculo. Rudolph se acercó, su cabeza daba sacudidas entre cadáveres horrorosos y salpicaduras de sangre.

—Usted. Dios mío. ¿Qué está haciendo?

Coloqué el Snoopy en medio del círculo, luego le unté la sangre de la bestia en los ojos y la boca, en los oídos y la nariz.

—Taumaturgia —respondí.

—¿Qu...?

—Magia —aclaré con seriedad—. Estoy creando un vínculo simbólico entre una cosa pequeña —miré el Snoopy de peluche— y una cosa grande. Si haces que ocurra a escala pequeña también ocurrirá a escala grande.

—Magia —repitió Rudolph.

Alcé la vista y le miré.

—Vete abajo. Llama a los de emergencias para que suban, Rudy. Vamos. Que vengan a ayudar a los heridos.

El chaval recorrió nerviosamente el Snoopy sangriento con la mirada, me miró y sacudió la cabeza. Luego salió disparado pasillo abajo.

Centré mi atención en el hechizo que estaba preparando. Tenía que alejar la ira y la rabia que sentía. No podía dejar que mi espíritu se inundara de tristeza, de furia y de pensamientos de venganza por los hombres muertos, por sus muertes, por el dolor que sufrirían sus familias. Pero bien sabe Dios que lo único que quería era meter a aquella cosa en la hoguera y ver cómo ardía en ella, intenté recordar que no era culpa de MacFinn. Le habían echado una maldición. Matarlo no nos devolvería a ninguno de los hombres que yacían en los pasillos ensangrentados. Pero podía evitar que

murieran más hombres aquella noche.

Y podía hacerlo sin matarlo.

Ahora sé que fue una buena idea no intentar matar a MacFinn. Esa clase de magia exige mucha energía, mucha más de la que tenía. Probablemente habría muerto en el intento. Por no hablar de que el Consejo me buscaría las cosquillas, aunque técnicamente, MacFinn no era un ser humano en aquel momento. El Consejo no le daba demasiada importancia al hecho de matar monstruos. No aplican una política de igualdad de oportunidades.

En lugar de eso, cuando mi visión se hizo borrosa empecé a canturrear en voz baja sílabas sin sentido, concentrando la energía que necesitaría dentro del círculo que había dibujado a mi alrededor. Más tarde me di cuenta de que había estado tarareando la melodía de la serie *Peanuts* con las palabras *Ubriacha, ubrius, ubrium*. Arranqué una tira de mi chándal ensangrentado y vendé los ojos y las orejas de Snoopy. Até los extremos de sus garritas peludas. Luego lo amordacé, como si le pusiera un bozal.

Sentí que el hechizo crecía y se preparaba, y cuando estuvo listo, liberé el poder y rompí el círculo, sintiendo que fluía y se adentraba en la noche y seguía el rastro del *loup-garou*, rodeando a la criatura, vendándole los ojos, tapándole los oídos, amordazando sus fauces, inmovilizando sus garras. El hechizo confundiría a la bestia, que se ocultaría donde nadie pudiera molestarla e impediría que descargara su ira en los habitantes de la ciudad. Y duraría hasta el amanecer. La energía que salió de mi interior me dejó vacío, exhausto, mareado.

Y entonces me vi rodeado de personas, de tipos de emergencias en uniforme, de polis, paramédicos y bomberos. Me levanté, agarré mi bastón mágico y salí del círculo a rastras.

Aturdido, pasé por delante del cadáver de Carmichael. Murphy se balanceaba atrás y adelante sobre él, llorando, temblando, mientras un hombre intentaba ponerle una manta sobre los hombros. No me vio. Carmichael tenía una expresión tranquila. Durante un momento me pregunté si tendría familia, una esposa que le lloraría. Había muerto salvando a Murphy de una bestia. Había muerto como un héroe.

En aquel momento ser un héroe me parecía inútil. Sentía que mi interior estaba quemado, como si el fuego que había arrojado contra la criatura hubiera borrado todos los sentimientos amables y dejado una tierra baldía en la que solo podían crecer emociones negativas. Pasé a trompicones por delante de Murphy y Carmichael, y giré para salir del edificio. Me di cuenta de que en la confusión tendría bastantes posibilidades de llegar hasta el lugar donde Tera y Susan estarían esperándome con el coche. Nadie intentó detenerme.

Me costó bajar las escaleras, y durante un minuto estuve a punto de estirarme en el suelo y dejarme morir en el primer peldaño, pero un viejo bombero muy amable

me ayudó a bajar hasta la primera planta y me preguntó varias veces si necesitaba un médico. Le aseguré que estaba bien y recé para que no se percatara de las esposas que aún colgaban de mis muñecas. No las vio. Estaba tan aturdido como todos los demás.

Fuera, la policía se esforzaba por poner un poco de orden en todo aquel caos. Un par de unidades móviles de televisión subieron por la calle, mientras la gente se apelotonaba en el lugar, intentando ver lo que ocurría. Me quedé de pie en la puerta, consternado, intentando recordar cómo bajar las escaleras.

Y entonces alguien amable y cariñoso se puso a mi lado y dejó que me apoyara en él. Cerré los ojos. Al inspirar olí el pelo de Susan, y me entraron ganas de llorar y de agarrarme a ella, de intentar explicarle lo que había visto, de intentar limpiar las manchas que había dentro de mi cabeza. Pero lo único que salió fue un pequeño sonido ahogado.

Oí que Susan hablaba con alguien, y otra persona se puso a mi lado y me ayudó a bajar las escaleras. Tera, pensé. Recuerdo vagamente que me llevaron a través del caos que había frente a la comisaría, entre ambulancias y hombres que gritaban y policías que intentaban que los espectadores se apartaran. Oí que Susan le explicaba a alguien que estaba borracho.

Por fin todo quedó en silencio, y vi que pasamos entre los coches del aparcamiento. La fría luz se reflejaba en las frías formas de metal, la fría lluvia me mojaba la cabeza, el pelo. Levanté la cara para sentir la lluvia y todo empezó a dar vueltas.

—Te tengo, Harry —me murmuró Susan al oído—. Relájate. Te tengo. Relájate.
Y obedecí.

Capítulo 19

Me desperté en un sitio oscuro. Era como el interior de un almacén, o como un gran garaje subterráneo, todo negro, con un suelo liso y nivelado y un resplandor lúgubre y estéril en medio que procedía de una fuente que no pude ver o identificar. Me sentía fatal, bajé la vista y vi que estaba cubierto de arañazos, moratones, cardenales, sangre; vendas y una ropa que me quedaba mal. No llevaba puesto ninguno de mis utensilios o artefactos, y había un curioso sentido de la distancia entre el dolor de mis heridas y yo: era muy consciente de ellas, pero solo las notaba de pasada, como si no tuvieran ninguna importancia en mi vida.

Me puse al lado del círculo de luz, y se me ocurrió que podía avanzar y entrar dentro. Lo hice. Y entonces en el círculo apareció yo. Yo mismo. Solo que con mejor aspecto, vestido con un abrigo de cuero negro, no con los andrajos que llevaba puestos. Mis pantalones y botas y camiseta también eran negros, y me quedaban como si estuviesen hechos a la medida, y no confeccionados. Mis ojos eran profundos, estaban ensombrecidos por unas cejas severas y brillaban con inteligencia oscura. Llevaba el pelo bien cortado, y la barba corta acentuaba las largas líneas de mi cara, los pómulos altos, el corte recto de la boca y la fuerza angular de la mandíbula. El otro yo era tan alto como yo, tenía los miembros largos como yo, pero era infinitamente más seguro de sí mismo, más sabio, más fuerte. Un ligero olorcito a colonia atravesó mi propio sudor rancio y mi olor a sangre.

Mi doble inclinó la cabeza a un lado, me miró de arriba abajo durante más de un minuto y luego dijo:

—Harry, tienes un aspecto horrible.

—Y tú te pareces a mí —dije, y me dirigí hacia él cojeando, escudriñándole.

Mi doble puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¡Dios Santo, me revienta lo tonto que eres a veces! —Se dirigió hacia mí, imitando mis movimientos—. No me parezco a ti. Soy tú.

Parpadeé durante unos segundos.

—¿Tú eres yo? ¿Cómo es posible?

—Estás inconsciente, imbécil —me explicó mi doble—. Por fin podemos hablar.

—Ah, ya lo entiendo —exclamé—. Eres Harry el malo escondido dentro de Harry el bueno. ¿A que sí? Y solo sales por la noche.

—Dame un respiro —dijo mi doble—. Si fuera tan sencillo, serías tan insoportablemente aburrido que probablemente te volarías la tapa de los sesos. No soy Harry el malo, sino el Harry subconsciente. Soy tu voz interior, tonto. Tu intuición, tu instinto, tus reacciones básicas, animales. Yo tejo tus sueños y decido qué pesadillas meto por la noche en tu viejo magnetoscopio psíquico. Soy yo a quien se le ocurren muchas de las buenas ideas, y te las paso cuando te despiertas.

—¿Quieres decir que eres más listo que yo? ¿Más inteligente?

—Probablemente, de muchas maneras —afirmó mi doble— pero ese no es mi trabajo, y no estoy aquí por eso.

—Ya veo. ¿Entonces qué estás haciendo aquí? ¿Vas a decirme que voy a encontrarme con los tres espíritus del Harry pasado, presente y futuro? —pregunté.

Mi doble resopló.

—Un buen chiste. Muy bueno, sí señor. Yo no sé contar chistes buenos. Quizá por eso eres tú quien está al mando. Por supuesto, si yo estuviera al mando más a menudo, ligarías mucho más. Pero no, tampoco es por eso.

—¿Podemos darnos un poquito de prisa? Estoy demasiado cansado para seguir jugando a las adivinanzas —me quejé.

—Por eso estás dormido, imbécil. Pero no tenemos mucho tiempo para hablar, y tenemos que tratar algunas cuestiones.

Dijo «cuestiones» con un marcado acento británico.

—¿Tratar algunas cuestiones? —pregunté—. ¿Así que ahora soy mi propio terapeuta? —Le di la espalda a mi doble y comencé a salir airadamente del círculo de luz—. He tenido sueños raros, pero este es el más estúpido hasta la fecha.

Mi doble se deslizó y me cortó el paso antes de que pudiera salir del círculo de luz.

—Espera. Te conviene escucharme.

—Estoy cansado. Me siento como una mierda. Estoy herido. Y no quiero desperdiciar más tiempo soñando contigo —miré a mi doble con los ojos entrecerrados—. Ahora déjame pasar.

Giré a la derecha y empecé a caminar hacia el extremo más cercano del círculo. Mi doble se deslizó y se volvió a poner frente a mí, parece que sin necesidad de cruzar el espacio intermedio.

—No es tan sencillo, Harry. No importa donde vayas, ahí estaré.

—Oye, he tenido una noche muy larga.

—Lo sé —dijo mi doble—. Créeme, lo sé. Por eso es importante que saques algo de todo esto ahora, antes de que te acostumbres. Antes de que se te vaya la olla, colega.

—Eso no me preocupa —mentí—. Soy más sólido que una pared de ladrillos.

Mi doble resopló.

—Si no estuvieras a punto de volverte loco, ¿estarías hablando contigo mismo?

Abrí la boca. Volví a cerrarla. Me encogí de hombros.

—Vale. Tienes un punto de razón.

—Tengo algo más que eso —dijo mi doble—. Las cosas te han sucedido tan rápido que no has tenido tiempo de pensar. Tienes que sacar lo que te ha pasado, y luego debes reflexionar seriamente, y rápido.

Suspiré y me froté los ojos.

—Vale, de acuerdo —acepté—. ¿Qué quieres oír?

Mi doble hizo un gesto y allí estaba Murphy, tal como había aparecido en el pasillo de la comisaría, con el bíceps en carne viva y la cara pálida, salpicada de sangre y con una expresión de angustia y desesperación. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Murph —dije en voz baja, y me arrodillé al lado de la imagen—. Por todos los cielos. ¿Qué te he hecho?

La imagen, el recuerdo, no me oyó. Lloraba en silencio lágrimas amargas.

Mi doble se arrodilló al otro lado de la aparición.

—Nada, Harry —dijo—. Lo que sucedió en la comisaría no fue culpa tuya.

—Y un cuerno —gruñí—. Si hubiera sido más rápido, si hubiera llegado antes, o si le hubiera contado la verdad desde el principio...

—Pero no lo hiciste —interpeló mi doble—. Y tenías muy buenas razones para no hacerlo. Relájate, tío. No puedes cambiar el pasado.

—Para ti es fácil decirlo —gruñí.

—No, no lo es —dijo mi doble suavemente—. Concéntrate en lo que harás, no en lo que deberías haber hecho. Has estado intentando proteger a Murphy en lugar de ayudarla a que se protegiera ella misma. Va a luchar contra esa clase de cosas, Harry, y tú no estarás siempre para cuidarla. En lugar de intentar hacer de perro pastor tienes que hacer de entrenador, y prepararla para que haga lo que tiene que hacer.

—Pero eso significa...

—Contarle todo —dijo mi doble—. El Consejo Blanco, el Más Allá, todo.

—Al Consejo no le gustará. Si se lo cuento y se enteran, podrían considerarla un riesgo para su seguridad.

—Y si no haces que entienda a qué se enfrenta, algo le arrancará la cara alguna noche oscura. Murphy es una chica fuerte. El Consejo tendrá que ir con cuidado si decide meterse con ella. —Mi doble examinó a Murphy durante un momento—. También deberías pedirle que salga contigo una noche de estas.

—¿Que debería qué? —exclamé.

—Ya me has oído. Hace mucho tiempo que te reprimes, tío.

—Esto es demasiado freudiano para mí —respondí, y me levanté con intención de marcharme. Entonces me encontré con una imagen de Susan tal como había aparecido en las escaleras de la comisaría, con traje de chaqueta y tacones altos, elegante y hermosa, la cara tensa de preocupación.

—¿Crees que conseguirá una buena historia con todo esto? —preguntó mi doble.

—Eso ha sido un golpe bajo. No es por eso que sale conmigo.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero te lo preguntas ¿verdad? —mi doble hizo un gesto efusivo—. ¿Eso no te lleva a hacerme otras preguntas?

—¿Cómo cuáles? —pregunté.

—Como por qué no confías en nadie —respondió mi doble—. Ni siquiera en alguien como Susan, que esta noche se ha puesto en peligro por ti. —Levantó la mano de dedos largos y se acarició la barba corta con la yema de los dedos—. Creo que tiene que ver con Elaine. ¿Y tú?

Y allí estaba ella, una chica alta, de unos dieciocho o diecinueve años, desgarrada y juguetona, toda piernas y brazos, pero con la promesa de una belleza deslumbrante que más tarde añadiría elegantes curvas a las líneas esbeltas de su cuerpo. Iba vestida con unos vaqueros azules cortados a la altura de los muslos, y llevaba mi camiseta anudada a la cintura. Un amuleto pentáculo, idéntico al mío, aunque menos estropeado, le colgaba a la altura del corazón, entre las curvas de sus modestos pechos. Tenía la piel blanca, casi luminosa, y su cabello, dorado como el trigo maduro, contrastaba con el llamativo gris como de nube de tormenta de sus ojos. La sonrisa le iluminaba el rostro, hacía bailar sus ojos con fuegos secretos que aún ahora, a pesar de los años, me quitan el aliento. Elaine. Hermosa, vital y venenosa como una serpiente.

Di la espalda a la imagen intencionadamente, antes de que cambiara a la Elaine que vi por última vez, desnuda, engalanada con pinturas que conferían un aura salvaje a su piel. Sus labios estaban manchados de un rojo húmedo y brillante y se le curvaban al cantar unas frases en medio de su círculo, cuyos sigilos servían para concentrar el dolor y la ira en poder tangible que sería usado para dejar indefenso a un pobre chaval estúpido mientras su mentor le ofrecía la última oportunidad de beber de un cáliz de sangre fresca y caliente.

—Lo superé hace mucho tiempo —dije con voz temblorosa.

Mi doble respondió suavemente:

—No lo has superado. Aún no lo has superado, Harry. Mientras te creas responsable de la muerte de Justin y de la caída de Elaine, seguirá influyendo en todo lo que piensas y en lo que haces.

No me respondí.

—Está viva —dijo mi doble—. Sabes que está viva.

—Murió en el fuego —respondí—. Estaba inconsciente. No pudo haber sobrevivido.

—Si hubiera muerto lo habrías sabido. Y nunca encontraron sus huesos.

—¡Murió en el fuego! —grité—. Está muerta.

—Hasta que dejes de fingir —dijo mi doble colocándose frente a mí— y te enfrentes a la realidad, no podrás curarte. No podrás confiar en nadie. Lo que me recuerda

Mi doble gesticuló y Tera West apareció tal como la había visto, agachada detrás del cubo de la basura detrás de la gasolinera, desnuda, su cuerpo esbelto y salvaje,

hojas y ramitas en el pelo. Sus ojos ámbar brillaban con una inteligencia fría, extraña.

—¿Por qué diablos confías en ella?

—No me queda otro remedio —espeté—. Por si no lo has notado, he estado bastante desesperado últimamente.

—Sabes que no es humana —dijo mi doble—. Sabes que estaba en la escena del crimen, en el restaurante de Marcone, donde despedazaron a Spike. Sabes que tiene influencia sobre un grupo de jóvenes, los objetivos preferidos de las criaturas del Más Allá. De hecho, estás seguro de que se transforma de una manera u otra, y que no está diciéndote toda la verdad, pero sigue pidiéndote, sigue pidiéndote ayuda.

—Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra —dije.

—¡Uf! —respondió mi doble—. Pero no has confrontado todo lo que no te está contando. Esos chavales. ¿Quiénes coño eran, y qué estaban haciendo? ¿En qué les ha metido? ¿Y por qué se lo ha ocultado a MacFinn? No reconoció los nombres cuando los mencionaste.

—De acuerdo, de acuerdo —dije—. De todos modos, iba a hablar con ella. En cuanto me despierte.

Mi doble soltó una risita.

—Como si pudieras tomarte las cosas con tanta calma. Esos asesinatos siguen ocurriendo, y están empezando a amontonarse. ¿De verdad quieres hacer algo al respecto?

—Ya sabes que sí.

Mi doble asintió con la cabeza.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo. Examinemos algunos hechos. MacFinn no pudo haber cometido todos los asesinatos. En particular, no pudo haber cometido el asesinato más importante, el del industrial, el socio de Marcone. Él y su guardaespaldas murieron la noche después de la luna llena. Y a Spike se lo cargaron la noche antes de la luna llena. MacFinn no tiene control sobre el momento en que se transforma. No pudo haber llevado a cabo esos asesinatos.

—¿Entonces quién? —pregunté.

—Su prometida. Los hombres fueron despedazados por un animal.

—Pero el laboratorio del FBI dijo que no fue un verdadero lobo.

—Los hombres lobo son ligeramente diferentes a los lobos —dijo mi doble.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Soy la intuición ¿recuerdas? —respondió mi doble—. Piénsalo. Si fueras a transformarte en un lobo, ¿crees que podrías reproducir fielmente la imagen en tu cabeza? ¿Podrías hacer todos los millones de pequeños y sutiles cambios en tu estructura muscular? La magia no funciona así sin una mente que la dirija y le dé forma. Tus emociones, tus sentimientos hacia los lobos también influirían, cambiarían la imagen y la forma. Pregúntaselo a Bob la próxima vez. Estoy seguro de

que te diré que tengo razón.

—Vale, vale —dije—. Me lo creo. Pero el FBI dijo que había más de una clase de dentaduras y de huellas.

—MacFinn explica algunas. Durante la luna llena del mes pasado, seguramente mató a algunas personas cuando destrozaron su círculo.

—Y el grupo de Tera (se hacían llamar los Alfas) podría explicar el resto, si pudieran transformarse.

—Ya lo vas pillando —dijo mi doble con aprobación—. Eres más listo de lo que pareces.

—¿Crees que son los que destrozaron el círculo para encerrar a MacFinn? El que estaba muy elaborado, con la plata y todo eso.

—Tenían los conocimientos para hacerlo, a través de Tera. Tera podría haberles dejado entrar en la casa dijo mi doble.

—Pero no tenían un motivo. ¿Por qué lo harían?

—¿Porque Tera se lo ordenó, quizá?

Asentí malhumorado.

—Es una criatura del Más Allá. Quién sabe lo que le pasa por la cabeza. No tiene que ser necesariamente algo comprensible para la lógica humana.

Mi doble sacudió la cabeza.

—No me lo trago. Vi la forma en que miraba a MacFinn. Y cómo se sacrificó para despistar al FBI y a la policía para que él escapara. Tu instinto te dice que está enamorada de MacFinn, y que no haría nada para perjudicarlo.

—Sí. Es lo mismo que me dijiste sobre Elaine —le devolví rápidamente, y otro recuerdo me punzó en el pecho.

—Eso fue hace mucho tiempo —contestó mi doble en tono defensivo—. He tenido tiempo de madurar desde entonces. Y me distraigo menos.

—De acuerdo —suspiré—. ¿Adónde nos lleva eso?

—Creo que aún no conocemos a los verdaderos asesinos. Los que destruyeron el círculo de MacFinn y se cargaron a los tipos de la mafia durante las noches en las que no había luna llena.

Miré de reojo a mi doble.

—¿Tú crees?

Asintió y volvió a acariciarse la barba.

—A menos que los Alfas estén haciéndolo sin que Tera se entere, y parecen demasiado inexpertos para hacer algo así. Creo que es alguien completamente diferente. Alguien que intenta tenderle una trampa a MacFinn y cargárselo.

—¿Pero por qué?

—Tal vez porque no quieren que siga con el proyecto Pasaje Noroeste. O quizá porque es un horrible hombre lobo, Harry, y alguien se ha enterado y lo quieren

muerto. Sabes que hay organizaciones que lo harían, gente del Venatori Umbrorum, miembros del Consejo Blanco, otros que se hayan enterado.

—¿Pero crees que aún no los he visto?

—Creo que te han pasado desapercibidos —dijo mi doble—. Mantén los ojos bien abiertos ¿de acuerdo? Lo que nos lleva al siguiente tema de discusión.

—¿Ah, sí?

Mi doble asintió.

—Evaluación de riesgos. Tienes toda clase de cosas mirándote y no te has dado cuenta. No quiero que te maten por estar distraído —echó un vistazo a un lado, frunció el ceño y dijo—: Se nos acaba el tiempo.

—No se nos acabaría si no fueras tan sabiondo.

—¿Qué mosca te ha picado? —exclamó mi doble—. No te olvides de Marcone. Le cabreaste al no aceptar la oferta que te hizo. Cree que los asesinos van a por él, y puede que tenga razón. Está asustado. Y la gente asustada hace cosas estúpidas, como intentar cargarse al único hombre que tiene la posibilidad de detener lo que está sucediendo.

—Deja que yo me ocupe de Marcone —dije.

—Yo soy tú, y estoy preocupado. Los próximos son los polis. Han matado a algunos de los hombres de Murphy. Va a armar la gorda en cuanto repare su arma, y alguien se acordará de que estabas allí, y con la suerte que tienes, no recordarán que impediste que muriera más gente. Si vuelves a ver a Murphy y a la policía, será mejor que tengas cuidado o te pegarán un tiro por intentar que no te arresten.

—Tendré cuidado —aseguré.

—Una cosa más —añadió mi doble—. Te has olvidado de Parker y los Lobos Callejeros. Parker te necesita muerto si quiere seguir controlando a su gente.

—Sí.

—Exacto —dijo mi doble—. Te has escondido y te has mantenido alejado de tu apartamento durante un tiempo, pero si vuelves a mostrarte en público, puedes estar seguro de que Parker te seguirá la pista. Y piensa. Él conocía la verdad sobre Marcone y tú, y es un matón de poca monta de Chicago. Seguramente tienen alguna relación, y has sido tonto al no pensarlo.

—Por todas las estrellas —dije entre dientes—. Como si la situación no fuese suficientemente complicada. ¡No me presiones!

—Al menos estás dispuesto a resolverlo ahora, en lugar de cerrar los ojos y fingir que no pueden verte. Ten cuidado, Harry. Esto es un lío, y tú eres el único que puede resolverlo.

—¿Quién eres, mi madre? —pregunté.

Mi doble chasqueó los dedos.

—Eso me recuerda... sí, tu madre... —se interrumpió, alzó la vista con una

expresión de frustración en la cara—. ¡Mierda!

Y entonces alguien me zarandeó el hombro sano y me despertó. Abrí los ojos, parpadeé, y todo el cuerpo volvió a inundarse de energía y dolor renovados. Estuve atolondrado durante unos minutos, intentando cambiar de marcha.

Estaba sentado en el asiento del pasajero del coche de Susan. Íbamos por una autopista, pero la lluvia me nublabla el horizonte, así que no sabía dónde estábamos. Los brillantes números del reloj del salpicadero señalaban las nueve y unos minutos. Había dormido menos de media hora. Tenía una toalla de playa enrollada alrededor de mi pie herido, y la cara fría, como si alguien me la hubiera limpiado.

—¿Está despierto? —preguntó Susan en voz alta y nerviosa—. ¿Está despierto?

—Estoy despierto —dije semidormido y con ojos legañosos—. Más o menos. ¿Qué pasa? Espero que sea bueno.

—No es bueno —dijo Tera desde el asiento de atrás—. Si te queda algo de poder, mago, deberías prepararte para usarlo. Nos están siguiendo.

Capítulo 20

Me froté los ojos y maldije a quien nos estaba siguiendo.

—Vale, vale. Dame un minuto.

—Harry —dijo Susan—, voy en reserva. Creo que no tenemos un minuto.

—Nunca llueve —me quejé.

Tera me miró con el ceño fruncido.

—Ahora está lloviendo. —Se giró hacia Susan—. Creo que desvaría.

Gruñí y miré a mi alrededor, agotado.

—Es una figura retórica. Por Dios, realmente no sabes nada de los humanos ¿verdad? ¿Estás segura de que alguien nos sigue? Tera echó una ojeada al tráfico—. Dos coches más atrás. Y tres coches detrás de ese. Nos siguen dos vehículos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Tera volvió a mirarme con aquellos extraños ojos ámbar.

—Se mueven como depredadores. Se mueven bien. Y los siento.

Entrecerré los ojos.

—¿Los sientes? ¿A un nivel instintivo?

Tera se encogió de hombros.

—Los siento —repitió—. Son peligrosos.

La boca aún me sabía a sangre. Era un gusto molesto, como la fricción estática en un teléfono. De todas las personas que podían estar persiguiéndome en un coche, solo podía pensar en algunas que alertarían los sentidos sobrenaturales de un ser inhumano. Pensé que sería una buena idea escuchar lo que mi doble tenía que decir.

—Susan —dije— quiero que salgas de la autopista.

Sus ojos oscuros brillaron bajo las farolas cuando me miró, luego echó un vistazo al indicador del nivel de gasolina.

—De todos modos tengo que hacerlo en los próximos dos kilómetros. ¿Qué quieres que haga?

—Sal y ve a una gasolinera.

Me lanzó otra mirada nerviosa, y tuve tiempo de observar que era preciosa, como una diosa latina. Claro que seguramente no era del todo objetivo.

—¿Y luego qué? —preguntó.

Comprobé mi pie y me quité la otra bota distraídamente para que mis caderas estuvieran paralelas con el suelo cuando me pusiera de pie.

—Llama a la policía.

—¿Qué? —exclamó Susan y tomó uno de los carriles de salida de la autopista.

Busqué en el bolsillo de las herramientas del mono de trabajo hasta que encontré la pequeña botella con la segunda pócima.

—Hazlo —ordené—. Confía en mí.

—Mago —dijo Tera con voz absolutamente tranquila—. Tú eres la única persona que puede ayudar a mi prometido.

Le lancé una mira enfadada.

—Os encontraré en el lugar donde celebráis vuestras reuniones.

—¿De qué estás hablando, Harry? —preguntó Susan. Salió de la autopista y se metió por una vía de acceso de una dirección.

—Entiendo lo que estás haciendo —dijo Tera—. Yo haría lo mismo por mi pareja.

—¿Pareja? —gritó Susan indignada—. ¿Pareja? Yo no soy su

No oí el resto de lo que Susan dijo porque cogí el bastón mágico con una mano, la pócima con la otra, abrí la puerta del coche, me quité el cinturón de seguridad y salí rodando por el arcén.

Lo sé, lo sé. Ahora suena muy estúpido, incluso a mí. Pero en aquel momento me pareció increíblemente caballeroso. Estaba seguro de que Parker y sus amigotes los Lobos Callejeros nos estaban siguiendo, y sabía que podían ser muy peligrosos. Imaginé que serían aún peor durante la luna llena. Susan no tenía ni idea del peligro que corría, y si me quedaba con ella sería mucho peor. Y Tera aún no confiaba en Tera. No estaba seguro de quererla a mi lado en una pelea.

Quería enfrentarme a mis perseguidores yo solo, reparar mi error yo solo, y no hacer que un testigo inocente como Susan pagara por ello.

Así que, eh, me lancé desde el asiento del pasajero de un coche en movimiento.

No me mires con esa cara. Ya te lo he dicho, en aquel momento tenía sentido.

Dibujé un círculo con los brazos y las piernas, como si intentara abrazar un barril, y luego todo fueron arañazos, rasguños, rebotes, rebotes, rebotes y un golpe sordo. Todo me daba vueltas. De algún modo conseguí mantener el sentido de la dirección, mantener el impulso y orientarme hacia el dudoso confort de los espesos hierbajos del arcén. Cuando me paré, me vi rodeado de plantas recién aplastadas, húmedas y frías por la lluvia, y el olor a barro y gasolina, a asfalto y gases del tubo de escape me atrofiaba la nariz.

Sentía dolor, dolor en todo el cuerpo, extendiéndose desde el hombro hasta el pie, un mareo vertiginoso, la oscuridad que se posaba en mis párpados e intentaba obligarme a cerrarlos. Me esforcé por recordar exactamente qué había planeado hacer antes de abrir la puerta del coche de Susan.

Lo recordé de inmediato y tiré bruscamente del tapón con los dientes y luego aplasté la botella de plástico, obligando a la pócima a salir a través de la estrecha boquilla y a entrar en mi boca. Doscientos gramos de café frío, pensé vagamente. *Yam.*

Sabía a cartón viejo, a pizza pasada y a granos de café quemados. Pero mientras me bajaba por la garganta sentí que el poder se extendía por todo mi cuerpo, activo y vivo, como si me hubiera tragado una enorme ameba hiperactiva. Mi cansancio

desapareció como por arte de magia y la energía se precipitó dentro de mí, como me ocurre a veces al final de un buen concierto o de una obertura. El dolor de mis músculos disminuyó a niveles soportables y mis ideas confusas y atascadas se aclararon como si alguien me hubiera restregado el cerebro con un jalapeño. El latido de mi corazón aumentó y luego se estabilizó, y llegué a la súbita conclusión de que las cosas no iban tan mal como yo pensaba.

Me levanté usando el brazo malo, solo para aumentar la herida que la agente Benn me había hecho. Mi mono de trabajo estaba roto y manchado de sangre fresca, tenía rasguños del asfalto y me estaban saliendo moratones oscuros en los brazos y las piernas. Qué cabrones. Los desprecié.

Blandí mi brazalete de escudos en la muñeca izquierda, cogí el bastón mágico en la mano derecha y me dirigí hacia la carretera de acceso. Inspiré hondo, oliendo la lluvia en el asfalto y, un poco más lejos, el limpio y fresco aroma del otoño casi ocultaba el mal olor de Chicago. Pensé en lo mucho que me gustaba el otoño, y le compuse un breve poema mientras el tráfico obligaba al coche de Susan a seguir adelante y desaparecer de mi vista. Giré la cabeza y vi que un par de coches cortaban frenéticamente el tráfico y se dirigían hacia la carretera de acceso. El coche que iba delante era una camioneta grande, y Parker estaba sentado al volante, mirando como loco hasta que sus ojos se iluminaron al verme allí plantado, entre los hierbajos del arcén.

Le sonreí y, para mi satisfacción, contemplé su expresión de asombro.

Luego inspiré profundamente con voluntad renovada, alcé el bastón mágico con la mano derecha, murmuré una frase en un lenguaje que no conocía y les reventé los neumáticos de su jodida camioneta.

Salieron todos de golpe, con un ¡pum! muy satisfactorio, un reventón a consecuencia del repentino calentamiento del aire dentro de los neumáticos de un vehículo en marcha, un hechizo bastante hábil. El camión derrapó y vi que Parker intentaba desesperadamente girar el volante para mantener el control del vehículo. Había dos personas que no reconocí sentadas a su lado en la cabina, y estaba claro que no creían en los cinturones de seguridad. Se menearon dentro del camión como si fueran muñecos de trapo. El camión se salió de la carretera levantando un montón de gravilla, pasó por delante de mí y se metió en los hierbajos, chocó contra una zanja y empezó a dar vueltas.

Se oyó un crujido enorme. Los accidentes de coche son sorprendentemente ruidosos cuando pasan de verdad y no en televisión. Suenan como si alguien estuviera aporreando cubos de la basura vacíos con una almádena, pero más fuerte. El camión de Parker dio dos vueltas de campana, chocó contra la ladera de una colina y volcó por el lado del pasajero.

—Bueno —dije con cierto orgullo profesional—. Un asunto arreglado.

Tenía que haber cerrado el pico. Se oyó un chirrido, un sonido quebradizo, y el parabrisas del camión se resquebrajó en un dibujo con forma de tela de araña. El sonido se repitió y el vidrio de seguridad salió disparado en mil pedazos, seguido de un pie calzado con una resistente bota de combate negra. Luego estalló más vidrio y entonces comenzó a salir gente magullada y llena de sangre. Aparte de Parker, estaban el gamberro al que le había aplastado la nariz hacía un par de días, que ahora tenía una nariz hinchada y grotesca, y la mujer sedienta de sangre que había llevado al grupo a aquel enloquecido ataque de lujuria. Todos iban vestidos con vaqueros y chaquetas de cuero y mostraban cortes y magulladuras a causa de la sacudida.

Parker los sacó fuera del camión, se dio la vuelta, lo miró asombrado y luego me miró a mí. Vi el miedo reflejado en sus ojos, y mi corazón se hinchó de satisfacción. Se lo merecía, el imbécil. Giré mi bastón entre los dedos, comencé a silbar un trozo de la obertura de *Carmen* y me dirigí hacia ellos a través de la hierba, molesto porque estaba cojeando e iba vestido con un ridículo mono azul que dejaba a la vista unos cuantos centímetros de mis brazos y mis piernas.

Nariz Aplastada me vio y soltó un gruñido neandertal de sorpresa. Se sacó una pistola de la chaqueta, y parecía diminuta en sus manos. Sin más preámbulos, comenzó a dispararme.

Levanté la mano izquierda, puse un poco más de mi ilimitada energía en el brazalete de escudos y canté unas cuantas frases en lo que supuse podría haberse tomado por italiano para revestir el hechizo verbalmente. Seguí avanzando mientras las balas rebotaban en el brazalete en una cascada de chispazos, e incluso me quedé aliento para seguir silbando *Carmen*.

Parker gruñó y golpeó la muñeca de Nariz Aplastada con el borde de su mano con un movimiento al estilo artes marciales. Oí claramente que le rompía un hueso, pero Nariz Aplastada solo bajó la mano y miró a Parker con el ceño fruncido.

—Recuerda por qué estamos aquí —dijo el hombre más bajo—. Es mío.

—Hola, señor Parker —dije alegremente. Supongo que la imagen que presentaba mientras me dirigía hacia ellos era cómica, excepto por toda la sangre y la gran sonrisa que se dibujó en mi rostro. En cualquier caso, aquello pareció tener un efecto intimidante en los Lobos Callejeros. La mujer me gruñó, y durante un segundo pude sentir que una energía feroz y salvaje, la misma que había rodeado a los enloquecidos licántropos en el garaje de la Luna Llena, comenzaba a llenar el aire que me rodeaba.

Le clavé una mirada furiosa a aquella zorra, agité la mano en el aire y dije arrastrando las vocales:

—*Disperdorus*.

Saqué una fuerza de voluntad que otra noche en la que me hubiera sentido menos todopoderoso me habría resultado abrumador, y la mujer se echó para atrás como si le hubiera pegado una bofetada. La energía que había estado reuniendo se rompió y se

dispersó como si nunca hubiese estado allí. Me miró fijamente, cada vez más tensa y nerviosa, y se sacó un cuchillo de un estuche que llevaba colgado a la altura de la cadera.

—Basta ya de tonterías. Como iba diciendo —proseguí— hola, señor Parker. Sé por qué está aquí. Se ha enterado del jaleo en la comisaría y ha venido a buscarme, ¿verdad? Lamento mucho decepcionarle, pero no voy a dejar que me mate.

Nariz Aplastada frunció el ceño y dijo:

—¿Cómo sabía qu...?

Parker le tapó la boca con la mano de un golpe, y el hombretón se calló.

—Señor Dresden —gruñó Parker. Me miró de arriba abajo—. ¿Qué le hace pensar que puede impedir que lo mate?

Tuve que sonreírle. Uno siempre tiene que sonreír a los idiotas y a los niños.

—Oh, no lo sé —solté una risita—. Quizá porque en cuanto lo intente, voy a destrozarle y dejarle mucho peor que al camión. Y porque dentro de un par de minutos la policía llegará para ocuparse de usted.

Se produjo una semioscuridad momentánea en la que la farola pareció apagarse, la lluvia se hizo muy fría y luego desapareció. Sangré un poco y volví a sonreír. No puedes dejar que los niños vean tu debilidad.

Los labios finos de Parker esbozaron una sonrisa. Tenía los dientes feos.

—Los polis también van detrás de ti, Dresden. —dijo—. No te creo.

—En cuanto lleguen, voy a desaparecer misteriosamente —expliqué—. Como si fuera, bueno, caray, magia. Pero vosotros

Durante un instante olvidé lo que iba a decir. Algo me estaba molestando, un detalle que había olvidado.

—Puedo oler tu sangre, mago —dijo Parker con voz muy suave—. Dios, no tienes ni idea de cómo huele.

Parker no se movió, pero la mujer dejó salir un pequeño maullido y se apretó contra Nariz Aplastada. Me miraba muy fijamente.

—Pues huélela bien —conseguí decir—. Porque es la última vez que lo haces.

Pero mi sonrisa había desaparecido. La incertidumbre estaba empezando a romper el muro de seguridad del que había estado disfrutando. La lluvia era cada vez más fría, las luces más tenues. El brazo izquierdo comenzó a dolerme desde el hombro herido y la mano me temblaba visiblemente. El dolor volvió a filtrarse en cada parte de mi magullado cuerpo.

La cordura volvió de golpe. La pócima. Los efectos de la pócima estaban desapareciendo. Me había pasado de la raya durante la primera euforia. Desvanecer el aura de rabia y lujuria que la mujer había empezado a reunir había sido una proeza que nunca se me habría ocurrido con la cabeza cuerda. Había demasiadas incógnitas. Ahora el corazón me latía muy deprisa, y estaba empezando a jadear. No pude

controlar la respiración para disminuir el latido vertiginoso de mi corazón.

Parker y sus dos compañeros se tensaron a la vez, sin hacerse ninguna señal visible. Volví a sentir aquella energía salvaje recorriendo a los licántropos desde más allá de las nubes tormentosas que teníamos encima. Te lo juro, vi que los cortes que se habían hecho en el accidente se cerraban ante mis ojos. Nariz Aplastada giró la muñeca que se acababa de romper, flexionó los dedos y me sonrió con una mueca.

Vale, Harry, me dije. Tranquilo. No te pongas nervioso. Lo único que tienes que hacer es aguantar hasta que lleguen los polis, y luego puedes desangrarte en paz. O ir al médico. Lo que duela menos.

—¿Sabes una cosa, Parker? —dije con voz ligeramente temblorosa, una señal de desesperación—. En realidad no quería ir a vuestro garaje. Diablos, no habría ido si el imbécil de Denton no me hubiera dado la idea.

—Eso ya no importa —dijo Parker. Su voz era tranquila, y estaba visiblemente relajado. Me sonrió, y me enseñó todavía más los dientes—. Eso ya forma parte del pasado.

Entonces dio un paso adelante y me aterré.

Blandí el bastón y grité:

—Fuego.

Canalicé toda mi voluntad a través de él, y al diablo con lo que el Consejo pensara por matar a alguien con la magia.

No sucedió nada.

Miré fijamente, incrédulo, primero a Parker y luego al bastón mágico. Los dedos se me paralizaron y el bastón de fresno tallado con runas cayó al suelo, aunque intenté cogerlo con torpeza. Puse todo el peso del cuerpo en el pie herido, y de repente me dio un calambre, los músculos se me agarrotaron y un dolor intenso me subió por la pierna. Se me dobló y caí de bruces en el barro y los hierbajos. Los últimos vestigios de mi escudo desaparecieron al caer. Mi magia me había fallado.

Parker rió con un sonido profundo y desagradable.

—Un buen truco. ¿Tienes otro?

—Uno más —dije en tono áspero, y busqué en el bolsillo de las herramientas del mono de trabajo. Parker se dirigió hacia mí lentamente, confiado, relajado, moviéndose como un hombre treinta años más joven de lo que era. Los dedos me dolían por el frío, por el golpe contra el asfalto, por los rasguños y las magulladuras. Pero era fácil encontrar el mango de mi Chief's Special.

La saqué, eché atrás el percusor con el pulgar y apunté a Parker. Abrió los ojos como platos y puso el peso de su cuerpo en los talones, sin retroceder, pero sin avanzar. A tres metros de distancia, incluso en el barro, sería difícil no darle, y lo sabía.

—No creí que fueras de los que llevan pistola —dijo. La lluvia le pegaba el pelo

graso en la frente.

—Solo en ocasiones especiales —respondí. Tenía que ganar tiempo. Si podía mantenerlo allí durante unos minutos, la poli llegaría. Tenía que creer que vendrían, porque de lo contrario me harían picadillo. Literalmente—. No te muevas.

Pero lo hizo. Dio un paso adelante.

Así que le disparé.

La pistola rugió y la bala le dio en la rótula, que explotó en un chorro de sangre y trozos de hueso, y lo arrojó al suelo embarrado. Parpadeó una vez, sorprendido, pero no registró el dolor que debía de estar sintiendo. Retrocedió un poco y me miró fijamente durante un segundo, y volvió a examinarme.

Entonces Parker, ignorando su rodilla destrozada, se puso en cuclillas y apoyó los codos en los muslos como si fuésemos viejos amigos, manteniendo las manos a la vista.

—Eres más duro de lo que pareces. Intentamos cogerte en tu apartamento ¿sabes? —dijo como si no hubiera acabado de dispararle—. Pero había polis por todas partes. Dijeron que te habían arrestado, pero supuse que te habrías escapado. Pagamos al carcelero para que nos avisara cuando te detuvieran. —Sonrió abiertamente con una sonrisa mellada y casi resultaba simpático. Diablos, chaval. Estuvimos esperándote en un bar a dos calles de la comisaría durante casi dos días, esperando verte cuando te subieran por las escaleras.

Me señaló con el dedo como si me estuviera apuntando con una pistola, pam, pam, y dejó caer el pulgar hacia delante.

—Siento decepcionaros —murmuré. Me esforzaba por no ceder al tembleque ni a la oscuridad. Sabía que estaba tramando algo, pero era demasiado, demasiado dolor, demasiado cansancio, demasiada sangre en mis manos. Eché un vistazo por encima de él y vi a Nariz Aplastada y a la mujer en el mismo lugar, mirándome como si fueran animales hambrientos.

Parker soltó una risita.

—Y, en cambio, todo se fue al carajo en la comisaría. Disparos, explosiones, como si hubiera una guerra dentro. Fue un espectáculo divertido. Y entonces te vemos saliendo a trompicones en medio de todo aquello, justo delante de la comisaría, con un par de monadas a cada lado que te ayudaron a bajar las escaleras. Así que solo tuvimos que seguirte.

—Espero que tengas un seguro.

Parker se encogió de hombros.

—El camión no era mío. —Arrancó una larga brizna de hierba y se la pasó por la rodilla destrozada, pintándola de rojo con su sangre. Luego la aplastó con los dedos—. La mayoría de mi gente está en el lago esta noche. Tienen que desahogarse un poco durante la luna llena. Maldita sea, quiero llevarte allí para que todos te vean.

Tienes muy mala reputación, chaval.

—No se puede tener todo —dije. Parpadeé entre la lluvia o la sangre, no lo sé.

Parker sonrió abiertamente.

—¿Sabes una cosa, chaval? Creo que hay algo que no sabes.

Oí el sonido de las sirenas en la distancia, que se dirigían hacia mí desde la autopista. Caramba, pensé. Por fin he hecho algo bien.

—¿Ah, sí? —pregunté, y me atreví a sentir la emoción de la victoria.

Parker asintió y miró a un lado.

—Hay dos coches detrás de ti.

Y algo me golpeó la mano derecha, me la paralizó y me tiró la pistola al suelo. Alcé la vista y tuve tiempo de ver que otro de los licántropos del garaje levantaba un tubo de plomo envuelto en cinta aislante, y me golpeaba con fuerza. La mujer gritó y se abalanzó sobre mí. Llevaba botas de tacón. Nariz Aplastada avanzó pesadamente tras ella, y se contentó con usar el cañón de la pistola como porra.

Parker se quedó allí sentado, en cuchillas, mirándoles. Vi sus ojos. Mi sangre le salpicó la mejilla.

No me gusta pensar en lo que hicieron. No querían matarme. Querían hacerme daño. Y eran muy buenos. No podía luchar. Ni siquiera podía hacerme un ovillo. No me quedaban fuerzas. Me oía emitir sonidos entrecortados, ahogarme en mi propia sangre, sollozar y vomitar en una agonía patética. Habría gritado si hubiera podido. Uno oye historias de hombres que no articulan palabra mientras les torturan, pero yo no soy tan fuerte. Me destrozaron.

Hay un momento en que la mente dice «basta» y se retrae de todo el dolor. Empecé a retirarme a ese lugar apartado y no lo lamenté en absoluto.

Apenas pude oír a Parker empujando a la gente para que me soltaran en cuanto dejé de moverme. Les rompió unos cuantos huesos más, y retrocedieron con gruñidos rabiosos. Parker volvía a caminar, aunque mi disparo debía de haberle hecho añicos la articulación. Ordenó que me recogieran y me llevaran a otro coche, y allí me soltaron como si fuera un saco roto. Me ataron por las muñecas y los tobillos, las rodillas y los codos y me taparon la boca con cinta adhesiva. Luego me tiraron dentro del maletero.

Parker levantó un brazo para cerrarlo. No tenía energía para mover los ojos. Solo miré y dejé que se fijaran en lo que quisieran.

Vi una cara detrás del volante de un coche que pasaba por la carretera de acceso. Solo era un sedán, algo que pasaría desapercibido entre los otros coches de la ciudad. La cara era joven, pecosa, estaba tensa.

El tipo que conducía era pelirrojo y tenía las orejas grandes.

Roger Harris, FBI. El lacayo pelirrojo de Denton.

El sedán pasó sin disminuir la velocidad y Harris no me miró, no bajó la guardia.

Parece que yo no era el único al que seguían aquella noche.

Parker cerró el maletero y me dejó a oscuras. El coche se puso en marcha justo cuando las sirenas llegaban a la carretera de acceso. El coche de mis secuestradores pegó un bote y huyó, infligiéndome una agonía más intensa, nauseabunda y aguda que cualquiera que hubiera sentido hasta el momento.

Y, detrás de la mordaza, comencé a reír. No pude evitarlo. Reí, y sonó como si me ahogara en un charco de aguas estancadas.

Todas las piezas encajaban.

Capítulo 21

Llega un momento en que no puedes seguir haciendo cosas complicadas, como pensar y mantener los ojos abiertos. La oscuridad sobreviene y todo se detiene hasta que el cuerpo, o la mente, están listos para volver a funcionar. La oscuridad vino a buscarme y yo me alegré.

Cuando me desperté, olí a aceite para motor.

Aquello no prometía nada bueno. Estaba sentado y tenía una viga de acero contra la espalda. Sentí que algo me apretaba las muñecas y los tobillos. Cinta adhesiva, quizá. El suelo de hormigón estaba frío. Me dolía todo el cuerpo, estaba muy rígido. Pero algo blando me cubría, una sábana tal vez. No tenía tanto frío como cabría esperar.

Mi primera emoción fue de una vaga sorpresa por seguir vivo.

La segunda fue un pequeño estremecimiento frío, horrible. Era un prisionero. Y mientras lo fuera, no podía estar seguro de que iba a sobrevivir. Así que lo primero era lo primero. Estar seguro. Averiguar dónde estaba, trazar un plan y sacar mi delgado culo de mago de allí.

Después de todo, sería una pena morir cuando por fin había averiguado quién me había metido en aquel lío, quién era responsable de los recientes asesinatos que no podían atribuirse a MacFinn, quién le había tendido una trampa.

Por eso abrí los ojos e intenté ver lo que me rodeaba.

Estaba en la fortaleza del enemigo, el garaje de la Luna Llena. Dentro estaba semioscuro, y por lo que pude oír, seguía lloviendo. Me habían tapado con una manta sucia pero cálida, lo que me sorprendió. También había una pequeña mesilla con una bolsa de plástico casi vacía que contenía sangre, goteando por un tubo de plástico que desapareció detrás de mí, y que seguramente acababa en mi brazo.

Moví los pies y los saqué por debajo de la manta. Me habían atado las piernas con cinta adhesiva por encima y por debajo de las rodillas, y por los tobillos. Me habían vendado el pie herido con vendas limpias y luego me habían puesto el calcetín lleno de sangre. De hecho, me habían puesto vendas limpias en varios cortes y rasguños; y, como si mi nariz se hubiera tomado un tiempo para acostumbrarse, sentí un ligero olor a desinfectante. No llevaba puestas las esposas de Murphy, y sentí una vaga añoranza. Aunque no eran cómodas, al menos eran familiares.

Así que, no solo estaba vivo, sino que me encontraba bastante mejor, seguramente después de varias horas de sueño y atención médica.

Pero eso no explicaba quién me había hecho aquello.

O por qué.

Mis ojos se habían acostumbrado a la semioscuridad del garaje, pero aun así, había partes tan oscuras que no podía ver nada. Un lazo de luz amarilla en forma de

«L» salía por debajo de la puerta de la oficina, y el sonido de la lluvia en el tejado ondulado era como un rugido tranquilizador. Cerré los ojos. Intenté orientarme para determinar qué hora era por el contacto del aire y el sonido de la lluvia. ¿Última hora de la tarde? ¿Primeras horas de la noche? No podía estar seguro.

Tosí y noté que tenía la garganta seca, pero podía hablar. Tenía las manos atadas, así que no podía hacer un círculo. Sin un círculo no podía usar ninguna clase de magia para liberarme, solo tenía acceso a la clase de poder que, aunque fantástico contra los horribles *loup-garou* y otros monstruos, no servía de nada si quería quitarme varias capas de cinta adhesiva pegadas a mi tierna piel. La magia estaba descartada.

¿Alguna vez te he hablado de mi padre? Era mago, no un brujo como yo, sino un mago como los que se ven en los espectáculos de magia pasados de moda. Tenía un sombrero negro, un conejo blanco, una cesta de espadas y todo eso. Solía viajar por todo el país y hacía espectáculos para los niños y los viejos, y apenas ganaba para ir tirando. Cuando mi madre murió al dar a luz, mi padre tuvo que criarme solo, y supongo que hizo lo que pudo. Lo intentó.

Yo era muy joven cuando murió (me negué a creer en las insinuaciones de Chaunzaggoth hasta haberlas investigado) de un aneurisma cerebral. Pero aprendí un par de cosas sobre lo que había hecho antes de morir. Me puso el nombre de tres magos famosos. El primero era el mismísimo Houdini. Y una de las primeras reglas de Houdini era que la manera de escapar siempre está al alcance de la mano. Una actitud positiva. Es un hecho que un ser humano puede escapar de casi cualquier cosa, si le dan tiempo suficiente.

La única pregunta era: ¿de cuánto tiempo disponía?

La cinta adhesiva era fuerte, y me habían atado muy bien, pero también era barata, fácil de transportar, y sencilla de aplicar. Aunque me habían puesto varias capas, no era lo mejor para inmovilizar a una persona, porque de lo contrario los polis usarían cinta adhesiva y no esposas. Podía ser derrotada.

Así que comencé a buscar maneras de derrotarla.

Un pequeño movimiento me demostró que no tenía las manos tan fuertemente atadas como parecía. Sentí un dolor agudo en el antebrazo y supuse que era a causa de la aguja intravenosa. Tenían que haber aflojado la cinta alrededor de mis brazos para ponerme la aguja en el antebrazo. Moví los hombros, y en el que estaba herido sentí una fuerte punzada de dolor. La cinta adhesiva me serró las muñecas y me arrancó el pelo de los brazos con un rasgón audible, y apreté los dientes ante aquel particular tormento.

Dolía, y tardé diez minutos en soltarme las muñecas y las manos. Me deshice de la aguja intravenosa mientras imaginaba algún fluido mortífero recorriendo el tubo y entrando en mis venas. Luego doblé los brazos repetidamente y conseguí desatarme.

Tenía los dedos dormidos, rígidos, no me respondían, pero comencé a forcejear con la cinta que tenía en las piernas lo mejor que pude, intentando que cediera para poder doblarlas y que aquello saltase de inmediato. Tuve que esforzarme más de lo que creía, pero por fin flexioné las piernas, agradecido de que el mono de trabajo hubiera impedido que me arrancara el pelo de los muslos y las pantorrillas (aunque no el de los tobillos). Mis piernas eran mucho más fuertes que mis brazos, así que romper las capas de cinta adhesiva fue más sencillo y rápido.

Pero no lo bastante.

Antes de que me quitara la última tira de cinta adhesiva, se oyó un clic-clac y la puerta de la oficina se abrió de golpe, acompañada de un rumor de voces bajas y el sonido de una música de *rock and roll* antigua.

Me dejé llevar por el pánico. No podía correr, seguía con los tobillos atados. Cuando consiguiera desatarme y ponerme en pie, ya los tendría encima. Así que cambié de plan. Me puse la manta encima, deslicé las manos detrás de la viga, me escondí la aguja intravenosa en la mano y agaché la cabeza como si estuviera durmiendo.

—Sigo sin entender por qué no podemos volarle la tapa de los sesos y deshacernos de él —dijo la voz áspera y sin tono nasal de Nariz Aplastada.

—Estúpido —refunfuñó Parker, y su voz era como el papel de lijar—. Uno, no podemos hacerlo sin que los otros vengan a verlo. Y dos, no podemos hacerlo hasta que Marccone haya hablado con él.

—Marccone —dijo Nariz Aplastada con desprecio—. ¿Qué quiere de él?

Buena pregunta, pensé yo. Mantuve la cabeza agachada, el cuerpo relajado, e intenté pensar en cosas tranquilizadoras. ¿Marccone iba a venir?

—¿Y a mí qué me importa? —respondió Parker—. Me he asegurado de que viviera todo el día. De cualquier modo, le quería aquí esta noche.

Nariz Aplastada gruñó.

—En Chicago hay muchos gánsteres. Marccone solo es uno más. Pero hace una llamada y el mago consigue un indulto. ¿Quién es ese tío, eh? ¿El puto gobernador?

—Siempre piensas con los huevos —dijo Parker con voz tranquila—. Marccone no es solo un gánster. Dirigir Chicago solo es un pasatiempo para él. Tiene negocios en todo el país, y ha comprado a gente desde aquí hasta Washington pasando por la mansión del gobernador y vuelta, y tiene más dinero que Dios. Puede tendernos una trampa y echarnos a la policía encima cuando quiera. No se puede jugar con alguien como él.

Hubo una pausa, y luego Nariz Aplastada dijo:

—Puede. O puede que Lana tenga razón. Tal vez te estás ablandando. Marccone no es uno de los nuestros. No puede darnos órdenes. El Parker que conocí hace diez años no se lo hubiera pensado dos veces antes de mandar a Marccone a la mierda.

La voz de Parker sonó resignada.

—Déjalo ya, tío. Nunca fuiste lo bastante bueno, ni siquiera cuando éramos jóvenes. El Parker que conociste hace diez años habría hecho que nos mataran a todos. Conmigo has tenido pasta, drogas, mujeres, lo que has querido. Así que tranquilízate.

—Ni hablar —respondió Nariz Aplastada—. Creo que Lana tiene razón. Y yo digo que nos carguemos a este flaco hijo de puta ahora mismo.

Me puse en tensión y me preparé para huir a la desesperada. Prefería que me mataran intentando escapar que fingiendo estar dormido.

—Atrás —ordenó Parker, y entonces sonaron unos puntapiés en el suelo de cemento. Oí un par de gruñidos y un grito repentino, y olí a sudor ácido y cerveza rancia cuando obligaron a Nariz Aplastada a arrodillarse a menos de medio metro de distancia. Seguía haciendo pequeños ruidos de dolor, llenos de tensión, como si Parker estuviera agarrándolo por los pelos. Me obligué a relajarme, a no levantarme tambaleando y empezar a correr, pero sentí un hilo de sudor que me bajaba por la cara.

Parker gruñó ante los gemidos de Nariz Aplastada.

—Ya te lo he dicho. Nunca fuiste lo bastante bueno. Vuelve a desafiarme, en público o a solas, da igual, y te arrancaré el corazón.

La manera en que profirió aquella amenaza fue espeluznante: no con el énfasis malvado que cabría esperar en una situación como aquella, sino en un tono tranquilo, mesurado, casi aburrido, como si estuviera hablando de cambiar un carburador o una bombilla. Se oyó un murmullo y Nariz Aplastada soltó un aullido de dolor que se disolvió en una retahíla de gemidos de perro. Oí que las botas de Parker se alejaban unos pasos.

—Ahora, levántate —dijo—. Llama a Tully y que vengan los demás antes de que salga la luna. Tendremos sangre esta noche. Y si Marcone no se porta bien, tendremos mucha más.

Oí que Nariz Aplastada se levantaba y se arrastraba lentamente, a duras penas. Desapareció de la oficina y cerró la puerta tras de sí. Esperé unos segundos a que Parker se alejara para poder escaparme, pero no lo hizo. ¡Maldita sea!

Se me estaba acabando el tiempo. Si esperaba hasta que el resto de los licántropos regresase al garaje, nunca podría escapar. La suerte estaba en mi contra. Si quería escaparme, tenía que ser ahora.

Por supuesto, seguía atado. Cuando me soltara las piernas, tendría a Parker encima. Y acaba de escuchar cómo dejaba inválido a un hombre el doble de grande que él y cómo le amenazaba con arrancarle el corazón. Y estaba seguro de que hablaba en serio. Cuando miré en el fondo de su alma, vi un lugar oscuro y furioso, la fuente de todo ese poder y fuerza de voluntad. Podía despedazarme con las manos,

literalmente, y lo que era peor, lo haría. Tenía que llevarle ventaja si quería huir.

Quizá podía hacer que se enfadara. Provocarle para que se fuera a buscar un bate de béisbol u otro rollo de cinta adhesiva para taparme la boca. Entonces podría escapar. El único problema con aquel plan era que a lo mejor me arrancaba el corazón allí mismo, pero el que no se arriesga no cruza la mar. No tenía tiempo para ser quisquilloso.

Así que levanté la cabeza lo bastante como para mirarle en la semioscuridad con los ojos entrecerrados y dije:

—Está claro que tiene buena mano con la gente. Debe de haber leído un libro o algo por el estilo.

Mi voz le sobresaltó, y se giró con los reflejos de un gato nervioso. Me miró fijamente durante un instante y luego empezó a relajarse.

—Vaya. Así que estás vivo. Bueno, mejor.

—Era cansancio más que nada. Gracias por dejarme echar una cabezadita.

Me enseñó los dientes.

—De nada. Hay que dejar libre la habitación dentro de un par de horas.

Cualquier hombre en su sano juicio se habría meado encima. Pero yo solo encogí los hombros.

—Vale. Menos mal que tu gente no sabe pegar. Me habría resultado incómodo.

Parker soltó una carcajada.

—Tienes huevos, chaval. Lo reconozco. Al menos hasta más tarde, cuando Lana les ponga los dientes encima.

La cosa no iba nada bien. Tenía que encontrar la manera de cabrearle, no de hacerle reír.

—¿Qué tal la rodilla?

Parker entrecerró los ojos.

—Mucho mejor. No se curó del todo hasta el amanecer, pero me imagino que solo faltan un par de horas para que salga la luna.

—Debería de haber apuntado más alto —dije.

Parker apretó un poco la mandíbula.

—Ahora ya es demasiado tarde, chaval. El juego ha terminado.

—Disfruta mientras puedas. He oído que tu gente está un poco harta de ti. ¿Crees que Lana te arrancará los huevos cuando te degraden?

Su bota apareció como por arte de magia y me golpeó en un lado de la cabeza. Me tiró hacia la derecha, y si no hubiera apretado los brazos en el último minuto, me habría tirado al suelo y habría descubierto que no estaba atado.

—No sabes cuándo es mejor estarse calladito ¿verdad, mago?

—No tengo nada que perder —le respondí—. No es como si toda la gente que antes me admiraba ahora se pusiera en contra mía ¿verdad? No es que esté

haciéndome demasiado viejo par...

—Cállate —gruñó Parker, y sus ojos proyectaron una luz verdosa y espeluznante en la oscuridad, una ilusión óptica. Volvió a golpearme, esta vez en el estómago. Empecé a jadear, e intenté seguir hablando.

—Te levantas más rígido cada mañana. Comes menos. Quizá ya no eres tan fuerte como antes ¿verdad? No tan rápido. Tienes que apalear a perros viejos como Nariz Aplastada, porque si lo intentas con uno de los jóvenes, acabarían contigo.

El plan estaba saliendo a pedir de boca. Ahora lo único que necesitaba era que saliera de la habitación para calmarse, o para ir a buscar un instrumento para mutilarme o más cinta adhesiva, o lo que fuera. Pero en lugar de eso, Parker giró sobre sus talones, cogió un punzón de hierro, volvió a girarse hacia mí y lo levantó.

—A la mierda con Marcone —gruñó—. Y a la mierda contigo, mago.

Los músculos se le tensaron bajo la vieja camiseta cuando levantó el punzón por encima de la cabeza. Sus ojos brillaban con la misma clase de furia animal que había contemplado la noche anterior en los otros licántropos. Hizo una mueca salvaje con la boca, y las venas del cuello se le tensaron cuando se dispuso a asestarme el golpe mortal.

Odio que los planes salgan mal.

Capítulo 22

Apreté los dientes y sacudí las piernas. La cinta adhesiva que tenía alrededor de las rodillas cedió, pero ya era demasiado tarde. No tenía tiempo de levantarme y correr, pero de todos modos lo intenté. Una de esas cosas que uno hace cuando está a punto de morir, supongo.

—Señor Hendricks —dijo alguien con voz muy tranquila—. Si el señor Parker no suelta el punzón de hierro en los próximos dos segundos, por favor, péguele un tiro.

—Sí, señor Marcone —respondió Hendricks con su voz de bajo profundo. Miré a mi derecha y vi al caballero Johnny Marcone de pie junto a la puerta, vestido con un traje italiano de color gris. Hendricks estaba frente a él y hacia un lado, empuñaba una escopeta de corredera de cañón corto con sus rollizas manazas. La boca negra del cañón estaba a la altura de la cabeza de Parker.

Parker giró bruscamente la cara y se fijó en Marcone al mismo tiempo que yo. Apretó la mandíbula y entrecerró los ojos, furioso. Su peso se desplazó de un pie a otro, como si estuviera preparándose para lanzar el punzón de hierro.

—Es un arma antidisturbios del calibre 12, señor Parker —explicó Marcone—. Soy plenamente consciente de su especial resistencia estos días. El arma del señor Hendricks está cargada con munición sólida, y después de que varias balas le hayan literalmente arrancado trozos de carne del cuerpo y destrozado la mayoría de los órganos internos, estoy razonablemente seguro de que incluso usted morirá. — Marcone sonrió muy educadamente mientras Hendricks quitaba el seguro del arma y colocaba los pies como si estuviera esperando disparar la pistola y derribarlo—. Por favor —dijo Marcone—. Suelte el punzón de hierro.

Parker me miró y pude ver la bestia encolerizada en sus ojos, quería aullar y bañarse en sangre. Me aterrorizó, me quedé helado, desde las tripas hasta la punta del pelo. Parker estaba más furioso y rabioso que cualquiera de los otros Lobos Callejeros. Su descontrol enloquecido era como la rabieta de un niño en comparación con lo que vi en los ojos de Parker.

Pero lo controló. Bajó lentamente el brazo y retrocedió dos pasos. Suspiré aliviado. No estaba muerto. Todavía. La patada no me había quitado la manta, y seguía con la espalda apoyada contra la viga de acero. No sabían que estaba desatado bajo la áspera lana. No era una gran ventaja, pero era todo lo que tenía. Tenía que encontrar la manera de usarla, y rápido.

—Mi gente está a punto de llegar —refunfuñó Parker—. Si vuelve a usar esa mierda, haré que lo despedacen.

—Están a punto de llegar —asintió Marcone plácidamente—. Pero aún no han llegado. Se les han pinchado las ruedas de las motos misteriosamente. Tenemos tiempo para hacer negocios.

Oí que sus zapatos cruzaban el suelo de cemento y se dirigían hacia mí, y alcé la vista. Marcone me miró sin miedo. Era un hombre en plena madurez, con el pelo inmaculadamente cano en las sienes, y llevaba un traje hecho a medida que mostraba un cuerpo en buena forma a pesar de su edad. Tenía los ojos opacos como espejos.

—Hola, John —saludé—. Llegas en un buen momento.

Marcone sonrió.

—Y usted tiene buena mano con la gente, Dresden —dijo mirando al silencioso Parker sin ocultar las ganas de reír—. Debe de haber leído algún libro o algo por el estilo. Estoy bastante seguro de su reacción, pero he pensado en darle otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad de qué?

—Hoy he recibido una llamada telefónica —dijo Marcone—. No sé cómo, pero Harley MacFinn ha averiguado mi número de teléfono privado. Estaba bastante indignado. Ha dicho que sabía que yo había destruido su círculo y que le había tendido una trampa, y que iba a acabar conmigo esta noche.

—Entonces que no te pase nada, John. Harley puede ser bastante destructivo.

—Lo sé. He visto las noticias sobre lo que pasó anoche en la comisaría. Es un *loup-garou* ¿verdad?

Parpadeé.

—¿Cómo...?

Marcone hizo un gesto con la mano.

—El informe que le dio a la teniente Murphy. Esas cosas se pagan, así que se copian y se archivan y se copian y se archivan. No fue difícil obtener una copia.

Sacudí la cabeza.

—El dinero no va a comprar a Harvey MacFinn.

—Lo sé —dijo Marcone—. Y mis padres, que Dios los tenga en su gloria, no estaban en posición de dejarme nada, y menos aún artículos de plata. De lo contrario me enfrentaría a él yo mismo. No tengo ni idea de quién pudo haberle dicho que yo le había tendido una trampa, ni por qué, pero está claro que lo cree. Lo que nos lleva a usted, señor Dresden. —Se metió la mano en el bolsillo de aquella cara americana italiana y sacó un fajo de papeles, el contrato que había visto antes—. Quiero hacer un trato con usted.

Lo miré fijamente en silencio.

—Las mismas condiciones que antes —prosiguió Marcone—. Además, le prometo, le doy mi palabra, que me aseguraré de que dejen en paz a la teniente Murphy. Tengo algunos amigos en la oficina del alcalde, y estoy seguro de que podremos hacer algo.

Iba a empezar a decirle que se fuera al infierno, pero me mordí la lengua. De momento estaba atrapado. Si corría, a Parker se le iría la olla y me despedazaría. Y si

no lo hacía, Marcone movería un dedo y Hendricks, el hombre masa, me volaría la tapa de los sesos con una bala del calibre 12.

Y Murphy, a pesar de los recientes malentendidos, era mi amiga. O quizá era más acertado decir que, a pesar de lo que había sucedido últimamente, yo seguía siendo amigo de Murphy. Conseguir que no la despidieran, que los políticos la dejaran en paz ¿no era por eso por lo que me había metido en aquel lío? ¿No me daría Murphy las gracias por ayudarla?

No, pensé. *No así*. Ella no querría esa clase de ayuda. Podía aceptar la magia. Pero aceptar ayuda de dinero procedente del sufrimiento humano, del soborno y el engaño era otra historia. Marcone tenía buen aspecto en su traje gris y su pelo perfecto y sus manos cuidadas, pero no era bueno.

Yo tampoco tenía las manos limpias, pero al menos estaban libres. La situación era desesperada, y empeoraría cuanto más esperase. Quizá podía hacer algo de magia y salir de aquel lío.

Respiré hondo y me concentré en un montón de herramientas y piezas metálicas que había en una mesa de trabajo a unos seis metros de distancia. Reuní toda la voluntad que pude, sintiendo que la presión aumentaba con una especie de intangibilidad sesgada, algo que nunca había sentido. Me concentré en mi objetivo, en la corriente de aire que podría levantar las herramientas y las piezas, y golpear a Marcone, a Parker y a Hendricks como si fueran balas, y recé para que no me dieran a mí por accidente y me mataran. Estaría violando la primera ley de la magia si uno de ellos moría, y seguramente después tendría que vérmelas con el Consejo Blanco. Pero qué diablos, no quería morir en aquel suelo de cemento.

La cabeza me latía, pero aparté el dolor, me concentré y dije entre dientes:

—*Vento servitas*.

La energía que había reunido salió de mi interior como un susurro. Las herramientas saltaron y traquetearon y luego volvieron a caer en el mismo sitio.

Me salía fuego por los ojos. El dolor era cegador, inspiré e incliné la cabeza hacia delante, esforzándome por no caer a un lado y que vieran que me había quitado la cinta adhesiva. Oh, por todas las estrellas, me dolía un montón, y tuve que apretar los dientes para no gritar. Mi pecho subía y bajaba esforzándose por dejarme respirar.

Se me saltaron las lágrimas y volví a ponerme derecho, mirando a Marcone. No quería que viera mi debilidad. No quería que supiera que mi magia había fallado.

—Interesante —dijo Marcone mirando la mesa de trabajo y luego a mí—. Quizá ha estado trabajando demasiado —sugirió—. Pero sigo dispuesto a hacerle la oferta, señor Dresden. De lo contrario, comprenderá que no tengo ningún interés en su bienestar, y me verá obligado a dejarle aquí con el señor Parker y sus socios. Si no viene a trabajar para mí, morirá.

Lancé una mirada de odio a Marcone e inspiré dispuesto a escupirle una

maldición. Al diablo con él y con todos los asquerosos parásitos como él. Cabrones educados y sonrientes a quienes no les importaban las vidas que arruinaban, la gente que destruían, mientras sus negocios prosperasen. Si iba a morir allí, le echaría una maldición a Marcone que haría que los cuentos de hadas más horribles parecieran sueños agradables.

Y luego miré a Parker, que estaba mirando sospechosamente a Marcone, y también reprimí una maldición. Bajé la cabeza para ocultarle a Marcone mi expresión. Tenía una idea.

—Morirá de todos modos —gruñó Parker—. Es mío. Usted nunca dijo nada sobre que se fuera con usted.

Marcone se levantó y esgrimió una sonrisa forzada.

—No me venga con cuentos, Parker —dijo Marcone—. Cogeré lo que quiera. Es su última oportunidad, señor Dresden.

—Esto no formaba parte del trato —dijo Parker—. Le necesito. Le mataré antes de que se lo lleve.

Parker se puso una mano a la espalda, como si se estuviera rascando. Miré hacia la puerta de la oficina detrás de él, y vi a Nariz Aplastada agachado, protegido por la puerta y oculto. Perfecto.

—No se preocupe, Parker —dijo Marcone en tono satisfecho—. No aceptaré mi oferta. Preferiría morir.

Levanté la cabeza y mantuve la expresión lo más impasible que pude.

—Deme un bolígrafo —dije.

Marcone abrió la boca de golpe, y fue un intenso placer verle la cara de sorpresa.

—¿Qué? —exclamó.

Pronuncié cada palabra con mucho cuidado.

—Deme un bolígrafo. Firmaré su contrato. —Miré a Parker y dije en voz más alta—: Haré cualquier cosa para librarme de estos animales.

Marcone me miró fijamente durante un momento y luego se metió la mano en el bolsillo. Sus ojos estaban buscando mi expresión. Su cabeza iba a mil revoluciones por minuto mientras intentaba adivinar lo que yo estaba haciendo.

De repente, Parker lanzó un grito de rabia y le lanzó el punzón de hierro a Hendricks, que lo esquivó, demasiado rápido para un hombre de su tamaño, y levantó su arma. La puerta de la oficina se abrió de golpe y Nariz Aplastada se abalanzó contra el hombretón. Ambos cayeron al suelo de cemento, intentando hacerse con el arma.

—¡El mago es mío! —gritó Parker y se lanzó contra Marcone. Marcone se movió como una serpiente en su traje multimillonario y un cuchillo curvo apareció en sus manos. Hizo un movimiento rápido en forma de arco y, de repente, un chorro de sangre salió disparado de la muñeca de Parker. El licántropo dio un alarido de dolor.

Me levanté y corrí hacia la puerta como alma que lleva el diablo. Me temblaban las piernas, y no tenía muy buen equilibrio, pero, al menos, volvía a moverme, y pensé que tenía alguna posibilidad de escapar. Oí el rugido de la pistola a mi izquierda, y un chorro húmedo y rojo salpicó una pared y el techo. No me detuve a ver quién había muerto, solo abrí la puerta de golpe.

El agente Phillip Denton estaba de pie a un metro y medio de mí, en la fría neblina de la lluvia de otoño. Las venas de la frente le palpitaban y tenía escarcha en el pelo. Iba escoltado por Wilson, el agente barrigón de traje arrugado y calva brillante, y por la esbelta mujer de mirada salvaje, la agente Benn, cuya piel oscura aún era más oscura en la penumbra de la noche y el brillo de las farolas. Su boca sensual estaba abierta en un gruñido de sorpresa.

Denton parpadeó, sorprendido, y luego entrecerró sus intensos ojos grises.

—El mago no debe escapar —dijo con voz tranquila y precisa—. Matadlo.

Los ojos de Benn brillaron, y susurró algo entre dientes mientras se metía una mano en la chaqueta. Wilson hizo lo mismo. Interrumpí mi impulso, caí, y comencé a arrastrarme de vuelta al edificio.

Pero en lugar de sacar pistolas de sus chaquetas, se transformaron.

Ocurrió muy rápido, no como sucede en las películas. Un momento antes eran dos seres humanos, ahí de pie, y al siguiente hubo una sombra y aparecieron dos enormes lobos, uno gris como la melena de Benn, el otro marrón como la incipiente calva de Wilson.

Eran enormes, medían un metro ochenta de largo sin incluir la cola, y mis hombros les llegaban a la altura del estómago. Sus ojos humanos brillaban, igual que sus colmillos desnudos. Denton se puso en medio, sus ojos brillaban con alegría oscura, y luego susurró algo y se abalanzó sobre mí. Los dos lobos se precipitaron hacia delante, como si aquel movimiento los hubiera propulsado.

Me lancé hacia la puerta y la cerré de golpe. Se oyeron unos golpes sordos cuando los lobos golpearon la puerta detrás de mí. Sentí movimiento a mi derecha y me tiré al suelo justo antes de que Hendricks apretara el gatillo. La pistola antidisturbios vomitó llamas y un sonido enorme e hizo un agujero en la puerta del tamaño de mi cara. Podía oír el gruñido furioso de Parker en algún lugar de la oscuridad, y gateé hasta colocarme detrás de un coche, y luego corrí hacia el fondo del cavernoso garaje con la cabeza agachada.

Fuera, se oyó el estruendo repentino de una docena de motores, y los sonidos intensos y afilados de unos disparos. Los Lobos Callejeros habían regresado.

Avancé a trompicones a través de la oscuridad e intenté no hacer ruido para no darle a nadie la oportunidad de dispararme. La puerta del garaje se abrió de golpe y dejó entrar un torrente de luz tenue que no me ayudaba mucho. Oí gente que gritaba.

Llegué hasta la esquina posterior y caí de rodillas, luego agarré algo que resultó

ser una caja de herramientas. Saqué una pesada llave inglesa y la agarré con fuerza. Estaba solo. Me había herido usando demasiada magia mientras estaba bajo los efectos de la pócima estimulante, y ahora no me quedaba nada. Excepto por la llave inglesa que tenía en las manos, estaba desarmado. A mi alrededor, en el garaje, se oían ruidos de disparos, gritos y golpes mientras los animales luchaban por el control de la jungla, y solo era cuestión de tiempo que uno de ellos se tropezara contra un debilitado y agotado mago llamado Harry Dresden.

Salimos de Guatemala y entramos en Guatepeor.

Capítulo 23

Pensé que las cosas no podían empeorar más. Me refugié en el rincón, agarrando la llave inglesa como un niño su osito de peluche. No tenía escapatoria, y era plenamente consciente de que mi magia me había fallado.

Por extraño que parezca, aquello me preocupaba más que la muerte. Mucho más. La muerte era algo que le ocurría a todo el mundo, solo que en momentos distintos. Sabía que un día moriría. Diablos, incluso sabía que podía tener una muerte horrible. Pero nunca imaginé que la magia me fallara. Para ser más exactos, nunca imaginé que yo fallaría. Me había esforzado demasiado y mi cuerpo no condujo el poder que necesitaba para usar las fuerzas que estaba acostumbrado a invocar. De acuerdo, quizá debería de haber comenzado con algo más pequeño que una telequinesia grande y violenta, pero lo cierto es que había quemado algún circuito interno. Quizá nunca lo recuperaría.

Fue una pérdida de identidad. Era mago. Era más que un trabajo, más que un título. La magia formaba parte de mi ser. Mi relación con la magia, la forma en que la usaba, las cosas que podía hacer con ella me definían, me daban un norte.

Le di vueltas a aquellos pensamientos mientras la muerte bailaba sobre el suelo de cemento, me agarré a ellos como un marinero que se aferra a los restos de su barco hundido, intentando ignorar la tormenta que lo ha roto en mil pedazos. Observé algunos detalles desde mi patético escondite. Marcone se dirigió a una de las puertas del garaje, pero los disparos de algunos Lobos Callejeros lo dejaron atrapado detrás de un camión oxidado. Hendricks se reunió con él, y un instante después, el camión rugió, rompió la puerta del garaje y salió a la gravilla del aparcamiento. Hendricks, en la parte trasera del camión, apuntó al interior del edificio y disparó unas cuantas ráfagas con la escopeta, mientras los Lobos Callejeros las esquivaban e iban tras el camión.

Pero la verdadera batalla se libraba entre los Lobos Callejeros y el FBI.

Fue sobre todo un tiroteo. Denton iba armado con su automática y lo que parecía una metralleta Uzi. Redujo a tres licántropos con un fogonazo en cuanto atravesó por la puerta, y los dos lobos enormes que iban con él se precipitaron en la oscuridad. Gritos y aullidos salvajes estallaron en las sombras, y oí que morían más licántropos, despedazados por los enormes lobos que habían sido los agentes Benn y Wilson. Parker gritó órdenes desde algún lugar en la oscuridad, medio incoherentes por la rabia. Denton buscó en su chaqueta un cargador para su Uzi, y vi algo en su barriga que anoté para referencia futura, si es que tenía un futuro.

Miré la matanza, y me escondí, y recé para tener una oportunidad de huir por las puertas abiertas del garaje antes de que Denton y Parker me vieran. La cosa pareció durar una eternidad. Oh, ya sé que en alguna parte racional de mi cerebro solo

pasaron algunos segundos, pero me parecieron días. Estaba aterrorizado, me dolía el cuerpo y la cabeza, y no podía usar la magia para protegerme.

Oí un sonido cerca de mi tobillo, y el corazón se me salió por la boca. Retrocedí violentamente. El sonido se repitió a un ritmo continuo. Estaban escarbando la tierra. Me di cuenta de que el suelo de aquella esquina estaba sucio y el cemento roto. El ruido de alguien escarbando procedía de la base de la pared, donde estaban removiendo la suciedad.

Algo estaba intentando cavar un hoyo bajo la pared para entrar en el garaje, prácticamente debajo de mi trasero. Sentí un escalofrío de miedo y luego de rabia hacia la cosa, que se había sumado a un ya de por sí sobreabundante flujo de adrenalina. Me puse en cuclillas sobre el origen del alboroto y levanté mi improvisada arma para golpear a lo que saliera.

Lo vi en la penumbra, y la forma no dejaba lugar a dudas. Una pata, una enorme pata canina, estaba escarbando la tierra, cavando un profundo agujero bajo la pared, frustrada por los trozos de cemento que le obstaculizaban el paso. Entre disparo y disparo, oí sonidos animales en el exterior, como jadeantes gemidos de impaciencia. Fuera lo que fuese, quería entrar por debajo del agujero, desesperadamente.

—Cava esto —murmuré, y le golpeé con fuerza la pata con la llave inglesa.

Hubo un grito de dolor, y la pata desapareció por debajo de la pared de metal ondulado. Luego se oyó un gruñido y la pata volvió a aparecer, así que volví a golpearla con la llave inglesa, con resultados similares. Oí un gruñido furioso al otro lado, y sentí una repentina oleada de satisfacción vengativa cuando me incliné cerca del agujero y dije:

—Ja. Vuelve a sacarla y sabrás lo que es bueno.

Oí sonidos procedentes del exterior, luego el crujido de la gravilla y la voz suave e inconfundible de Tera West.

—Mago —susurró—. Basta ya.

Parpadeé, sorprendido, y me incliné hacia abajo, cerca del agujero.

—¿Tera? ¿Eres tú? ¿Cómo sabías que era yo?

—Eres el único hombre que conozco —gruñó Tera— que golpearía las patas que están intentando librarle de una muerte segura. —Retrocedí ante otra ráfaga de disparos procedentes del extremo del garaje—. Voy a decirles que vuelvan a cavar. No les golpees las patas.

—¿Decirles? —pregunté—. ¿A quiénes?

Pero no me respondió. En lugar de eso, volví a oír los sonidos de alguien escarbando la tierra. Miré por encima del hombro el resto de la habitación. Vi Lobos Callejeros saliendo rápido por la puerta y por el gran agujero que Marccone había dejado al escapar. El fogonazo de una automática resplandeció y vi a Denton de pie junto a la forma de una mujer desgarrada, disparando su automática y asegurándose

de que la mujer no volviera a levantarse nunca más, tuve tiempo de reconocer el rostro de Lana, que ahora se retorció de dolor en lugar de sed de sangre. Su cuerpo dio una sacudida cuando Denton vació el resto del cargador. Y luego todo volvió a hacerse oscuro.

Al lado de mis pies, los sonidos de alguien escarbando prosiguieron, y luego fueron interrumpidos por un grito. Oí una serie de gruñidos feroces al otro lado del agujero a medio cavar, y solté una palabrota.

—Tera —susurré lo más alto que pude—. ¿Qué sucede?

Me respondió otro gruñido y un grito agudo que llegó hasta el extremo opuesto del garaje.

Me tiré al suelo detrás de la caja de herramientas y de un montón de basura, justo antes de que el haz de luz de una linterna recorriera el rincón donde me había escondido.

—Es esa zorra —gruñó Denton—. Roger la ha cogido.

Hubo un murmullo, y un hormigueo me recorrió la espalda. Luego una voz ronca y sensual de mujer ronroneó:

—Parker sigue ahí dentro. Y el mago también. Puedo olerlos.

—Maldita sea —refunfuñó Denton—. El mago sabe demasiado. Wilson, vete a ayudar a Roger.

—¿Y yo qué, cariño? —dijo la voz de mujer con una risa ronca. La agente Benn sonaba como si hubiera pasado una noche loca de sexo, drogas y *rock and roll* y tuviera ganas de más.

—Tú y yo nos quedamos aquí. Yo cubriré las puertas. Envíamelos.

La mujer maulló de placer.

—Ven conmigo —pidió—. Transfórmate. Sabes que te encanta. Sabes lo bien que te sientes.

Podía visualizar las venas de Denton palpitando.

—Es mejor que uno de nosotros cubra la puerta con una pistola.

Pero había cierto tono de reticencia en su voz.

—A la mierda con la puerta —ronroneó Benn—. Ven conmigo. Transfórmate.

—No hicimos el trato para esto.

Benn hizo otro sonido increíblemente sexual.

—Ahora ya no importa. Pruébala —insistió—. Prueba la sangre.

La luz del rincón donde me escondía tembló y se apagó.

Me arriesgué a alzar la vista. La agente Benn, salpicada de sangre, estaba frente a Denton, iluminada por la luz de su linterna. Estaba deslizando tres dedos entre los labios de Denton. Denton temblaba y tenía los ojos cerrados. Le chupó los dedos con un movimiento espantosamente erótico. Una de las bestias enormes de antes, supuse que Wilson, estaba cerca de ellos, mirándoles con ojos brillantes.

Denton gruñó y agarró a Benn por la melena canosa y le levantó la barbilla para acariciar y lamer la sangre que le chorreaba por la garganta. Ella rió y se arqueó, frotando sus caderas contra él con movimientos rápidos.

—Transfórmate —gimió—. Ahora.

Se oyó un aullido de cólera, un movimiento rápido, y Parker salió tambaleándose de la oscuridad. Un brazo le colgaba inútilmente, llevaba un cuchillo en la otra mano, y sus ojos brillaban con desafío y rabia insana. Denton y Benn alzaron la vista, y entonces se pusieron la mano en la cintura, parpadearon y se transformaron en un par de lobos enormes. Sus ojos brillaban en la luz ambiental, tenían las fauces abiertas, las lenguas les colgaban y se les veían unos colmillos feroces. Parker se tambaleó y los tres lobos se abalanzaron sobre él.

Miré la escena con una fascinación enfermiza. Los lobos lo enterraron bajo un montón de colmillos, pelo, sangre y furia. Gritó, agitó el cuchillo, se tiraron, y aterrizó en el suelo no lejos de mí. Parker intentó luchar, intentó levantarse y golpearles, pero fue inútil. La sangre lo salpicó todo, volvió a gritar y luego dejó de moverse.

Y entonces los lobos empezaron a comérselo. Arrancaron trozos de músculo y los engulleron, arrancándole la ropa para buscar más carne. Gruñeron y se golpearon los unos a los otros, y uno de los machos montó a la hembra mientras ella seguía despedazando el cuerpo, hurgando con el hocico a través de las capas de músculos del estómago hasta llegar a las vísceras. Se me revolvieron las tripas, y si hubiera tenido algo en el estómago, lo habría vaciado en el suelo de cemento.

En lugar de eso, me giré hacia el agujero a medio acabar en el suelo y comencé a cavar frenéticamente con mi llave inglesa. No quería ser el próximo plato del menú.

Se oyeron más gritos en el exterior, más gruñidos, y abrí el agujero lo bastante como para poder salir. Me estiré en el suelo y me arrastré como un gusano por la suciedad. El metal ondulado me arañó la espalda, volvió a dolerme el hombro herido.

Conseguí salir al aire libre, y me encontré en un callejón detrás del garaje, tenuemente iluminado por una farola distante.

Había lobos por todas partes.

Tres lobos, más pequeños que los que había visto antes, formaban un corro alrededor de una gran bestia de piel rojiza con orejas de murciélago. El abrigo del gran lobo estaba lleno de sangre, y dos de los lobos más pequeños estaban estirados cerca, gritando de dolor, moviéndose débilmente. La sangre cubría sus abrigos. Tera, desnuda y esbelta, también formaba parte del corro alrededor de la gran bestia, y tenía un tubo en cada mano. Cuando el gran lobo se giró hacia uno de los otros, el resto comenzó a cerrar el círculo, y él giró con las fauces abiertas, intentando inmovilizar a los que le rodeaban.

—Ya era hora, mago —gruñó Tera sin mirarme.

Me levanté, llave inglesa en mano, y sacudí la cabeza para quitarme el sudor frío.

—Tera —dije—. Tenemos que salir de aquí. Denton y los otros están a punto de venir.

—Vete —respondió—. Ayuda a MacFinn. Nosotros los contendremos.

El gran lobo de piel rojiza rugió a Tera y ella se le acercó con frialdad y se quedó a un palmo de sus colmillos. Le dio un fuerte golpe en el hocico a una velocidad asombrosa y gruñó enojada. Los tres lobos más pequeños se precipitaron sobre la gran bestia, y ella giró para hacerles retroceder. Uno de ellos no fue lo bastante rápido para evitar sus fauces y soltó un alarido.

—No puedes detenerlos a todos —dije—. Hay tres más como ese.

—Hay una manada en el suelo —gruñó, y señaló con la cabeza a los lobos heridos—. No abandonamos a los nuestros.

Solté una palabrota sarcástica. Necesitaba a Tera. Ella podía confirmarlo todo, ayudarme a ordenar los hechos, asegurarse de que entendía lo que estaba sucediendo. Estaba ofreciendo dar su vida por mí, quedarse y entretener a Denton y a los otros todo lo que ella y sus compatriotas pudieran, pero ya había visto morir a demasiada gente aquella noche. No iba a aceptar otra pérdida en mi nombre.

Y, de repente, me sentí más furioso que asustado. Había ido de acá para allá y me habían tratado como a un pelele o como a un plato del menú durante demasiado tiempo. Me habían golpeado en la oscuridad y había sido un inútil durante demasiado tiempo. Demasiadas personas habían resultado heridas, demasiado sufrimiento causado por criaturas de la magia y de la noche, cosas de las que yo debería haberme ocupado. En aquel momento no me importaba no poder hacer ningún hechizo para enfrentarme a ellos. No podía recurrir a la magia, pero eso no me hacía menos mago. Ese es el verdadero poder de un mago.

Sé cosas.

El conocimiento es poder.

El poder exige responsabilidad.

Así que la cosa era bien sencilla. Agarré la llave inglesa, respiré hondo y me abalancé sobre la espalda del gran lobo. La enorme bestia sintió que me lanzaba contra él, giró con rapidez y nos encontramos en el aire. Me tiró al suelo de cemento y me puso las fauces en la garganta. Oí que Tera gritaba, y ella y los otros lobos se adelantaron, pero no podrían detener a la cosa antes de que me matara.

Le metí la llave inglesa entre las fauces, y sentí que algunos de sus dientes me tiraban de un dedo. El lobo gruñó y me arrebató la llave inglesa, que salió despedida por los aires. La gran bestia se giró hacia mí y me miró con ojos brillantes.

Me dio tiempo a mirarla con detenimiento. El poder del lobo, su velocidad, sencillamente me impactaron. Era enorme, rápido, y no tenía la menor posibilidad contra él. La distante farola apagó sus colmillos teñidos de rojo mientras su hocico se

abalanzaba sobre mi garganta.

Capítulo 24

La piel del lobo estaba salpicada de gotas de sangre que le habían caído como la lluvia. La gravilla del callejón brillaba bajo la luz tenue de las distantes farolas. El hocico del lobo, un poco más corto y más ancho que los que había visto en Wild Kingdom, era negro, y los colmillos a rayas blancas y rojas, como los caramelos de menta.

Tenía los ojos azules, un color muy poco lupino, y le brillaban con una especie de conciencia demente.

Me dio tiempo a ver todos esos detalles porque no necesitaba los ojos para lo que quería hacer. Extendí las manos hacia la piel de la bestia justo cuando ella se abalanzó sobre mi garganta, y me arrastré como un gusano entre sus patas delanteras con las nalgas y los dedos, hasta que sentí lo que estaba buscando, los extremos afilados de la hebilla de un cinturón que llevaba puesto en la piel. Cuando las fauces del lobo se acercaron a mi garganta, manipulé la hebilla con furia y sentí que la piel de la bestia se desgarraba al abrirla, y luego empujé con el brazo a un lado y tiré de la correa con fuerza.

Y, de repente, un cinturón hecho de piel de lobo se deslizó por debajo de la chaqueta gris de Roger Harris, el especialista forense de la oficina local de FBI, el chaval pelirrojo de orejas grandes. Se agachó sobre mí durante un segundo, parpadeando de asombro. Tenía sangre en la boca y los labios.

—*Hexenwolf*, imbécil —gruñí, y le pegué un rodillazo en la ingle con todas mis fuerzas.

Harris dio un grito ahogado y cayó rodando. Intentó meter la mano en la chaqueta, pero no le dejé sacar la pistola. Me coloqué tan cerca de él que no le dejé espacio para mover los brazos con libertad, lo cogí por las orejotas y comencé a golpearle repetidamente la cabeza contra la gravilla. Forcejeó durante unos segundos, pero lo había cogido por sorpresa. Su cráneo golpeó el suelo una y otra vez, y después de una docena de golpes, dejó de forcejear.

Le solté las orejas con un movimiento brusco y miré a Tera y a los lobos. Estaban cerrando el círculo a su alrededor como si fueran un grupo de tiburones acechando a un delfín herido, y pude leer la sangre en sus ojos, en sus colmillos desnudos, y en los nudillos blancos de las manos de Tera, que agarraban los tubos de plomo. Sentí una oleada de frustración repentina. Ya teníamos bastante con una manada de animales sedientos de sangre rondando por la ciudad, no necesitaba más en mi equipo.

—Todo el mundo atrás —grité.

—Es nuestro —me respondió Tera—. Ha herido a la manada.

—¿Entonces por qué no vas a ayudarlos en lugar de malgastar tu tiempo con este tío? —pregunté.

—Su sangre es nuestra —dijo Tera, y los lobos lo confirmaron con un coro de gruñidos furiosos.

—Ahora no puede haceros daño. Matarlo no ayudará a vuestros amigos. Y la pérdida de tiempo puede acabar con ellos.

—No lo entiendes, mago —gruñó Tera, y los lobos se hicieron eco de sus palabras enseñándome sus colmillos blancos—. Lo haremos a nuestra manera.

Me levanté lentamente y me puse derecho.

—Entiendo —dije en voz muy baja y ecuánime— que no quieres que me enfade más de lo que ya estoy. —Miré fijamente a Tera. Me dolían las mandíbulas de tanto apretarlas. Ya ha habido suficientes muertes. Si lo matas serás igual que él.

—Te equivocas —dijo Tera—. Yo estaría viva, y él muerto.

—No si me haces enfadar.

Aguantamos la tensión durante un momento, fulminándonos con la mirada.

Vi incertidumbre en su rostro. No sabía que me había quedado sin gasolina, mágicamente hablando, y me había visto hacer muchas cosas impresionantes con mis poderes como para querer desafiarme a la ligera. Parpadeó y apartó la mirada con un sonido malhumorado en el fondo de su garganta.

—Como quieras, mago —gruñó—. No tenemos tiempo de pelearnos. El resto de su manada está a punto de llegar. Y tenemos que atender a los heridos.

Asentí y recorrí con la mirada a los tres lobos que me rodeaban.

—¿Alguien más? —desafié. Todos retrocedieron sin mirarme a los ojos—. De acuerdo —dije, y me detuve para coger la pistola de Harris y el cinturón de piel de lobo—. ¿Tenéis transporte para salir de aquí?

—Sí —dijo Tera—. Georgia.

Uno de los lobos, una bestia de patas largas, desgarrada y de color marrón claro se estremeció y caminó en círculos, emitiendo pequeños gemidos. Un momento después hubo un susurro de poder. La loba tembló y se quedó inmóvil, con la cabeza agachada. Y luego se zarandó y todo aquel pelo marrón desapareció de una piel más que blanca y me quedé mirando a la chica rubia y desgarrada que había visto en los grandes almacenes unos días antes, pero sin el cuero negro. Georgia se levantó y dijo:

—Haré que traiga la furgoneta hasta la próxima calle. ¿Puedes llevarlos hasta allí? —preguntó con la expresión tensa y los ojos un poco más abiertos de lo normal.

—Sí —dijo Tera. Que todo el mundo se transforme.

Los otros dos lobos ambulantes comenzaron a caminar lentamente en círculo, reunieron su propio poder y comenzaron su propia transformación hasta que quedaron frente a mí como un par de jóvenes desnudos. Uno de ellos era Billy, el chico bajo y robusto que había estado peleándose con Georgia. Reconocí al otro, pero no sabía su nombre.

Tera tomó las riendas de la situación mientras yo cogía la pistola de Harris y

vigilaba el callejón. Ella y los dos chicos hicieron una camilla para uno de los lobos con la chaqueta de Harris, y Tera sencillamente flexionó sus músculos de acero y levantó al otro, aunque debía de pesar unos setenta kilos. Los lobos heridos gritaban lastimeramente, y Tera y los dos jóvenes lanzaron siniestras miradas al abatido Harris mientras bajaban hacia la playa por el callejón, dejándome solo con el chaval.

Me agaché a su lado y le abofeteé la cara hasta que abrió los ojos. Parpadeó una vez y luego se movió nerviosamente, como si fuera a sentarse. Le clavé el cañón de la semiautomática en la garganta y dije con voz tranquila:

—No te muevas. —Se quedó inmóvil, y me miró con los ojos muy abiertos—. Voy a hacerte algunas preguntas, chaval. Creo que ya tengo las respuestas, pero vas a ser sincero conmigo. O te haré una demostración del impacto de una bala a quemarropa aquí y ahora. ¿Lo entiendes?

La boca de Harris se movió nerviosamente varias veces antes de que consiguiera articular una palabra.

—Si me mata —dijo— Denton no parará hasta verle muerto.

—No me vengas con esas, Roger —respondí en tono razonable—. Denton quiere verme muerto de todos modos. Podría matarte ahora y eso no cambiaría lo que tiene que hacer.

Roger se lamió los labios y puso los ojos en blanco sin mover la cabeza, como si esperara que vinieran a rescatarle.

—¿Cómo sabía lo del cinturón?

—Vi a Denton en el interior. Y vi que antes de que os transformarais teníais que meter la mano dentro de la chaqueta. Imagino que la primera noche la agente Benn estaba metiéndose la mano en la chaqueta para tocar el cinturón y arrancarle la cabeza a Murphy, cuando se volvió loca. Pero conseguí recordar a tiempo que no podía hacerlo y en su lugar sacó la pistola. ¿Verdad?

La cabeza de Harris se movió nerviosamente y asintió.

—El trato —dije—. Sois *Hexenwulfen*, así que habéis hecho un trato con alguien para tener el poder de transformaros, para conseguir los cinturones. ¿Quién es?

—No lo sé —dijo Harris, y abrió más los ojos—. Dios, no lo sé. Denton se ocupa de todo.

Entrecerré los ojos y retiré el percusor de la pistola.

—Por favor —chilló sin aliento—. No lo sé. Se lo juro por Dios, Denton se ocupa de todo. Solo nos preguntó si queríamos ayudarle, si queríamos atrapar a la escoria que escapaba a la justicia, y yo le dije que sí. Dios, no sabía que nos conduciría a todo esto.

—¿Qué os conduciría a qué, Roger? —pregunté con frialdad—. Empieza por el principio, y rápido.

—Marcone —dijo con los ojos en la pistola—. Todo es por Marcone. Denton

quería cogerle.

—Matarle, querrás decir.

Parpadeó.

—Nos dijo que no teníamos alternativa. Que estaba envenenando esta ciudad más que nadie. Y tenía razón. Marcone ha comprado suficiente influencia en esta ciudad para librarse de la policía para siempre, y también tiene poder a nivel nacional. Hemos tenido que dar por cerrada más de una investigación sobre él. Es intocable.

—Así que planeasteis usar los cinturones para matarle.

Asintió.

—Pero habría pruebas. Nadie creería que le habían atacado unos perros salvajes. Habría una investigación en toda regla, forenses y todo lo demás.

Asentí con la cabeza.

—Así que necesitabais que alguien pagara el pato. Deja que lo adivine: los Lobos Callejeros.

Harris me enseñó los dientes.

—Una banda de criminales y agitadores con un tema lobo. Nadie se molestaría en comprobar nada. Es obvio. Y de paso limpiamos las calles de otro grupo peligroso.

—Sí, Roger, excepto que eran inocentes de ese crimen en particular. ¿Has pensado en ello? Inocentes como esas otras personas que murieron las noches antes y después de la luna llena el mes pasado. Los matasteis. Tú y el resto del equipo de Denton.

Cerró los ojos, se puso pálido y se estremeció.

—La transformación. Cuando... cuando te transformas, cuando eres una bestia, es increíble. Tanta velocidad, tanto poder. Tu cuerpo te lo pide a gritos. Cuando iba a la universidad lo probé con la cocaína, pero no es nada comparado con esto. La sangre... —volvió a relamerse los labios manchados de sangre, y esta vez no fue un movimiento nervioso, sino sediento.

—Creo que empiezo a entenderlo. Denton no te contó esa parte. Sobre cómo influye en tus pensamientos. Probablemente él tampoco lo sabía. Y cuando lo has hecho una vez...

Harris asintió enérgicamente.

—No puedes detenerte, tío. Es mejor que dormir, cuando has acabado de cazar te sientes increíblemente vivo. Volvió a abrir los ojos y me miró suplicante. No quise matar a esas personas. Comenzamos con los criminales. Algunos gánsteres que traficaban con drogas. Solo íbamos a asustarlos, pero la cosa se descontroló. Gritaron, corrieron y les perseguimos y... les matamos. Y, Dios mío, Dresden, fue hermoso.

—Y volvió a suceder —expliqué—. Un par de veces. Personas inocentes. Unos pobres diablos que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Harris giró la cabeza y asintió.

—Denton dijo que también podríamos achacar esos asesinatos a los Lobos Callejeros. Hacer que todo el mundo pensara que habían sido ellos. Y nosotros estuvimos de acuerdo.

Sacudí la cabeza.

—Eso no explica por qué metisteis a MacFinn en todo esto.

—Denton —dijo el chaval—. Fue él. Dijo que había alguien más a quien podíamos tenderle una trampa y echarle la culpa, para asegurarnos de que nadie sospechara de nosotros. Que tenía al hombre adecuado. Entramos en casa de MacFinn, y encontramos todas esas cosas ocultas. Lo destrozamos y nos fuimos. Y la noche siguiente, murieron más personas. Y más a la siguiente. Entonces fuimos a por el socio de Marccone, y nos cargamos a ese cabrón y a su gorila.

—Y luego os calmasteis durante un mes.

Harris tragó saliva y asintió.

—Denton cogió los cinturones. Los escondió. Él aguantaba más que cualquiera de nosotros. Y, Dios mío, la pobre Benn estaba completamente fuera de control, como si ya no fuera humana. Wilson no era mucho mejor. Pero duramos un mes.

—Y luego matasteis al guardaespaldas de Marccone en el Varsity.

Los ojos de Harris se iluminaron.

—Sí. Debería haber visto su expediente. Las cosas que sabíamos que había hecho, pero que no podíamos probar delante de un tribunal. Dios mío, Dresden, se lo merecía.

—Puede que sí y puede que no. ¿Quiénes somos nosotros para juzgar?

—¿Quiénes somos para no hacerlo? —preguntó Harris—. Teníamos el poder en nuestras manos. Teníamos la responsabilidad de usarlo para hacer el bien. Para hacer nuestro trabajo. Diablos, Dresden. Si es usted una persona tan bienintencionada debería ayudarnos, no interponerse en nuestro camino. Esos hombres son intocables y lo sabe.

Me removí, incómodo.

—No estoy de acuerdo con vuestros métodos. Hacéis que otros carguen con vuestros asesinatos.

Harris dijo con desprecio:

—Como si MacFinn nunca hubiera matado a nadie. Diablos, es un asesino ¿no es verdad? Tras la escena en la comisaría, cualquiera diría que es un asesino.

—Excepto yo —dije—. MacFinn nunca habría estado allí si no hubierais destrozado el círculo que le encerraba.

—Sí —afirmó Harris en tono malicioso y frustrado—. Excepto usted. Usted ha metido sus narices en nuestros asuntos. Dios mío, aquel informe que le dio a Murphy incluso hablaba de los cinturones. Entonces fue cuando Denton comenzó a tomarle en serio. Si fuese un tío listo, apretaría el gatillo y saldría de aquí pitando, antes de que

Denton y los otros vengan a por usted. Porque sabe demasiado.

—¿Por qué los Lobos Callejeros? —pregunté en lugar de dispararle—. ¿Por qué me enviasteis a investigarles?

—Denton se imaginó que le matarían —espetó Harris—. Y harían el trabajo sucio por nosotros.

Asentí. Alguien más había estado intentando matarme todo este tiempo y no me había dado cuenta.

—Y sabía que iban a por mí, después de que escapara la primera vez.

—Sí. Y me pidió que los siguiera, para poder encontrarle y asegurarnos de que estaba muerto. Cuando le vi en el maletero de aquel coche, supuse que estaba muerto. Así que planeamos el golpe a los Lobos Callejeros esta noche, antes de que MacFinn fuera a por Marcone.

—¿Cómo sabíais eso? pregunté.

Harris resopló.

—Marcone nos lo dijo. La serpiente vino a pedir protección policial.

Estuve a punto de sonreír.

—¿Se la dieron?

—Por supuesto que no —respondió Harris. Levantó la barbilla y cerró los puños, y sentí que se ponía tenso—. Ya he dicho todo lo que tenía que decir —dijo—. Si no va a ponerse de nuestro lado, entonces lárguese de aquí. O apriete el gatillo. Pero no me haga perder el tiempo.

—Yo no he acabado de hablar —dije, y le puse la pistola transversalmente en la garganta, como si quisiera estrangularle—. Vas a darle a Denton un mensaje de mi parte. Estoy harto de jueguecitos. Dile que podrá cogerme esta noche cuando salga la luna, en el restaurante de Marcone.

Harris se retorció, como si fuera a ahogarse. Abrió los ojos como platos al escuchar mis palabras.

—No hay que ser un genio para imaginarse que intentará estar allí cuando MacFinn se presente —dije—. Que querrá asegurarse de que todo el mundo muere para ser el único que pueda informar de lo ocurrido. Dile que estaré allí. Y dile que no se saldrá con la suya. ¿Me has entendido, chaval?

Aflojé la presión y Harris carraspeó una vaga respuesta afirmativa. Me levanté y me alejé de él, manteniendo la pistola en una mano y el cinturón en la otra. Vi que miraba el cinturón y parpadeaba, siguiendo el movimiento con una especie de hambre tensa y crispada.

—¿Por qué me lo ha dicho? —preguntó el chaval—. ¿Por qué nos ha avisado?

Bajé la vista y lo miré durante unos segundos antes de responderle con tranquilidad.

—Porque no me gusta lo que estáis haciendo. Lo que sois. No estáis usando el

poder que os dieron. Él os está usando a vosotros. Os estáis convirtiendo en animales. Estáis usando la violencia y el miedo para intentar mantener la paz. Ahora os toca a vosotros saber qué se siente al tener miedo.

Harris se levantó. Tenía el pelo rojo alborotado y la sangre se le estaba secando en la boca. Retrocedió unos pasos y empezó a buscar ávidamente con los ojos.

—Mi cinturón —dijo—. Quiero mi cinturón.

—Ni hablar, chaval —le dije—. Lo mejor que puedes hacer es encerrarte en tu habitación y quedarte allí hasta que todo esto haya acabado. Porque pase lo que pase, no vas a volver a usar el cinturón.

Se puso pálido y avanzó un paso hacia mí. Le apunté con la pistola, y se quedó inmóvil, con los puños apretados.

—No se saldrá con la suya —dijo con voz tensa.

—Cuando salga la luna —le respondí, y entonces giré sobre mis talones y me alejé rápidamente por el callejón, aunque seguramente mi calcetín en la gravilla y la cojera echaban a perder la impresionante imagen.

Unos diez metros más abajo, Tera apareció de entre las sombras y se puso a mi lado, lo bastante cerca como para que me apoyara en ella si me caía.

—Te equivocas, mago —dijo.

La miré y ella también me miró con sus desalmados ojos ámbar.

—¿Ah, sí?

—No se han convertido en animales. —Miró por encima del hombro con los ojos entrecerrados—. Los animales no hacen lo que ellos han hecho. Los animales matan para comer, para defenderse o defender a los suyos, y para proteger su territorio. No para divertirse. No por el mero placer de hacerlo. —Se giró y volvió a mirarme—. Eso solo lo hacen los humanos, mago.

Hice una mueca, pero en realidad no podía rebatirla.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto —dijo Tera. Caminamos en silencio durante un momento—. ¿Intentarás ayudar a mi prometido?

—Lo intentaré. Pero no puedo dejar que su maldición se cobre más vidas.

Asintió.

—Él lo querría así. Piensa en los demás antes que en sí mismo.

—Parece un buen hombre.

Se encogió de hombros, pero llevaban todo el peso de su preocupación.

—Y esos hombres. El FBI. Intentarán detenerte.

—Sí.

—¿Y cuando lo hagan?

—No puedo dejar que sigan como hasta ahora. Están fuera de control. Creo que ya no pueden dejar de matar. —No miré a Tera, solo me concentré en caminar, un

paso detrás de otro—. Cuando lo hagan... —proseguí— supongo que tendré que ser muy humano.

Capítulo 25

Tera y yo caminamos hacia la orilla del Lago Michigan. Allí, en la calle Cuarenta y nueve, ganduleaba una furgoneta grande y vieja de motor traqueteante. Los faros se encendieron cuando nos acercamos, y el conductor salió y nos abrió la puerta lateral.

—¿Harry? —exclamó—. Oh, Dios. ¿Qué te han hecho?

Vino a toda prisa y entonces sentí el cuerpo cálido de Susan contra mí, mientras deslizaba uno de mis brazos por encima de su hombro y se apretaba a mi lado. Iba vestida con unos vaqueros que resaltaban sus largas piernas, y una chaqueta rojo oscuro a juego con su piel oscura. El pelo, recogido en una cola de caballo, hacía que su cuello pareciera esbelto y vulnerable. Susan era muy cálida y suave, olía a limpio y era deliciosamente femenina, y me encontré apoyado en ella. Todos los dolores que habían desaparecido regresaron en tropel e invadieron mi conciencia, en comparación con su suave calidez y delicado apoyo. Me gustaba la manera en que Susan se sentía mejor que yo.

—Le han golpeado —explicó Tera—. Pero le han mantenido vivo, como te dije.

—Tu cara parece un saco de patatas lilas —dijo Susan estudiándome con sus ojos oscuros. Las líneas de su cara se endurecieron.

—Qué amable eres —murmuré.

Me cargaron en la furgoneta, donde Georgia, Billy y los otros Alfas estaban agachados. Dos de los jóvenes, un chico de ojos azules y llorosos, y una chica de pelo castaño parduzco, estaban tumbados y respiraban con dificultad. Les habían puesto vendas blancas y limpias en las heridas. Evidentemente, Georgia había sido el médico. Todos los Alfas iban vestidos con albornoces oscuros y lisos, en lugar de con sus trajes de cumpleaños, y sentí un extraño sentimiento de agradecimiento hacia ellos por eso. Las cosas ya eran lo bastante raras como para tener que ir metido en una furgoneta con un montón de estudiantes universitarios desnudos y un poco cretinos.

Me puse el cinturón de seguridad y noté los moratones en las manos y los antebrazos: unas manchas feas de color lila y marrón oscuro, tan esparcidas por toda mi piel que en algunos lugares no sabía dónde acababa una y empezaba la otra. Me senté y apoyé la cabeza en mi mano derecha, contra la ventana.

—¿Qué estás haciendo aquí con esta gente? —pregunté a Susan cuando se sentó en el asiento del conductor.

—Conducir —dijo—. Era la única lo suficientemente mayor para alquilar la furgoneta.

Hice una mueca.

—¡Ay!

—Y que lo digas —respondió, y puso en marcha el motor—. Después de que

saltaras del coche y se me pasara el ataque al corazón, llamamos a la policía, como dijiste. Tera fue a buscarte y me dijo que la policía había llegado demasiado tarde y que los Lobos Callejeros te habían cogido. ¿Cómo se estrelló aquel camión?

—Mala suerte. Alguien hizo explotar todos los neumáticos al mismo tiempo.

Susan arqueó las cejas y arrancó la furgoneta.

—Menudos cabrones. Descansa, Harry. Estás hecho polvo. Te llevaremos a algún lugar tranquilo.

—Comida —dije—. Me estoy muriendo de hambre. Tera, ¿puedes estar atenta a la salida de la luna?

—Sí —dijo—. El cielo se está despejando. Puedo ver las estrellas—. Fantástico —murmuré.

Y luego me dormí, ignorando los baches del camino. No me desperté hasta que el olor a grasa frita y carne chamuscada hizo que me levantara a mirar la ventana *drive-thru* de un restaurante de comida rápida. Susan pagó todo en metálico y pasó bolsas de papel a todo el mundo. Cogí una corona de papel dorado de una de las bolsas, la uní en un círculo y me la puse en la cabeza. Susan me miró sorprendida, luego soltó una breve carcajada.

—Soy —entoné, entrecerrando los ojos con arrogancia— el rey de las hamburguesas.

Susan volvió a reír, sacudió la cabeza y Tera me miró con expresión seria y penetrante. Me giré para comprobar el estado de los jóvenes en la parte trasera de la furgoneta, y vi que todos, incluso los que estaban heridos, estaban zampándose la comida.

Tera siguió la dirección de mi mirada y se inclinó hacia mí.

—Cachorros —dijo, como si la palabra lo explicara todo—. No están tan malheridos como piensan. Apenas les quedarán cicatrices que enseñar.

—Bueno es saberlo —respondí, y me bebí la Coca-Cola y mastiqué las patatas fritas, que estaban ardiendo—. Pero lo que realmente me interesa —dije— es saber por qué tu sangre estaba en el restaurante de Marcone la noche antes de la luna llena.

Tera cogió la hamburguesa, la sacó del bollo y comenzó a mordisquearla, cogiéndola con los dedos.

—Pregúntamelo en otro momento.

—No es por ofender —dije— pero no estoy tan seguro de que vaya a haber otro momento. Así que dímelo.

Tera mordió otro trozo de carne y luego se encogió de hombros.

—Sabía que la manada que había molestado a mi prometido rondaba por allí. Deduje el momento en que atacarían y fui para intentar detenerlos.

—¿Tú sola?

Tera se sorbió la nariz.

—La mayoría de los que se transforman en lobos no saben nada de lo que significa ser un lobo, mago. Pero estos se habían convertido en bestias. Atravesé el cristal de la ventana y luché, pero me superaban en número. Me marché antes de que me mataran.

—¿Y qué me dices de estos chavales? —pregunté, señalando con la cabeza la parte trasera de la furgoneta.

Ella les miró y, por un momento, vi calidez y orgullo en sus ojos, debilitando las remotas líneas de su cara.

—Niños. Pero con corazones fuertes. Querían aprender y yo les enseñé. Que ellos te cuenten su historia.

—Quizá más tarde —respondí, y me acabé las patatas fritas—. ¿Adónde vamos?

—A un lugar seguro, para armarnos y prepararnos.

—No —la contradije—. Para prepararme. No voy a llevarte conmigo.

—Te equivocas —dijo Tera—. Voy a ir contigo.

—No.

Me miró fijamente con sus ojos ámbar.

—Eres fuerte, mago. Pero aún no has visto a mi bestia. Los hombres a los que te enfrentarás quieren matar a mi prometido. No lo permitiré. Estaré contigo o tendrás que matarme para impedírmelo.

Esta vez fui yo quien apartó la mirada el primero. Di un sorbo a mi bebida y fruncí el ceño, mientras Tera comía otro trozo de hamburguesa plácidamente.

—¿Quién eres? le pregunté por fin.

—Alguien que ya ha perdido a demasiados miembros de su familia —contestó. Y luego se reclinó en su asiento y dio por zanjada la conversación.

—Alguien que ya ha perdido a demasiados... —me quejé, frustrado, burlándome de ella entre dientes.

Regresé a la parte delantera de la furgoneta y me encorvé sobre la hamburguesa.

—Ponte algo de ropa, tía rara, de ojos amarillos, *stripper*, profesora de hombres lobo, enigmática, que-me-mira-fijamente-a-los-ojos-y-ni-siquiera-parpadea.

Hubo un silbido en el asiento de atrás, y miré enojado por encima del hombro. Tera estaba masticando su carne. Le brillaban los ojos, tenía la comisura de los labios curvada, y respiraba por la nariz en una risa casi silenciosa.

El lugar seguro al que íbamos resultó ser una gran casa cerca de Gold Coast, no lejos del minipalacio de Marcone. La casa no era grande en comparación con las otras casas del barrio, pero eso es como decir que un fardo de heno no es comida para un elefante. Susan condujo la furgoneta a través de una brecha en un seto muy alto, y por una entrada larga de cemento blanco hasta llegar a un garaje para seis plazas, cuyas puertas se abrieron majestuosamente ante nuestros ojos.

Salí de la furgoneta y me quedé mirando el Mercedes y el Suburban que estaban

aparcados.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Tera abrió la puerta lateral de la furgoneta y Georgia, Billy y el otro chaval salieron, ayudando a los dos hombres lobo heridos. Georgia se estiró, lo que hizo cosas interesantes con su albornoz oscuro, y se apartó la melena de color ámbar oscuro de su delgada cara con una mano.

—En casa de mis padres. Se han ido a Italia durante una semana.

Me pasé una mano por la cara.

—No les importará que celebres una fiesta, ¿verdad?

Me miró con expresión enojada y dijo:

—No mientras limpiemos toda la sangre. Vamos, Billy. Llevemos a estos dos a la cama.

—Ve tú —dijo, y me miró con los ojos entrecerrados—. Yo voy dentro de un minuto.

Georgia tenía aspecto de querer empezar una pelea con él, pero sacudió la cabeza y, con ayuda de los otros chicos, se llevó a los dos inválidos dentro. Tera, que seguía desnuda y parecía no importarle un pimiento, me miró por encima del hombro y desapareció tras ellos. Susan se puso rápidamente delante de mí para taparme la vista y dijo:

—Cinco minutos, Dresden. Luego ven a buscarme.

—Eh —fue mi aguda respuesta, y entonces Susan también entró en la casa.

Me quedé en la oscuridad con Billy, el chaval robusto y bajo con gafas gruesas. Tenía las manos metidas en los bolsillos de su albornoz, y me estaba mirando.

—¿Todos los magos —preguntó— se ponen las coronas que les dan a los niños en las hamburgueserías? ¿O solo en ocasiones especiales?

—¿Todos los hombres lobo —espeté, quitándome la corona de la cabeza— llevan gafas y demasiada Old Spice? ¿O solo cuando hay luna llena?

Sonrió de oreja a oreja en lugar de ofenderse.

—Es usted rápido —dijo—. Siempre he querido ser así. —Sacó la mano y me la estrechó—. Billy Borden.

Intercambié un cansado apretón de manos con él, e intentó estrujarme la mano.

—Harry Dresden —le dije.

—Tiene aspecto de estar hecho polvo, señor Dresden. ¿Está seguro de que podrá volver a salir esta noche?

—No —respondí, en un arrebato de honestidad brutal.

Billy asintió, y se subió las gafas.

—Entonces necesita nuestra ayuda.

¡Oh, demonios! El Club Mickey Mouse de hombres lobo quería echarme un cable. Pasemos lista a los mosquelobos. Billy. Georgia. Tommy. Cindy. ¡Buf!

—Ni hablar —dije—. En absoluto.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Mira, chaval. No sabes de qué son capaces esos *hexenwulfen*. No sabes de qué es capaz Marcone y, desde luego, nunca has visto nada como MacFinn, excepto en el cine. Y aunque pudieras enfrentarte a ellos, ¿qué te hace pensar que tienes derecho a ir?

Billy consideró la pregunta seriamente.

—Lo mismo que le hace a usted pensar que tiene derecho, señor Dresden dijo.

Abrí la boca. Y volví a cerrarla.

—Ya sé que no sé mucho, comparado con usted —dijo Billy—. Pero no soy estúpido. Tengo ojos. Veo cosas que el resto de la gente finge no ver. Los vampiros están arrasando la ciudad. ¿Sabía que los crímenes violentos han aumentado casi un cuarenta por ciento en los últimos tres años, señor Dresden? Los asesinatos se han duplicado, en particular en las zonas urbanas muy pobladas y en las zonas rurales aisladas. Los secuestros y las desapariciones han aumentado casi un trescientos por ciento.

Parpadeé. No estaba familiarizado con las cifras. Sabía que Murphy y algunos polis decían que las calles estaban empeorando. Y, en el fondo, también sabía que el mundo iba de mal en peor. Diablos, era una de las razones por las que hacía cosas estúpidas como la de esta noche. Mi granito de arena.

—Soy un pesimista, señor Dresden. Creo que la gente es demasiado incompetente para herirse a sí misma tan gravemente. Quiero decir que, aunque los criminales lo intentaran, no podrían aumentar su producción en un trescientos por ciento. Y uno oye historias, a veces lee la prensa amarilla. ¿Y si el mundo sobrenatural ha vuelto? ¿Y si es el responsable de algunas de las cosas que están sucediendo?

—¿Y qué si es así? —le espeté.

Billy me miró sin pestañear, pero sin mirarme a los ojos.

—Alguien tiene que hacer algo. Yo puedo. Así que debo hacerlo. Por eso los Alfas estamos aquí. Tera nos ofreció la oportunidad de hacer algo, cuando nos conoció a través del proyecto Pasaje Noroeste, y la aceptamos.

Miré al chaval. Podría haberle rebatido, pero para qué. Conocía su razonamiento de cabo a rabo. Si hubiera sido diez años más joven, treinta centímetros más bajo y un par de kilos más gordo, aquel habría podido ser yo. Y tenía que admitirlo, el chaval tenía fuerza. Quiero decir que convertirte en lobo no es como hacer un truco de magia barata. Pero tenía que disuadirle. No quería la sangre de ese chaval en mis manos.

—Creo que no aún estás preparado para jugar en primera división, Billy.

—Puede ser —dijo—. Pero no hay nadie más en el banquillo.

El chaval tenía mérito. Era decidido.

—Quizá deberías quedarte en la reserva, y vivir para luchar otro día. Las cosas podrían ponerse muy feas, y en ese caso, los *hexenwulfen* a los que nos enfrentamos en la playa irán a por ti. Alguien tiene que quedarse con los heridos, para protegerlos.

—Es más probable que si van a por usted también vayan a por nosotros. Sería más inteligente poner toda la carne en el asador. Con usted.

Me reí entre dientes.

—¿Jugárselo todo a una carta?

Sacudió la cabeza.

—Apostar todo el dinero al ganador.

Le examiné en silencio durante un momento. Estaba seguro de su sinceridad. Desbordaba la confianza de los inexpertos y los idealistas. Era reconfortante, al mismo tiempo, era lo que más me asustaba de él. Su ignorancia. No, ignorancia no. Inocencia. No sabía a lo que podía enfrentarse. Si le dejaba ir, le hundiría conmigo. A pesar de lo que había visto esa noche, estaría exponiéndole a un nuevo mundo violento, sangriento y peligroso. De un modo u otro, si dejaba que Billy Borden y sus amigos fueran conmigo, aquellos chavales inocentes no vivirían para ver el amanecer.

Pero que Dios me ayude. Tenía razón en una cosa. Necesitaba ayuda.

—Todo el que vaya estará bajo mis órdenes —dije, y él inspiró profundamente. Le brillaban los ojos—. No bajo las de Tera. Haréis lo que os diga y cuando os lo diga. Y si os ordeno que os marchéis, os marcháis. Sin hacer preguntas. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido —dijo Billy, y me sonrió con una arrogancia que sencillamente no le pegaba con la cara de universitario cretino vestido con un albornoz oscuro—. Es usted un tipo listo, señor Dresden.

Resoplé y justo entonces la luz automática de la puerta del garaje se apagó, dejándonos a oscuras. Se oyó un sonido de indignación al lado de la puerta, y luego las luces volvieron a encenderse. Georgia estaba allí de pie, en todo su esbelto y enojado esplendor.

—Billy Borden —dijo—. ¿No se te ocurre nada mejor que quedarte aquí a oscuras?

Se dirigió airadamente hacia él enojada.

Él la miró con tranquilidad y respondió:

—Dile a todos que vamos. Dresden está al mando. Si se ven con fuerzas, que vengan. Si no, que se queden a cuidar de Cindy y Alex.

Georgia abrió los ojos como platos y soltó un gritito de excitación. Se giró hacia mí y me abrazó durante un momento, haciendo que el hombro me diera una punzada de dolor, y luego se giró rápidamente hacia Billy y se agachó para hacer lo mismo. Él hizo una mueca, y ella se levantó y le bajó el albornoz negro, descubriéndole el pecho. Hay que decir en favor del chaval que su corpulencia era el resultado de un

músculo sólido, y que en el pecho tenía una herida coagulada que aún le sangraba en algunas partes.

—¿Qué es esto? —exclamó Georgia—. Idiota. No me has dicho que te habían herido.

Billy se encogió de hombros y volvió a subirse el albornoz.

—Se ha cerrado. Y, de todos modos, no puedes vendarla porque no se sostendrá cuando me transforme.

Georgia chasqueó la lengua, enfadada.

—No deberías de haber ido a por el tendón de aquel lobo. Era demasiado rápido.

Billy sonrió.

—Pero casi lo cojo.

—Casi te matas —dijo ella, pero su voz se había suavizado unos cuantos tonos. Me di cuenta de que no había movido la mano del pecho de Billy, y él la estaba mirando con una expresión expectante. Ella se calló, y se miraron fijamente durante un minuto. Vi que tragaba saliva.

¡Por favor, que alguien me ayude. Hombres lobo adolescentes enamorados! Me di la vuelta y entré en la casa, moviéndome con cuidado.

Nunca he creído demasiado en Dios. Bueno, eso no es del todo cierto. Creo que hay un Dios, o algo parecido que se merece el nombre. Después de todo, si hay demonios tiene que haber ángeles ¿no? Si había un Diabolo, en alguna parte tiene que haber un Dios. Pero Él y yo nunca habíamos visto las cosas del mismo modo.

Daba igual. Miré al techo. No dije ni pensé nada, pero si Dios estaba escuchando, esperaba que le hubiera llegado el mensaje. No quería ver morir a ninguno de aquellos chavales.

Capítulo 26

El perfume de Susan me llevó hasta ella. Estaba esperándome en un dormitorio del primer piso. Era una habitación decorada con sencillez. Estaba de pie, vestida con sus vaqueros y una camiseta blanca que ponía: «¿Comértelo? ¡Ni lo sueñes!» Era una de las mías. Cuando me vio levantó la barbilla, como si intentara evitar que se le cayeran las lágrimas.

Nuestras miradas se encontraron, y las sostuvimos. Ya nos habíamos leído antes, hacía más de un año. Se había desmayado al ver lo que había en mi interior a través de la lectura de almas. No sé qué vio. No me miro mucho en los espejos.

Pero dentro de ella yo había visto pasión, como rara vez he visto en alguien que no sea yo. La motivación de avanzar, de hacer, de actuar. Era lo que la impulsaba, sacar a la luz historias de lo sobrenatural para un periódico de mala muerte como el *Arcano*. Tenía talento para ahondar en la porquería que la gente intentaba ignorar y encontraba datos que no siempre podían explicarse con facilidad. Hacía que la gente pensara. Para ella era algo personal, aunque no sabía por qué. Susan estaba decidida a hacer que la gente viera la verdad.

Cerré la puerta tras de mí y me acerqué a ella cojeando.

—Te matarán —dijo—. No vayas.

Cuando llegué a su lado me puso las manos en el pecho, luego la mejilla.

Tengo que ir. Ahora Denton no puede dejarme vivir. Tengo que acabar con este asunto antes de que la cosa se salga aún más de madre. Antes de que muera más gente. Si no voy esta noche, Denton matará a Marccone y a MacFinn, y culpará a MacFinn de todos los asesinatos. Saldrá impune, y luego podrá ir a por mí. Y quizá también a por ti.

—Podríamos ir a alguna parte —dijo en voz baja—. Podríamos escondernos.

Cerré los ojos. Había dicho «nosotros». Era la primera vez que hablaba así. Yo tampoco había pensado en esos términos. No había pensado en esos términos durante muchos años. No desde la última vez.

Debería haber dicho algo al respecto. Reconocer la implicación. Sabía que estaba allí, y ella sabía que me había dado cuenta. Se quedó quieta, esperando.

En lugar de eso dije:

—No se me da muy bien esconderme. Ni a ti tampoco.

Suspiró, y sentí que se apretaba un poco contra mí. Sabía que habría lágrimas en mi camisa, pero no la miré.

—Tienes razón —dijo un poco después. Le temblaba la voz—. Pero tengo miedo, Harry. Ya sé que no tenemos una relación muy estrecha. Somos amigos, y amantes, pero...

—Trabajo —dije. Cerré los ojos.

Asintió.

—Trabajo. —Apretó los dedos contra mi camisa, levantó la cabeza y me miró. Sus ojos oscuros estaban inundados de lágrimas que le rodaban por las mejillas. No quiero perderte ahora.

Intenté pensar en algo inteligente que decir. Algo que la tranquilizara, que la calmara; ayudarla a sentirse mejor, a entender lo que sentía por ella. Pero ni siquiera estaba seguro de lo que sentía.

Me encontré besándola, la barba dura alrededor de mi boca y mi barbilla le pinchaba la piel suave. Al principio se puso tensa, y luego se fundió contra mí con una disposición deliciosamente femenina, su cuerpo se abandonó suavemente a mí con toda su belleza. El beso se hizo más profundo, más lento, se convirtió en algo intenso y erótico. El movimiento de nuestros labios, la calidez de nuestros cuerpos apretados. El tacto de mis dedos en su rostro, como plumas. El roce de sus uñas cuando sus dedos masajearan mi camisa. El corazón me latía con fuerza, y pude sentir que el suyo también se aceleraba.

Interrumpió el beso y me tambaleé, sin aliento. En silencio, me guió hasta el borde de la cama y me sentó allí. Luego desapareció en el cuarto de baño, y reapareció con una palangana de agua caliente, jabón y una manopla.

Me desvistió. Lentamente. Con delicadeza. Me cambió las vendas, murmurándome palabras suaves cuando me dolía, besándome en los ojos y en la frente para tranquilizarme. Me bañó con el agua, me quitó el sudor seco, la sangre y un poco de dolor. Con paciencia, más delicada que la lluvia, me limpió mientras yo me dejaba llevar, con los ojos cerrados. De vez en cuando emitía algún sonido suave, en respuesta a sus caricias.

Sentí que se me acercaba. Sentí su piel desnuda contra la mía, caliente y suave. Abrí los ojos y vi la neblina plateada de la luna en el horizonte, al otro lado del lago. Vi el perfil de Susan, sus curvas y líneas deliciosamente femeninas, una sombra hermosa. Volvió a besarme y yo le devolví el beso, y era una cosa líquida, suave, tan comedida y desesperada como la superficie casi inmóvil de la corriente de un río. Sus labios pasaron de mi boca a la piel que acababa de limpiar, y cuando intenté tocarla, me apretó las manos con delicadeza para que me quedara quieto.

Continuó así, toda piel y caricias, suspiros y corazones acelerados, hasta que se puso encima de mí, evitando ponerme el peso de su cuerpo, ayudándose con las piernas, las manos, temerosa de hacerme daño. Nos movimos juntos, sintiendo la fuerza de nuestra necesidad, de nuestro deseo, una mezcla pura de deseo, calidez, afecto y una intimidad increíble que nos sacudió. Acabó en silencio, nuestras bocas juntas, nuestro aliento mezclado. Fue una sensación penetrante.

Se estiró a mi lado hasta que el latido de nuestros corazones se normalizó. Luego se levantó y dijo:

—No sé si quiero enamorarme de ti, Harry. No sé si podría soportarlo.

Abrí los ojos, y respondí con cariño:

—Nunca he querido hacerte daño. No sé qué es lo correcto.

—Yo sé qué es lo correcto —dijo, y volvió a besarme, luego comenzó a tocarme la frente, levantando la cabeza para observarme con ojos compasivos y amables—. Has visto mucho dolor. Solo quería recordarte que hay algo más en el mundo.

Soy un tío bastante duro. No tienes más que verme. Puedo enfrentarme a cosas bastante peligrosas. Pero con algunas cosas no soy tan duro. Comencé a llorar, y Susan me meció cariñosamente hasta que las lágrimas desaparecieron.

Quería quedarme allí, en aquel lugar cálido, limpio, donde no había muerte. Allí no había sangre ni animales feroces y nadie estaba intentando matarme. Me gustaba la idea de estar allí con Susan, en sus brazos, mucho más de lo que me gustaba la idea de salir a la luz plateada de la luna llena, que se hacía cada vez más grande bajo el horizonte, y que se acercaba en un nimbo.

Pero me separé de ella un poco y me senté.

Era una luna loca.

Salió de la cama y regresó con un bolso de viaje y sacó un par de vaqueros negros, mis zapatillas deportivas negras, calcetines, una gruesa camisa gris oscuro, ropa interior oscura a juego con todo lo demás y, que Dios la bendiga, ibuprofeno. Me levanté para vestirme, pero ella me puso una mano en el hombro e hizo que me sentara, luego me vistió ella misma, lentamente y con cuidado, concentrada en la tarea. Ninguno de los dos hablamos.

¿Alguna vez te ha vestido una hermosa mujer desnuda? Hablando de aprestarse para la lucha. Había algo indescriptiblemente tranquilizador y, al mismo tiempo, excitante en todo aquello. Podía sentir que mi cuerpo se relajaba y se despertaba a la vez, que mis sentidos sintonizaban con lo que me rodeaba.

Oí pasos en el vestíbulo, y llamaron a la puerta. La voz de Tera dijo:

—Mago. Es la hora.

Me levanté, pero Susan me agarró por la muñeca.

—Harry —dijo—. Espera un momento. —Se arrodilló al lado del bolso y sacó una caja pesada, plana y ancha—. Iba a dártelo para tu cumpleaños. Pero he pensado que puedes usarlo.

Incliné la cabeza y cogí la caja. Pesaba.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Ábrela, tonto —respondió sonriendo. La abrí, y dentro olía a cuero suave y curtido, sensual y grueso, envuelto en papel transparente. Aparté la tapa a un lado, saqué el papel, y encontré cuero negro, nuevo y mate, que apenas reflejaba la luz. Lo saqué de la caja y se desdobló en un abrigo largo y pesado, del mismo diseño que el mío, incluso el manto alrededor de los hombros y los brazos, pero hecho de un

material más fino.

Parpadeé.

—Debe de haberte costado una fortuna.

Rió con picardía.

—Sí. Pero me lo he puesto sin nada debajo, solo para sentir el tacto en mi piel. —
Se puso seria—. Quiero que te lo quedes, Harry. Un recuerdo mío. Que te dé suerte.

Se puso a mi lado y me ayudó a ponérmelo.

El abrigo se acomodó con una pesadez reconfortante y una peculiar familiaridad. Me sentía bien. Me saqué el pentáculo de mi madre de debajo de la camisa y lo dejé a la vista. Y luego saqué el arma que le había confiscado a Harris del bolsillo del mono de trabajo y la metí en el bolsillo del abrigo. No tenía otros instrumentos mágicos. Y quizá ni siquiera más magia. Y la pistola parecía un arma dudosa en el mejor de los casos.

Pero aquello era todo lo que tenía.

Me giré para despedirme de Susan y vi que estaba vistiéndose.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Me visto —respondió.

—¿Por qué?

—Alguien tiene que conducir la furgoneta, Dresden. —Se puso la camiseta, lanzó al hombro su chaqueta y pasó por delante de mí, deteniéndose para mirarme—. Además, este podría ser el acontecimiento paranormal más importante que he tenido la oportunidad de cubrir. ¿Esperabas que me quedara aquí?

Empujó la puerta y me miró con expresión expectante.

Maldita sea, pensé. Y doble maldita sea. Otra persona de la que preocuparse. Susan no era un hombre lobo. No era mago. Ni siquiera tenía una pistola. Era una locura dejarle pensar que podía ir. Pero me encontré queriendo asegurarme de que la tenía cerca.

—De acuerdo —dije—. Pero las mismas reglas que les he dado a los chavales. Estoy al mando. Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga, o te quedas aquí.

Susan frunció los labios y entrecerró los ojos.

—Me gusta cómo suena eso —dijo en tono provocador—. También me gusta esa mirada que pones. ¿Alguna vez has pensado en dejarte barba?

Luego sonrió y desapareció por el pasillo.

Fui tras ella con el ceño fruncido. La mantendría apartada de lo peor, aunque tuviera que atarla a la furgoneta. Murmuré algo malhumorado, incliné la cabeza a un lado e inspiré. Olía a cuero nuevo, a ropa limpia y a jabón, y el aroma a Eau de Susan persistía en mi piel. Me gustaba. La chaqueta crujió al caminar y me vi reflejado en el espejo del tocador.

Mi doble, el del sueño, me miró fijamente. Solo la aspereza de la barba de tres

días y los moratones contrastaban con la barba cuidada de mi yo subconsciente. Todo lo demás era exactamente lo mismo.

Aparté la vista rápidamente y salí de la habitación, hacia la furgoneta, donde los otros estaban esperando.

La hora del espectáculo.

Capítulo 27

La luna plateada salió en todo su esplendor en un cielo de octubre cubierto de nubes claras y estrellas brillantes. Las nubes se agitaron como la espuma blanca del mar y la luna era un enorme y elegante clíper, sus velas llenas de luz espectral navegaban contra la fuerza de los fríos vientos otoñales. Una luz clara blanqueaba las piedras sin labrar del muro de tres metros que rodeaba la mansión del caballero Johnny Marcone, haciendo los cantos más afilados, las sombras más negras, hasta que pareció una barrera hecha de enormes calaveras blancas. Al otro lado del muro los árboles eran frondosos e impedían ver el interior, aunque sus ramas no estaban lo suficientemente extendidas como para trepar por ellas.

—Tenemos que saltar el muro le dije en voz baja al enorme lobo negro que iba a mi lado mientras nos agachábamos en las sombras de los arbustos al otro lado de la calle. Habrá seguridad. Quizá cámaras, o rayos infrarrojos, o tal vez otra cosa. Quiero que encuentres la manera de pasar.

El lobo parpadeó y lanzó un suave gruñido de asentimiento. Luego sencillamente se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad, dejando otras cinco formas peludas agachadas a mi alrededor.

Los Alfas no me inspiraban demasiada confianza, pero por lo menos habían conseguido dominar algunos trucos rudimentarios de magia para transformarse en aproximaciones muy, muy cercanas a lobos. Era algo.

Susan había aparcado la furgoneta en una colina que conducía a la mansión de Marcone, y se había quedado allí por si necesitábamos una huida rápida. Cuando llegamos, una desnuda Tera West y cinco jóvenes, tres mujeres y dos hombres, saltaron de la furgoneta y los Alfas se quitaron rápidamente los albornoces.

—Válgame Dios —me quejé—. Estamos en una calle pública. ¿Es que lo único que sabéis hacer es pasearos por ahí desnudos?

Tera sonrió de satisfacción y rápidamente se convirtió en un lobo oscuro y delgado, una bestia tan grande como Denton y sus amigotes, pero con un morro más estrecho y unas proporciones más definidas. Como Denton y su tripulación de *hexenwulfen*, mantenía exactamente el mismo color de ojos.

—Bueno —dije a los otros—. Démonos prisa.

Georgia deslizó su esbelto cuerpo fuera del albornoz oscuro y en unos segundos se convirtió en lobo, luego pasó rápidamente por delante de mí y se fue tras Tera. Billy refunfuñó algo entre dientes mientras se quitaba el albornoz, pero se le quedó una manga en el brazo mientras comenzaba a transformarse.

Billy-lobo tropezó con el albornoz que le colgaba de la zarpa, dio un traspié y se pegó un trompazo en plena calle.

Puse los ojos en blanco. Billy-el-lobo gruñó y forcejeó para quitarse el albornoz,

lo cogió con cuidado entre los dientes, como un benji grande y particularmente gruñón, y lo puso en la furgoneta.

—*Hum* —dijo una de las chicas, una chavala pelirroja de proporciones demasiado generosas. Aún somos un poco novatos.

Se cubrió torpemente con los brazos, dejando que su albornoz le resbalara por los hombros mientras susurraba un cántico, y luego se convirtió en una loba redonda y corpulenta de pelo castaño rojizo. Se movió elegantemente hasta un extremo de la furgoneta y, a pesar de su peso, se marchó calle abajo con pasos menudos. Los otros dos jóvenes, un chaval larguirucho de pelo oscuro y una chica flaca de pelo color café se transformaron y corrieron tras Tera dando grandes zancadas, y luego todos fuimos lo más silenciosamente posible hasta la parte posterior de la mansión de Marcone.

Rodeada de un muro alto de piedra, la propiedad ocupaba una manzana entera y tenía calles particulares por los cuatro lados. Ninguno conocíamos la distribución de la casa de Marcone, así que aplicamos los principios generales del chafardeo y nos acercamos por la parte de atrás. Pensé que no sería inteligente entrar por la puerta principal, así que envié a Tera a buscar una forma de entrar, mientras yo me quedaba con los Alfas.

Mientras estaba agachado, empecé a darme golpecitos en los muslos con los dedos, inquieto. Pronto me di cuenta de que si yo estaba tenso, los futuros hombres lobo estaban el doble de nerviosos. El de pelo más oscuro, Billy, creo, se levantó y comenzó a caminar en dirección opuesta a Tera. Georgia le gruñó, Billy le respondió con otro gruñido y el otro macho se levantó para seguirle.

Fantástico, pensé. Ahora no podía dejar que los Alfas se alejasen, por muy nerviosos que estuvieran.

—Eh —dije en voz baja—. Ahora no podéis iros. Si hay una forma de entrar, Tera la encontrará.

Los lobos giraron la cabeza y sus ojos humanos hacia mí.

Billy plantó las patas con gesto testarudo y gruñó.

—Oh, no me vengas con esas le regañé, mirándole, pero sin mirarle a los ojos—. Me prometiste que lo haríais a mi manera, Billy. Ahora no es momento de hacer tonterías.

Billy pareció un poco indeciso y les hice señas para que se acercaran. Si podía hacer que siguieran escuchándome hasta que Tera regresara, al menos podría estar seguro de que estarían allí cuando les necesitara.

—Acercaos —dije—. Quiero repasar algunas cosas antes de entrar.

Hubo un breve silencio, y luego los cuerpos peludos y pesados se acurrucaron y sus hocicos húmedos resoplaron. Diez lobos aguzaron las orejas y se giraron hacia mí, y diez ojos humanos y brillantes me miraron con caras lupinas. Contuve el impulso repentino de decir: *Buenas tardes, clase. Soy vuestro profesor, el señor*

Dresden, y en lugar de eso adopté una de mis expresiones más serias.

—Todos sabéis lo que está en juego esta noche —dije—. Y que pueden matarnos a todos. Vamos a enfrentarnos a un montón de polis que hacen la magia más negra que jamás haya visto, y la están usando para convertirse en lobos. Han perdido el control del poder que tienen. Están matando a personas, y si no los detenemos matarán a más. Sobre todo a mí, porque sé demasiado. Soy un peligro para ellos.

»Pero yo no quiero que muera nadie. Ni ellos ni nosotros. Quizá se lo merezcan. Quizá no. El poder que han adquirido se ha convertido en una droga para ellos, y ya no son dueños de sí mismos. Creo que no seríamos diferentes a ellos si entrásemos ahí con la idea de liquidarlos. No basta con luchar contra la oscuridad. También tienes que alejarte de ella. Tienes que diferenciarte de ella.

Me aclaré la garganta.

—Diablos. Esto no se me da muy bien. Id a por los cinturones, si podéis, como hice yo en el callejón. En cuanto se los hayáis quitado, se calmarán un poco, y quizá podamos hablar con ellos. —Alcé la vista hacia el muro y volví a bajarla—. Que no os maten, chicos. Haced lo que tengáis que hacer para manteneros con vida. Esa es vuestra prioridad. Y si tenéis que matarlos para conseguirlo, no lo dudéis.

Se oyó un coro de gruñidos a mi alrededor, liderados por el lobo Billy, pero aquello era lo mejor de ser el único ser humano de la reunión: era el único que podía hablar. No habría peleas, aunque no estuvieran de acuerdo. Su entusiasmo era un poco intimidante.

—Habla un poco más alto, mago —dijo la voz suave de Tera detrás de mí— y mejor entramos por la puerta principal.

Pegué un salto, alcé la vista y vi a Tera, desnuda y humana, agachada a unos pocos metros de distancia.

—Me gustaría que dejaras de hacer eso —susurré—. ¿Has encontrado la forma de entrar?

—Sí —respondió—. Un lugar donde el muro se ha desmoronado. Pero está lejos, al este, en la parte delantera de la propiedad. Tenemos que correr si queremos entrar a tiempo.

Hice una mueca.

—No estoy en forma para correr a ninguna parte.

—Parece que no tienes elección. También he visto varios haces de luz en la puerta principal. Y hay cajas negras con ojos de cristal cada setenta u ochenta pasos. Pero no ven el lugar desmoronado. Es una posición privilegiada.

—Cámaras —murmuré—. Diablos.

—Ven, mago —dijo Tera, poniéndose a cuatro patas—. No tenemos tiempo que perder si quieres venir con nosotros. La manada puede recorrer la distancia en un momento, pero tú tienes que darte prisa.

—Tera. He tenido un par de días duros. Me caería en dos minutos si intentara correr.

La mujer parpadeó sobre sus fríos ojos ámbar.

—¿Entonces qué propones?

—Voy a saltar el muro por aquí —dije.

Tera miró el muro y sacudió la cabeza.

—No puedo llevar a la manada por aquí. No son lo bastante fuertes para transformarse continuamente, y no tienen manos en su forma de lobos.

—Entonces iré solo. Supongo que podréis encontrarme.

Tera resopló.

—Por supuesto. Pero es una locura que saltes ese muro solo. ¿Y si te ven las cámaras?

—Deja que yo me preocupe de las cámaras —dije—. Ayúdame a subir. Luego tú y los Alfas dais la vuelta y os encontráis conmigo.

Tera frunció el ceño.

—Creo que es una locura, mago. Si estás demasiado herido para correr, entonces también estás demasiado herido para ir solo.

—No tenemos tiempo —dije, y alcé la vista para mirar la luna— de discutir. ¿Quieres que te ayude o no?

Tera emitió un sonido, algo entre un bufido y un gruñido, y durante un momento la tensión de sus músculos hizo que se le marcaran bajo la piel. Uno de los Alfas lanzó un pequeño gemido y se alejó de nosotros.

—Muy bien, mago —dijo Tera—. Te enseñaré la cámara más cercana y te ayudaré a subir el muro. No te muevas de donde caigas. No sabemos quién hay al otro lado, ni dónde caerás.

—No te preocupes por mí —respondí—. Preocúpate de ti. Si hay una buena entrada, seguramente Denton también irá allí. O MacFinn.

—MacFinn —dijo Tera, con rastros de orgullo en su voz y miedo en sus ojos ni siquiera notará que hay un muro en su camino.

Hice una mueca.

—Enséñame la cámara.

Tera me guió a través de la oscuridad, silenciosa y desnuda y como si no le importara nada el frío de la noche. El césped estaba húmedo, y era afelpado y espeso. Tera señaló el pequeño y silencioso cuadrado de la cámara de video situado en la pared al otro lado de la calle, y prácticamente escondido por las sombras de los árboles.

Me pasé la lengua por los labios y me incliné hacia la cámara, ocultándome en las sombras de los arbustos. Entrecerré los ojos y atraje toda mi voluntad, intentando concentrarme. El corazón empezó a latirme con más fuerza, y empecé a sudar por las

axilas y la frente. Hacer un maleficio sobre algo mecánico suele ser bastante sencillo. La magia que rodea a los practicantes del Arte causa estragos en la tecnología. Un pensamiento rápido en uno de tus días buenos puede hacer estallar un teléfono móvil o destruir una fotocopidora.

Pero tenía un mal día. Los niveles habituales del campo de energía que me rodeaba estaban casi agotados, y los «músculos» metafísicos que normalmente usaría para manipular esa energía estaban agonizando, reflejados en dolor por todo mi cuerpo.

Pero necesitaba entrar, y estaba seguro de que no podría rodear toda la propiedad. Mi depósito estaba casi a cero, un poco más de esfuerzo me dejaría resollando como pez fuera del agua y deseando estar acostado en mi cama.

Obligué a mis pensamientos a tranquilizarse y concentré toda la energía que tenía, y me dolió todo, desde la cabeza hasta las rodillas y los codos. Pero la energía aumentó, y aumentó, y con ella el dolor, hasta que no pude aguantarlo más.

—*Malivaso*, —susurré, y extendí la mano hacia la forma cuadrangular, como una niña que intenta encestar la pelota con la mano mala. Aunque parecía que el poder que había reunido iba a partirme en dos, salió precipitadamente en un hipo de magia casi impotente y se fue haciendo eses hacia la cámara de seguridad.

Durante un largo minuto no ocurrió nada. Y entonces hubo un destello de luz y una diminuta lluvia de chispas en la parte posterior de la caja. La cámara empezó a humear en una nube temblorosa, y sentí un pequeño arrebató de triunfo. Al menos me quedaba algo, aunque realizar la tarea más sencilla pudiera provocarme un aneurisma.

—De acuerdo —dije un segundo después con voz débil—. Vamos.

Miramos a nuestro alrededor y nos aseguramos de no hubiera coches, y luego Tera, los Alfas y yo atravesamos la calle, a través de unos arbustos decorativos y frondosos hasta el alto muro de piedra. Tera entrelazó los dedos para formar un estribo. Puse mi pie bueno y empujé con fuerza. Ella me levantó y casi me tiró al otro lado. Conseguí pararme arriba, vi los faros de un coche que se aproximaba y rápidamente bajé, cayendo pesadamente en la tierra húmeda y embarrada.

Estaba oscuro. Muy oscuro. Yo estaba agachado en la base, bajo un manto de ramas de árbol desnudas y hojas de sicómoro. La luz de la luna se filtraba por varios lugares, pero solo servía para que los rincones oscuros parecieran más lúgubres. Mi abrigo de cuero negro era totalmente invisible, y recordé haber leído en alguna parte que el brillo de los ojos y los dientes sería lo primero que me delataría, pero no tenía ganas de sentarme en la oscuridad con los ojos cerrados. En lugar de eso, me puse en cuclillas y preparé mi pistola confiscada en un bolsillo, y saqué el as que guardaba en la manga del otro.

Me estremecí, y me esforcé en hacerme ver que no debía tener miedo. Luego esperé en la oscuridad a mis aliados. Y esperé. Y esperé. Pasó el tiempo y sabía que

un minuto era como una hora, así que empecé a contar, un número por cada inspiración.

El viento frío soplaba a través de los árboles. Las hojas susurraban y cayeron unas gotitas de agua de lluvia de los árboles que me rodeaban, golpeteando al chocar contra mi nuevo abrigo. Se adherían al cuero y atrapaban trocitos de luz de luna, brillantes contra el negro cuero. El viento levantó un olor a tierra fértil y húmeda, y durante un momento casi sentí como si estuviera en un bosque en lugar de en la propiedad privada de un señor del crimen en el norte de Chicago. Inspiré profundamente, un poco reconfortado por la ilusión, y seguí contando.

Y esperé.

No pasó nada. Ni lobos, ni sonidos.

Nada.

Cuando llegué a cien empecé a ponerme realmente nervioso, comencé a tener retortijones de tripas que se me clavaron en los brazos y en las piernas como si fueran astillas de hielo. ¿Dónde estaba Tera? ¿Dónde estaban los Alfas? No deberían haber tardado tanto tiempo en entrar y recorrer la distancia hasta donde yo estaba. Aunque la propiedad era enorme, seguro que aquella distancia no era nada para la velocidad de un lobo.

La tarde había ido demasiado sobre ruedas, pensé.

Algo había salido mal. Estaba solo.

Capítulo 28

Solo.

Es una de esas palabras que significa demasiado. Como miedo. O confianza. Estoy acostumbrado a trabajar solo. Forma parte de mi trabajo. Los magos con mi nivel de fuerza y talento (bueno, con mis niveles habituales) son pocos y están dispersos; tal vez no haya más de dos docenas en los Estados Unidos, con una concentración ligeramente más alta en Europa, África y Asia. Pero hay una diferencia entre trabajar solo y encontrarte solo frente a un montón de enemigos, en una noche fría, herido y en la oscuridad, prácticamente indefenso. Tardé unos diez segundos en darme cuenta de la diferencia.

El miedo se instaló cómodamente. Estaba acostumbrado a él. Podía ignorarlo, concentrarme en el lío en que estaba metido. ¡Yupi! Mi cuerpo reaccionó como siempre, listo para la lucha o la huida, mientras intentaba controlar mi respiración.

Lo más inteligente habría sido huir, dar media vuelta y regresar a la furgoneta y que Susan me sacase de allí. De acuerdo, seguramente no podría haber escalado el muro yo solo, pero podría haberlo intentado.

Pero ya me había comprometido. Estaba allí para enfrentarme a las fuerzas del mal. Yo las había retado, y no al revés. Además, si Tera y los chavales tenían problemas, yo era el único que podría ayudarlos.

Me levanté, saqué la pistola y atravesé el bosque en dirección perpendicular a la línea del muro de piedra detrás de mí. El bosque era frondoso, los sicómoros y los chopos daban paso a árboles de hoja perenne de ramas bajas que me arañaban al pasar. Me deslicé a través de ellos lo mejor que pude, moviéndome con el máximo sigilo posible. Creí que no estaba haciendo más ruido que el viento, que sacudía las ramas y las hojas caídas, y hacía caer más gotitas de agua. Tardé unos tres o cuatro minutos en atravesar el bosque, hasta que llegué a la propiedad de Caballero Johnny Marcone.

Era espléndida, parecía salida de la revista *Casa y Jardín*. Se podría poner un campo de golf en el jardín de Marcone. Mucho más allá, en la parte frontal de la propiedad, la enorme casa blanca se alzaba serena e inmaculada, artísticamente iluminada por docenas de luces, con una veranda o patio en la parte de atrás más grande que una pista de baile. Detrás, tres enormes cuadros, uno al lado del otro, contenían unos encantadores jardines iluminados, terraplenados en una colina suavemente inclinada. En la base de la colina había un hermoso valle con un pequeño estanque. Poco después me di cuenta de que era una enorme piscina de cemento, iluminada desde el fondo. La piscina tenía una forma irregular, y una de las esquinas se movía, cerca de la superficie. Del agua salía un vapor denso.

En el centro del valle se alzaba un círculo majestuoso de árboles de hoja perenne,

frondosos y fornidos, que escondían lo que hubiera en el centro. Dos montículos redondos decoraban la parte izquierda del valle, uno de ellos coronado con lo que parecía una réplica de un pequeño sepulcro o un templo en ruinas, de mármol agrietado y columnas caídas.

Toda la propiedad estaba bien iluminada, tanto por la luz plateada de la luna como por las luces situadas a intervalos estratégicos. El césped era immaculado, y los árboles salpicaban el terreno con la clase de perfección descuidada que solo un ejército de caros jardineros podía mantener.

Para que digan que el crimen no sale a cuenta.

Me situé detrás de una cortina de árboles y arbustos, y miré alrededor de los campos con cautela y sigilo. No tuve que esperar mucho.

Hubo un movimiento rápido desde debajo de uno de los árboles en el extremo opuesto de la propiedad, y una forma rápida, un lobo de pelo oscuro, Billy, pensé, salió de debajo de un árbol y se precipitó hacia un trozo de sombra negra en el césped, a unos seis metros de mí. Me puse tenso y comencé a levantarme de mi escondite para llamar al lobo.

Un punto brillante de luz roja apareció en la piel del lobo. Hubo un sonido sordo, algo que apenas pude oír, como si alguien tosiera educadamente. El lobo dio una sacudida cuando un fogonazo azul se estrelló contra su piel, y luego la bestia tropezó y cayó al suelo. Durante un momento intentó volver a ponerse en pie e intentó coger el dardo que le habían clavado en la ijada. El lobo perdió el equilibrio, se tambaleó a un lado y cayó. El pecho le subía y bajaba, una de sus patas traseras se movía nerviosamente. Creo que vi los ojos de la bestia, los ojos de Billy, posados en mí durante un instante, y luego se le pusieron vidriosos y se cerraron.

—Buen disparo —dijo una voz tensa y profunda. Hubo un movimiento en el círculo de árboles de hoja perenne, y luego Denton apareció, caminando a través del césped hacia el lobo caído. Su pelo corto y oscuro seguía immaculadamente rígido. No le vi las venas de la frente, a pesar de la luz brillante. Era un cambio sutil, uno de tantos. Llevaba el nudo de la corbata aflojado. La chaqueta desabrochada. Se movía con menos acero en la columna vertebral y más fuego en el estómago. Tenía una cualidad animal, una seguridad y una ferocidad que no le había visto antes, y lo que significaba era mucho más revelador que los cambios de su apariencia física.

Su moderación había desaparecido. Los últimos restos de duda o remordimiento que le habían permitido mantener el control de sí mismo, cierto control sobre los otros *hexenwulfen*, se habían esfumado tras el delirio de sangre en el garaje de la Luna Llena. Ahora estaba en todas sus líneas de expresión, en cada paso que daba y en cada parpadeo de sus ojos.

El hombre se había convertido en un depredador.

Detrás de él aparecieron el resto de los *hexenwulfen*; Benn, ahora vestida solo con

una camisa blanca y una falda gris, sus piernas oscuras y musculosas a la luz de la luna; Harris, con sus grandes orejas de soplillo, sus pecas que eran como puntos oscuros contra su piel blanca, su gesto inquieto y hambriento; y Wilson, con su traje arrugado, con la camisa desabrochada y la barriga que le sobresalía por el cinturón de piel oscura que llevaba alrededor de la cintura. Lo acarició con sus gruesos dedos. Su boca dibujaba una mueca extraña y peligrosa.

Denton avanzó por el césped hacia el lobo caído y le dio un puntapié.

—Seis —dijo—. ¿Has contado seis?

—Seis —confirmó Benn con voz ronca—. ¿Podemos llevárnoslos ahora?

Se puso al lado de Denton y se apretó contra él, levantando una pierna y frotándola contra su cuerpo hasta que el muslo le quedó al descubierto.

—Todavía no —dijo Denton. Miró a su alrededor con aire pensativo, y mi mirada siguió a la suya. Esparcidos en un círculo de unos cincuenta metros de diámetro había varios bultos oscuros que me habían parecido hendiduras en el terreno, sombras proyectadas por la luna y las luces. Volví a mirar y de repente comprendí, asustado, que no eran hendiduras. Eran los lobos, mis aliados. El trozo oscuro en el que Billy había estado corriendo dio un pequeño quejido y me pareció ver un destello de luna en el abrigo ámbar oscuro de Georgia. Miré a mi alrededor y conté a los caídos.

Seis. No podía distinguirlos bien, no podía decir cuál era Tera, si es que era alguno de ellos, pero conté seis lobos caídos en el suelo. Están todos, pensé, cagado de miedo. Se habían cargado a todos.

—Vamos —dijo Harris con voz tensa—. MacFinn no va a venir, que se joda. Saquémoslos fuera y busquemos a Dresden.

—Conseguiremos tu cinturón muy pronto, chaval —resopló Wilson acariciando con sus dedos el cinturón de piel que llevaba sobre la barriga—. Si no hubieses sido tan estúpido para perderlo

Harris gruñó, y Denton se quitó a Benn de encima y se puso entre los dos hombres.

—¡Callaos! Ya. No tenemos tiempo para esto. Harris, iremos a por el mago en cuanto podamos. Wilson, cierra tu boca si quieres conservar la lengua. Y separaos.

Los hombres refunfuñaron en voz baja, pero se alejaron los unos de los otros.

Me lamí los labios. Estaba temblando. La pistola me pesaba en la mano. Eran cuatro, pensé. No estaban a más de diez metros. Podría empezar a disparar ahora mismo. Si tenía suerte, podría cargármelos a todos. Eran hombres lobo, pero no eran invencibles.

Quitó el seguro de la pistola e inspiré. Era una locura, y lo sabía. La vida no es como en las películas. Seguramente no podría dispararlos a todos antes de que se batieran en retirada y me devolvieran los disparos. Pero no tenía elección.

Denton se dirigió hacia el primer montículo, con su ingenioso templo en ruinas, y

agitó la mano.

—De acuerdo —gritó—. Están todos.

Un par de sombras aparecieron en las luces que brillaban en el templo, y luego bajaron por la colina hacia Denton y los *hexenwulfen*. Marcone iba vestido con una camisa de franela, vaqueros y un chaleco de cazador, y en una mano llevaba un rifle reluciente con una enorme mira montada. Hendricks, que caminaba a su lado en un silencio exageradamente musculoso, iba vestido en lo que parecía un traje de faena militar, y llevaba la pistola que había visto antes, un cuchillo y otros artilugios. Los ojos de Hendricks miraban a Denton y a sus socios con recelo.

Miré a Marcone, asombrado. Tardé un momento en salir de mi impresión y entender lo que estaba ocurriendo. Marcone no lo sabía. No sabía que Denton y compañía iban a por él. Debían de haberle echado la culpa de los otros asesinatos a MacFinn y a los Alfas.

Así que ahora Denton tenía a Marcone y a los Alfas. En cuanto llegara MacFinn, podría matar a todos los que quería ver muertos, a todos lo que sabían lo que estaba sucediendo, y podría inventarse la historia que le viniera en gana. Todos menos yo, claro. Aún no me había puesto las manos encima.

—Están todos los que vimos en los monitores —corrigió Marcone—. La cámara seis en la parte posterior de la propiedad no funcionaba bien. El señor Dresden y los fallos técnicos suelen ir de la mano.

¡Maldita sea!

—¿Está seguro de que el mago no es uno de ellos? —preguntó Denton—. ¿Uno de esos lobos?

—No lo creo —respondió Marcone—. Pero supongo que cualquier cosa es posible.

Denton frunció el ceño.

—Entonces no está aquí.

—Si realmente le desafió, está aquí —dijo Marcone lleno de confianza—. Estoy seguro.

—¿Y se quedó mirando como disparábamos a sus amigos lobos? —preguntó Denton.

—Los lobos corren más rápido que los hombres —observó Marcone—. Probablemente aún no les ha alcanzado. Incluso podría estar mirándonos en este momento.

—Le da demasiado crédito —dijo Denton. Pero vi que sus ojos recorrían instintivamente la oscuridad del bosque. Si me levantaba, me estaría mirando de frente. Me quedé inmóvil, aguanté la respiración.

—¿Usted cree? —sonrió Marcone, y se inclinó hacia abajo para arrancar el dardo de la ijada peluda de Billy—. El efecto de los tranquilizantes no tardará mucho en

desaparecer. Debemos tomar decisiones, caballeros. Y si quieren cumplir su parte del trato, será mejor que obtengan resultados.

No sé si Marccone se dio cuenta de la tensión repentina de Benn, la forma en que deslizó sus manos sobre su estómago, pero yo sí.

—Matemos a esos perros ahora —dijo en voz baja y acalorada—. Nos evitaremos complicaciones más tarde.

Marccone chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—No. Dejemos que MacFinn los despedace cuando llegue, y así los forenses no se molestarán en buscar tranquilizantes. Si lo hace uno de vosotros, los forenses empezarán a hacer preguntas incómodas. Y creo que esa era la razón por la que me ofrecieron el trato. Evitar preguntas.

Benn hizo un mohín con los labios, y los pezones se le endurecieron bajo la camisa blanca.

—Odio a la escoria como usted, Marccone —ronroneó, deslizando la mano desde su muslo hasta la cadera y bajo los botones de su camisa. Marccone entrecerró los ojos y, como si estuviera conectado con el señor del crimen por telepatía, Hendricks hizo un gesto sencillo, un movimiento con el antebrazo, y puso una bala en la recámara de su pistola con un frío clic-clac.

Denton miró a Marccone y agarró a Benn por la muñeca. La mujer se tensó durante un segundo, resistiéndose, pero luego permitió que Denton le apartara la mano del cinturón que sin duda llevaba bajo la camisa. Denton la soltó, y Benn bajó las manos, visiblemente relajada. Marccone y Hendricks ni siquiera parpadearon. Sin duda estaban acostumbrados a situaciones delicadas como aquella.

Solté la respiración que había estado aguantando durante todo aquel tiempo. Seis contra uno y listos para la lucha. Si los atacaba ahora, no tenía la menor posibilidad. Si intentaba moverme, desaparecer entre los árboles, se darían cuenta de mi presencia. *¡Maldita sea!*

Denton volvió a echar una ojeada a los árboles, y volví a aguantar la respiración.

—No se preocupe, Marccone —dijo—. Le entregaremos al mago en cuanto lo cojamos. Sin preguntas.

—En ese caso —respondió Marccone— sugiero que empiecen a buscarlo mientras yo hago los preparativos para la llegada del señor MacFinn. Por favor, recuerden que quiero a Dresden vivo, si es posible.

Se me hizo un nudo en la garganta, y si no hubiera estado conteniendo la respiración, creo que habría soltado un chillido. ¿Qué diablos quería John Marccone de mí, tras el incidente en el aparcamiento del garaje? Nada bueno, sin duda. No quería pensar en ello. *Maldita sea, maldita sea.* Esta noche era cada vez más espeluznante.

—Por supuesto, señor Marccone —dijo Denton en un tono demasiado educado—.

¿Tiene alguna sugerencia sobre dónde podemos empezar a buscar?

Marcone ignoró el sarcasmo, encendió el interruptor de su rifle y señaló despreocupadamente a la línea de árboles.

—Por allí estará bien.

El punto rojo del láser se posó en una hoja a quince centímetros a la izquierda de mi cabeza, y el débil latido de miedo en mi pecho se transformó en un terror glacial.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Capítulo 29

Si huía, me verían y me perseguirían, y seguramente me harían trizas. Si me quedaba en mi escondite, me encontrarían y luego me harían trizas, o me dispararían; o me darían un tranquilizante y me entregarían a Johnny Marcone. Una limitada gama de posibilidades, pero no iba a conseguir ninguna mejor quedándome ahí sentado. Así que me levanté y comencé a adentrarme en el bosque con la semiautomática confiscada en la mano.

—Un momento —dijo Denton—. ¿Habéis oído eso?

—¿Qué? —preguntó Benn. Pude oír la tensión en su voz, y me esforcé por no hacer más ruido mientras me apresuraba a refugiarme en los árboles más frondosos.

—Silencio —gruñó Denton, y me quedé inmóvil. Durante unos instantes, el viento y la lluvia fueron los únicos sonidos en la fría noche de otoño—. Allí —dijo Denton al cabo de un momento—. Creo que lo he oído en aquella dirección.

—Podría ser un mapache. Una ardilla. O un gato —sugirió Wilson.

—No sea inocente —dijo la voz de Marcone, teñida de desprecio—. Es él.

Se oyó el sonido inmediato de la corredera de una pistola, una bala que metían en la recámara.

—¡Avanzad! —ordenó Denton—. Por allí. Dispersaos y le cogeremos. Id con cuidado. No sabemos lo que es capaz de hacer. No os arriesguéis.

Su voz se iba acercando, y casi echo a correr. Hubo un coro de sonidos de asentimiento, y otro par de armas que se preparaban. Unos pasos se acercaron hacia mí a través del césped.

Después de eso, eché a correr. Me puse en pie y corrí todo lo agachado que pude. Se oyó un grito detrás de mí y el ladrido de una pistola que se disparaba. Apunté con la semiautomática, temeroso de devolverles los disparos por miedo a herir a Tera o a uno de los Alfas por error, y apreté el gatillo dos veces. Los disparos debieron de sorprenderles, porque Denton y los otros se refugiaron en los árboles más cercanos.

Seguí adentrándome en el bosque, ordenando mis ideas. Había ganado un poco de tiempo, ¿pero tiempo para hacer qué? Correr solo me llevaría hasta un muro de piedra. No podría escalarlo con un pie malo y un hombro herido. Y no podría seguir haciendo de conejo durante mucho tiempo antes de que me encontraran.

¡Maldita sea!, pensé. No soy un conejo.

Ya era hora de que los cazadores se convirtieran en la presa. Seguí avanzando, en silencio y con determinación. Miré a mi alrededor, buscando el lugar que necesitaba. Lo encontré casi de inmediato, un hueco curvado hacia dentro en la base de un árbol grande, y me deslicé dentro, acurrucándome en el abrazo del bosque. Bajé la cabeza, escondiendo la palidez de mi rostro y el brillo del blanco de los ojos. Y escuché.

Se acercaron sigilosamente, sin luces que parpadearan. Quizá Denton y sus

amigotes estaban acostumbrándose a la oscuridad. Avanzaban en una línea irregular, separados unos de otros unos veinte o treinta pasos, pero manteniéndose casi paralelos. Por el sonido de los pasos, todavía no iban a cuatro patas, gracias a Dios. Si se hubieran transformado en lobos me habrían atrapado, por supuesto, pero ahora aún les quedaban las manos libres para llevar pistolas. Todo tiene sus pros y sus contras, supongo.

Contuve la respiración cuando los pasos se me acercaron. Los tenía a tres metros. Luego a uno. Sentí que el arbusto se movía cuando alguien pasó por delante de mí a menos de medio metro, y las hojas me rozaron. Se pararon justo allí, y olfatearon. Pensé en el olor de mi nueva chaqueta de cuero y apreté un poco las mandíbulas; la tensión me hizo vibrar y me temblaron las piernas.

Pasaron diez mil millones de años. Y entonces quienquiera que fuese siguió caminando y pasó por delante de mí. Habría soltado un suspiro de alivio si la parte más peligrosa de mi plan no estuviera por venir.

Me levanté de mi escondite, di unos pasos adelante y puse el cañón de la semiautomática en la nuca de la persona que tenía delante. Era Denton. Arqueó la espalda y aspiró, sobresaltado.

—Silencio —susurré—. No te muevas.

Denton murmuró entre dientes, pero se quedó inmóvil.

—Dresden. Debería matarte ahora mismo.

—Inténtalo —dije, y tiré para atrás el percutor de la pistola con el pulgar—. Pero después del ruido, acuérdate de seguir por el túnel hacia la luz.

Los hombros de Denton se movieron un poquito y dije:

—No muevas los brazos. Intenta coger el cinturón y te mataré antes de que te hayas transformado, Denton. Suelta la pistola.

Denton movió los dedos para cerrar el seguro de su pistola y la dejó caer.

—No está mal, Dresden —dijo—. Pero esto no te hará ningún bien. Baja la pistola y hablemos.

—Menudo piquito de oro —dije—. ¿Os enseñan eso en el FBI?

—No lo compliques más de lo necesario, Dresden —dijo Denton con voz monótona—. No puedes salir de esta.

—Siempre dicen lo mismo —respondí y usé mi mano libre, aunque me tembló un poco, para agarrarle firmemente por el cuello de la camisa—. Tengo el brazo un poco débil —dije—. No hagas nada para que me equivoque.

Sentí que el cuerpo se le tensaba.

—¿Qué estás haciendo, Dresden?

—Tú y yo vamos a darnos la vuelta —dije empujando un poco la pistola contra su cuello para recalcar mis palabras—. Y luego ordenarás a tu gente que salga de los árboles y se ponga a la vista. Cada uno te llamará desde allí para que yo sepa que

están delante, y luego iremos a verlos.

—¿Qué esperas conseguir con eso, Dresden? —preguntó Denton.

Le solté el cuello, me apreté contra él y le quité el cinturón de piel de lobo que llevaba puesto en la cintura. Vi que su mandíbula se movía mientras le quitaba el cinturón, pero se quedó quieto, con las manos en el aire.

—Iba a hacerte la misma pregunta, Denton —respondí—. Ahora diles a tus amiguitos que salgan de los árboles.

Denton podía ser un tío frío, quizá un chivato traidor, tal vez un asesino, pero estaba claro que no era idiota. Llamó a los otros tres agentes y les dijo que salieran de los árboles.

—¿Dent? —preguntó Wilson—. ¿Estás bien?

—Haced lo que os digo —respondió Denton—. Todo quedará claro dentro de un minuto.

Le obedecieron. Oí que salían del bosque y le llamaban desde el césped bien cortado.

—Ahora —dije— camina. No tropieces, porque te juro por Dios que prefiero volarte la tapa de los sesos por un malentendido que arriesgarme a que me pongan una trampa y me maten.

—Quizá deberías poner el seguro —dijo Denton—. Porque si me matas, nunca saldrás de aquí con vida.

Odio que los malos tengan razón, pero elegí arriesgarme a que Denton saliera disparado por los aires y dejé el seguro donde estaba. Me eché el cinturón de piel al hombro, volví a coger a Denton por el cuello y dije:

—Camina.

Obedeció. Salimos de la profunda oscuridad del bosque hacia la luz.

Me mantuve en el borde de la oscuridad y me apoyé en el tronco de un árbol. Coloqué a Denton entre los malos y yo. Estaban dispersos en un semicírculo a unos diez metros de distancia, y todos llevaban pistolas. Tendrían que ser unos tiradores de primera para darme con la forma sólida y corpulenta de Denton delante de mí y las sombras que me ocultaban, pero no me arriesgué. Me agaché detrás de él de forma que solo se me viera un trozo de la cabeza y un ojo. Al menos de ese modo, pensé, si me disparaban, no lo sentiría.

—Eh, hola chicos —dije de forma poco convincente—. Tengo a vuestro jefe, soltad las pistolas, quitaos los cinturones y alejaos de ellos lentamente, o le mato.

Una parte de mí, probablemente la más inteligente, lamentó mi reacción y comenzó a catalogar el número de leyes federales y nacionales que estaba infringiendo por coger como rehén a un miembro del FBI y amenazar con matarle e intentar coger a otros tres como rehenes. Dejé de contar cuando llegué a diez, y esperé la respuesta de los *hexenwulfen*.

—¡Vete al diablo! —gruñó Benn. La mujer joven de pelo plateado soltó la pistola y se arrancó la camisa, revelando un torso impresionante en muchos sentidos, y otro cinturón de lobo—. Te voy a arrancar tu puta garganta.

—Deborah —dijo Denton con voz tensa—. No, por favor.

—Vamos, zorra —gruñó Harris. Sus grandes orejas creaban unas pequeñas sombras con forma de media luna a ambos lados de su cabeza—. Si Denton la palma nos darán un ascenso. Diablos, el mago probablemente te disparará de todos modos.

Benn se giró hacia Harris y levantó las manos como si fuera a estrangularle, con los dedos apretados como garras.

—Callaos —ordené—. Los dos. Soltad las pistolas. ¡Ya!

Harris me dijo con desprecio:

—No lo harás, Dresden. No tienes agallas.

—Roger —dijo Denton muy tranquilo—. Eres un idiota. El hombre está acorralado. Ahora suelta tu pistola.

Parpadeé, sorprendido por el apoyo inesperado. Me hizo sospechar de inmediato. Que Marcone estuviera fuera de mi vista no significaba que no pensara en él. ¿Dónde estaba? ¿Agazapado en alguna parte, apuntándome con el rifle? Me mantuve alerta ante posibles puntos rojos brillantes.

—Exacto —confirmé la declaración de Denton—. Eres un idiota. Suelta la pistola. Tú también, Wilson —añadí mirando al gordo agente—. Y tú y Benn quitaos los cinturones. Dejadlos en el suelo.

—Obedeced —confirmó Denton, y me puse un poco más nervioso. Ahora el hombre estaba relajado, no oponía resistencia. Su voz era firme, confiada, convincente. Aquello no me gustaba nada. La manada de Denton obedeció a regañadientes. Benn tiró el cinturón al suelo de la misma forma que Scrooge dejaría caer una ristra de diamantes, con un dolor visible. Wilson refunfuñó mientras se desabrochaba el cinturón, y su barriga cayó un poco cuando se quitó la hebilla. Lo dejó en el suelo al lado de su pistola. Harris me miró, pero también bajó la pistola.

—Ahora, que todo el mundo retroceda.

—Sí —dijo Denton—. Harris, Wilson. Retroceded a los árboles y sacad lo que hemos dejado allí.

—¡Eh! —exclamé—. ¿De qué diablos estás hablando? Que nadie se mueva. — Harris y Wilson me sonrieron abiertamente y comenzaron a caminar hacia los árboles—. Volved aquí.

—Dispárales, Dresden —dijo Denton— y tendrás que dejar de apuntarme con la pistola. Creo que entonces podré atacarte. Eres ingenioso e inteligente, pero también estás herido. No creo que puedas ganarme en un combate cuerpo a cuerpo.

Miré entre los dos hombres y Denton.

—¡Maldita sea! —dije—. ¿Qué estás tramando, Denton? Si intentas algo raro, lo

que sea, no vivirás para lamentarlo.

—Estoy en el FBI. No hago nada que pueda calificarse de raro, señor Dresden.

Refunfuñé entre dientes y sentí que la boca de Denton dibujaba una sonrisa.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué te metiste en este asunto de los cinturones? ¿Por qué lo haces?

Denton comenzó a encogerse de hombros, pero evidentemente se lo pensó mejor.

—Demasiados años viendo a hombres como Marccone riéndose de la justicia. De ver cómo hacen daño a la gente, de ver la muerte y la miseria que él y otros tipos como él están causando. Estaba cansado de mirar. Decidí detenerlo. Y a otros hombres como él.

—Matándoles —dije.

—Me dieron el poder. Lo usé.

—¿Qué le da derecho a decidir sus muertes?

—¿Qué le da derecho a ellos —preguntó Denton— a matar? ¿Debo quedarme de brazos cruzados y dejar que asesinen, Dresden, si puedo evitarlo? Tengo el poder, y la responsabilidad de usarlo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír aquellas palabras con las que tanto me identificaba.

—¿Y las otras personas? ¿Los inocentes que ha matado?

Denton dudó. Su respuesta fue tranquila.

—Fue una desgracia. Un accidente. Nunca fue mi intención.

—Los cinturones no solo te hacen peludo, Denton. Te cambian la manera de pensar. La forma de actuar.

—Puedo controlar a mi gente —comenzó a decir Denton.

—¿Cómo hiciste el mes pasado? —pregunté.

Tragó saliva, y no dijo nada.

—Y lo sabías, ¿verdad? Sabías que lo averiguaría. Por eso me enviaste al garaje de la Luna Llena.

La venita de su frente palpitó.

—Tras las muertes, me avisaron sobre un consejo de administración, como una policía mágica. El Consejo Blanco. Que trabajabas para ellos.

Casi reí.

—Sí, bueno, alguien te contó una parte de la historia, Denton. Por eso destruiste el círculo de MacFinn ¿verdad? Necesitabas un tonto y volviste loco a MacFinn sabiendo que el Consejo Blanco sospecharía de él. Los Lobos Callejeros para los polis, y MacFinn para el Consejo.

Denton gruñó.

—Sacrificios necesarios. Teníamos que hacer nuestro trabajo, Dresden.

—¿Ah, sí? Puesto que soy uno de los sacrificios mencionados, no puedo estar de

acuerdo contigo —dije—. Al cuerno con la ley ¿verdad? Eso es lo que estás diciendo, que estás por encima de la ley. Como Marccone.

Denton volvió a ponerse tenso y giró un poco la cabeza. Como si estuviera escuchando. Le presioné. Desesperado por convencerlo. Quizá pudiera salir de aquel lío, después de todo.

—Esos cinturones, tío, el poder que te han dado. Está mal. No puedes controlarlo. Se te ha metido en la cabeza y no piensas con lucidez. Déjalos. Aún puedes salir de esta, hacer lo correcto. Vamos, Denton. No eches por la borda todo aquello por lo que has luchado todos estos años. Hay una manera mejor de hacer las cosas.

Denton permaneció callado durante mucho rato. Harris y Wilson desaparecieron en el círculo de pinos. Benn nos miraba con ojos brillantes, su cuerpo musculoso y firme a la luz de la luna, sus pechos hermosos distraían la atención cuando respiraba. Miraba alternativamente al cinturón de piel que estaba en el suelo y a nosotros, y sus pechos se endurecieron.

—Mírala —dije—. Esos cinturones son como una droga. ¿Es esa la clase de persona que era? ¿Es esa la clase de persona que quieres ser? Wilson, Harris, ¿siempre fueron como son ahora? Os estáis convirtiendo en monstruos, tío. Tienes que salir de esta. Antes de que te vuelvas completamente loco.

Denton cerró los ojos. Luego sacudió la cabeza una vez.

—Es un hombre decente, señor Dresden. Pero no tiene ni idea de cómo funciona el mundo. Lamento que se haya cruzado en nuestro camino. —Volvió a abrir los ojos—. Sacrificios necesarios.

—Maldita sea —dije—. ¿No ves que esto no te beneficiará en nada? Aunque nos liquides a todos esta noche, Murphy averiguará lo que ha pasado.

Denton me miró y repitió, como un mantra:

—Sacrificios necesarios.

Tragué saliva y, de repente sentí mucho frío. La manera en que Denton pronunció aquellas palabras fue espeluznante, tan calmada, tan racional. No había la menor sombra de duda en él, cuando debería estar asustado. Solo los tontos y los locos tienen esa clase de certidumbre. Y ya me había dado cuenta de que Denton no era tonto.

Harris y Wilson salieron de los árboles llevando algo entre ellos. Alguien encapuchado, atado de brazos y piernas. Harris llevaba un cuchillo en una mano y lo había puesto en la base de la capucha, que era una funda de almohada. Sus grandes orejas y sus pecas no pegaban con la arrogancia con que agarraba el cuchillo.

—Maldito seas —dije en voz baja. Denton no dijo nada. Los ojos de Benn resplandecieron a la luz de la luna, brillantes y desprovistos de todo lo que no fuera lujuria y hambre.

Los dos agentes trajeron al prisionero, y Wilson dejó caer las piernas. Harris

mantuvo el cuchillo firme mientras el hombre gordo quitó la capucha, pero yo ya había visto la forma del brazo del prisionero.

La cara de Murphy estaba pálida, la luz de la luna teñía de plata su cabello dorado, que le caía por los ojos. Tenía la boca tapada con un trapo o cinta adhesiva, una de las dos cosas; tenía sangre coagulada en uno de los orificios nasales, y un moratón en un ojo. Parpadeó un momento y luego le dio una patada a Wilson. Con las piernas atadas era ineficaz, y cuando Harris gruñó y apretó el cuchillo contra su garganta, dejó de forcejear. Sus ojos azules miraron con furia a Harris y luego a Wilson. Y luego me vio y los abrió como platos.

—Máteme, señor Dresden —dijo Denton tranquilamente— y Harris le cortará la garganta a la teniente Murphy. Benn irá a coger su pistola, y Wilson también. Seguramente le matarán. Y luego matarán a esos lobos que ha traído con usted, sus aliados. Pero aunque nos mate a todos primero, Murphy morirá, y usted estará en posesión del arma que mató a cuatro agentes del FBI.

—¡Cabrón! —dije—. Eres un cabrón de sangre fría.

—Sacrificios necesarios, señor Dresden —dijo Denton, pero ya no era una frase tranquila. Era impaciente, el calor rodeaba las palabras como las manos de un amante—. Suelta su pistola.

—No —dije—. No la soltaré.

No iba a matar a otro poli. ¿O sí?

—Entonces Murphy morirá —dijo Denton—. Harris.

El chaval pelirrojo juntó los hombros y Murphy intentó gritar a través de la mordaza. Grité y apunté a Harris con la pistola.

Denton me dio un codazo en el estómago y luego un puñetazo en la nariz. Vi las estrellas. Disparé la pistola, pero, entonces, Denton me dio un manotazo y me pegó otro golpe en la garganta que me envió al suelo, incapaz de respirar ni de moverme.

Denton se detuvo para recoger la pistola y dijo:

—Debió haberme disparado mientras tuvo la oportunidad, señor Dresden, en lugar de moralizar. —Me apuntó con el arma y sus labios se curvaron en una sonrisa lenta, hambrienta—. Hay una bonita luna esta noche —dijo—. Me recuerda una historia. ¿Cómo era...?

Intenté decirle dónde podía meterse la luna y su historia, pero solo me salió un grito ahogado. No podía moverme. Me dolía demasiado.

Denton echó para atrás el gatillo con el pulgar, apuntó a mi ojo izquierdo y dijo:

—¡Ah, sí!: «Soplaré y soplaré y tu casita derribaré». Adiós, mago.

Muerte por cuento infantil. Diablos.

Capítulo 30

El cañón de la pistola de Denton parecía más grande y profundo que la deuda nacional. Los ojos grises de Denton brillaban al mirarme, y la decisión de apretar el gatillo los atravesó como un rayo. Antes de que lo hiciera, le miré fijamente, me incliné hacia él con un repentino grito de dolor en las sienes y lo encerré en una lectura de almas.

Como siempre, fue una sensación precipitada, un movimiento hacia delante y luego hacia abajo, como si se me tragase un remolino. Metí la sensación en la cabeza de Denton, y una breve sombra de duda cruzó mi mente.

Quizá habría sido mejor dejar que me disparara que entrar en el alma de Denton.

No puedo describir muy bien lo que encontré. Intenta imaginar un lugar, una estructura hermosamente ordenada, como el Partenón o Monticello. Imagina que todo está equilibrado, que todo está proporcionado, que todo es suave y seguro. Ponle cielos azules, prados verdes, nubes blancas, flores, y niños corriendo y jugando.

Ahora, añade doscientos años de desgaste natural. Quítale el brillo a los bordes de la foto. Redondea un poco las esquinas. Imagina manchas de agua y lugares erosionados por el viento. Pinta los cielos de marrón y ponles niebla con humo. Mata los prados y sustitúyelos por hierbajos altos y feos. Corta las flores y, en su lugar, deja solo rosales secos, esqueléticos. Convierte a los niños en adultos alcohólicos de rostros demacrados por la desesperación y el odio, y colorados por la bebida; y a las niñas en ramerías cansadas, hastiadas, de rasgos duros, ojos fríos y calculadores. Dale a ese bello lugar un aura de cólera y abandono salvaje, donde los transeúntes miren las sombras como gatos salvajes, dispuestos a abalanzarse sobre ellas.

Y luego, después de todo eso, después de que todas las dificultades del mundo que habita un poli estén justamente representadas, cubre todo con un lodo espeso y pegajoso que huela como los pantanos y demás lugares que atraen a las moscas pardas. Dale una mano de pintura que resalte la mugre, el deterioro, la desesperación que lo rodea, que lleve ese doloroso deterioro a su máxima expresión. El lodo hace las cosas más fuertes, más amargas, más putrefactas, más pestilentes.

Ese era Denton por dentro. Un buen hombre, hastiado por los años y envenenado por el poder que le estaba controlando, un buen hombre que había sido enterrado, y del que solo quedaba la mugre y la putrefacción. Hasta que la existencia del hombre que había sido solo era un recuerdo amargo que hacía que el tipo que ahora era pareciera aún más perdido.

Entendía el dolor y la rabia de Denton, y entendía que el poder oscuro que había tomado le hubiera llevado hasta el límite. Había una imagen suya arrodillado a los pies de alguien mientras le daban un cinturón de piel de lobo, y luego desapareció. Conocer al hombre que había sido una vez me hizo entender a la bestia en que se

había convertido, toda la violencia, el hambre y el ansia.

Las lágrimas me rodaron por las mejillas, y me estremecí violentamente. Podía compadecerme de Denton y de los otros, pero ahora, más que nunca, me asustaban lo indecible. La lectura de almas me había regalado unos cuantos segundos, pero ¿bastarían para evitar que Denton me volara la tapa de los sesos?

Denton me miró fijamente cuando la lectura de almas terminó. No estaba reaccionando bien a lo que había visto dentro de mí. Estaba pálido y le temblaba la mano. El cañón de la pistola oscilaba de un lado para otro. Levantó la otra mano para limpiarse unas gotas de sudor frío de la cara.

—No —dijo Denton, y vi el blanco de sus ojos alrededor de su iris gris—. No, mago. —Levantó la pistola—. No creo en el Infierno. No te lo permitiré. —Entonces gritó a todo pulmón—: ¡No te lo permitiré!

Me puse tenso, preparándome para un fútil intento de apartarme del camino de una bala veloz.

—Sí —dijo una voz tranquila—. Lo harás.

Un punto rojo brillante apareció justo en medio del pecho de Denton, alegre como una luz de Navidad. Giré la cabeza y vi a Marccone andando a través del césped con su arma apuntando firmemente a Denton, y Hendricks a su lado. Los lacayos de Denton miraban a Marccone con ojos brillantes. Murphy estaba estirada en el césped con los pies hacia mí y la cabeza a un lado. No podía ver en qué estado se encontraba, y el miedo y la frustración se apoderaron de mí.

—Marccone —dijo Denton. Se puso derecho y entrecerró los ojos—. Escoria traicionera.

Marccone chasqueó la lengua.

—Nuestro trato era que me lo traería vivo. No que lo ejecutaría. Además, quizá debería repensarse la decisión de usar sus propias armas. Deje que MacFinn le mate cuando llegue.

—Si llega —gruñó Denton.

—Mis observadores —dijo Marccone— me dicen que los animales que envié con ellos se han vuelto locos de miedo hace un par de minutos, a cinco kilómetros al oeste. Creo que no tardará mucho en llegar, señor Denton. —Sonrió abiertamente, pero sus ojos verdes del color del dinero se endurecieron—. Ahora, ¿podemos dejar de pelearnos y concluir este asunto?

Marccone bajó el rifle y apagó la mira láser.

Denton me miró a mí y luego a Marccone, y vi la oscuridad detrás de sus ojos, lista para salir.

—Marccone —dije—. Dispárole. Ahora.

—Creo que ya hemos tenido bastante con sus intentos de «divide y vencerás», señor Dresden —dijo Marccone con voz aburrida—. Acepte su derrota con elegancia.

Denton esbozó una sonrisa lenta mientras seguía apuntándome a la cabeza. Levanté la voz un par de notas de alarma.

—Lo digo en serio, John. De verdad. Lo único que quieren es matarle.

—Qué consuelo más vulgar —respondió Marcone—. Agente Denton, tenemos que ocuparnos de un par de detalles. Baje la pistola y ocupémonos de ellos.

—No creo —dijo Denton. Y apuntó con la pistola a Hendricks y empezó a apretar el gatillo. La pistola rugió tantas veces, tan rápido, que no sé cuantos disparos hizo.

Hendricks se tambaleó hacia atrás y cayó de espaldas, por la fuerza de las balas que le golpeaban. No tuvo tiempo de retorcerse, y mucho menos de gritar, y cayó como si fuera un árbol talado. Lo sentí en la tierra cuando su enorme cuerpo golpeó el suelo.

Marcone comenzó a levantar su pistola, pero Wilson y Harris se abalanzaron sobre su espalda y lo tiraron al suelo, golpeándole con los puños. Marcone se revolvió como una anguila y logró escabullirse, pero Denton le cortó el paso y le clavó la pistola en la cara.

—Ya basta —dijo con voz ronca—. Cogedlos a todos y llevadlos al foso. MacFinn llegará en cualquier momento.

Aproveché la oportunidad para intentar escabullirme sin que me vieran, pero un par de piernas desnudas, musculosas y femeninas se interpusieron en mi camino. Las recorrí con la mirada, pasando por la falda hasta llegar a un magnífico torso de pechos desnudos rodeado de un cinturón de piel de lobo, y luego a una cara dominada por unos ojos que se habían vuelto espeluznantes, por la falta de cualquier atisbo de sensibilidad. Benn me sonrió, me puso un pie en el hombro herido, y con un giro sádico de su tobillo y un empujón de su pierna musculosa me envió una punzada de dolor agudo que me recorrió todo el cuerpo, haciendo que me desplomara en el suelo.

Recuerdo que me arrastraron por el terreno. Entramos en el círculo de árboles de hoja perenne, y recuerdo que pensé que cualquier sonido procedente de aquel círculo de pinos quedaría amortiguado por sus ramas y sus agujas, y más aún por los árboles que rodeaban la propiedad, así como por el alto muro de piedra. Los disparos, por ejemplo, seguramente ni siquiera se oirían fuera de la propiedad. Fue el pensamiento más lúcido que tuve mientras mi hombro explotaba.

Lo siguiente que recuerdo es que alguien me empujó bruscamente hacia delante. Caí de bruces en la gravedad desapasionada, y cuando por fin pude aspirar, toqué agua. Solo tenía unos quince o veinte centímetros de profundidad, y el fondo estaba cubierto de barro suave. Primero me sentí un poco mal por estropear mi abrigo de cuero, pero luego me hundí en el agua. Mis manos se deslizaron por el barro y se quedaron allí clavadas. El agua fría borboteaba alrededor de mi cara, y durante un momento sentí una sensación agradable en el hombro herido.

Alguien me agarró por el cuello, me sacó del agua y me sentó. Las manos me

sujetaron para que no me cayera, y me quedé allí sentado con la cabeza dándome vueltas hasta que pude alzar la vista para ver quién era.

Murphy puso una rodilla en el agua y me echó para atrás el pelo húmedo.

—Dresden —dijo—. ¿Estás bien?

Miré a mi alrededor. Estaba en el fondo de un foso enorme, un cuadrado de unos seis metros de profundidad y el doble de ancho. El agua embarrada, quizá por la lluvia, cubría el fondo del foso, y la luna teñía su superficie de color marrón plateado. Directamente encima del centro del foso, a unos doce metros por encima de mí, había un cuadrado de tablones de madera de unos dos metros por dos. Era la plataforma de un cazador, suspendida por unas cuerdas que salían del círculo de árboles de hoja perenne que rodeaban el foso. Vi las copas de los árboles contra la luna y las nubes.

—Dresden —repitió Murphy—. ¿Estás bien?

—Estoy vivo —respondí. La miré durante un segundo y luego dije—: Creí que te habían matado.

Sus ojos azules brillaron un instante. Tenía el pelo alborotado, y sus vaqueros y la camisa de franela estaban arrugados y empapados de agua embarrada. Temblaba de frío.

—Yo también lo creí. Pero pararon en cuanto Denton te cogió, y me tiraron aquí. No entiendo por qué no lo hicieron ellos mismos, en lugar de dejárselo a MacFinn.

Hice una mueca.

—Intentan que el Consejo Blanco no les siga la pista —dije—. Denton quiere que MacFinn cargue con todas las muertes. Creo que se ha vuelto loco.

—Siempre acabo en los lugares más bonitos cuando voy contigo, Dresden.

—Estabas atada —dije—. ¿Cómo te has soltado?

—Tuvo ayuda —dijo alguien arrastrando las palabras—. Para lo que le va a servir.

Me giré y vi a una desnuda y sucia Tera West sentada, con la espalda apoyada contra otro muro de barro. Había cinco formas empapadas e inmóviles a su alrededor, los Alfas transformados en lobos. Tera tenía las cabezas en su regazo, fuera del agua. Tenía un aspecto desaliñado y angustiado, y los acariciaba con delicadeza. Sus ojos ámbar estaban apagados.

—No lo entiendo —dije—. ¿Por qué nos han metido aquí? ¿Marcone tiene un foso en su jardín?

—Estaba planeando encerrar a MacFinn aquí hasta la mañana —respondió Tera—. Cuando fuera vulnerable.

—Un momento —dijo Murphy pensativa—. ¿Estás diciendo que Denton fue responsable de las muertes? ¿De todas?

—De una manera u otra, sí.

Puse a Murphy al tanto sobre Denton. La forma en que había conseguido los

cinturones para él y su gente, cómo había perdido el control del poder que le habían dado, y la trampa que había tendido a los Lobos Callejeros y luego a MacFinn.

Murphy empezó a soltar tacos.

—Esa era la pieza que me faltaba. Maldita sea. No me extraña que Denton tuviera tanto interés en mantenerte apartado del caso, y por qué quería encontrarte a toda costa después de la escena en casa de MacFinn. Por eso también llegaba tan rápido a todas partes; ya sabía que alguien había muerto.

Oímos gritos arriba, y vimos a Marcone balanceándose en el borde del foso. Le habían colgado de una cuerda. Tenía los ojos cerrados. Vi que lo levantaban en una serie de tirones cortos hasta que su cabeza inclinada chocó contra el extremo de la plataforma de cazador, y entonces lo dejaron allí.

—¿Qué diablos...? —exclamó Murphy con voz suave.

—El cebo —respondí. Cerré los ojos durante un momento—. Denton lo ha colgado como cebo para MacFinn. El *loup-garou* llega, salta para coger a Marcone, luego Denton corta la cuerda y MacFinn cae aquí.

—Con nosotros —dijo Murphy en voz baja. Se estremeció con más fuerza—. Van a soltar a esa cosa en el foso con nosotros. ¡Oh, Dios, Harry!

—Denton o uno de los suyos deben de haber hecho unas cuantas balas de plata —dije—. Dejan que MacFinn nos mate brutalmente y luego le disparan desde arriba. —Miré de reojo el borde del foso—. Un plan bastante bueno.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Murphy. Se abrazó con fuerza.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Nada —dijo Tera en voz baja. Murphy y yo nos giramos para mirarla. Uno de los Alfas se movía, Billy, quizá, y se tambaleó y cayó cuando intentó sentarse. Pero al menos podía mantener la cabeza fuera del agua—. Nada —repitió—. Nos han derrotado.

Cerré los ojos e intenté ordenar mis ideas, apartar el dolor y el cansancio y preparar algún plan. Murphy se sentó a mi lado, temblando. Su brazo me apretaba las costillas. Me abrí el abrigo, un gesto de cortesía más que nada, porque también estaba empapado, y le puse el borde por encima de los hombros. Se puso rígida y me lanzó una mirada de indignación, pero al cabo de un segundo se apretó contra el abrigo todo lo que pudo.

Al cabo de un momento, habló. Hablaba en voz baja, insegura, muy diferente a su habitual tono cortante.

—He estado pensando, Dresden. He decidido que probablemente no estés implicado en los asesinatos.

Sonreí un poco.

—Es muy amable de tu parte, Murph. ¿Lo que Denton ha hecho no te demuestra

que no estoy implicado?

Esbozó una media sonrisa y sacudió la cabeza.

—No, Harry. Solo significa que quiere matarnos. No significa que confíe en todo lo que dices.

—Quiere verme muerto, Murph. Eso debería significar algo en mi favor ¿no?

—Pues no —respondió, y miró de reojo hacia arriba—. Por lo que veo, Denton quiere ver a todo el mundo muerto. Y tú aún podrías estar mintiéndome.

—No te miento, Murph —dije con voz suave—. Te lo juro.

—No puedo confiar en tu palabra, Harry —susurró—. Han muerto demasiadas personas. Mis hombres. Mi gente. Civiles a los que se supone que debo proteger. La única manera de estar segura es cogeros a todos y solucionar las cosas contigo cuando estés entre rejas.

—No —dije—. Hay cosas en este asunto que no puedes probar, Murph, que no se sostendrían en un tribunal. Vamos. Nos conocemos desde hace años. Deberías poder confiar en mí, ¿no?

—Debería —acordó Murphy—. Pero después de lo que he visto, de toda la sangre y la muerte... —Sacudió la cabeza—. No, Harry. Ya no puedo confiar en nadie. —Esbozó una media sonrisa y dijo—: Aún me gustas, Dresden, pero no puedo confiar en ti.

Intenté sonreír, pero estaba totalmente confuso. Dolor, sobre todo. Dolor físico, y un dolor en el corazón más profundo, tanto por Murphy como por nuestra amistad. Estaba muy sola. Quería ir a rescatarla, de algún modo, para que su dolor desapareciera.

Me habría escupido en la cara si lo hubiera intentado. Murphy no era la clase de persona que quería ser rescatada de nada. Que hubiese aceptado el consuelo de mi abrigo empapado me había sorprendido.

Volví a examinar el foso con atención. Los otros Alfas estaban recuperándose, lo bastante como para sentarse, pero por lo visto no lo suficiente como para moverse. Tera seguía sentada con la espalda apoyada contra el muro, derrotada y agotada. Marcone colgaba de la plataforma encima de mí, no se movía, aunque creí oír un quejido en un momento dado. Sentí una punzada de simpatía por él. Tal vez era un cabrón desalmado, pero nadie se merecía colgar como cebo de una cuerda.

Los Alfas, Tera, Marcone, Murphy. Todos estaban allí por mi culpa. Era culpa mía que estuviéramos allí, que estuviésemos a punto de morir. Carmichael, el pobre imbécil, estaba muerto, también por mi culpa. Y otros polis también. Y Hendricks.

Tenía que hacer algo al respecto.

—Necesito salir de aquí —le dije a Murphy—. Sácame y quizá pueda hacer algo.

Murphy se giró hacia mí.

—¿Quieres decir...? —agitó los dedos del brazo que no tenía roto en un gesto

vagamente místico.

Asentí. Aun me quedaba un as en la manga.

—Algo así.

—De acuerdo. ¿Cómo te sacamos de aquí?

—¿Vas a confiar en mí, Murphy?

Apretó la mandíbula.

—Parece que no tengo elección ¿verdad?

Sonreí y me levanté, chapoteando.

—Quizá podríamos cavar un poco en la pared. Hacer agujeros para escalar.

—Probablemente te matarán en cuanto llegues arriba —dijo Murphy.

—No —respondí—. No creo que quieran quedarse por aquí a esperar a MacFinn.

Están sedientos de sangre, pero no son estúpidos.

—Entonces —dijo Murphy— lo único que tenemos que hacer es sacarte del foso, y luego te enfrentarás tú solo a cuatro agentes-hombres lobo del FBI armados y los derrotarás a tiempo de enfrentarte al *loup-garou* al que no pudimos detener antes con todos tus artilugios mágicos y un edificio lleno de agentes de policía.

—Eso es —respondí.

Murphy me miró y se encogió de hombros y soltó una carcajada corta y desafiante. También se levantó, se apartó el pelo de los ojos con un movimiento de cabeza y dijo:

—Supongo que podría ser peor.

Oí un sonido suave arriba y detrás de mí. Murphy se quedó helada, miró hacia arriba y abrió los ojos como platos.

Yo giré la cabeza muy lentamente.

El *loup-garou* estaba agachado en el borde del foso, enorme, musculoso y mortífero. Tenía las fauces abiertas, llenas de espuma, y enseñaba las filas de colmillos asesinos. Sus ojos brillaban con llamas escarlatas a la luz de la luna, y estaban posados en la figura colgante de Caballero Johnny Marccone. Me estremecí, y el movimiento hizo un pequeño ruido en el agua. La bestia bajó la cabeza y, cuando me vio, entrecerró los ojos y soltó un gruñido áspero y bajo. Sus garras cavaron la tierra al borde del foso, arrancándola como si fuera arena. Se acordaba de mí.

El corazón comenzó a latirme en el pecho a un ritmo staccato. El mismo miedo agudo, primitivo que había sentido antes, el miedo a que se abalanzase sobre mí y sencillamente me comiese, regresó con toda su fuerza y, durante un momento, borró todas las ideas y los planes.

—¿Por qué has tenido que decir eso? —le pregunté a Murphy con un hilito de voz—. ¿Contenta? Es peor.

Capítulo 31

—Vale —dije, y el miedo me quebró la voz—. La cosa está mal. Muy, muy mal.

—Ojalá tuviera mi pistola —dijo Murphy en tono resuelto—. Me hubiera gustado tener más tiempo para aclarar las cosas contigo, Harry.

Miré a Tera. Uno de los Alfas, la chica de pelo marrón café, estaba apoyada contra ella y gemía.

—Cierra los ojos —dijo Tera con cariño, y cubrió los ojos de la pequeña loba con su mano. Sus ojos ámbar se encontraron con los míos, sin esperanza, sin una chispa de vida.

No iban a morir por culpa mía. Maldita sea, no era justo. No había hecho nada rematadamente estúpido. No era justo haber llegado tan lejos, haber sacrificado tanto, para acabar aquí en el barro, como un bicho en su madriguera. Volví a examinar el foso desesperadamente, pero era una trampa terriblemente sencilla y completa. No había opciones.

Alcé la vista.

—¡Marcone! —grité—. ¡John Marcone! ¿Puede oírme?

La figura suspendida encima de mí se movió débilmente.

—¿Qué quiere, señor Dresden?

—¿Puede moverse? —le pregunté. El *loup-garou* gruñó, y comenzó a recorrer el foso. Sus ojos brillantes oscilaban entre Marcone y nosotros, intentando decidir a quién despedazar primero.

—Un brazo —confirmó Marcone unos segundos después.

—¿Todavía tiene el cuchillo? ¿El que vi en el garaje?

—Me temo que Denton y sus socios me registraron y lo encontraron —dijo la voz de Marcone.

—Maldita sea, Marcone. Es usted un cabrón miserable y estúpido por haber hecho un trato con Denton. ¿Ahora cree que lo único que quería era matarle?

La figura se meneó y se retorció, balanceándose en las cuerdas que le mantenían atado.

—Sí, y no me recuerde que me lo dijo hasta la saciedad, señor Dresden. Ya me había dado cuenta de ello —dijo Marcone en tono cortante—. Pero quizá pueda enmendar el daño.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté. Fijé la vista en el *loup-garou*, que estaba rodeando el foso, y me mantuve delante de él, donde pudiera verle.

—Buscando el cuchillo que no encontraron —respondió Marcone. Gruñó, y luego vi un destello, algo brillante encima de mí.

—Olvídalo —dijo Murphy con tranquilidad, acercándose a mi lado mientras miraba a Marcone—. Va a soltarse y dejará que nos pudramos aquí.

—No nos dará tiempo a pudrirnos —señalé. Pero pensé que tenía razón.

Marcone comenzó a girar lentamente en su cuerda, moviéndose hasta que todo su cuerpo dio vueltas en el extremo. Comenzó a hablar con voz tranquila.

—Qué irónico ¿no? Había planeado esperar a la criatura en la plataforma y tentarla para que bajara al foso. Hay algunas redes listas para caerle encima. Lo hubiera dejado aquí hasta la mañana.

—Sabes que la tienes justo debajo de ti, ¿verdad, John? —pregunté.

—Señor Dresden —dijo Marcone enfadado—. Le he pedido que no me llame así.

—Vale —respondí, pero tuve que admirar el valor del hombre que bromeaba mientras estaba colgado allí arriba, como un melocotón maduro.

—Uso este lugar para los asuntos ruidosos —dijo Marcone—. Los árboles amortiguan el sonido. Apenas se pueden oír los disparos de las pistolas al otro lado del muro.

Siguió girando en la cuerda, lento y perezoso, y su sombra se recortaba contra la luna y las estrellas.

—Bueno. Eso es sutil —dije— y despreciable.

El *loup-garou* me miró y gruñó, y di un paso atrás involuntario. La pared de barro del foso me detuvo.

—Oh, bastante —acordó Marcone—. Pero necesario.

—¿Hay algo de lo que se avergüence, Marcone? —pregunté.

—Por supuesto. Pero no creerá que voy a contárselo ¿verdad? Ahora, cálese, por favor. No puedo distraerme.

Y entonces vi que Marcone encogía el brazo y luego lo estiraba. Hubo un movimiento metálico en el aire y un chasquido en la base de una de las cuerdas que aguantaba la plataforma en el extremo opuesto, donde estaba atada a uno de los pinos.

La cuerda se aflojó y la plataforma, y Marcone con ella, se tambalearon como si estuvieran borrachos. Marcone gruñó y rebotó contra las cuerdas varias veces, haciendo tambalear todo el tinglado, y entonces la cuerda se rompió y se soltó. Se balanceó de un lado a otro hasta que perdió velocidad y luego cayó en el aire de la tarde.

Dentro del foso, justo delante de mí. Un extremo seguía atado a la plataforma, que ahora ya no estaba en medio del foso sino inclinada a un lado.

La miré durante un momento, sorprendido, y Murphy dijo:

—Mierda. Lo ha hecho.

—No le recomiendo que se quedé ahí esperando, señor Dresden —dijo Marcone. Vi que torcía la cabeza para mirar al *loup-garou*, y se puso tenso cuando la bestia empezó a trotar alrededor del extremo del foso, en el lado más cercano a él. Si se había dado cuenta de que la cuerda había caído al foso, no lo demostró.

La esperanza me sacudió el pecho como si fuera un trueno repentino. Agarré la cuerda con ambas manos y comencé a escalarla como un mono, empujando con las piernas y usando mi brazo bueno para sostenerme mientras levantaba las piernas para buscar otro asidero.

Llegué hasta el borde del foso y comencé a balancearme con la cuerda, cogiendo impulso para saltar hasta el suelo y soltarla. Las de arriba cruzieron peligrosamente, y Marccone se balanceó de un lado a otro, girando ligeramente.

—Dresden —gritó—. ¡Cuidado!

Había estado tan absorto en mi fuga que no había pensado en el *loup-garou*. Giré la cabeza y lo vi saltando en el aire para abalanzarse sobre mí. Los ojos le brillaban y estoy seguro de que habría podido contarle los dientes si hubiera esperado. Pero no lo hice. Grité y solté la cuerda, y caí varios metros antes de volver a agarrarla. El *loup-garou* voló por encima de mi cabeza como si fuera un enorme murciélago, obscenamente grácil, y aterrizó en el extremo opuesto del foso sin hacer apenas ruido.

Me temblaban los dedos, estaba espantado y aterrorizado, pero volví a escalar, balanceándome desesperadamente mientras subía. El *loup-garou* se dio la vuelta y volvió a posar su mirada en mí, pero Marccone silbó con fuerza y la cosa se giró hacia él, inclinando hacia adelante sus orejas deformes como si fuera un perro, y luego gruñó y pegó un salto. Yo reboté en la cuerda, y Marccone bajó y volvió a subir. El *loup-garou* no le atrapó por unos pocos centímetros, creo, pero no me quedé para verlo. Grité y me lancé contra el borde del foso cuando la cuerda alcanzó su altura máxima.

No lo conseguí, y mi barriga golpeó el borde, pero comencé a arañar la tierra para no caerme. Me estiré y pataleé, agitándome y gimiendo de desesperación, y conseguí ganar unos centímetros, luego me arrastré lentamente hacia arriba y llegué al suelo, donde pude levantarme. El *loup-garou*, en el extremo opuesto del foso, se giró hacia mí y lanzó un rugido furioso. Se oyeron gritos en otra parte de la propiedad; Denton y sus lacayos debían de estar mirando, pensé, pero en aquel momento solo eran los segundos tíos malos más espeluznantes del lugar. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

La cosa se abalanzó sobre mí, y tuve unos pocos segundos para comenzar a correr e intentar que el foso quedara entre él y yo cuando la bestia aterrizara. No tuve demasiada suerte. El *loup-garou* arrancó de cuajo la tierra donde me había puesto cuando aterrizó, y volvió a girarse hacia mí. Apenas nos separaban tres metros desde un lado cuadrado hasta el lado adyacente.

La cuerda volvió a moverse, y entonces Tera salió con un movimiento lleno de gracia y poder y aterrizó de cuclillas a mi lado.

—Vete, mago —gritó—. Denton y los otros nos matarán si no los detienes. Yo me ocuparé de MacFinn.

—Ni hablar —dije—. No puedes enfrentarte a él.

—Le conozco —respondió. Y allí estaba, la enorme loba de pelo negro salpicado de gris. Gruñó y rodeó al *loup-garou* y él se irguió como un gato a punto de atrapar a un ratón, saltando sobre ella a gran velocidad.

Y entonces vi la diferencia entre Tera y los Alfas, entre Tera y los *hexenwulfen* de Denton, incluso entre Tera y el *loup-garou*. Ellos eran rápidos, pero ella era rápida y grácil. Ellos eran rápidos, pero Tera era rápida y elegante. A su lado, eran unos aficionados. Era más primal, estaba más en consonancia con la naturaleza de lo que nunca lo estarían ellos.

Cuando el *loup-garou* se abalanzó sobre ella, ella se deslizó a un lado como el viento, golpeó con el hombro las zarpas de la bestia para que perdiera el equilibrio, y el *loup-garou* se tambaleó. Se recuperó y volvió a la carga, pero ella ya se había ido, lejos del foso, desafiando a la criatura sobrenatural. La siguió gruñendo de cólera.

Oí un disparo, y una bala chocó en uno de los árboles detrás de mí. La voz de Benn repetía un canto bajo y frenético, y luego sus palabras se convirtieron en gruñidos animales. Denton y los otros se acercaban. Había llegado la hora de jugar mi última carta, la que había esperado no tener que usar. No estaba seguro de lo que ocurriría si lo hacía, pero no tenía elección.

Deslicé la mano por debajo de mi camisa y toqué el cinturón de lobo que le había cogido al agente Harris en el callejón detrás del garaje de la Luna Llena.

Vibraba bajo mis dedos, era cálido al tacto, como si estuviera vivo, y lleno del poder y la fuerza que le habían imbuido. Cerré los ojos y dejé que el poder oscuro y salvaje me invadiera, que se mezclara con el miedo y el dolor y el cansancio. Fue fácil. Más fácil que la magia. Se apoderó de mí con una especie de impaciencia hambrienta, haciendo que el dolor y el cansancio y el miedo se desvanecieran, y sustituyéndolos con fuerza y ferocidad.

Con poder.

—*Lupus* —susurré—. *Lupus, lupara, luperoso*.

No hizo falta nada más para transformarme. En realidad, no me di cuenta de ello. Pero cuando volví a abrir los ojos, las cosas eran sencillamente como debían ser, correctas de una manera tan fundamentalmente profunda que me pregunté por qué nunca me había dado cuenta de ello.

Mi visión era tan aguda y clara que podía contar los pelos de la cabeza de la loba que tenía a unos pocos metros de distancia. Podía oír el latido de su corazón, el movimiento inquieto del viento, las respiraciones pesadas de los otros agentes en los árboles, que se dirigían hacia mí como si fueran vacas enormes y patosas. Si de repente el sol se hubiera puesto en el cielo, no podría haber visto con mayor claridad. Todo eran sombras gloriosas de color azul y verde, y marrón y violeta, como si Dios hubiera mojado su pincel en un crepúsculo de finales de verano y hubiera hecho

desaparecer toda la oscuridad con esos colores.

Abrí la boca en una risa silenciosa y sentí que mi lengua se deslizaba por las puntas brillantes y afiladas de mis colmillos. Qué hermosa noche. Podía oler la sangre en el aire, oír el deseo de matar de mis enemigos, y sentí la misma hambre en mi corazón. Era perfecto.

Benn fue la primera en salir de los árboles, rápida y poderosa, pero también patosa, impaciente y estúpida. Podía oler su excitación, casi sexual. Estaba esperando una caza fácil, un ataque rápido a un humano lento y patoso que se retorcería de dolor, y luego los chorros de sangre caliente. No le concedí el deseo. Cuando salió de los árboles me abalancé sobre su cuello antes de que pudiera darse cuenta de mi presencia. Un desgarró rápido, sangre caliente; gritó de dolor y miedo, echándose a un lado.

Zorra estúpida. No le había llegado al corazón, pero estaba malherida. Dos golpes secos le cortaron los tendones del jarrete cuando intentó huir y la dejaron en el suelo, retorciéndose, indefensa y aterrorizada. Sentí que mi cuerpo se excitaba de forma abrupta y despiadada. Ahora la zorra era mía. Su vida estaba en mis manos.

La oleada de poder y entusiasmo que me recorrió el cuerpo al darme cuenta de aquello podría haberme elevado hasta la gloria plateada de la luna y las estrellas. Al vencedor va el botín. Su sangre, su vida, eran mías y así debía ser. Me abalancé sobre ella para rematarla, como era debido.

Hubo un resoplido y entonces Wilson salió del bosque a toda velocidad en su forma de lobo. Me aparté a un lado cuando entró a toda prisa. Benn gruñó e intentó morderle. Wilson se giró hacia ella, fuera de sí, y le clavó las fauces en la garganta. La sangre era un olor negro, fuerte, embriagador a la luz de la luna, y me balanceé, borracho con el aroma. Se me hizo la boca agua y las fauces se me llenaron de saliva al oler la sangre de la zorra, y yo también quería abalanzarme sobre ella, despedazarla mientras gritaba.

—¡Esos lobos! —gritó Harris—. ¡Han salido! ¡Tienen a Benn!

Salió precipitadamente de los árboles, pistola en mano, con los ojos aterrorizados, abiertos como platos. Comenzó a disparar a Wilson, que soltó la garganta muerta de Benn. La primera bala le hizo trizas la pata delantera izquierda. La segunda y la tercera le golpearon el pecho, y Wilson-lobo se tambaleó a un lado, gritando de dolor. Se retorció al caer, y sus patas escarbaron su propio estómago, hasta que, de repente, solo quedó un hombre gordo que se estaba quedando calvo estirado en el suelo al lado de un lobo muerto, con la chaqueta abierta y la camisa desabotonada, mostrando el cinturón de lobo desabrochado. La sangre le salía a borbotones por la boca.

—Santo... —resolló Harris, acercándose con la pistola alzada hasta que pudo ver lo que había hecho.

—¿George? ¡Oh, Dios. Oh, Dios, creí que eras uno de ellos! ¿Qué diablos...?

El agente Wilson no respondió al chaval pelirrojo. Sencillamente se sacó la pistola de la chaqueta y comenzó a disparar.

En sus formas humanas, no podían verse bien en la oscuridad, pensé. Ambos comenzaron a disparar a ciegas. El aire se inundó de sangre, y del olor fuerte y acre de la pólvora. Los dos hombres cayeron, sangrando, y sentí que mis fauces se abrían en otra sonrisa, en otro sentimiento de satisfacción. Idiotas. ¿Con quién se pensaban que estaban tratando? Habían estado haciéndome la vida imposible, y las vidas de otros, y ahora tenían su merecido. Habría sido mejor que yo mismo los hubiera despedazado, por supuesto.

Pero aún me quedaba Denton, pensé.

Aquel pensamiento me alegró. Me di la vuelta y me adentré en el bosque, buscando al último. El corazón me latía con fuerza, pero estaba relajado y excitado cuando me mezclé con la noche y busqué a mi presa.

Denton y yo nos encontramos cuando salí del círculo de árboles. Estaba de pie bajo la luz de la luna, en la forma adecuada, la única forma real, y la luna empalidecía su abrigo de piel marrón y le hacía brillar los ojos. Era corpulento, como en su forma humana, y parecía rápido y fuerte. Sus ojos brillaban con la lujuria de la luna, de la noche, con la necesidad de sangre y con una fuerza violenta y salvaje, como la mía. Nos miramos con una especie de alegría loca. Me habría reído si hubiera podido.

Un gruñido borboteó en mi pecho como si fuera música, y me abalancé sobre él. Nos encontramos en una maraña de arañazos, dentelladas, pelo negro. Él era el más fuerte, yo el más rápido. La lucha fue silenciosa. Fue un duelo; nuestros colmillos eran nuestras espadas, nuestros collares de pelo servían de escudo y de armadura.

Probé su sangre por un tajo en una oreja y fue como una droga que envió furia y poder a través de mí como nunca había conocido. Volví a abalanzarme sobre él, y un instante después fui recompensado por mi exceso de entusiasmo con un dolor punzante en la pata delantera. La sangre negra escarlata manchó los colmillos de Denton a la luz de la luna.

Nos separamos y nos acechamos en un círculo lento, buscando nuestros puntos débiles, sin dejar de mirarnos. Me reí de él en silencio, y él me respondió del mismo modo. Entonces lo entendí, y me alegré con él del poder que habíamos encontrado. En ese momento amé al hombre como a un hermano, y estaba deseoso de agarrar su garganta en mis fauces hasta que le saliera la última gota de sangre. Era la batalla más antigua, el conflicto más profundo: la supervivencia del más fuerte. Uno de nosotros viviría para volver a correr, a cazar, a matar, a probar la sangre caliente. Y el otro moriría en el césped.

Estaba bien.

Volvimos a juntarnos como una pareja de baile, moviéndonos juntos. Débilmente, por supuesto, me di cuenta de que Tera estaba bailando con el *loup-garou*, pero en

realidad aquello no me importaba. Estaban lejos, a docenas de metros, y no les presté atención. Mi alegría estaba aquí.

Bailamos bajo la luna, y él dio el primer paso en falso. Me lancé a la abertura que me había dejado, lo tiré al suelo con mi hombro, y mientras rodaba le mordí el tendón de la pata posterior. Gritó de furia, pero también oí el miedo. Volvió a ponerse a tres patas y se giró para mirarme, pero había una certeza terrible en sus ojos, igual que en los míos. Sabíamos que todo había acabado, excepto por la sangre.

Me estremecí. Sí. La sangre.

Aún podía enfrentarse a mí, aún podía herirme si era imprudente, pero no lo fui. Comencé a cansarle, presionándole con ataques cortos y retiradas rápidas que le obligaron a cambiar el peso torpemente, a tropezar con sus tres miembros sanos, hasta agotarlo. Cuando sus reacciones se lentificaron, le probé con algunos pases rápidos de mis colmillos. Una vez más, probé su sangre.

Le hice una docena de pequeñas heridas y cada mordisco satisfacía más mi frenesí. La noche, el baile, la violencia, la sangre, todo era arrollador, más que ningún poder que hubiera sentido antes, que cualquier medicamento que hubiera probado, incluso en mis sueños o en el reino salvaje del Más Allá. Era pura belleza, puro placer, puro poder. La victoria era mía.

Lo desprecié cuando comenzó a gemir, a intentar escapar. El muy idiota. Nunca debería haberse enfrentado a mí. Nunca debería haber medido sus fuerzas con las mías. Si se hubiera rendido a la primera, no me hubiera importado ser su jefe, aceptarlo como mi seguidor y llevármelo conmigo de caza. Era triste, en cierto modo. Pero bueno, siempre podía encontrar a otros. No sería difícil hacer los cinturones, pensé. Dárselos a algunas personas para que los probaran. En cuanto lo hiciesen, nunca se los quitarían.

Seguí a Denton mientras se quebraba, y pensé en huir con Susan, en llenar nuestras bocas de sangre caliente y dulce, en tomarla en el éxtasis de la noche y la matanza y esa idea me hizo temblar. Me lancé contra Denton, lo tiré al suelo y fui a por su garganta. El idiota se levantó gateando y se quitó el cinturón, transformándose en la fea forma de dos patas, con su traje cubierto de sangre.

—Por favor —dijo con voz ronca—. ¡Oh, Dios! Por favor. No me mates. No me mates.

Le respondí con un gruñido, y dejé que mis colmillos apretaran su cuello. Podía sentir su pulso en mi lengua. No le mates. Le despreciaba por haberme rogado. Debería haber conocido la ley de la jungla antes de comenzar a intentar gobernarla. ¿Con quién se creía que estaba tratando? ¿Con alguien que se apiadaría de él, que le dejaría sobrevivir, lisiado y patético, y lo alimentaría cuando volviera a lloriquear? Quería reír.

Mis fauces apretaron su garganta. Quería sentir que moría. Algo me dijo que todo

lo que había experimentado desde que había descubierto mi verdadero yo eran fruslerías comparado con la sensación de tener una vida entre mis manos. Me estremecí de impaciencia. Denton seguía suplicando, y me hizo dudar. Gruñí, enfadado. No. No a la debilidad. No a la piedad. Quería su sangre. Quería su vida. Se había enfrentado a mí y había fracasado. Mátalo. Mátalo y ocupa el puesto que te corresponde.

—¿Quién se había creído que era?

—¿Harry? —susurró una voz aterrorizada.

Alcé la vista sin soltarle la garganta. Susan estaba de pie bajo la luz de la luna, esbelta y graciosa para ser una humana. Llevaba la cámara en una mano, colgando, olvidada a un lado. Tenía los ojos abiertos de deseo, y olía a perfume y a nuestro apareamiento y a miedo. Aunque una parte de mí quería ignorarla, rasgar y desgarrar, me fijé en Susan, en su expresión.

En sus ojos. No estaban abiertos de deseo.

Estaban aterrorizados.

Yo la aterrorizaba.

—Dios mío —dijo Susan—. Harry.

Cayó de rodillas, mirándome fijamente a los ojos.

Sentía el pulso de Denton bajo mi lengua. Sentía sus gimoteos vibrando en mi boca. Era tan sencillo. Un simple movimiento y nunca tendría dudas, miedos, preguntas. Nunca más.

Y algo dentro de mí dijo con voz calmada: nunca volverás a ser Harry Dresden.

Poder. Podía sentir el poder del cinturón, su magia, su fuerza. Ahora lo reconocía. Aquella seguridad oscura, aquel placer despreocupado y embriagador. Reconocí por qué había partes de mí que lo deseaban tanto.

Solté la garganta de Denton y retrocedí. Me levanté, y sentí unas nauseas repentinas al rebelarme contra la idea de lo que había estado a punto de hacer. Sollocé y me quité el cinturón, arrancándome la camisa en el proceso, sintiendo que mi cuerpo se volvía torpe, pesado y patoso, y que todo volvía a dolerme. Las heridas que no habían sido nada para mi forma lobo se vengaron de mi fragilidad humana. Lancé el cinturón lejos de mí, todo lo lejos que pude. Sentí que las lágrimas me rodaban por las mejillas por la pérdida de aquella alegría, de aquella energía, de aquella fuerza inmune.

—¡Cabrón! —le dije a Denton—. ¡Maldito seas! Pobre cabrón.

Ahora estaba estirado, de lado, gimoteando por sus heridas, sangrando, con una pierna coja e inútil. Me arrastré hasta él y le cogí el cinturón. Lo lancé con el otro.

Susan corrió a mi lado, pero la aparté antes de que me abrazara.

—No me toques —le dije, y lo decía con toda sinceridad—. Ahora no me toques.

Susan se estremeció como si las palabras la hubieran quemado.

—Harry —susurró—. ¡Oh, Dios, Harry! Tenemos que sacarte de aquí.

En el otro extremo del círculo de árboles se oyó otro rugido furioso. Los árboles se movieron y entonces Murphy, liderando una hilera de torpes y tambaleantes Alfas desnudos, salió del bosque y se dirigió hacia mí, agachada. Llevaba una pistola en su mano buena; seguramente la había cogido de uno de los cadáveres.

—De acuerdo dije cuando se acercaron, y me giré para darle la espalda a Susan. No podía mirarla—. Murphy, tú y Susan sacad a estos chavales de aquí ahora mismo.

—No —dijo Murphy—. Me quedo.

Miró a Denton con los ojos entrecerrados por la ira, y luego los apartó de él rápidamente. No se movió para examinarle las heridas. Quizá tampoco le importaba si moría desangrado.

—No puedes herir a MacFinn —le dije.

—¿Y tú sí? —preguntó. Se inclinó hacia mí y me escudriñó—. ¡Dios Santo, Dresden! Tienes sangre por toda la boca.

Gruñí.

—Coge a los chavales y vete, Karrin. Yo me ocupo de esto.

Murphy quitó el seguro de la pistola.

—Yo soy la poli aquí. No tú. Esto es una redada. Me quedo hasta el final. —Esbozó una sonrisa tensa—. Hasta que me entere de quiénes son los buenos y quiénes los malos.

Escupí otra palabrota.

—No tengo tiempo de discutir contigo. Susan, llévate a los chavales a la furgoneta.

—Pero Harry... —comenzó.

La furia se elevó por encima de las emociones galopantes que se habían apoderado de mí.

—Ya tengo bastante sangre en mis manos —grité—. Saca a estos chavales de aquí, maldita sea.

El rostro de piel morena de Susan empalideció, y se giró hacia el Alfa desnudo, mojado y tembloroso más cerca de ella, que resultó ser Georgia. Cogió la mano de la joven, puso a los otros en fila e hizo que se dieran las manos y luego se los llevó. Los vi marcharse y sentí la furia, la pena y el miedo retorcerse de confusión.

En el otro extremo del bosque se oyó otro rugido furioso, un estremecimiento de uno de los árboles de hoja perenne y luego un grito agudo del más puro dolor. Tera. El grito de dolor de la loba se convirtió en un gargarismo frenético y luego se calló. Murphy y yo miramos hacia los árboles. Creo que vi el brillo de unos ojos rojos en algún lugar, y luego desapareció.

—Viene a por nosotros —dijo Murphy—. Nos rodeará.

—Sí —respondí. Al *loup-garou* le hervía la sangre después de la persecución

exasperante de Tera. Iría a por lo que viera después. Torcí la boca amargamente. Ahora tenía una nueva percepción de su punto de vista.

—¿Qué hacemos? —preguntó Murphy. Sus nudillos emblanquecieron en la pistola.

—Vamos a por él e intentamos contenerlo hasta que Susan y los chavales se hayan ido —respondí—. ¿Y qué pasa con Marccone?

—¿Qué pasa?

—Nos ha salvado la vida —dije. La expresión de Murphy decía que no le gustaba nada la idea—. Se lo debemos.

—¿Quieres sacarlo de allí?

—No quiero que esa cosa atrape a nadie más —dije—. ¿Y tú?

Cerró los ojos y dio un suspiro.

—De acuerdo —accedió—. Pero Dios, me da la impresión de que quieres tenderme una trampa, Dresden. Si consigues que me maten, no habrá nadie que haya visto lo que ha sucedido aquí ¿verdad?

—Si quieres ponerte a salvo, vete con Susan —respondí sin rodeos—. Nos dividimos. Uno de nosotros atrae su atención, quizá el otro lo consiga.

—Vale —gruñó Murphy—. Que te jodan, Harry Dresden.

Famosas últimas palabras, pensé, pero no me molesté en decirlo en voz alta.

Había llegado la hora de enfrentarme al *loup-garou*.

Capítulo 32

Rodeé los árboles y pasé por encima del cadáver de Harris. Dos balas habían destrozado la cara del chaval, aunque aún tenía la semiautomática en la mano. Murphy debía de haber cogido la pistola de Wilson. Wilson estaba tendido en el suelo no lejos de Harris, también muerto. Heridas en el pecho, hemorragia masiva. Benn estaba tendida a su lado, desnuda excepto por una camisa empapada de sangre. Había una línea verdosa alrededor de su cintura, seguramente los restos del cinturón de lobo. Su magia había muerto al mismo tiempo que ella. Intenté no mirar la carne arrancada en la parte posterior de sus muslos, o las lágrimas cerca de la yugular. Intenté no oler su sangre, ni regodearme en el oscuro orgullo que me recorrió el cuerpo, restos de mi experiencia con mi propio cinturón de lobo.

Me estremecí y pasé por delante de los cuerpos. La noche era silenciosa, excepto por el viento y el crujido de las cuerdas que aguantaban la plataforma en medio de los árboles de hoja perenne. Marcone seguía colgado como un cerdo. La posición debía de ser insoportable; no te crucifican y te cuelgan como cena para un monstruo cada día, y no puedes entrenar tus músculos para algo como eso. No podía ver la expresión de Marcone, pero casi podía sentir su agonía.

Agité una mano cuando giró suavemente hacia mí, y asintió con la cabeza, silencioso. Le miré fijamente y luego a los árboles en sombras, intentado preguntarle si sabía dónde estaba el *loup-garou*. O no me entendió o no pudo verlo, pero en cualquier caso no me hizo ningún bien.

Hice una mueca y avancé a través de los árboles, rodeando el borde del foso. Busqué la cuerda que habían usado para colgar a Marcone. Tenía que estar atada en algún lugar bajo. Escudriñé la oscuridad cercana, seguí la cuerda hasta el árbol donde estaba atada, y me dirigí hacia allí.

Quizá podía salir de aquel lío. Tal vez Murphy y yo podríamos escapar con Marcone, unirnos a Susan y a los otros y salir de allí.

No. Aquello era una fantasía feliz. Aunque sacara a todos de allí, sabía que no podría vivir con mi conciencia si dejaba suelto al *loup-garou* aquella noche, en otra parranda asesina. Tenía que intentar detenerlo.

Ya me iba a costar bastante vivir con mi conciencia de ahora en adelante.

La cuerda que aguantaba a Marcone estaba sujeta con un nudo flojo. Comencé a deshacerlo, curioseando alrededor, escuchando, intentando localizar al *loup-garou*. No podía haberse largado y dejarnos aquí vivos. ¿O sí?

Di una vuelta alrededor del árbol con la cuerda para darme un poco de fuerza y luego, con mucho cuidado a causa de mi brazo herido, comencé a bajar a Marcone. Si podía bajarlo lo bastante, podría hacer que se balanceara hasta mí, por encima del centro del foso, atraparlo, nivelarlo y luego regresar y soltar la cuerda. Hubiera sido

más fácil si Murphy hubiera estado allí, pero no la veía.

Un pensamiento desagradable me cruzó por la cabeza. ¿Y si Murphy se había encontrado con el *loup-garou* y la había matado silenciosamente? ¿Y si incluso ahora estaba intentando cogerme?

Sujeté la cuerda y regresé al foso. Marcone, que no era tonto, ya estaba balanceándose todo lo que podía, intentando acercarse a mí. Fui al borde del foso y me agaché, manteniendo mi peso alejado de la tierra desmoronada en el borde.

Marcone soltó un silbido de sobresalto y dijo:

—¡Dresden! ¡El foso!

Miré abajo y vi los ojos brillantes del *loup-garou* en la oscuridad, solo un segundo antes de que avanzara hacia mí con un alarido de furia. Estaba subiendo por la pared, excavando con las garras en el barro, y arrastrándose hacia arriba, hacia mí. Retrocedí, extendí una mano y grité:

—¡Fuego!

No ocurrió nada, excepto una pequeña bocanada de vapor, como el aliento en una noche fría, y sentí un dolor repentino y cegador en mi cabeza. El *loup-garou* se precipitó hacia mí y yo me arrojé al suelo, rodando para alejarme de sus garras cuando salió. Agarró el borde de mi abrigo de cuero y lo sujetó en el suelo.

Me gustaba el abrigo, pero no tanto. Me lo quité mientras el *loup-garou* arañaba con sus patas traseras, igual que yo unos momentos antes, y subió poco a poco hasta salir del foso. Yo ya estaba corriendo cuando salió, y oí que gruñía, se orientaba y luego venía tras de mí.

Estaba muerto. Completamente muerto. Había sacado a los chavales y a Susan, y había detenido a Denton y a sus amigotes, pero estaba a punto de pagar el precio. Me deslicé por los árboles y volví a salir al césped, resollando, con frío ahora que no llevaba puesta la chaqueta. Me dolía el hombro a causa de todo el movimiento, y el pie también me dolía horrorosamente. No podía seguir corriendo, físicamente no podía. Disminuí la velocidad a pesar de las órdenes de mi cerebro, y lloré de frustración, zigzagueando solo para no pararme.

No podía aguantar más. Se acabó. Me giré hacia los árboles y vi que el *loup-garou* se acercaba. Al menos, quería verlo. Si iban a matarme, quería enfrentarme a ello con la cabeza bien alta. Irme con un poco de dignidad.

Vi sus ojos rojos. Avanzó lentamente, agachado, receloso por si se trataba de una trampa. Ya lo había herido antes. No quería ser víctima de otro ataque parecido, pensé. Quería asegurarse de que estaba muerto.

Inspiré y me puse derecho. Levanté la barbilla, intentando prepararme. Si iba a morir, lo haría como un mago, orgulloso y dispuesto a enfrentarme a lo que hubiera más allá. Podía pronunciar mi maleficio asesino, una magia muy potente, si tuviera tiempo para decirla. Quizá podría contrarrestar la maldición de MacFinn, la horrible

transformación que supuestamente san Patricio le había echado. O tal vez podría acabar con el imperio criminal de Marcone.

Sopesé aquellas cosas, y saqué el pentáculo plateado que había heredado de mi madre para que brillara en mi pecho.

El amuleto de mi madre.

Plata.

Amuleto.

Heredado de mi madre.

Plata heredada.

Abrí los ojos como platos y las manos empezaron a temblarme. Un hombre que esté ahogándose se agarrará a cualquier cosa que flote. La idea flotaba, solo tenía que llevarla a cabo. Si mi estupidez no me hubiera impedido darme cuenta de lo que tenía cuando ya era demasiado tarde.

Me quité el pentáculo y rompí la cadena con las prisas. Cogí los extremos rotos mientras fijaba la mirada en el *loup-garou*, y comencé a girar el amuleto en círculos sobre mi cabeza con el brazo bueno. El amuleto describió un círculo en el aire de la noche, y lo revestí con una pequeña chispa de voluntad, con un poquito de poder. La cabeza me latía. Sentí que el círculo de energías mágicas se cerraba a mi alrededor.

Me dolía. Estaba agotado. Sentía como si me hubiera traicionado a mí mismo, como si me hubiera entregado a la oscuridad que tanto había resistido al ponerme el cinturón de lobo encantado, porque no nos engañemos, eso es perverso. Cualquier cosa con tanto poder y tan poco control, con tal despreocupación por todo lo que no fuera él, es perverso. Ya no me quedaba nada.

Pero tenía que encontrarla. Tenía que encontrar la magia suficiente para detener aquella sangría de una vez por todas.

Busqué en mi interior, donde todo estaba entumecido y vacío y cansado. La magia viene del corazón, de tus sentimientos, de tus más profundos deseos. Por eso la magia negra es tan fácil, porque viene de la lujuria, del miedo y del odio, de cosas que se alimentan y crecen con facilidad. La que yo hago es más difícil. Viene de algo más profundo, de una fuente más verdadera y pura, más difícil de usar, de mantener, pero, en última instancia, más elegante, más poderosa.

Mi magia. Era mi esencia. Era una manifestación de todo aquello en lo que creía, por lo que vivía. Procedía de mi deseo de asegurarme de que alguien se interpusiera entre la oscuridad y la gente que devoraría. Procedía de mi amor por un buen bistec, de la manera en que a veces lloraba con una buena película o con una sinfonía conmovedora. De mi vida. De la esperanza de que, aunque no siempre pudiera mejorar mi vida, al menos podía mejorar la de otras personas.

En algún lugar de todo aquello toqué algo que no estaba maltrecho, a pesar de lo horrible que habían sido los últimos días, algo que no se había quedado entumecido

dentro de mí. Lo cogí, lo sostuve en mi mano como si fuera una luciérnaga y dirigí su energía dentro del círculo que había creado con el amuleto que giraba en el extremo de la cadena.

Comenzó a brillar, azul celeste como la llama de una vela. La luz descendió por la cadena hasta llegar al amuleto, y cuando lo alcanzó la luz se hizo incandescente, el pentáculo era una luz brillante en el extremo de la cadena, un círculo de luz que me rodeó y dejó un rastro de motas de polvo que cayeron sobre el césped como si fueran estrellas.

—*Vento* —susurré, y luego grité más fuerte—: ¡*Vento servitas. Ventas, vento servitas!*

El *loup-garou* gruñó en los arbustos y se le iluminaron los ojos, encendidos con una furia escarlata. Comenzó a moverse hacia mí.

Sin previo aviso, Murphy se interpuso entre el *loup-garou* y yo. Tenía la pistola entre ambas manos en posición de tiro, aunque proyectaba una sombra poco elegante. Me apuntó con la pistola.

—Harry —dijo en tono muy tranquilo—. Tírate al suelo. Ahora.

Abrí los ojos como platos. Podía ver por encima de Murphy. Podía ver al *loup-garou* moverse rápidamente hacia ella a través de los árboles. Vi que fijaba la vista en ella, sentí cómo su malicia y su hambre se extendían hacia ella y la rodeaban.

No podía hablar. No podía romper el encanto ni dejar de hacer girar el amuleto. Hacerlo habría liberado la energía que había reunido, la última fuerza que tenía. La cabeza me martilleaba con un dolor que cualquier otra noche me habría hecho gritar. Seguí girando el amuleto, rociando motas de luz, el pentáculo blanco brillante en el extremo de una cuerda de luz azul.

—Lo digo en serio, Harry dijo Murphy. No sé qué estás haciendo, pero tírate al suelo.

Sus ojos eran intensos. Levantó la pistola y echó para atrás el percusor con el pulgar.

Confianza. La confianza que tenía en mí había desaparecido. Había visto o pensado en algo que la había convencido de que estaba intentando traicionarla. El *loup-garou* se acercó más, y pensé, con angustia, que Susan y los Alfas ni siquiera habían tenido tiempo de salir de la propiedad, y mucho menos de llegar hasta la furgoneta. Si el *loup-garou* podía conmigo, los mataría, uno por uno, seguiría su rastro como un sabueso y los despedazaría.

Harry —dijo Murphy con voz suplicante. Le temblaba la mano—. Por favor, Harry. Tírate al suelo.

De repente, el *loup-garou* salió del bosque y Murphy tomó aire, dispuesta a disparar. Seguí haciendo girar el amuleto y sentí que el poder crecía. Mi cabeza estaba a punto de estallar de dolor, e hice mi elección. Solo esperaba poder acabar el

trabajo antes de que Murphy me disparase. Todo lo sucedido en los últimos días me pasó por delante en aquel instante, a cámara lenta, dándome tiempo a verlo con todo lujo de dolorosos detalles.

El *loup-garou* se levantó detrás de Murphy y pegó un salto en el aire. Seguía siendo enorme, poderoso y más aterrador que nunca. Tenía las fauces abiertas en dirección a su cabeza rubia, y podría aplastarla de un solo mordisco.

Murphy entrecerró los ojos y miró el tembloroso cañón de su pistola. Una llama hizo eclosión en dirección hacia mí. No estaba ni a seis metros de distancia. Era imposible que fallara, y pensé, con una punzada de tristeza, que quería una oportunidad de disculparme con ella antes del final. Por todo.

—¡*Vento servitas!* —grité, y liberé el hechizo, el círculo y el amuleto cuando el sonido del disparo me golpeó como una bofetada en la cara. El poder salió precipitadamente, todo lo que quedaba, concentrado y magnificado por el círculo y el tiempo que había tardado en refinarlo, y voló hacia el *loup-garou*. Algo caliente y doloroso me golpeó el torso, casi como si me hubiera golpeado la espalda. Me caí hacia adelante, estaba demasiado débil y cansado y ya nada me importaba. Pero vi lo que le sucedió al amuleto.

El pentáculo voló hacia el *loup-garou* como un cometa, blanco incandescente, y golpeó el pecho de la criatura como un relámpago que golpea un viejo árbol. Hubo un destello, demasiado poder desatado en una llamarada de energía cuando la sustancia mística quebrantó la invulnerabilidad del *loup-garou* y la invadió con una lluvia cegadora de chispas blanquiazules. Un fuego azul estalló en su pecho, la sangre negra de su corazón prendió en una llama cegadora, y la criatura gritó y se arqueó de dolor. Se oyó un sonido atronador, más destellos, alguien que gritaba. Quizá era yo.

El *loup-garou* cayó al suelo. Y se transformó. El hocico se convirtió en un rostro humano. Los colmillos y las garras se desvanecieron. Los músculos deformados se convirtieron en pegotes de cieno claro y preternatural que pronto desapareció. El pelo también desapareció. Los miembros nudosos se convirtieron en brazos y piernas hasta que Harvey MacFinn apareció estirado de costado delante de mí, con una mano en el corazón.

La plata de la cadena de mi amuleto se le escurrió entre los dedos y le quedó colgando del pecho. Se miró la herida durante un instante y luego se relajó. MacFinn alzó la vista y en su rostro vi toda la pena, el dolor y la rabia impotente, todo lo que había sentido durante aquellos años de no poder controlarse, de estar sentenciado a causar muerte y destrucción cuando lo único que quería era abrir un parque para la fauna. Y entonces todo salió a borbotones. Sus ojos se iluminaron al mirarme, y me dedicó una pequeña sonrisa tranquila. Era una expresión de perdón. Algo para decirme que lo comprendía.

Luego apoyó la cabeza en el suelo y murió.

Mi propia oscuridad sobrevino poco después.

Capítulo 33

Me desperté.

Aquello me sorprendió.

Me desperté y vi que la luna seguía en lo alto del cielo, y sentí la mano de Murphy en mi frente.

—Vamos, Harry —susurró—. No me hagas esto.

Parpadeé varias veces y susurré:

—Me has disparado, Murph. No puedo creer que me hayas disparado.

Parpadeó intentando contener las lágrimas.

—Estúpido idiota —dijo con voz cariñosa—. Deberías haberte tirado al suelo cuando te lo dije.

—Estaba ocupado.

Miró por encima del hombro a la forma inmóvil y silenciosa de MacFinn.

—Sí, lo vi después.

Volvió a girarse hacia mí y miró un poco más allá, a otro lugar.

—No pasa nada —dije—. Te perdono.

Creí que era muy generoso por mi parte, adecuado para los últimos momentos de la vida de un hombre.

Murphy parpadeó. Y luego se puso erguida.

—¿Qué?

—Que te perdono, Murphy. Por dispararme. Era tu trabajo, lo entiendo.

Murphy entrecerró los ojos peligrosamente.

—Crees que... —dijo. Hizo una mueca de disgusto y farfulló durante un momento, luego escupió a un lado. Siguió hablando—. ¿Crees que pensaba que eras uno de los malos y que te disparé porque no querías rendirte?

Me sentía demasiado débil y mareado para discutir.

—¡Eh! Es comprensible. No te preocupes —me estremecí—. Tengo mucho frío.

—Todos tenemos frío, imbécil —soltó Murphy—. Llegó un frente frío justo cuando nos metieron en aquel horrible foso. Estamos a menos de cuatro grados, y además mojados. Siéntate, El Cid.

Parpadeé.

—Yo... eh. ¿Qué?

—Que te sientes, tonto —dijo Murphy—. Mira detrás de ti.

Me senté y no me dolió más que antes, lo que volvió a sorprenderme. Miré detrás de mí.

Denton estaba allí. Tenía una rama caída en una mano, como una porra. Tenía los ojos muy abiertos, la cara pálida por la pérdida de sangre y un agujero en la frente, justo en medio. Miré el cuerpo durante un momento.

—Pero... ¿Cómo?

—Le disparé, idiota. Vino corriendo detrás de ti, justo cuando yo regresaba de auxiliar a esa mujer desnuda. Tera West. Estaba temblando demasiado para dispararle contigo ahí de pie, y no sabía que el *loup-garou* estaba detrás de mí. —Murphy se levantó—. No puedo creerlo —dijo, y se dio la vuelta—. Crees que te disparé.

—Murph —protesté—. Murph, dame un respiro. Quiero decir que pensé Me gruñó. Gruñe bien para alguien con una naricita tan mona como la suya.

—No pensaste, Dresden —dijo apartándose el pelo de los ojos—. Una escena de muerte dramática. Un noble sacrificio ¿eh? ¿Trágicamente incomprendido? ¡Ja! Yo sé de qué vas, amigo. Eres un tío tan pomposo, arrogante, pretencioso, chovinista, chapado a la antigua, cabezota estúpido

Murphy siguió hablando de mí largo y tendido y con todo lujo de detalles mientras se alejaba para llamar a la policía y a una ambulancia. Fue música para mis oídos.

Me tendí en el césped, cansado pero sonriendo. Todo estaba bien entre nosotros.

La policía se las vio y se las deseó para arreglar el desbarajuste que había en casa de Marcone. Me aseguré de recoger todos los cinturones de lobo. Murphy me ayudó. Los quemamos allí mismo, en un fuego hediondo hecho con ramas de árbol. Me costó mucho destruirlos. Murphy lo hizo por mí. A veces entiende cosas que nunca podría explicarle. Más tarde, fui con Murphy al entierro de Carmichael. Ella fue conmigo al de Kim Delaney. Los amigos están para eso.

Resulta que el señor Hendricks llevaba puesto su Kevlar bajo el traje negro. Aquella noche me pusieron a su lado en la ambulancia cuando por fin dejé la escena. Su pecho descubierto era una masa sólida de moratones, así que hacíamos juego. Me miró en silencio con el ceño fruncido, pero respiraba regularmente a través de la máscara de oxígeno que le habían puesto. Me sentí absurdamente contento de verlo vivo. Bien mirado, ¿quién puede reprochármelo?

A Marcone lo arrestaron, pero no pudieron imputarle nada. Aunque todo había sucedido en su propiedad, las heridas de los agentes del FBI indicaban que se las habían hecho unos a otros, o que les había matado un animal, excepto a Denton, por supuesto. Ninguno de los agentes tenía una orden de arresto, etcétera, etcétera. Me enteré de que sus abogados le habían sacado en menos de tres horas.

Marcone me telefoneó unos días después y dijo:

—Me debe la vida, señor Dresden. ¿Está seguro de que no podemos hablar de negocios?

—Tal como yo lo veo, John —le respondí— es usted quien me debe la vida. Después de todo, aunque se hubiera soltado, se habría caído dentro del foso y le habrían comido con todos nosotros. Creo que se dio cuenta de que tenía muchas más

posibilidades de sobrevivir si me liberaba a mí, al mago que se ocupa de esta clase de cosas.

—Por supuesto —dijo Marccone con una nota de decepción en su voz—. Solo esperaba que no se hubiera dado cuenta. Sin embargo, Harry

—No me llame Harry —dije, y le colgué.

Susan filmó la muerte del *loup-garou* a menos de cincuenta metros de distancia, con un zoom bastante bueno y una película especial sensible a la luz. La luz de mi amuleto iluminó la escena de forma bastante dramática sin mostrar demasiados detalles. Solo se me ve de espaldas, y parece que esté blandiendo un palo brillante y que luego se lo lance al monstruo, que solo se ve como una sombra grande y peluda. En el momento en que liberé el hechizo se produjo una ráfaga de energía estática de un segundo que bloqueó la cámara de Susan, incluso a esa distancia.

En la película, la energía estática desaparece y puede verse a Murphy disparando a Denton detrás de mí, justo antes de que me rompa la crisma con su porra. Luego se gira como si fuera Rambo, se aparta de la cosa peluda que se abalanza sobre ella y le vacía el resto de su cargador en un acto reflejo.

Murphy y yo sabemos que las balas no le hicieron nada, que solo fue un gesto reflejo por su parte, pero no me importa. Según la cámara, ella es el héroe de la noche, y me parece bien.

La película de Susan salió en las noticias de la mañana y la estuvieron emitiendo durante dos días, en exclusiva para el Canal Nueve WGN, e impresionó mucho a Chicago. La película dio a Murphy tanta popularidad entre los votantes que un montón de concejales de la ciudad salieron en su defensa y la investigación de Asuntos Internos se dio por concluida. Ahora tiene un poco más de influencia que antes. Los políticos del Ayuntamiento le han puesto una placa con su nombre en la puerta de su oficina.

Lo más extraño es que la película desapareció al cabo de dos días. Nadie supo qué había pasado, pero el técnico de la sala de video del Canal Nueve WGN también desapareció, dejando solo unas pocas copias de mala calidad. Un par de días después, algunos expertos dijeron que la película era falsa y decidieron que un periódico sensacionalista había hecho un montaje.

Algunas personas no pueden asumir la existencia de lo sobrenatural. El Gobierno federal, por ejemplo. Pero pienso que si alguien del Gobierno creyera, no habrían aparecido pruebas de la existencia de los hombres lobo ni de la inestabilidad de un agente local del FBI. La desaparición de la película no impidió que ascendieran a Susan en el *Arcano*. Apareció como invitada en el programa de Larry King y en algunos otros. Lo hacía bien y obligaba a la gente a pensar. Van a hacer fija su

columna. Quizá dentro de algunos cientos de años la gente esté dispuesta a pensar en lo que es real con una mente abierta.

Pero lo dudo.

No llamé a Susan durante un tiempo; estaba avergonzado de que me hubiera visto a punto de convertirme en un monstruo. No me presionó, pero hizo notar su presencia. A veces me enviaba flores, o encargaba que me llevaran una pizza a la oficina cuando me quedaba trabajando hasta tarde. Una chica estupenda.

Tera quedó malherida, pero se recuperó gracias a que pudo transformarse en humana y también a los primeros auxilios de Murphy. Me pidió que nos encontrásemos en el parque del Lago del Lobo unas semanas después, y cuando me presenté, allí estaba, vestida con un largo abrigo negro.

—Deseaba decirte que lo que hiciste era necesario. Y deseaba decirte adiós — dijo. Y se quitó el abrigo. Estaba desnuda y tenía algunas cicatrices nuevas y arrugadas—. Adiós.

—¿Adónde irás? —pregunté.

Me miró con sus ojos ámbar.

—Tengo familia —respondió—. Hace mucho tiempo que no los veo. Ahora regresaré con ellos.

—¿Me llamarás alguna vez?

Le brillaron los ojos y me sonrió con un poco de tristeza.

—No, Harry Dresden. Los de mi especie no se comportan de ese modo. Ven a las grandes montañas del noroeste un invierno. Puede que esté allí.

Y luego se transformó en un gran lobo gris y desapareció en el atardecer.

Toda aquella gente transformándose en lobos, y nunca se me había ocurrido pensar que un lobo pudiera transformarse en persona. Recogí el abrigo de Tera con aire distraído y me lo llevé a casa para no olvidarme de mantener la mente más abierta al reino de la posibilidad.

Los Alfas decidieron que yo era el mejor invento desde el pan Bimbo, lo que no me resulta muy emocionante, para qué nos vamos a engañar. Me pidieron que fuera con ellos de acampada, y acepté a regañadientes. Una docena de jóvenes me juraron amistad y lealtad y pasé mucho tiempo parpadeando e intentando no decir nada. Están deseosos de que los lidere en alguna cruzada contra el mal. Diablos, pero si ya tengo bastantes problemas intentando llegar a fin de mes.

Cuando me tomé un tiempo para pensar en todo lo que había sucedido, no pude evitar pensar que los últimos meses no habían podido ser una coincidencia. Primero, un brujo ávido de poder había aparecido de la nada y había tenido que enfrentarme a él en su propia fortaleza para evitar que me asesinara. Y luego, Denton y su gente aparecieron con cinturones de lobo y armaron la gorda.

Nunca supe quién estaba detrás del brujo que había aparecido la primavera

anterior. Los magos oscuros no crecen como champiñones ¿sabes? Alguien tiene que enseñarles cosas complicadas como invocar demonios, magia ritual y las frases hechas de los villanos. ¿Quién había sido su profesor?

Y Denton y compañía habían aparecido seis meses después. Alguien les había dado los cinturones. Alguien había avisado a Denton de que yo era peligroso, que yo o alguien del Consejo Blanco irían a por él. Y al decírselo, lo habían apuntado hacia mí como una pistola, decidido a matarme.

No creo demasiado en las coincidencias. ¿Podía haber sido uno de mis enemigos en el Consejo Blanco? ¿Uno de los seres del Más Allá que había llegado a odiarme? Estaba en la lista negra de toda una serie de cosas peligrosas, por un motivo u otro.

—¿Sabes qué? —le dije a *Mister* una noche frente a la chimenea—. Quizá me haya vuelto loco, pero creo que alguien está intentando matarme.

Los rasgos felinos de *Mister* me miraron con suma indiferencia, y se dio la vuelta para que le acariciara la barriga. Lo hice, ensimismado y cómodo delante de la chimenea, y pensé en quién podía ser. Y entonces pensé que a lo mejor me estaba volviendo un poco histérico. Llevaba un par de semanas sin hacer nada, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Demasiado trabajo y poca diversión convierten a Harry en un chico paranoico.

Cogí el teléfono y comencé a marcar el número de Susan. > me golpeó la mano con aprobación.

—O tal vez soy demasiado estúpido para dejar de meterme en líos ¿eh?

Mister emitió un ronroneo profundo y afirmativo. Me arrellané en el sofá para pedirle a Susan que viniera a casa y disfruté del calor del fuego.



JIM BUTCHER, creció en Kansas (Estados Unidos) leyendo todo libro de fantasía que cayera en sus manos. Las crónicas de Narnia, El señor de los anillos o las Crónicas de Prydain son algunas de las obras que marcaron su vocación como novelista. Aficionado a los juegos de rol y al cine de terror, y fan declarado de La guerra de las galaxias, comenzó a escribir desde muy joven, hasta que en 2000 publicó Tormenta, su primera novela. El libro se convirtió pronto en un fenómeno de ventas y dio lugar a La Saga de Dresden, que cuenta ya con ocho títulos en el mercado estadounidense y con toda una legión de seguidores.

La calidad literaria y la originalidad de su propuesta son los ingredientes de la serie, que cuenta las aventuras de un mago en un Chicago plagado de fenómenos inexplicables y seres sobrenaturales que viven en conflicto con los humanos. Si bien otros autores ya se han adentrado en este terreno, creando un presente alternativo con elementos fantásticos, ninguno ha conseguido un resultado tan brillante como Butcher, que mezcla con gran acierto el terror y la comedia. Muchos le consideran el J.K. Rowling de la literatura para adultos.